



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



los ríos profundos
Clásicos

Mamita Yunai:
el infierno de las banderas

CARLOS LUIS FALLAS

Mamita Yunai:

el infierno de las banderas

Librería, imprenta y litografía Lehmann s.a,
San José, Costa Rica, 1975

© Carlos Luis Fallas

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2008

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio

Caracas - Venezuela, 1010

TELEFS.: (58-0212) 377-2811 - 8084986

TELEFS.: (58-0212) 5642469 - 8084492/4986/4165

TELEFAX: 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:

elperroylaranaediciones@gmail.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE

Coral Pérez

TRANSCRIPCIÓN

Yaneth Mendoza

CORRECCIÓN

Coral Pérez

Ybory Bermúdez

DIAGRAMACIÓN

Mónica Piscitelli

DISEÑO DE PORTADA

Carlos Zerpa

IMAGEN DE PORTADA

ISBN 980-396-608-9

LF 40220071003139

La *Colección Los ríos profundos*, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y *Contemporáneos* reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Fundación Editorial



el perroy la rana

*Politiquería en el Tisingal
de la leyenda*

El jueves 8 de febrero, a las seis de la mañana, estaba yo acomodándome en el tren local de La Estrella. Por todo equipaje llevaba dos bolsas de papel de las de a diez céntimos, y, dentro de ellas, ropa interior, un *foco*, una cajita con la máquina de afeitar, un paquete de cigarrillos, el cepillo y la pasta; además, y bien envueltas, mis credenciales de fiscal y mi cédula de identidad, una Ley de Elecciones y unos cuantos folletos y hojas sueltas.

Habiéndome agenciado con un compañero una *jacket* de cuero amarillo, completé la indumentaria para el viaje con un pantalón viejo, unos zapatos *turrialba* reforzados con buena media suela y un sombrero de paja de los de a veinte reales. No llevaba armas de ninguna clase y disponía de dieciocho colones para todo el viaje.

Después de acomodar los pies en el asiento del frente, comencé a examinar a mis compañeros de viaje. El tren iba repleto de pasajeros que se apiñaban hasta en los balcones de los carros. La mayor parte del pasaje se componía de elementos jóvenes de la raza de color. En uno de los asientos de adelante, el hijo de un finquero y el empleado de un *comisariato* flirteaban con dos guapas negritas que iban sentadas frente a ellos. Reían ellas de las insinuaciones maliciosas de los muchachos, y al hacerlo ponían al descubierto sus bien conservadas y blancas dentaduras. Lucían traje de hombre: pantalón “baloon” y saquitos de tela blanca, bien engomados y aplanchados. Con sus zapatos blancos de tacón bajo; con sus camisas de cuello abierto, de seda roja la una y azul la otra, y con sus diminutos sombrerillos de fieltro caídos sobre una de las cejas, llamaban la atención.

En un rincón, una familia atendía al padre enfermo, posiblemente recién salido del hospital. Abundan las *madamas* de grandes sombreros y carnes exuberantes.

En medio de un maremagnum de inglés y español comenzó el desfile de las estacioncillas: Beverley, La Bomba, Bananito... En todas el mismo trajín de carga y descarga de mercadería y de bajar y subir de pasajeros. Gentes que se acercaban a ofrecer a los
12 comerciantes que viajaban en el tren, cerdos, gallinas, verduras y frutas. Tratos hechos a la carrera y que quedaban para finalizar en la tarde, con el regreso del tren.

Las dos negritas vestidas de hombre bajaban apresuradamente en todas las estaciones a hacer ofertas y regatear precios. Por las muestras de afecto con que eran recibidas en todas partes, deduje que se dedicaban al comercio y que, posiblemente, hacían con frecuencia el viaje de ida y vuelta a La Estrella.

Nuevas paradas y nuevas arrancadas, bruscas, como las de todo tren de la United que no lleva turistas. Avanzábamos rápidamente, y en el aire, sobre la línea, iba quedando la estela negra del humo de la locomotora. Más puebluchos. Negros a la orilla de la línea. Comisariatos de la Compañía atestados de borrachos.

El tren se detuvo en Pensorth casi al mediodía. Bajé a “sondear” el terreno y me encontré con un compañero que estaba vendiendo tiliches. Rápidamente lo puse al tanto de mi misión:

—Voy pa’Talamanca —le dije—. Tengo que actuar como fiscal del Bloque de Obreros y Campesinos en la mesa electoral de Amure. Yo no sé dónde queda ese lugar, pero tengo qu’estar allí el domingo. ¡Tres días pa’encontrarlo, compañero! No quiero que se sepa en qué ando, pues temo que las Autoridades m’impidan el viaje. ¿Cuál camino te parece mejor? Yo fui hace seis años a Talamanca, con el finao Antonio, pero entonces ponían la Mesa en Chasse. Esa vez hicimos el viaje por Pandora. ¿Qué decís vos?

—Hombré —contestó el compañero un poco pensativo— yo ti’aconsejo que hagás el viaje por aquí. Todos esos *morenos* que venían en el tren van pal’otro lao, con el propósito’e cruzar la frontera, atraídos por los trabajos del Canal, podés aprovechar el

tractor que sale dentro de una hora y media, y después hacés con ellos el trayecto hasta Olivia.

Resolví quedarme para viajar con los negritos y me dediqué a despistar a los que tuvieran interés en saber qué era lo que andaba haciendo yo.

Con una persona de confianza cambié los colones por dólares, ya que en Talamanca no corre la moneda nacional, y al ver reducido mi dinero a tres dólares más treinta céntimos de colón, decidí echarle unos cuantos nudos al estómago.

La gente, negros en su mayoría, se aglomeraba en el Comisariato de la *Frutera*, así como en las improvisadas ventas de verduras y de tiliches y en las carnicerías instaladas al aire libre.

Cuando menos lo deseaba me encontré con el Agente de Policía del lugar, que me saludó con un “Idiay, ¿es cierto que vas pa’Talamanca?”

—¡Vos crés qu’estoy loco —le contesté—. Pensaba regresar’ hora mismo, pero acabo’e saber qui’ustedes tienen baile esta noche y quiero quedarme a bailar con las muchachas del partido oficial.

Y mientras me tomaba una cerveza que me obsequió, él me decía:

—Vos me conocés desde hace mucho tiempo. Yo soy un rebelde y nunca he querido a estos *carajos*. Sólo la *tiesura* pudo obligarme a servirles en este puesto, pero te prometo ayudar en todo lo que pueda.

Le di las gracias, mientras para mis adentros me decía: “¡Cállate, pécora, precisamente porque te conozco te tengo desconfianza!”.

Regresó el tren, y, después que hubo partido para Limón, cogí mis bolsas, conversé con unos cuantos sobre mi regreso en el tren de la mañana siguiente, y con disimulo me escurrí entre los carros. A los pocos instantes estaba en el hermoso puente colgante que se tiende sobre el ancho río. Cuando llegué al caserío, punto de partida del tractor, ya los carros de plataforma estaban atestados de gente de color entre la que se entreveraban algunos blancos. Supe que tendríamos que esperar el tractor y como

tenía interés en que no me vieran demasiado, dispuse hacerlo a la sombra de un naranjo; puse las bolsas de almohada y, recordando que no había comido nada, resolví descabezar un sueño, por aquello de que el sueño alimenta y sale más barato que la comida.

14 Finalizaba ya la campaña electoral y faltaban tres días para las votaciones. Yo era militante de la Sección de Limón del Bloque de Obreros y Campesinos, único partido de oposición que participaba en la lid. A pesar de ser una agrupación pobre, contábamos con la posibilidad de elegir munícipes en el cantón central de la provincia, siempre que pudiéramos controlar la votación de Talamanca.

En todas las campañas políticas el problema más serio para los partidos de oposición, en la Provincia del Atlántico, lo ha sido la mesa electoral de Talamanca. A pesar de que esa mesa siempre había funcionado en Chasse, uno de los lugares más conocidos y accesibles de esa remota región, siempre les era sumamente difícil y peligroso a los fiscales de los partidos que no contaban con dinero ni apoyo oficial, llegar hasta el mencionado lugar. A muchos de ellos, una vez llegados allá, se les hacía regresar atemorizándolos mañosamente, o eran eliminados en el transcurso de las votaciones.

Talamanca es una región poblada de indios, en su mayor parte analfabetos, que casi no hablan español y que hacen una vida primitiva y miserable. Viven agrupados en rancheríos cerca de las márgenes de los diferentes y caudalosos ríos o en el corazón de la montaña.

El Agente de Policía es el amo y señor de la región y ejerce un control absoluto sobre las indiadas a través de los pocos indios que saben leer y escribir, que hablan bien el español o son un poco más despiertos que los demás. También se sirve para esto de los escasísimos *castellanos* (ticos y chiricanos) que habiéndose amancebado con indias se han radicado definitivamente en la región. Con estos últimos se había integrado siempre la Junta Electoral de Chasse, y entre ellos, el Agente de Policía y

sus secuaces indígenas, se elaboraban las clásicas elecciones de Talamanca. De nada valían las protestas de los pobres fiscales que por casualidad podían actuar, y los fraudes más asquerosos se cometían con toda tranquilidad.

Cuando nosotros supimos que había sido suprimida la mesa electoral de Chasse y que en su lugar se habían creado dos, una Sixaola y otra en Amure, sospechamos que se trataba de una maniobra para facilitar un fraude en mayor escala y mejor disimulado. Fuimos a la Gobernación a pedir informes y pudimos averiguar que la mesa de Amure tenía doscientos y pico de sufragantes y la de Sixaola cincuenta. En otras palabras, que estaban asegurados alrededor de trescientos *forros* para el partido oficial. El Gobernador no quiso decirnos el lugar preciso en que funcionaría la mesa de Amure. En resumidas cuentas, si queríamos fiscalizar esa mesa teníamos que ir a buscarla a las montañas de Talamanca.

Me reuní con el Comité Seccional de mi partido para discutir el problema y tomar las medidas necesarias. Acordamos enviar un fiscal a Sixaola y encargarme a mí personalmente de ir a buscar la mesa de Amure e impedir, hasta donde eso fuera posible el fraude que tenían proyectado. Esto debía quedar en el mayor secreto, para evitar que el partido oficial obstaculizara mi viaje a Talamanca.

Yo contaba con la ventaja de haber actuado como fiscal de mi Partido en Chasse, hacía seis años, y conocía de cara, por lo menos, a los *castellanos* de Talamanca, y sobre todo al Agente de Policía, Leví Montealegre, ya que en aquel entonces actuó como Presidente de la Junta Electoral. No dejaba de suponer, conociendo como conocía a Montealegre, que sería difícil encontrar la tal mesa y sobre todo encontrar la forma de llegar hasta donde estaba. El único medio de moverse a través de esa región es el de los botes y *cayucos* y éstos serían controlados por el Agente de Policía para impedir la llegada nuestra, sin contar con las dificultades para la comida y el alojamiento. A pesar de todo había que correr la aventura.

Me despertó el estridente pitar del tractor que anunciaba la salida, y medio atarantado todavía corrí a coger campo en el convoy.

En todos los carros había un desordenado hacinamiento de cajas y valijas, de bolsas y maletas de todas clases y dimensiones. Los hombres, que más que hombres parecían demonios negros y musculosos brillando bajo el sol, sentados en las orillas con los
 16 pies colgando, o de pie, apoyándose los unos contra los otros, gesticulaban y discutían a grandes voces. Las negritas, acomodadas ya sobre las cajas y las escasísimas banquetas, le daban alegría y colorido al abigarrado conjunto con sus risas y sus cantos, con sus trajes de colores fuertes y variados y con sus floreadas sombrillas abiertas contra el sol. Contemplando de lejos, el convoy debía dar la impresión de un extravagante desfile de carnaval, del que se alzaba un sordo rumor de fiesta bárbara y salvaje.

Partimos hacia Home-Creek en medio de una algarabía de los once mil diablos. Yo era el único blanco que viajaba en el carro, y, como no entiendo inglés, no podía ni siquiera entretenerme orejeando lo que animadamente conversaba un grupo de negritas sentadas en unos cajones, en el centro de la plataforma.

Desfile interminable de cuadros de banano, descuidados casi todos; manchas de *guabos*, ranchos perdidos. De vez en cuando, casillas de madera con unas negras sentadas en el corredor o tiradas en las hamacas, que levantaban perezosamente la cabeza para contestar los saludos gritados desde los carros. Paradas rápidas para desembarcar las gentes que, con sus bolsas colgando y sus paquetes en la cabeza, se internaba luego por entre los banales hacia los campamentos lejanos.

En las curvas prolongadas, los muchachos, en un peligroso alarde de habilidad, se tiraban de los carros y, corriendo por la accidentada orilla, de un salto se encaramaban en otros, provocando la confusión y las protestas joviales de las mujeres, que los recibían con pellizcos y empujones.

Se hacía tarde y una de las negritas de mi carro sacó, de debajo de unos *chunches*, una palangana tapada con hojas de banano en la que guardaba el *sontín*: arroz con bacalao, esponjados pedazos de

yuca y grandes pedazos de ñame. La palangana daba vueltas rápidamente de regazo en regazo animando la charla de las mujeres. Yo, que obsesionado seguía su trayectoria, gustosamente hubiera tomado parte en el humilde festín, a pesar de su penetrante olor a aceite de coco.

Saciado el apetito, convidaron a los muchachos que iban sentados en la parte delantera del carro, y al volverse uno de ellos nos reconocimos mutuamente. Se llamaba Chico y era un negro criollo a quien había conocido en el puerto hacía ya bastante tiempo, por lo que me le senté a la par con ganas de entablar conversación. Me contó que hacía mucho tiempo que trabajaba en Home-Creek, pero que, como estaba malo el trabajo, no esperaba sino una platilla para comprar cédula panameña de identidad y entonces se iría a trabajar al Canal.

—¿Cómo puede estar malo el trabajo en una finca tan grande?—le dije.

—Esta finca ya se la van a entregar a la Yunai y está casi abandonada, pues todos los *españoles* se han ido pa'l Pacífico y hay muy poca gente de color; es lo mismo que está pasando en toda la zona. Casi todos los negritos que vienen en estos carros van pa'l otro lao, buscando pasarse pa'Panamá. —Se sonó estrepitosamente la ancha nariz con las puntas del pañuelo de *chinilla* que llevaba arrollado en el pescuezo, y continuó en tono exaltado:

—¿Sabés a cuántos barcos redujo la Yunai su movimiento por mes? Pues a dos. Yo conozco muchas familias de negritas, en Limón, que están viviendo a punta de cangrejos y bananos. Se abandonan las fincas y no hay trabajo por ninguna parte, ¿qué vamos a hacer? Los blancos tienen el *chance* del Pacífico, pero ¿nosotros? ¡No ves que hasta pa'legalizar nuestra ciudadanía nos ponen dificultades! No hay trabajo, ni podemos cultivar la tierra, ni nos dejan ganarnos la vida en el Pacífico..., ¿nos tenemos que morir de hambre, entonces? No somos cuatro, somos miles de negros costarricenses que tampoco podemos convertirnos en saltiadores. Por eso es que tenemos que irnos pa'Panamá.

Hicimos una nueva parada que, según Chico, sería la última para llegar a Home-Creek. Entre los que bajaban de uno de los

últimos carros reconocí a Escorcía, un *nica* a quien había conocido radicado en Talamanca.

—Amigó, ¿pa'ónde la lleva? —me preguntó en cuanto me divisó.

—Voy pa'l otro lao. Idiay, ¿se vinieron *de viaje*?

—No —me contestó—. Allá siempre tengo los ranchos y el ganadito.

18 Y cuando el convoy se puso en marcha, hizo bocina con las manos y me gritó:

—¡Horita nos zafamos pa'llá otra veez! ¡Esta carajada se está quemaaando! —Y lo perdí de vista mientras me decía adiós con el sombrero.

Llegamos a Home-Creek a las cuatro de la tarde. La gente se distribuyó en todas direcciones, arrastrando las valijas y maletas. Unos se dirigieron al Comisariato que estaba como a unos doscientos metros más adelante y otros se fueron a sentar en los corredores de los casi totalmente desocupados campamentos. Yo me encaminé también hacia el Comisariato.

En el corredor estaban unos muchachos negros sentados en las maletas. Creí reconocer a uno de ellos, y como medio hablaba español entablé conversación con él. No sabía a qué hora partirían, pues él quería irse con el resto de la gente; casi todos hacían el viaje por primera vez y llevaban muy poco dinero.

—¿Y les permitirán la entrada a Panamá?

En su español enrevesado me explicó que tenían que hacerse de una cédula panameña de identidad, que les costaba de doce a quince dólares. La mayor parte de la gente se vería obligada a quedarse trabajando de este lado de la frontera hasta ganarse el dinero necesario.

—El verdadero valor de esas cédulas —le dije— es el de cincuenta centavos oro. Con ustedes están haciendo el mismo negocio que hacen ciertas autoridades costarricenses con los centroamericanos que quieren ingresar al país.

—Yo tiene la mía y tiene trabajo in Panamá; sólo pasiando pa'poquitos días in Limón. Yo estar anoche in el mitin y joye jabla cuestión Talamanca. ¿Usté caminar Talamanca?

—Sí, pero no quiero que lo sepan los demás.

—¡*All right!* In Oliva yo enseña el línea Chasse —me prometió.

Lo invité a tomarse una kola. Entramos y había algunas gentes comprando bagatelas. En un rincón, dos borrachos, frente a una botella de ron a medio vaciar, hablaban de matar a puñaladas a un negro que, según lo que decían, le había matado un chanco a uno de ellos. Nos tomamos la kola y se despidió el negrito prometiéndome llamar a la hora de la partida.

Un grupo de mujeres me miraba insistentemente y una de ellas murmuró:

—Claro qu'es el mismo —y se resolvieron:

—¿No lleva por ahí alguna propaganda?

Les regalé algunos folletos y hojas sueltas.

—Lo contento que se va a poner Chepe con esto —decía una, mientras doblaba las hojas y se las metía en el seno.

Uno de los borrachos se acercó al grupo con un vaso de ron en la mano.

—Yo sé quién es usted, pero, carajo, yo nunca me he puesto bozal pa'decir lo que pienso.

Y mientras me quería meter el vaso por los ojos, prosiguió:

—Tómese el trago, ¡carajo! ¡Y sepa que se lo va a tomar con un hombre!

Aproveché la llamada del negrito para escabullirme. Él y otro que lo acompañaba se habían quitado los zapatos y las camisas; con los pantalones arrollados por encima de las rodillas y con las grandes maletas a la espalda, estaban listos para seguir el camino por el que había partido ya el resto de la gente.

Pasamos un puente y, después de caminar un buen trecho, abandonamos la línea del tranvía para aventurarnos sobre un camino de astillones tendidos sobre un pantano. Mis compañeros apuraban el paso y al poco rato pasamos frente a un rancho en el que sobre unos *tinamastes* humeaba una olla *escarapelada*. Seguimos por un trillo lleno de baches y de recovecos. En una de las vueltas, sentados sobre un tronco, estaban dos hombres

con los machetes metidos entre las piernas. Cuando yo pasaba me hablaron:

—¿Pa'ónde camina, paisano?

—Pa'l otro lao, con esta gente —les contesté, casi deteniéndome.

—¡Hum! Cuidao con los *morenos* —murmuraron.

Nos internamos en la semioscuridad de un *abandono*,
 20 pisando sobre un terreno pantanoso, y cuando salimos al claro llegaron hasta nosotros los gritos de los que marchaban a la cabeza. De un rancho destartalado se asomaron unas mujeres que me pareció haber conocido antes, en alguno de los ramales de la *Línea*, y que aceptaron encantadas la propaganda que les ofrecí.

Comenzamos a alcanzar a la gente. Algunos iban arrollados como mis compañeros y todos llevaban grandes *maletas* o valijas sobre la cabeza y bolsas colgadas de los brazos nervudos, de las que asomaban toda clase de utensilios. A pesar de que ya el sol no se veía, sentía calor y los negros sudaban copiosamente. En el pedregoso playón de una quebrada y sentados sobre los envoltorios y valijas, estaba descansando el grueso de la gente; casi todos se estaban quitando los zapatos y arrollándose los pantalones; algunos bebían agua en la quebrada. Un negro viejo le componía la carga a dos chiquillas que lo acompañaban, y una negraza, metida dentro de una especie de pijama de hilo color claro, vieja y raída, se aseguraba a los pies, con unas tiras, las chancletas destrozadas. Tres o cuatro mujeres más, descalzas y con trapos desteñidos en la cabeza.

Yo me sujeté los *turrialba* y me arrollé los pantalones.

Se puso en marcha la comitiva de más de ochenta negros y, ya brincando desesperadamente en busca de terreno firme para sentar el pie, ya chapaleando en el agua o hundiéndonos en el barro, llegamos hasta el pie de la empinada loma. Después de un breve descanso iniciamos en silencio la difícil ascensión. Árboles enormes con largas trenzas de bejucos, humedad y sombras por todas partes. Ni una brisa, ni un rumor en la naturaleza; sólo lograba percibir, de vez en cuando, el ronco jadear de los que venían más cerca. Poco a poco se iba esparciendo la gente por

entre la multitud de tortuosas picadas, profundas, estrechas y resbaladizas. Parecía un ejército al asalto de una inexpugnable fortaleza.

Yo trepaba agarrándome con ambas manos de las raíces y de las piedras, mientras arrastraba las bolsas por el barro del camino; jadeaba y sentía que las piernas me temblaban. Cuando hacía un alto para descansar, veía aparecer inmediatamente, de todos los repliegues del terreno, primero los bultos enormes, después las caras sudorosas y por último los cuerpos curvados por el esfuerzo.

Avanzaban las sombras y la gente venía perdida y regada por el monte. Nada como las sombras y la soledad y el silencio de las montañas desconocidas para imponer pavor a los hombres más audaces. Quizá por eso comenzaron a gritar los que iban más lejos, contestáronles los otros, se generalizó el griterío, y un coro de potentes aullidos horadó el silencio de la montaña. Yo pensaba en la tribu huyendo amenazada, o en el regreso de los guerreros victoriosos con el botín a cuestras y las cabezas de los vencidos colgando de las cinturas. Y deseaba también lanzar gritos potentes que se quedaran clavados en el corazón del monte, y sentía que aquel clamor salvaje y primitivo, que aquel aullar de tribu africana, era el lazo fraternal que nos unía a través de las sombras y a través de las distancias.

Cuando dominé la cumbre ya algunos descansaban tirados sobre la maleza; se fueron reuniendo todos, cubiertos de barro y de sudor. El viejo había tenido que aliviar la carga a la más pequeña de las hijas que había rodado varias veces por las pendientes. Reían los muchachos mientras los viejos lanzaban miradas de odio y de rencor a la tierra que los expulsaba sin misericordia.

Después de bajar una pendiente y de cruzar una quebrada salimos al claro de un desmonte; desde un rancho enclavado sobre basas altas un indio miraba silencioso caer las sombras de la noche.

Caminábamos con el barro a media pierna, abriendo trillo entre la maleza. Alcanzaba a distinguir, un poco más adelante, a la negra de la pijama, que habiendo dejado perdidas las chancletas

se iba ayudando con un palo en el camino; se hundió de pronto hasta la cintura y luchaba inútilmente por salirse del hoyanco. Mientras le ayudaba, me rogó con voz cansada:

—¡No pasar adelante, paisano!

Nos íbamos quedando rezagados y encendí el foco para que pudiera aligerar el paso. El descenso era peligrosísimo: dando tumbos y traspiés, sorteando despeñaderos o cayendo entre los
22 baches profundos, llegamos a un descanso donde nos esperaban algunos, y, al irse a sentar, la negra pegó un grito y manoteó en el aire. Instintivamente estiré el brazo y la agarré del pelo. Cuando alumbramos el barranco no pudimos distinguir el fondo, y la pobre negra se estremeció de horror.

El cansancio había terminado con las risas y los gritos y todos caminábamos silenciosos en acecho del peligro. La luz de los focos brillando intermitentemente; las sombras retorcidas de los árboles; los cuerpos de los hombres, con los brazos en alto, encogidos bajo el peso de los grandes bultos negros, todo formaba un conjunto impresionante y macabro, semejando un desfile de fantasmas fugitivos.

¿De dónde venían y adónde iban esas gentes, arrastrando a través de los siglos el pesado fardo de su piel quemada? ¿Adónde encontrarían su tierra de promisión?

Huyeron en la jungla africana de los cazadores de esclavos; tiñeron con su sangre las argollas en las profundas bodegas de los barcos negreros; gimieron bajo el látigo del capataz en los algodonaes sin fin y se internaron en la manigua tropical como *alzados*, perseguidos por los perros del patrón. Pareciera que para los negros se ha detenido la rueda de la Historia: para ellos no floreció la Revolución Francesa, ni existió Lincoln, ni combatió Bolívar, ni se cubrió de gloria el negro Maceo. Y ahora los pobres negros costarricenses, después de haber enriquecido con su sangre a los potentados del banano, tenían que huir de noche a través de las montañas, arrastrando su prole y sus bártulos. No los perseguía el perro del negrero: los perseguía el fantasma de la miseria. ¿Qué les esperaba al otro lado de la frontera? ¿Adónde irían a dejar sus huesos?

Por entre cacahuitales y nubes de zancudos llegamos por fin a Oliva: la gente se diseminó por entre las casuchas destartadas despertando a los escasos vecinos del lugar, negros en su totalidad, y algunos corredores se iluminaron con *canfineras* hechas de latas de conservas viejas y de medias botellas. El negrito y su compañero me llevaron a un tanque a que me lavara la ropa y los zapatos.

—No hemos comido nada en todo el día —les dije—. Vayan a buscar comida y yo la pago. 23

Se fueron a *testarear* por todas las casuchas hasta que encontraron una *líquida* bolla de pan añejo y un puñado de azúcar que fue un verdadero hallazgo, ya que, según supe después, el azúcar era artículo de lujo en toda la región. Devoramos lo conseguido y muertos de sueño y de cansancio nos fuimos a dormir a un campamento abandonado, en donde nos acomodamos los tres sobre la sábana mugrienta de uno de ellos.

II

Desperté a las cinco de la mañana y los negritos me informaron que el resto de la gente había partido a medianoche. Ellos esperarían el tren del cacao que los llevaría muy adelante, y yo podía esperar también un rato, pues era muy temprano para marchar a Chasse. Se fueron a buscar el desayuno, y allá los veía conversando con un negro vestido de harapos sucios, que afilaba el machete en el corredor de una de las casuchas. Me llamaron.

Él dice que sólo puede regalar poquito agua caliente pa'calienta el estómago —me dijo riéndose el negrito, mientras se golpeaba la barriga—. Y plátano verde. No tener azúcar ni sal.

—Está bien —contesté, y me senté a esperar.

Nos trajeron el agua en unas tazas *zontas* y agrietadas y un plátano verde asado para los tres. Mientras mascaba mi pedazo de plátano, se me metían por los ojos la tristeza y la desolación de aquel lugar: casuchas miserables que parecían acurrucarse en el frío de la mañana gris y lluviosa; cacahuitales oscuros y pantanosos en el fondo sombrío, y moviéndose hacia ellos, arrastrando

las piernas envueltas en trapos mugrientos, unos cuantos negros haraposos.

Me despedí de los negritos y cogí la línea en la dirección que me indicaron. Cacahuítales abandonados. Recio aguacero medio capeado con una hoja de banano que me dio un negro. De vez en cuando, negros quebrando cacao a la orilla de la línea, mientras soportaban estoicamente el aguacero.

24 Cuando llegué a Chasse lucía el sol y en la brisa fresca llegaba el rumor de las cercanas aguas del Sixaola. Dejé a la derecha el comisariato de la United y los campamentos solitarios de sus cercanías y me dirigí directamente a la tienda del chino del lugar. Ni un alma por ninguna parte. Un poco adelante, unas casillas de madera y unos trapos colgando de las cercas. Penetré en el establecimiento, compré unos cigarrillos al dependiente negro y me senté a descansar en la banca del corredor.

Al poco rato salió el chino con los zapatos sueltos y en camiseta. Me saludó y se sentó en la banca.

—¿Uté venil también pa'la votación? —me preguntó.

Y como le respondiera afirmativamente con la cabeza, agregó:

—Ayel templano pasó la gente pa'lentlo. Esto ta mu'lalگو, calajo. ¡Uf! ¡Mu'lalگو!

Posiblemente se refería a las autoridades y a los agentes del Partido Oficial que ya andaban por ahí, y como le expresara mi inconformidad con el traslado de la mesa electoral a un lugar tan remoto, me hizo entender que “nosotros”, que “éramos los del negocio de la política”, podíamos ir hasta allá y no obligar a los indios, que no ganaban nada, a bajar hasta Chasse.

—Nosotros tampoco ganamos nada con la política —le dije.

Se quedó viéndome con una risita de incredulidad en los labios.

—¿Qué paltilo es uté?

¿Para qué mentirle al chino? Tenía que inquirir datos y orientarme y algo tenían que agradecernos los chinos por la campaña que acabábamos de hacer en favor de la República China. En vez de contestarle saqué un folleto y se lo mostré. En cuanto

vio el retrato de nuestro candidato, me dijo que él lo conocía y que lo había oído hablar en Limón.

—Hombre mu entelegente —sentenció—. Látima, calajo, pelo sin plata etá jolilo.

Mientras cambiaba una mirada indefinible con el negro, me preguntó si andaba solo y a pie. Le conté cómo había hecho el viaje, y entonces exclamó:

—Poblecito. Camino mu lalgo y montaña dula, ¡calajo! —Y le ordenó a una negra que estaba adentro que me hiciera un poco de café. 25

Me pasó adelante, y mientras me tomaba el café yo le hablaba, no sin cierta intención, de la guerra chino-japonesa y del brillante provenir de China. Él se paseaba preocupado, como el que se ve obligado a hacer algo que le reprocha la conciencia, e insistió en que me comiera todo lo que me había servido, como si me estuviera preparando para un prolongado ayuno. Me explicó que él nada tenía que ver con la política del país y luego me preguntó en qué forma pensaba llegar hasta Amure. Le dije que no lo sabía y entonces me informó de la llegada “casual” de dos inditos; vivían más adentro de Amure y yo podía hacer el viaje en el cayuco de ellos.

Aunque maliciando una trampa, me resolví:

—Dígales que viajaré con ellos y que les pagaré el servicio.

Y mientras el chino se fue a hablar con los indios, saqué el foco y me lo metí por dentro de la camisa, prensándomelo con la faja.

Se trataba de dos indios jóvenes que estaban metiendo la provisión dentro de una red. Uno era alto y fornido, cara ancha de niño grande y pelo cerdoso recortado en forma de hisopo. El otro, bajito y esmirriado, con una carilla afilada que bien podía ser de un ingenuo o de un taimado, me dio la impresión de un gran *zamarro* metido a tonto por negocio. Ambos llevaban las camisolitas sueltas y los pantalones arrollados a la altura de las rodillas.

Compré una bolla de pan de regular tamaño, unas galletas, unos cigarrillos y, ya listos los tres, me despedí del chino que, según me dijo, se iría a pasar el día de las elecciones a Limón.

El indio alto se nos adelantó corriendo y desapareció en el interior de una de las casillas; nos alcanzó cuando bajábamos al playón del río. Acomodaron mis bolsas y la red en la cabecera del cayuco, y mientras las tapaban con hojas para evitar el salpique del agua y arreglaban unos palos en el centro para que me sentara yo, interrogué al más alto:

—¿Cómo te llamás?

26 —Juan Motawa.

—¿Y este otro?

—Mi cuñado.

Hablaba rápidamente, cortando las palabras con acento desconfiado y hostil. El otro estúpidamente, mientras, me lanzaba miradas de reojo.

Comenzamos a remontar las aguas frías y espumosas del Sixaola. Los indios silenciosos, de pie en los extremos del cayuco, con sus largas palancas lo impulsaban vigorosamente corriente arriba. Atrás me quedaba el indio alto, y el “cuñado” iba en la proa. Orillándose siempre en busca de los remansos, sorteaban con habilidad asombrosa los troncos, las piedras y los bajos. Cuando se hacía difícil una orilla, enrumbaban a la otra, desafiando la revuelta correntada del centro con el *canalete* y conservando siempre el cayuco al hilo de la corriente.

Con las piernas cruzadas en el fondo del cayuco estudiaba yo mi nueva situación. ¿Qué intenciones tendrían esos desconocidos de piel achocolatada? ¿Adónde me llevarían en realidad esos hombres silenciosos? La *jacket* de cuero que ellos examinaron con miradas ávidas, las chucherías de la bolsa, mis zapatos y el dinerillo que me habían visto en el Comisariato, todo eso podía significar una fortuna para aquellos pobres diablos. Sentí frío en la nuca al imaginar a Juan Motawa arrojándome al agua de un palancazo asestado por la espalda. Me volví receloso, pero nada me decía la cara imperturbable del indio, ni sus ojos acechando tenazmente el peligro de los rápidos. Temía también una celada del Agente de Policía. ¿No era sospechosa la casual llegada de los indios? ¿No tenía el control de la indiada y de los cayucos? ¿Y si

mis acompañantes llevaban el encargo de perderme o de llevarme hasta un rancho lejano, perdido allá en el corazón de la montaña, para sacarme hasta después de las elecciones?

—¡Hum! —me dije—. Estos indios pueden ser más vivos de lo que parecen.

Pero a pesar de mis sospechas no me quedaba más camino que jugarme esa carta y aguzar el entendimiento. Me quité la *jacket* y el sombrero, me arrollé los pantalones y me puse un pañuelo en la cabeza imitando a mis compañeros. Vistos de lejos, éramos tres indios en el cayuco.

—¡Escorcía! —exclamé en voz alta señalando a la derecha dos ranchillos lejanos, enclavados en lo alto de un desmonte.

—Ejem —murmuraron los indios.

—No está aquí pero volverá pronto —añadí, para hacerles creer que conocía bien la gente y la región.

Frente a los ranchos, como manchas oscuras, todavía estaban los viejos *mandarinos*. Allí había estado yo hacía algunos años durmiendo, con Antonio, sobre unos cueros de saíno. De nuevo contemplaba el paisaje, mientras Antonio dormía lejos, en el rincón de un cementerio. Ya esta vez no tuvo que abandonar su rancho, para acompañarme, como en aquella ocasión. Me pareció ver de nuevo su cuerpo menudito encorvado sobre los trillos del monte, marchando siempre adelante, con la escopeta al hombro y diciendo con su voz clara y varonil: “No se aflija, compañero, que horita llegamos al rancho de Meléndez. ¡Ya verá qué hombrazo es ese! Es el único compañero que tenemos en Talamanca”.

—¿Conocerán estos indios a Meléndez? —me pregunté yo—. ¿Será a la orilla de este río donde se alza el monte en que él tiene su rancho? Porque esa vez Antonio me hizo subir hasta el rancho, a conocer al compañero robusto y simpático que tanto me hiciera reír con su modo francote de exponer las cosas. ¿Por qué Meléndez, siendo un hombre inteligente, vivía solitario en el monte con aquella india bajita y palideja? No pude contestarme entonces esa pregunta. Pero me fui de su rancho muy contento de haberle estrechado la mano y le dejé folletos y periódicos que él recibió entusiasmado.

—¡Quién pudiera encontrarse con Meléndez! —suspiré—. ¡Y qué distinto sería todo si viniera guiándome el compañero Antonio! “¡Adiós, compañero!”, me había gritado Antonio, ya de regreso, desde la puerta de su rancho: “No se olvide, cuando tenga que volver a Talamanca, de avisarme con tiempo, pa’alistarme”. No podía sospechar entonces el abnegado compañero, que dos meses después iba a llegar, deshecho por la fiebre, al Hospital de San José, de donde enviaron poco después sus restos a podrirse en el Calvo, en el cementerio de los pobres, de los humildes y desconocidos.

Por eso ahora tenía yo que jugármela solo con ese par de indios sombríos.

Llegamos a un rápido peligroso y arrimaron el cayuco a un playón extenso. El “cuñao” saltó a tierra.

—Esperar allá —me dijo Juan Motawa, señalándome el final del playón, quinientos metros más adelante—. Yo sube solo.

Iban en el cayuco todos mis haberes y mis credenciales, pero era peligroso disgustarlos con sospechas que podían ser infundadas.

—Mirá... —le dije en son de broma, pero para que “echara en su saco”. Y señalando un pedruzco blanco, cuarenta varas más adelante, lancé con fuerza una piedra que fue a hacerse pedazos contra él.

Luego me entretuve disimuladamente, cuidándome de no alejarme mucho de la orilla ni de adelantármele demasiado al cayuco, mientras el “cuñao” trotaba adelante hacia el sitio señalado.

Volvimos al cayuco. Avanzaba el sol por entre nubes amenazantes que ensombrecían los montes abruptos y las aguas tumultuosas del inmenso río. Soledad. Silencio profundo interrumpido apenas, de vez en cuando, por los chillidos de las aves asustadas por nuestro paso y por el acompasado chasquido de las palancas al rastrillar en el fondo pedregoso del Sixaola.

Yo sabía que más adelante atalayaba el río, desde su margen izquierda, la casa del Agente de Policía. Con maña, por si acaso, les di a entender a los indios que quería que nadie se enterara de

mi viaje, pues deseaba darle una sorpresa “a mi amigo Leví”. Al poco rato arrimaron el bote a la ribera derecha.

—Caminar con mi cuñado por la montaña y esperar arriba. Agua peligrosa —me dijo Juan Motawa.

—¡Diablo! —me dije yo— este indio va a pasar solo, con mis *chécheres*, por la casa de Leví. ¿Sería una maniobra estudiada?

Eché a andar desconfiado por el trillo que se internaba en la montaña, pegándome a los talones del “cuñado” para impedirle una escabullida por entre el monte. Al poco rato de andar se detuvo, señalándome unas huellas frescas y bien marcadas en el barro de la picada.

—¿Tigre? —le pregunté.

—¡Ejem!

Al llegar a un claro de la montaña lanzó un grito prolongado.

—¡Silencio! —le ordené yo, sospechando una señal.

Volvieron a aparecer más adelante las huellas del tigre, y unos rastros de sangre. El indio se detuvo medroso y con ojos asustados examinó la vegetación que nos rodeaba. Era la oportunidad que yo buscaba para engañarlo e infundirle respeto.

—¿Tenés miedo del tigre?

—¡Ejem! —musitó el indio, acercándoseme.

—No tengas miedo, yo llevo revólver —le dije, mientras me tocaba el foco que llevaba por dentro de la camisa.

Desde entonces continuó el camino cabizbajo y no se le ocurrió volver a gritar.

Salimos a un lugar en donde el río, abriéndose en dos brazos, dejaba una isla de escasa vegetación en el centro. Dos indios estaban sentados en un pedrón bajo un árbol inmenso y con ellos entabló el “cuñado” larga conversación en su dialecto, mientras me volvían a ver insistentemente. En cuanto divisamos a Juan Motawa remontando lentamente uno de los brazos, los dos indios cogieron su cayuco y se largaron aguas abajo por el otro.

Fuimos a encontrar nuestro cayuco. Conversaron animadamente los dos indios. Cuando calculé que ya el “cuñado” le había

informado al otro de lo del revólver, cogí el cayuco de la amarra de fibra trenzada, lo varé en la playa y después de hacer desembarcar a Motawa y de convencerme de que no faltaba nada, nos sentamos los tres en las piedras del playón.

—¿Vos tenés rancho en Amure, Juan?

—Ejem.

—¿Vas'ir pasao mañana a las votaciones?

30

—Ejem.

¿Onde tienen que reunirse pa'las votaciones?

Me miró impasible sin contestarme nada.

—Juan Motawa —le dije, poniéndome de pie y acercándome amenazador— quiero que me digas ónde van a ser las votaciones.

—Iglesia de Amure —confesó en voz baja, mientras miraba en todas direcciones como convenciéndose de que nadie lo escuchaba.

Entonces le dije que tenía que esconderme en su rancho y llevarme a la iglesia el domingo, a las cuatro de la mañana. Nadie lo vería llegar conmigo.

—Comandante, viene Talamanca —terció el “cuñao”, como una amenaza.

—¡Qué comandante ni qué canilla'e muerto! Ese no es comandante —le contesté, sospechando que se refería al fiscal oficial que andaba haciéndose pasar por comandante.

—Quién comandante entonces, ¿Leví?

—Tampoco.

—¿Uté?

—Tal vez —y sacando mi tarjeta de fiscal, le enseñé el sello de la Gobernación.

Luego saqué el peine, el cepillo con su estuche de celuloide verde, la pasta y la cajita de la máquina de afeitar. Abrí esta última y cogiendo la maquinilla dorada comencé a afeitarme en seco. Los indios me miraban extrañados.

—¡Limpia barba! —exclamaron.

—Todo esto es tuyo, Juan Motawa, si hacés lo que te'dicho. Además, si me sacas el lunes hasta Chasse te pagaré un dólar y medio.

—Ta bien. —Y los ojos le brillaban de codicia.

Cuando nos dirigíamos de nuevo al cayuco, lo cogí de un brazo para decirle:

—Quiero que nadie sepa nada, ¿entendés? Si sos honrao ganás, pero si m'engañás... ¡Juan Motawa no volverá a engañar a nadie! —Y me golpeaba el foco por encima de la camisa.

La cruzada por la montaña me había desorientado. Esa inmensidad de agua revolviéndose en lenguas enormes y esas torrenteras espumosas que remontábamos trabajosamente, lo mismo podían ser las del Sixaola que las del Yorquín, o las del Telire o quizás las del Urén: inútilmente trataba de orientarme examinando las solitarias riberas. De vez en cuando alcanzaba a vislumbrar, por entre el enmarañado bejucal, el cucurucho pajizo de un ranchillo. Para entretenerme y para congraciarme con los indios canté todos los sones y las rumbas que pude recordar. Parecieron entusiasmarse y entonces les pedí que cantaran alguna canción en indio.

—Indios no tienen canción —me dijeron. Pero después de mucho insistir comenzaron a exhalar una serie de gemidos cortos, sin vida ni armonía; era una especie de monótona salmodia, que hacía pensar en largas filas de indios fatigados bajo el sol de fuego arrastrando enormes cargas por una pendiente interminable.

Al doblar una vuelta, tendí la mirada río abajo. Allá muy lejos distinguí un bote que adiviné repleto de gente.

—¿Leví? —les pregunté, señalando el bote.

—Ejem —murmuraron los indios, sonriendo maliciosamente.

—¿Nos alcanzarán?

No alcanza —afirmó Motawa.

—Cuidao si ese bote nos alcanza. ¡Mucho cuidao! —les dije.

Los indios redoblaron sus esfuerzos, yo empuñé el canaleta y comenzó una carrera fantástica sobre la espuma de las corrientadas. Cuando llegábamos a algún *chiflón* o a una torrentera, me

tiraba del cayuco, me arrollaba la amarra en la muñeca y ayudaba a arrastrarlo corriendo orillado, con el agua a la rodilla. Allá atrás, apareciendo y desapareciendo en las revueltas del río, crecía lentamente el bote de Leví. Caía la tarde cuando los indios clavaron el cayuco en la ribera izquierda, contra un desembarcadero.

—Apiar aquí —me dijo Motawa, mientras se quitaba el sudor de la cara con las mangas de la camisa—. Lleva todo
32 —agregó, cuando vio que yo cogía sólo la *jacket* y el sombrero.

—¿Y tu rancho?

—Mi cuñao lleva. Yo va más lejos y vuelve después.

La picada que seguíamos nos llevó a una especie de floresta cruzada por innumerables trillos, que debían llevar a *palenques* escondidos en la espesura; por todas partes creía ver indios acechándome. Naranjos abandonados y solitarias cepas de banano anunciaban la proximidad de la vivienda indígena, que muy pronto apareció en un claro. Era un inmenso palenque, con un alto cucurucho de palmas como techo y cerrado con astilleros parados y mal unidos con bejucos, por entre los que asomaban las caras asustadas de las mujeres. Aullaron furiosamente los perros sarnosos a nuestro paso y los cerdos gruñeron dentro de la cocina india. Cinco o seis indios que se enderezaron en sus hamacas para conversar rápidamente y a grandes voces con mi guía contestaron mi saludo con gruñidos hoscos.

Más adelante la picada se ahondaba teniendo la montaña del río a la derecha y el monte enmarañado a la izquierda. En las hamacas de un rancho que estaba en un alto creí distinguir a unos hombres que no eran indios. El “cuñao” se paró cerca de la quebrada y apartando la cortina de bejucos para asomarse, me dijo, mientras señalaban un palenque que apenas se dibujaba por entre la vegetación.

—Yo quiere ir momentito.

—Yo también —le contesté, resuelto a no quitarle la vista de encima. Se quedó viéndome contrariado y prosiguió el camino sin hacer la visita.

Mientras subíamos una pendiente me pareció oír rumor de voces en la espesura; subí a un paredón y por entre los claros del monte divisé otro rancho.

—Yo quiere ir momentito —volvió a decir el indio.

—Pues, vamos caminando —le dije, mientras le empujaba en dirección al palenque.

Entramos agachándonos un poco, ya que estaba abierto por todas partes. Una india desgreñada y sucia estaba sentada junto a un fogón que humeaba sobre el suelo. Tres indios, que se hallaban arrodajados sobre un montón de palmas, se levantaron para saludarme dándome la mano en la forma en que siempre lo hacen todos ellos: se tocan apenas con la punta de los dedos y retiran la mano rápidamente. Me ofrecieron asiento sobre un tronco y entablaron una animada conversación en su dialecto con el guía. ¿Qué se estarían diciendo?

Sobre una tarima de *maquengue*, anidados entre un montón de trapos sucios y hojas secas, unos indillos desnudos, flacos y mechudos, tosían desesperadamente retorciéndose como gusanos.

—¿Mucha tos? —pregunté, dirigiéndome a la india, que permanecía inmóvil. Ella no movió un músculo, pero un indio viejo se volvió para decirme:

—Muy enfermo, señor: Indio pobre no tene medecina. —Y señalándome a la india, agregó—: No entende español, señor.

Llegaron seis indios más, y después de saludarme uno por uno con el consabido toque de manos y uno o dos con un “cómo ta, señor”, se fueron acuclillando sobre las palmas. Se animó la charla indígena. Los recién llegados me miraban con disimulo mientras yo encendía un cigarrillo, y cuando empecé a fumar se quedaron extasiados contemplando las volutas de humo. Todos se apresuraron a coger su cigarrillo cuando les pasé el paquete, y al terminar la ronda el indio viejo me señaló a la india del fogón, que con un gruñido me agradeció el cigarrillo que le llevé. Fumaban a grandes chupadas, como novatos, y ninguno *golpeaba* el cigarrillo.

Un rumor de voces se acercaba por el lado de la picada. Agucé el oído y creí distinguir palabras sueltas en español. A los pocos instantes vi pasar, por entre los claros, de la maraña, una fila de hombres que no eran indios, pero a los que no pude distinguir exactamente. Volví a ver al “cuñao” y estaba contando con los dedos a los que pasaban.

—Cinco —le dije, cuando vi que había pasado el último.

34 —Ejem.

¿Leví? —le pregunté, sospechando que se trataba de la gente que nos seguía en el otro bote.

—No mira bien —gruñó. Y se volvió a hablarles a los otros. Yo hubiera dado un ojo de la cara por entender lo que decían.

Al poco rato resolvió continuar la marcha. Volvimos a caer a la picada, que había quedado sembrada de huellas de pies calzados. El “cuñao” trotaba y yo me esforzaba por impedir que me tomara mucha delantera. Ya el sol se había ocultado cuando allá muy adelante, en el recodo de una pendiente, alcancé a ver el sombrero y la camisa kaki de un hombre poco antes de que lo ocultara el paredón. Quise avisarle al indio, pero ya éste trepaba velozmente la pendiente. Corrí también y cuando llegué al alto había tanta distancia entre el indio y yo como entre éste y el hombre que yo había visto. Los otros cuatro hombres que habían pasado marchaban un poco más adelante. Yo deseaba detener al “cuñao”, pero no podía gritarle porque me oían todos los demás. Algo atrás, por la picada, avanzaban otros dos españoles. Estaba prensado, sin chance de ocultarme y no me quedó más remedio que disimular la cogida.

—¿Idiay, a’ónde diablos tienen escondida esa Mesa? —grité en son de guasa y de saludo.

El hombre de la camisa kaki se volvió. Era Jorge Mena, joven empleado de Limón, recién nombrado secretario de la junta electoral de Talamanca. Nos conocíamos bastante.

—No lo había conocido —me dijo con frialdad—. Creí que era uno de los que vienen retrasados.

—Pues yo hace rato que los estaba esperando en ese rancho y no sé cómo demonios se me pasaron.

Los que iban adelante se detuvieron. Como lo presumía, uno de ellos era don Samuel Mena, ex Comandante de Limón, padre de Jorge y fiscal del Partido Oficial. No dejó de extrañarme la presencia del Comandante y Jefe del Resguardo de Sixaola, don Ramón Soto, paisano mío y viejo conocido. ¿Por qué iba hacia Amure en vez de quedarse presionando en la Mesa de Sixaola? ¿Sería ese el enviado especial que nosotros le habíamos solicitado por medio de una carta al señor Presidente de la República, para que vigilara la Mesa de Amure? Si eso era así, el señor Presidente de la República se había burlado de nosotros mandando a ese zorro mañoso y sin escrúpulos. Me saludó con un:

—Hombé, ¿vos también andabas por aquí? —mientras se secaba con un pañuelo la espesa montaña de vello canoso que le dejaba al descubierto la camisa desabotonada casi hasta el ombligo y cambiaba miradas de inteligencia con sus compañeros. Los otros me eran desconocidos.

Nos alcanzaron los que venían atrás; uno de ellos era casi un chiquillo, hijo del Agente de Policía de Sixaola y había sido nombrado también miembro de la Junta de Amure. ¡Valiente Junta!

En un ambiente de desconfianza y de frialdad proseguimos el camino todos juntos. En un descuido, don Ramón habló rápidamente con el “cuñao” y el indio se esfumó en un decir amén. Llegamos a un rancho y al poco andar torcieron a la derecha y salimos al río. Teníamos que pasarlo y sospeché que tratarían de dejarme perdido. Comenzaron los cuchicheos y las idas y venidas. Don Ramón resolvió ir a comer naranjas “pa’mientras llegaban los botes” y yo lo imité para no quitarle el ojo de encima. En cuanto nos vimos solos me le fui al grano:

—Don Ramón —le dije—, yo soy el fiscal del Bloque de Obreros y Campesinos y *me doy de santazos* con habérmelos podido encontrar a ustedes en esta montaña. Usté es la autoridad y como tal le pido que me dé ayuda para llegar a la Mesa, ya que sólo ustedes pueden dar razón de ella.

El hipocritón comenzó a *lavarse las manos* y a explicarme que él nada podía hacer y que ni siquiera sabía para dónde lo

llevaban; que los botes eran del otro fiscal y que si el tal fiscal quería me pasaba al otro lado del río, pero que de lo contrario nadie lo podía obligar, y que por aquí y que por allá y que este mundo y que el otro. De todo esto deduje que estaban resueltos a hacerme pasar la noche en la montaña y, como no tenía medios para imponerme, no quería romper abiertamente con ellos, por lo que resolví hacerme el tonto, dejarlo hacer y luego entendermelas solo. Mientras yo reflexionaba, mi paisano me hacía ver la tontería que había hecho ligándome al Bloque, partido que no ofrecía oportunidades para buscarse el bienestar; y después de lisonjearme de mil manera, me pintó la situación desahogada que él había sabido labrarse.

—Yo sé —añadió— que con sólo que digás una palabra vos cambiás de situación y vas a vivir como te lo merecés. ¡No seas tonto!

Mientras en mis adentros me burlaba de la labia del viejo, aparentaba impresionarme con lo que me decía y hasta le insinué la posibilidad de “dejar esas *vainas* del Partido”. Quería ponerme al hilo en todo, para ver si acaso lo comprometía a llevarme hasta la Mesa. De un momento a otro, y mientras conversaba conmigo, comenzó a hacer señales disimuladas con los ojos y con la boca. Volví a ver. Un cholo, de los que andaban con él, avanzó entonces mientras don Ramón le decía:

—¿Iday, no han aparecido los botes?

—No —le contestó el cholo—. Ya es tarde y lo mejor es que le vaya a decir a los muchachos que se vengan.

Don Ramón se levantó. Yo entendí la maniobra, pero lo dejé hacer; y mientras el viejo cogía el camino del embarcadero, el cholo comenzó a meterme cuentos precipitadamente, con el fin de entretenerme y atemorizarme.

—Aquí nada va a poder hacer usted —me decía—. Si hubiera venío acompañao, menos mal, pero, ¿sólo? Además, Talamanca es toda gobiernista. Aquí todos somos uno y marchamos por'onde marcha la cabeza y nadie va querer hacele ningún favor. ¿Onde va a dormir? ¿Aónde va a comer? A los indios hay que comeles cualquier chanchada que le den, pues si no se los echa

uno encima. ¿Y los ríos? Si de casualidad encuentra quien lo pase en éste, ¿cómo va a hacer con los otros que siguen? Yo no creo que haya un loco que se eche a nado en esas correntadas.

Yo le mentí también diciéndole que estaba pensando devolverse, pues no quería meterme en más dificultades. De pronto me interrumpió para decirme:

—Cuidao se van los botes y lo dejan d'este lao.

—¿De veras? —le dije, riéndome—. Eso sería un olvido “involuntario”, ¿verdá? Voy a ver qué se hicieron. 37

—Pues yo ya me voy —me dijo, y se perdió por entre la oscuridad del monte.

El embarcadero estaba desierto. Allá, entre las sombras de la lejana orilla opuesta, se movían unos bultos blancuzcos y brillaban unas latas. Deduje que, mientras nosotros dábamos la vuelta a pie, Leví había trepado con el bote por el río, con las latas de guaro y los demás menesteres. Como a unos cuarenta pasos más arriba de donde se movían los bultos, se alcanzaba a ver una mancha más negra que todas las demás. ¿Sería la entrada de la picada que iba hasta la iglesia de Amure? ¿Habrían pasado el río en ese lugar nada más que para despistarme? Bien podían ahora subir o bajar el río para coger el verdadero camino y yo no podía hacer otra cosa que atenerme a las huellas que dejara el calzado de “mis amigos”.

Resolví pedir posada en el rancho que había visto por ahí cerca, dispuesto a pasarme la noche *enjorquetado* en cualquier árbol en el caso de que me la negaran. Mientras me orientaba me hacía el propósito de andarme con *caites de lata* con los indios del rancho, pues no era raro que, calculando mi llegada a él, Leví o don Ramón hubieran aconsejado al cholo para que pusiera de acuerdo a los indios, y “como había que comeles cualquier chanchada que le dieran a uno”, como me dijera el cholo, tampoco sería extraño que yo amaneciera enfermo al día siguiente.

Se trataba de un rancho abierto que tenía una especie de plataforma bastante grande de maquengue, en el centro de la cual había un cuartucho cerrado con astillones. La cocina estaba en

el suelo y una india machacaba algo en un rincón, mientras un indillo, como de catorce años, asaba bananos en el fogón. Saludé y el indillo me contestó en español.

—¿Hablás español? —le pregunté.

Y como me contestara que un poquito, le rogué que le dijera a la mamá que me permitiera dormir sobre la plataforma. Habló en su dialecto con la vieja y luego me dijo:

38 —Dice que tá bien. Sienta allí —y me señaló un tronco.

Yo me apresuré a decirle que estaba muy enfermo y con ganas de vomitar y que lo único que deseaba era acostarme inmediatamente.

—Tá bien. Acostar allí.

No aguardé a que me lo dijera dos veces. Me acosté hasta con el sombrero puesto y a los pocos segundos estaba haciendo que roncaba sobre las bolsas, con el objeto de que no me ofrecieran de comer.

Al poco rato se acostaron los dos. Por los bultos que alcancé a ver tirados sobre el piso y por los cuchicheos que oía, calculé que eran varios los indillos que estaban en el cuarto. Parpadeaba por entre las rendijas la incierta luz de un candil. Conversaciones en voz baja; risas ahogadas. Al fin apagaron la luz y el silencio del rancho sólo fue interrumpido por los secos ladridos de la tos que hostigaba a los indillos.

Llegaban hasta mí los rumores extraños de la selva; me sobresaltaba a cada momento el pesado vuelo de los murciélagos y en la oscuridad creía sentirlos parados sobre mi nariz. Dos perros sarnosos me pasaron y repasaron por encima y terminaron por acomodarse entre mis piernas. A cada media hora salían todos los chiquillos, desnudos unos y envueltos en chuicas otros, saltando entre las sombras como duendes, a hacer aguas desde la orilla de la plataforma. ¿Qué diablos beberían esas gentes que los obliga a orinar tanto?

No pudiendo dormir con tranquilidad me dediqué a hacer planes y a sacar conclusiones. ¿Qué estarían haciendo “mis amigos”? Posiblemente tratarían de aprovechar la noche ante el temor de que yo les cayera encima de un momento a otro.

¿Podrían cambiar el sitio de las votaciones? Para eso tendrían que recorrer todo Talamanca avisando de nuevo a las indiadas, y no tenían ya tiempo para hacerlo. Sospeché que Leví, conociendo la forma en que yo, seis años antes, le había bloqueado el *chorreo*, procuraría armar la cosa de otro modo.

Podían simular la distribución de cédulas y mandarme el domingo a cada indio con una cédula de votación en la mano y la consigna de no hablar en español, con lo que me dejarían sin ningún chance de poder identificarlos. De todos modos había que llegar a la iglesia, y allá vería la forma de *campaneármelas*. ¿La pasada del río? Pues, me robaría un cayuco o la haría a nado. En cuanto al camino, era seguro que me lo indicarían las huellas o las indiadas mismas que de todas partes tenían que bajar hasta la iglesia, y disponía para encontrarlo de todo el sábado y de las bolla de pan, pues no había consumido más que las galletas. Más tranquilo ya, me quedé dormido.

Muy a las cuatro y media de la mañana ya estaban en pie la india y el indillo y comenzaron a preparar un sancocho miserable y maloliente. Me levanté en el acto y después de regalarles unas cuantas monedas me despedí.

En vez de bajar directamente hacia el desembarcadero cogí trillo arriba, para despistar, y entonces el indillo me habló:

—¿Pa'ónde caminar?

—Voy a pasiar por ahí y posiblemente vuelva en la tarde... ¿Ustedes van'ir a la votaciones?

—Ejem.

—Son allá, en la iglesia, ¿verdad? —le pregunté, mientras señalaba en la dirección en que sospechaba que debía quedar.

—Ejem —contestó, y se quedó viéndome hasta que le perdí en una de las vueltas de la picada.

Caminé unos veinte minutos sobre el trillo y tropecé con unas huellas frescas de tigre que me hicieron mirar receloso a todos lados. Por temor de encontrarme con el animal corté por el monte, en busca del río. Salí a un cauce pedregoso y casi seco, bajé por él y al poco rato estaba frente al inmenso río, cubierto

todavía por las nieblas de la madrugada. Tenía que estar en el otro lado antes de que se disiparan esas nieblas y me pudieran ver. Ya le había echado el ojo a un cayuquillo que estaba escondido entre el monte de la orilla, pero a la vista de ese monstruo de más de ochenta metros de anchura y de sus enormes machos de agua retorciéndose furiosamente, comprendí que, no teniendo mucha práctica en el manejo del canaleta, era una locura intentar cruzarlo en tan frágil embarcación. Pero mi Partido me había mandado a la Mesa de Amure y tenía que llegar a ella; y no queriendo, además, que nuestros contrarios se burlaran de mí, me resolví a cruzar el río a nado.

Me desnudé y envolví la ropa en la *jacket*. Tenía que hacer dos viajes: uno con la ropa y otro con las bolsas. Yo en otro tiempo había desafiado las aguas de ríos como el Cohen, La Estrella y el Reventazón, detrás de los *bobos* y de las *machacas*, en las pesquerías con dinamita, y hasta había llegado a ser un buen buzo de cabeza. Pero de eso hacía muchos años ya y por eso ahora sentía que se me estrujaba el corazón.

Frente a mí, al otro lado, había una playa a la que necesariamente debía dirigirme, pues el resto de la orilla lo formaban paredes rocosas en las que se reventaban las aguas cubriéndose de espuma. Veinte o treinta metros más abajo mugía un rápido capaz de matar al nadador más hábil y vigoroso. Subí por orilla calculando lo que me podía arrastrar el agua, y disputé hacer primero un ensayo sin llevar nada y con una mano en alto. Dos veces me metí al agua y en las dos retrocedí atemorizado por la fuerza de la corriente. Subí un poco más por la orilla y por último me eché al agua. Nadé desesperadamente y a los pocos segundos me encontraba en el playón de la orilla opuesta; descansé un minuto y ya con más confianza hice el regreso.

Decidí llevar las bolsas primero y por lo que pudiera suceder saqué los documentos y los dejé ocultos entre unas piedras. Hice la travesía con toda felicidad, llevando las bolsas en alto, pero al salir al playón, como llevaba una mano ocupada, la corriente me arrojó contra las piedras golpeándome fuertemente una rodilla, que empezó a sangrar. Renqueando y un poco descorazonado

volví al agua para pasar la ropa, y cuando estaba en medio río vi dibujarse entre la bruma un cayuco en el que dos indios remontaban la corriente orillados a la ribera donde yo tenía mi maleta. Me sumergí y fui a salirles casi contra la embarcación. Me miraron extrañados y mientras alcanzaba la orilla, uno de ellos me habló:

—Hombre camina bien en el río... río mucho peligro.

—Yo indio también —les dije riendo y enseñándoles mi melena, lacia y abundante como la de ellos—. Yo vive mucho tiempo en Cohen. Yo pasa aquella bolsa al otro lao.

—Nosotros ver —me interrumpió el indio. Y viendo la sangre de mi rodilla, exclamó:

—Pobrecito, ¿golpiar piedra?

—Sí —le dije. Y aprovechando la ocasión agregué—: Yo quiere un favor. Pasar en el cayuco mi ropa y yo pagar.

—Tá bien. Traer ropa.

Corrí por la maleta y en un decir amén me pasaron al otro lado. Uno de ellos saltó conmigo a tierra y mientras yo soltaba la *jacket* para sacar un dinerillo que tenía en la bolsa, él, comprendiendo mi intención, habló en su dialecto con el otro y luego se dirigió a mí, gesticulando para darle más fuerza a sus palabras:

—¡No, no pagar, no pagar! Nosotros pobre, uté pobre también. Favor... favor.

Les di las gracias profundamente agradecido.

—¿Pa ónde caminar? —me preguntó el que estaba en tierra. Y como le contestara que para la iglesia, añadió:

—Yo enseñar camino. —Y trotando delante de mí, me puso frente al boquete que formaba la entrada de la picada y que era el que simulaba la mancha negra que yo había visto la noche anterior.

—Caminar derecho, derecho —me aconsejó.

—¿Está muy largo?

—¿Cómo caminar uté? —me preguntó por toda contestación. Yo le dije que muy rápido, y él agregó:

—Entonces no largo. Poner ropa y caminar ya.

Se despidió de mí después de aceptarme un paquete de cigarrillos, y yo, más alegre que unas Pascuas por haber salvado el

peor de los obstáculos, comencé a hacer planes mientras me ponía la ropa. De pronto, ¡maldita sea!, me acordé que en un exceso de precaución había metido mis credenciales entre las piedras de la otra orilla, y en mi prisa por aprovechar el cayuco las había dejado olvidadas. —¡Demonio! —me pensé—. ¡Sí me las roban sí que quedo mejor! —Y en un santiamén estaba en la otra orilla y no respiré tranquilo hasta que las tuve en mi poder.

42 En cuanto estuve de vuelta con mis credenciales, mandé al diablo el frío y el hambre y la renquera, y desnudo como estaba me puse a ensayar pasos de baile sobre el lodo de la picada, mientras me reía como un loco de sólo pensar en la desagradable sorpresa que les iba a dar al marrullero de Leví y al viejo mentirosos de don Ramón.

Me vestí y eché a andar por la picada. Por todas partes se veían huellas de tacones y de medias suelas. En la primera quebrada que encontré me senté a comer, calculando las raciones de pan para el domingo y el lunes. Más adelante desapareció el barro y la picada se ensanchó en vereda alfombrada de zacate. El trezado y bien tupido ramaje de los árboles y los amplios cortinajes de bejucos formaban un prolongado túnel verde-oscuro, iluminado de vez en cuando por un débil rayo de sol que, al descolgarse por entre la verdura del follaje, chisporroteaba contra el rojo encendido de las extrañas *parásitas*. Más de una vez, irrumpiendo entre el gorjeo de los pajarillos que escandalizaban el silencio de la selva, llegaban hasta mí rumores apagados de conversaciones lejanas, y descubría huellas que partiendo de la vereda se perdían en la espesura del monte. Aguzaba el oído y me internaba un poco entre el monte, hasta que divisaba la columna de humo flotando entre las copas de los árboles o veía asomar el agudo techo de un palenque. Pero el indio me había dicho que marchara “derecho, derecho” y las huellas del calzado seguían hacia adelante. En las vueltas de la vereda me agazapaba entre el monte en acecho del que pudiera venir siguiéndome los pasos. Al salir de un recodo divisé a lo lejos dos hombres que avanzaban en dirección opuesta a la que llevaba yo y de un salto me escondí entre el bejucal. Los dos indios pasaron trotando y conversando

a grandes voces en su dialecto. Apuré el paso y redoblé las precauciones para evitarme una sorpresa.

Se rompió el encanto de la vereda que se abrió al sol y saltó por entre el barro de unos abandonos. Al poco andar dejé a mi izquierda un rancho medio derruido y unos cien metros más adelante me interné en un bananal abandonado y sombrío. Escuché voces y ruidos extraños y entre los claros de las cepas divisé especie de plazoleta. Abandoné la picada y comencé a abrirme paso por entre la maraña, como un saíno, hasta llegar a unos veinte pasos de una casona de madera. Era imposible distinguir bien los detalles desde donde estaba, pero no podía acomodarme mejor sin peligro de que me vieran. Había llegado por detrás de la famosa iglesia. Se oían voces, ruido de trastos y cacareo de gallinas; alguien picaba leña a la sombra de un naranjo.

43

¿Qué hacer? Si me presentaba inmediatamente, iba a tener que estarle viendo la cara a gente que no simpatizaba conmigo y era hasta peligroso que me provocaran un incidente que les diera pie para encerrarme mientras se efectuaban las votaciones. El tamal lo debían tener arreglado ya y lo mejor era dejarlos creer que no tendrían fiscal y caerles muy a las cinco de la mañana. Hasta mí llegó la voz chillona de don Ramón:

—¡Así está bien, Culí..., no se apure! ¡Sí de todas maneras no hay *precisa*! —Luego, rumor de risas ahogadas.

El sol reverberaba en la mitad del cielo. Calculé las doce y decidí pasar el resto del día y la noche en el rancho abandonado que había dejado atrás. Me devolví rápidamente.

El ranchito se alzaba sobre basas como de un metro de altura y a pesar de estar medio destruido conservaba casi en buen estado el piso de astillones y una parte del techo pajizo. En el frente tenía un corredorcillo al que se subía por una escalera de palos redondos, medio podridos, y el monte amenazaba con invadirlo por todas partes.

Subí con cuidado y empujé la puerta que daba a la única habitación, cerrada con enormes cortezas, por entre las que se filtraban escandalosamente los bejucos. En un rincón había un *moledero* cubierto de hojas secas y basura, en el que se amontonaban unas

cuantas botellas empolvadas. Un rayo de sol caía sobre un *huacal* negro que estaba en el piso, medio lleno por el agua de las lluvias. Escogí el rincón menos húmedo del piso y me tendí sobre la basura, de manera que pudiera atisbar, por las rendijas, todo lo que pasara por la picada.

Al poco rato pasaron unos indios llevando unas latas vacías; después pasaron otros con un toro y una vaca flaca y sin rabo. 44 Esa era la carne que, con el guaro que ya tenían allá, completaría el festín con que las Autoridades iban a entretener a las indias.

Desde un periódico amarillento y a medio desprenderse de uno de los tabiques, me miraba una fotografía en la que creí reconocer a alguien. Me enderecé intrigado y leí: “Don Franklin de las Cuevas, esforzando profesional que regresa a Costa Rica después de coronar con éxito...”. A la par, otra foto, de una mujer joven y guapa: “Teresita Solera, damita de la culta sociedad herediana, que en el baile de esta noche...”. Busqué la fecha del periódico: febrero de 1934. ¡Seis largos años de por medio! Y evocando con nostalgia mis dos años de estudios y de picardías en el Instituto de Alajuela, en donde había conocido como estudiante al profesional de la fotografía, me fui quedando dormido.

Desperté sobresaltado por un ruido extraño. Desde una de las varas del techo me sacaban la lengua dos enormes lagartijas verdes. Me asomé por la puerta trasera, y posiblemente el silencio y la soledad del monte me impresionaron, porque me dio por imaginar cosas absurdas: que un tigre podía estar acostumbrado a pasar las noches al abrigo del rancho, o que tal vez estaba aquerenciada en ese cuarto alguna horrorosa *terciopelo* y ya hasta me parecía despertar a medianoche con un diablo de esos arrollado en el pescuezo. Para alivio de males la puerta que daba al monte tenía que quedar abierta, pues no había con qué cerrarla.

Desde ese momento ya no me importaron los indios, ni las indias que con sus indillos enjorquetados en la espalda pasaban en numerosos grupos hacia la iglesia, y mientras más se acentuaban las sombras más me exprimía yo el magín en busca de una solución que me tranquilizara. Al fin descubrí un *tapezquillo* construido cerca del techo, en uno de los rincones del corredor.

Trepé por las cortezas a examinarlo: bejucos, hojas y polvo en abundancia, pero había campo suficiente para que se acomodara un hombre. Bajé a llevar las bolsas y un minuto después las tenía de almohada y yo me sentía más tranquilo que si estuviera en el mejor hotel de San José. Cayó al fin la noche con toda su negrura y un coro de mil ruidos misteriosos comenzó a vibrar entre las sombras.

III

45

Cuando desperté estaba oscuro todavía y a pesar de que no corría la brisa sentía frío hasta en la médula de los huesos. Lentamente iba surgiendo de entre las sombras la montaña, envuelta en las nieblas grisáceas de un amanecer sin sol. Ensayaron sus primeros gorjeos los pajarillos ocultos en la espesura y llegó hasta mí, como un alerta, el lejano canto de un gallo.

Abandoné el rancho y pocos minutos después estaba examinando el lugar en que se iban a efectuar las famosas elecciones de Talamanca. En el centro de un amplio claro y construida sobre basas altas que la preservaban de la humedad del terreno, se levantaba una minúscula iglesia sin pintar; su frente daba a los corredores de la casona que yo había visto el día anterior y ambas se comunicaban por un puentecillo de madera. Al otro lado de la casona, una construcción más baja y más humilde debía servir de cocina, si no me engañaban las voces, el ruido de los trastos y las columnas de humo que jugueteaban sobre el techo.

Me dirigí inmediatamente al tanque que recogía el agua de las lluvias a darme un hartazgo de pan duro y agua llovida. Se asomaron a la puerta de la cocina unas indias soñolientas, y un mulato, viejo y tuerto, me estuvo examinando de lejos largo rato. Indios legañosos y trasnochados salían de los cuartos de la casona y se quedaban viéndome como idiotas desde el corredor. Sus ropas arrugadas y el temblor de algunos, denunciaban a las claras la borrachera de la noche anterior. Se acercó Jorge, en camiseta y con el paño al hombro.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Ya deben de ser más de las cinco, ¿verdá?

—Posiblemente —le contesté.

Por la esquina del corredor asomó la carilla de mono rasurado del viejo don Ramón y sus ojillos hueros parpadearon extrañados al verme. El ladino viejo no contaba seguramente con que yo pudiera llegar hasta allí. Don Samuel me saludó desde el

46 corredor.

—¿Ya tomó café? —me preguntó.

—¡Uh!, hace rato, don Samuel.

—Ah... pues es que yo lo iba a convidar. —Y después agregé—: No, de veras, si no ha tomao venga y toma conmigo.

Me tentó la oferta, pero me conformé con darle las gracias y tragarme un poco de saliva. Al poco rato, y sin saber ni de dónde, apareció Leví con su inseparable sombrero alón y una barba de dos días.

—¡Hola, Sibajita! ¿Cómo está, hombre?

—Pues, así como lo ve, Leví, ni tan bien como quisiera yo, ni tan mal como lo desearan otros. —Y haciéndose el tonto le conté la *perrada* que había hecho conmigo don Ramón, y le metí que había pasado la noche encaramado en un árbol, como un congo.

—¡Qué barbaridá! Ve, Sibajita, ¡con eso sí que yo no estoy de acuerdo! La política es la política, pero eso no se debe hacer con nadie.

Enjarraba la cabeza como potro cerril y, mientras se cubría la barba y la boca con la mano, me miraba de medio lado, por debajo del ala del sombrero. Terminó ofreciéndome café “con un queso riquísimo que él mismo había prensado”. Un momento después estábamos sentados a la mesa: una lata de galletas de soda, una palangana de plátano sancochado, jamón del diablo y el famoso queso blanco esponjándose en un plato.

—A ver, Culí, tráiganos café —ordenó Leví.

Entró el viejo tuerto con un pichelazo de café caliente.

—Tome, Sibajita... póngale leche condensada. Mire, ¡éntrele al queso pa'que vea qué rico!

Y entre Sibajita por aquí y Sibajita por allá, comenzó a meterme una sarta de mentiras para justificar la creación de la Mesa de Amure.

No sé por qué demonios se me hacía simpático ese tipo, a pesar de estar seguro de que él era quien había aconsejado que me dejaran del otro lado del río y el que había preparado todo el *sancocho* electoral. Tenía más de veinte años de vivir en Talamanca, en donde, además del montón de chiquillos que le criaba su mujer, había regado la semilla por todos los rincones. Frisaba, entonces, en los cincuenta años, bien disimulados por su aspecto vigoroso. A penas si sabía leer y escribir, pero era muy inteligente, astuto y malicioso y dominaba el arte del disimulo como pocos y, tal vez por eso, acababa de alcanzar el más alto honor a que puede aspirar un talamanqueño: la Agencia Principal de Policía.

Se acercó don Samuel y nos brindó una lata de mermelada. Los indios, desde la puerta, lanzaban miradas de hambre sobre la mesa. Al poco rato llegó don Ramón y después de titubear un poco se sentó con nosotros. Leví comenzó a hacerme promesas y a garantizar la pureza de las elecciones que íbamos a realizar y entonces don Ramón, haciendo a un lado el café que estaba endulzando y como si no hubiera pasado nada entre los dos, lo interrumpió para decirme:

—¡Ah, no! ¡De eso sí podés estar seguro! A mí me ha mandao el señor Presidente a impedir toda clase de chanchullos. —Y golpeando la mesa con el puño, agregó en tono exaltado—: Lo que's de esta vez, ¡nada de guaro, ni de baile, ni de cosas por el estilo!

Los indios que se habían acercado a pedirnos galletas retrocedieron asustados, mientras yo me reía de las palabras y gestos del delegado del Presidente.

Leví insistía en que comiéramos más queso, y agachando la cabeza para mirar al viejo de medio lado, murmuró:

—Hombre, ahora sí es cierto que le voy a dar a don Ramón los quesos que le ofrecí.

—¡Ah, bandido! —interrumpió el viejo. Y dirigiéndose a mí—: ¿Vos sabés qué's la cosa? Pues que'l condenado hace días

que está sacando quesos de la casa con el cuento de que son pa'mí... ¡y se los lleva a una querida que tiene en Chasse!

—No le haga caso, Sibajita —decía Leví, riéndose.

—Ah, no, y eso no es nada —añadió el viejo—. Vos conocés bien a Ramoncillo el mío, ¿verdá? Pues este sinvergüenza me lo tenía entotorotao con una mujer y casi consigue que el *baboso* se casara con ella, ¿qué te parece? Yo vi al muchacho muy entu-
 48 siasmao, jalando avena y leche y todo lo que podía, y me contaron que' estaba feliz porque iba a tener un hijo. Comencé a sospechar de los manejos de este zamarro, y en cuanto supe que la mujer había parío, le dije a Ramoncillo: “Quiero ir con vos a ver ese chiquillo, pues yo conozco muy bien la pinta de mi casa...”. Y apenas vi el mocoso, jalé a Ramoncillo por aparte y le dije: “¡Mira, no seas *sonajas*! ¿No estás viendo que esa es la misma *jícara* de ese sinvergüenza de Leví?”.

Leví hacía gestos desmintiéndolo, imposibilitado para hablar por la risa y por un *tuco* de plátano maduro que amenazaba con ahogarlo. En la puerta se recortó la figura de Jorge:

—Vamos a ver si comenzamos esto. Yo creo que ya va siendo hora.

Don Ramón y Leví sacaron sus relojes mientras se levantaban de la mesa.

—Sí, ya es hora —dijo Leví volviendo a ver a don Ramón. Luego me dio unas palmadas en el hombro, diciéndome en voz alta:

—Bueno, Sibajita, hasta luego. Espero encontrarlo aquí, en la tarde. —Y bajando la voz como para que no lo oyera nadie, agregó casi a mi oído—: Usté sabe, Sibajita..., yo, como nada tengo que ver en esto, mejor me voy pa' que nadie tenga que decir que me entremeto en la política. ¡Ni con Dios ni con el diablo! Así es mejor, ¿verdá, Sibajita?

Vi brillar una sonrisa irónica en sus ojillos cerdunos, ocultos bajo el ala del sombrero, y un minuto después se perdió por entre un bananal.

Apenas desalojamos el cuarto, un puñado de indios se precipitó a su interior, disputándose tenazmente las sobras de la mesa.

Cerca de la puerta, pegadas por fuera del tabique, campeaban unas largas listas de ciudadanos debidamente firmadas por todos los miembros de la Junta. Me acerqué a examinarlas, seguro que iba a encontrar la confirmación de mis sospechas. Según las tales listas, la Junta se había estado reuniendo todos los días desde el 5 de febrero, para hacer la entrega de las cédulas y todos los indios se habían presentado a retirarlas. ¡Ciudadanos ejemplares, dignos del aplauso y de la admiración de todos los costarricenses! ¡Y maravillosa propiedad la de los miembros de la Junta, que sin llegar todavía a Amure ya se podían reunir, repartir cédulas y firmar las listas! Riéndome me dirigí a Jorge, que me estaba mirando desde la esquina del corredor:

—¡Carajo! Qué indios más disciplinados, ¿verdad? ¡Bajar por esas montañas sólo por retirar sus cédulas antes del día de las elecciones! ¡Palabra de honor que merecen un premio! ¿Esa era la precisa que tenían de dejarme allá?

Él se sonrió avergonzando y se hizo el tonto, cambiando de conversación.

—¿A ónde le parece que sería mejor colocar esa mesa? —me preguntó señalándome una, larga y lavada, que estaba en el corredor.

—Pues a mí me parece que se debe poner allí cerca de la puerta de ese cuarto que es el que va a servir pa'votar.

—¿No sería mejor dejarla onde está?

—¡Qué va a creer! —le dije en son de chanza—. No ve que entonces los indios, al dar la vuelta aquí, pueden encontrar quien les pegue la estampilla sin necesidad de llegar hasta el cuarto y, ¿cómo haría yo pa'controlarlos desde aquí?

Se fue a consultar con los demás, y entretanto yo me fui a dar una husmeada por todos los rincones del cuarto en que iban a votar los indios. Examiné el piso, acabé de remachar una puerta que daba al otro lado de la casona, registré un armario grande que había, y satisfecho me dije: “Aquí sólo que algún bandido se meta a uno de esos otros cuartos y se dedique a dirigir la función por encima del tabique. ¡Hum!, por lo que estoy viendo, los indios van a tener que entendérselas ellos solos con la pegada de la estampilla”.

Afuera la mañana era gris y cuajada de neblina y la llovizna lloraba lentamente en las hojas del naranjo. En el corredor comenzaba a amontonarse la indiada, y, allá enfrente, la cocina se llenaba de indios friolentos, entre los que se agazapaban las indias, mansas y desaliñadas. Algunos estaban cubiertos con harapos sucios; los más, con sus ropas lavadas y sin planchar. Pantorrillas al aire; camisolas sueltas; melenas cerdosas. Unos me examinaban perezosamente, con sus ojillos bovinos, inexpresivos. Otros, recelosos, me miraban con disimulo. Cinco o seis, calzados y mejor vestidos, de facciones más finas y más inteligentes, me miraban entre agresivos y burlones, mientras cuchicheaban con los demás indios en su dialecto. Esos no eran indios puros. El pelo crespo o sedoso y la piel más quemada o casi blanca, denunciaban el cruce con el negro o con el *castellano*. Debían ser los más listos y los que le servían a Leví para manejar las indiadas. En esos momentos debían estar ridiculizándome ante los indios, porque de vez en cuando éstos me volvían a ver riendo con aire socarrón.

Aparecieron unas gentes con la mesa, una banca y unos cuantos taburetes. Entre los que venían con la mesa estaba el cholo que se había quedado metiéndome cuentos del otro lado del río, mientras don Ramón se zafaba en el bote. Me saludó entre dientes.

Trajeron la caja, los paquetes electorales y todos los demás menesteres. Los documentos habían sido violados y no respetaron ni los paquetes con las papeletas y las estampillas. Don Ramón se acercó para decirme:

—¡Hora vas a ver indios! Por lo menos se juntarán aquí seiscientos y yo los quiero reunir a todos pa'sacar una foto. —Y me mostraba una cámara fotográfica.

El viejo me estaba preparando. Ya en Limón me habían soplado que Leví estaba entrenando a unos treinta indios de los más despiertos, para que no fallaran a la hora de pegar la estampilla. Por más indios que llegaran no los podían poner a votar a todos, pues eran capaces de pegar la estampilla en cualquier lugar o de no pegarla del todo, anulándose el voto. Los más seguro era que pusieran a votar varias veces a los indios entrenados, a fin de que la votación resultara tal y como la necesitaba el gobierno.

—¡Hola! Vos vivías onde Escorcía cuando yo estuve en su casa hace por ahí de unos seis años, ¿no te acordás de mí? —Me dirigía a un negrillo, como de unos diecisiete años, que estaba sentado en la baranda del corredor. Se quedó viéndome.

—Sí, yo soy, pero no mi'acuerdo de usté.

—Y aquel otro, ¿verdá que's el mismo que llegó una noche a meterle un maíz picao a la mujer de Escorcía?

—¡Sí, sí! —exclamó el negrillo. Y echó a reír, seguramente al recordar los aspavientos de la vieja cuando descubrió el engaño. 51

—¡Caramba, don Ramón! ¡A mí sí que no se me borra una cara por más años que pasen y' aunque no la haya visto nada más que una vez en mi vida!

El viejo se sonrió comprendiendo mi intención, mientras yo, en mis adentros, le decía: "Date cuenta, viejo marrullero, que no es tan fácil repetirme la gente por más bien que la disfracen".

Nos acomodamos alrededor de la mesa. Jorge hacía las veces de presidente. El muchachillo hijo del Agente de Policía de Sixaola como secretario; el cholo de los cuentos, luciendo una vistosa camisa de seda que ostentaba un barco de vela a colores en el pecho, se sentó a la par mía, se colocó unos anteojos viejos sobre la nariz y con risible seriedad se puso a examinar unos papeles: resultó llamarse Santiago y era miembro de la Junta. Don Samuel actuaría como escribiente y, en resumidas cuentas, la cosa se arreglaría entre familia, ya que el único extraño a la cofradía era yo.

Se amontonaron los indios casi encima de nosotros, amenazando con meternos por las narices las arrugadas cédulas de votación que estúpidamente estrujaban en las manos.

Después de ayudar a colgar un *chuica* que hiciera las veces de cortina en la puerta del cuarto en que se iba a votar, me dediqué a poner orden entre los indios y a tratar de alejarlos un poco de la mesa. Pasiva, pero tercamente la indiada se oponía a mis indicaciones, simulando todos que no entendían el español. El grupito de "vivos" dirigía la maniobra hablándoles en su dialecto.

—¡Nasigua! ¡Nasigua! —le decían a la indiada, señalándome.

—¡Nasigua! ¡Chiquirina! —Y la indiada reía burlándose de mí.

¿Qué diablos estarían diciendo esos tipos? Sospechando que estuvieran azuzando contra mí a la indiada, llamé a don Ramón, que se había acomodado en un sillón, en la esquina del corredor, para que me ayudara a retirar la gente. El viejo acudió con desgano y comenzó a hacer como que me ayudaba.

52 —¡Qué carajada! —exclamó—. Estos idiotas no entienden lo que uno les dice... ¡A ver, háblales vos, deciles que se retiren porque es prohibido amontonarse encima de la mesa! —ordenó a uno de los azuzadores, que lucía una hermosa *realera* en la cintura.

Tuve la certeza de que el viejo, al mismo tiempo que le daba la orden al tipo, le cerraba un ojo para que hiciera todo lo contrario.

—¿Quién es ese individuo que anda con cruceta? —le pregunté a don Ramón.

—El *Comisario* de Yorquín —me contestó.

El tal Comisario, trajeado con camisa de chinilla azul y pantalón del mismo color, zapatones toscos y torcidos y un viejo sombrero estilo *boy scout*, comenzó a moverse de aquí para allá y a dar instrucciones en dialecto indígena.

—Bueno, ya estamos listos —advirtió Jorge.

Avanzó un indio, abrió la mano y mostró una cédula electoral hecha un puño, Jorge tomó la cédula, la desarrugó con cuidado y leyó el nombre. Inmediatamente don Samuel buscó en la lista de sufragantes.

—Sí, aquí está —dijo, chequeando el nombre con una cruz. Luego él y el secretario procedieron a asentar el nombre en los registros oficiales, mientras Jorge entregaba al indio la papeleta y la estampilla.

—¡Un momento! —interrumpí yo—. A ver, ¿cómo te llamás vos? —pregunté al indio.

Este se quedó viéndome, con la boca abierta, mientras el Comisario y otros le hablaban rápidamente en su dialecto.

—Hombé —dijo Jorge—; es que estos indios no hablan ni entienden el español... Ya ellos dieron sus nombres a la hora de retirar las cédulas.

Hasta el cholo de los anteojos asintió gravemente con la cabeza.

—¿Ah, sí? —le dije, riendo, al ver que se confirmaban mis presunciones—. Pues si así es la cosa no hay más que recibirles el voto y... ¡adelante con los faroles!

53

A pesar de todos mis esfuerzos los indios se arremolinaban encima de la mesa. El que recibía las papeletas era asaltado por el Comisario, o por dos o tres al mismo tiempo, y en las barbas mías le daban instrucciones y le marcaban con el dedo el cuadrado oficial, para que pegara allí la estampilla.

—Bueno, bueno, ¿qué es esa vaina? —les decía yo, entre burlón y enojado—. Dejen de estar molestando a los votantes y retírense un poco.

—¡Nasigua! ¡Chiquirina! —murmuraban los indios entre risas, y volvían a la carga.

Los miembros de la Junta reían entre dientes y don Ramón, repantigado en su sillón, disimulaba su satisfacción tirándole manotazos a una terca mosca que se había empeñado, la muy cochina, en hacer un recorrido por sobre las venillas moradas que se le dibujaban al viejo en la punta colorada de la nariz.

Algunos votantes se dormían dentro del cuarto y no volvían a aparecer. Aprovechando la ocasión para echarle un vistazo al interior, levantaba la “cortina” y me los encontraba contemplando las papeletas como sonámbulos.

—¡Vamos, viejito, muévase! ¿A qué hora piensa votar?

Jorge continuaba entregando papeles y había veces que hasta seis indios, ya con las papeletas y las estampillas en la mano, esperaban el turno de meterse al cuarto. Los soplones aprovechaban estas papeletas para darle instrucciones a la indiada y mientras yo intervenía para evitarlo y le pedía a Jorge que no repartiera más papeletas, uno o dos soplones se introducían al cuarto para “ayudarlo” al que allí estaba a pegar las estampillas. Corría yo a sacarlos:

—¿Qué diablos están haciendo ustedes aquí? ¡Vamos pa'fuera, majaderos!

Los indios, los miembros de la Junta y el delegado del Presidente de la República celebraban con carcajadas las gracias de los compinches de Leví.

Entre los que se iban acercando a la mesa descubrí a Juan Motawa, escondiendo la cara para no encontrarse con mis miradas.

54 —Hombre —le dije a Jorge— ahí viene Juan Motawa y quiero ver con qué nombre va a votar ese bandido.

—Ah, no, por'eso no! —me contestó el muy serio—. Estos indios son tan tontos, que cuando uno les pregunta el nombre dicen llamarse de una manera y en realidad se llaman de otra.

Y Juan Motawa votó con la cédula de Perico de los Palotes.

Cuando encendía un cigarrillo desaparecían las miradas de recelo y de animadversión. Los indios se quedaban embobados, contemplando el humo, hasta que el más resuelto, olvidándose del “nasigua” y del “chiquirina” y de que no sabía hablar español, avanzaba hacia mí, diciendo:

—Dame cigarrillo, paisano. Yo querer fumar, paisano.

Cuando me decía eso, ya estaba metiendo la mano en la bolsa de mi *jacket*. Chupaba desesperadamente el cigarro, estirando la trompa y sumiendo los carrillos. Los demás, envalentonados por ejemplo, me asediaban entonces repitiendo el estribillo:

—¡Dame cigarrillo, paisano! ¡Yo querer fumar, paisano!

No les obsequiaba los cigarrillos con la intención de congraciarme con ellos, como tampoco me podía resentir la antipatía que me demostraban, ya que los pobres indios no podían tener ni la menor idea de lo que allí se estaban realizando.

—Sí le sigue dando cigarrillos a todo el que le pida se va a quedar a oscuras, José Francisco —me decía don Samuel, mientras mojaba la pluma en el tintero.

De vez en cuando aparecían, por la plazoleta de la iglesia, gruesos pelotones de indios que, después de saludar a don Ramón, desfilaban hacia la cocina. El viejo los señalaba diciéndome:

—¡Fíjate! ¡Vas a ver la indiada que se va a reunir aquí!

—Y lo mejor es que ya todos vienen con su cédula, ¿verdad? —le contestaba yo, dándome cuenta de que Leví, que estaba escondido por detrás de la casona repartiendo cédulas, era el que organizaba los grupos de indios para que, cruzando por entre el monte, aparecieran de nuevo por delante de la iglesia, como viniendo de lejos, con el fin de hacerme creer que estaban llegando grandes cantidades de votantes.

55

Arreció el agua y las goteras amenazaron con echar a perder los documentos electorales. Los indios, friolentos, se acurrucaban frotándose las manos, y allá lejos, debajo de un palo de aguacate, la vaca chinga rumiaba estoicamente, envuelta en la nube de vapor que de desprendía de su flaco cuerpo. El toro había sido devorado por la indiada la noche anterior.

Desfiló el “cuñao” lanzando miradas recelosas, y votaron todos los compinches de Leví, inclusive el famoso Comisario. Calculé que ya habían votado todos los indios más despiertos y el grupo entrenado por Leví. De ahí en adelante, o intentaban repetirme los votantes o se corrían el riesgo de perder el noventa por ciento de los votos. Un chiricano alto y huesudo, con una especie de copa de sombrero en la cabeza, y que hablaba el dialecto indio a la perfección, se sentó a la orilla de la puerta para “ayudarme” a poner orden; y comenzó el desorden:

Se metía un indio al cuarto. A los cinco minutos sacaba la cabeza por entre la cortina y mostraba las papeletas y las estampillas, como pidiendo que le explicaran qué diablos era lo que tenía que hacer con aquellos pedazos de papel. El chiricano o el Comisario se le tiraban encima dándole explicaciones. Se metía el indio de nuevo y se oían sus manotazos contra la mesa, en un vano esfuerzo por pegar las estampillas. ¡No les había puesto saliva!... Y volvía a aparecer mostrando las estampillas despegadas y haciendo gestos de desesperación. Antes de que intervinieran nuevamente los soplonés, lo cogía yo de un brazo y lo arribaba a la mesa de la Junta.

—A ver, Jorge; decímele a este señor cómo es que se vota.

Jorge no tenía más salida que coger la papeleta y la estampilla.

—Se le unta saliva a esto, así, ¿ve? —le decía al indio, mostrándole la estampilla y haciendo como que le pasaba la lengua—. Después la pega aquí... o aquí... onde usted quiera, ¿entiende? —Y le marcaba las casillas de los partidos políticos.

—Ejem —murmuraba el indio completamente desorientado.

56 ¡Menudo enredo para un pobre indio de Talamanca! Primeramente todos le decían que debía pegar la estampilla sólo en determinada casilla, que le indicaban, ¡y ahora resultaba que la podía pegar en cualquiera de las otras!

Para disgusto de los miembros de la Junta y del pobre don Ramón, la cosa se repetía con demasiada frecuencia y no eran pocos los que, después de una nueva lección del presidente de la Mesa, salían mostrando entre sus manos la papeleta extendida, a manera de azafate, y exhibiendo sobre ella como un par de galletitas finas, las benditas estampillas..., ¡pero despegadas!

Aparecían unos votantes que no tenían ni dieciséis años.

—Hombré, Jorge, ¿y ese chiquillo que viene allí?

—¡Hum!..., no hay que engañarse con los indios —me decía—; ese carajo ya tiene hasta hijos... Es que no demuestran la edad.

—Es'es más viejo que yo —sentenciaba el cholo, limpiando ceremoniosamente los anteojos.

De cuando en cuando me iba a dar una asomadita por el cuarto. Cuando regresaba encontraba al chiricano con el pescuezo bien estirado, la cabeza metida por dentro de la cortina y hablando animadamente con el votante.

—Oiga, amigo, ¿qu'es lo que está haciendo ahí? —le gritaba yo.

—Es qu'estaba viendo qué le pasaba a ese que no salía ligero —me decía, contrayendo su cara de payaso.

—Pues, es mejor que no vuelva a ver nada, ¡baboso!

Los soplones comenzaron a impacientarse conmigo. Yo me hacía el tonto y en son de broma registraba hasta el cuarto de don Ramón.

—Voy a ver —le decía al viejo —si hay'algún bicho escondido aquí.

—No, ¡eso sí que no, José Francisco! ¡Yo no permitiré chanchullos, ni repartideras de guaro, ni nada de lo que aquí si'ha acostumbrado! Mirá, si se hubiera repartido licor... ya nos hubiera llevao el diablo con estos indios y quién sabe qué ti'hubiera pasao a vos.

Como respondiendo a las palabras de don Ramón, y azuzada por los soplones, la indiada se tornó más agresiva, y volvió a levantarse el rumor que era burla y amenaza:

—¡Nasigua, nasigua! ¡Chiquirina!

Don Samuel y los miembros de la Mesa estaban muy preocupados por la inutilidad de los votantes. Don Ramón llamó disimuladamente a uno de los soplones y le habló al oído. Acto continuo el tipo se escurrió por entre los indios y desapareció.

—¡Hum! —me dije yo—. Ya le mandaron a contar a Leví lo que está pasando y horita comienzan a funcionar las tijeras, el peine y los cambios de ropa.

¡Dicho y hecho! Al poco rato comenzaron a aparecer unos indios muy bien peinaditos a punta de grasa y agua. Se veía que Leví estaba muy atareado trasquilando indios y no tenía tiempo ni de sacudirlos, porque la mayor parte llegaban con los montones de pelo en el pescuezo y las orejas. Y comenzó la repetición de los votantes:

—¡Ese tipo que viene allí votó con los primeros y' hora vuelve peinado de carrera en medio!

—No, Sibaja. Si es que todos los indios se parecen mucho.

—Bueno, y, ¿ese viejo tuerto? Con ese ni siquiera perdió tiempo Leví; la misma camisola asquerosa, las mismas mechas, el mismo ojo tuerto... ¡y la mismísima cara de brujo!

El tuerto me volvió a ver de mal talante.

—Pues'está equivocado, Sibaja... Es que tiene un hermano gemelo.

—¡Ah, carajo! —exclamé, sin poder contener la risa—. ¡Entonces son tuertos de nacimiento los pobrecitos!

—¡Sí, sí! —afirmó de lejos don Ramón—. Así es la cosa, José Francisco, aunque te parezca mentira.

Yo seguía luchando tesoneramente.

—Fíjese bien, don Samuel, ¿ve aquella figurita que viene ahí? Pues la primera vez que votó le regalé un cigarro; la segunda me pidió otro y, por lo que veo, ya viene por el tercero... ¡Si la cosa tupe, ese trapalmeja se va a fumar todos mis cigarrillos!

58 Don Samuel ni parpadea. Yo proseguía:

—Bueno, señores, allí viene Juan Motawa otra vez; ¿será Juan Motawa o será su hermano gemelo?... ¿Y el “cuñao”?; ¡allí está el gran bandido arrugando otra cédula y agazapándose entre los demás!... ¡Ah, no, no, señores! —exclamé, comenzando a perder la paciencia—. ¡Esto sí que ya es el colmo del relajo!: ¡el señor “comisario” va a votar otra vez y ni siquiera tiene gracia pa’quitarse el chonete y dejar la rialera a un lao!

Los miembros de la Junta ya ni intentaban justificar nada, limitándose a sonreír, a excepción del cholo de los anteojos, que simulaba estar muy ocupado en descifrar algo que tenía escrito en un papel.

Últimamente la tal votación no era más que una cínica porquería. Los indios no hacían más que votar y salir disparados a traer otra cédula. Me dirigí a donde el viejo don Ramón, que fingía dormir.

—¡Mire don Ramón, ya esta vaina es insoportable! —le grité casi en la cara.

El viejo abrió los ojos y como que se asustó al darse cuenta de que no estaba chanceando.

—No, José Francisco... Yo he venío aquí... bueno, vos sabés... ni chanchullos, ni guaro, ni...

—¡No *joda!* —lo interrumpí yo—. ¡Déjese de cuentos y de carajadas! ¡Vaya, llame a ese sinvergüenza de Leví, que está ahí a la vuelta, pa’que arreglemos esto de alguna manera. ¡Vaya, porque estoy sintiendo que usted y yo vamos a ser los patos de la fiesta! —le dije, calculando que nadie podía creer que yo anduviera desarmado y sabiendo que el viejo me creía capaz de cualquier barrabasada.

—¡Bueno, bueno! —exclamó, poniéndose de pie apresuradamente—. Voy a ver si encuentro a Leví.

Al ratito apareció Leví, ladeando la cabeza y frotándose las manos. Me fui a encontrarlo, dispuesto a pasarle por alto sus marrullerías.

—¡Hola, Sibajita! ¿Qué's lo que le pasa, hombre?

—Pues, lo que me pasa es que me está llevando el diablo. A qué cré usted que he venido yo aquí, pasando hambres y dificultades, ¿a ver estos señores chorriando tranquilamente los trescientos votos que tienen preparaos?... ¡No, Leví! Esto no es justo ni yo lo voy a tolerar así porque sí. Y aquí se va armar la de San Quintín porque lo que soy yo...

—Tiene razón, Sibajita —interrumpió Leví, enjarrando más la cabeza y mirándome de medio lado—. Aunque, como usted sabe, Sibajita, yo en política ni pa'dentro ni pa'juera... pero no me gusta esto que están haciendo con usted. La política es la política, pero del palo caído no se debe hacer leña, ¿verdá, Sibajita?

Para impresionarlo le agregué que yo había denunciado con anterioridad, por la radio y por la prensa, todos los chanchullos electorales que se preparaban en Talamanca y que de insistir la Junta en chorrear todos los votos, no iba a tener yo nada más que dos caminos a escoger: o les armaba allí no más un lío que podía tener graves consecuencias para todos, o me iba a San José, levantaba un polvorín por la prensa, emplazaba públicamente al Presidente de la República y araba el cielo y el mar hasta conseguir la anulación de esa Mesa.

—Usted sabe, Leví —terminé diciéndole— que en estos líos el hilo se rompe por lo más delgao y que si se ven obligaos a castigar a alguien, son muy capaces de sacrificarlo a usted pa'salvar a los paces gordos.

Leví paró las orejas.

—Sí, Sibajita, esto es una barbaridá... ¿Y cómo cré usted que se le puede arreglar la cosa?...

—Pues, hombre, que se conformen con ciento cincuenta votos. ¿Qué más quieren? Son ciento cincuenta votos regalaos.

Se rascó la barba, me examinó rápidamente de reojo y por último se resolvió:

—Vea, Sibajita. Aunque yo nada tengo que ver con esto, por tratarse di'usté voy'hacerle la juercita... Aguárdese y verá: voy'hablarle a don Ramón a ver qué dice. —Y guiñándome un ojo se fue a conversar con don Ramón.

Mientras se discutía mi proposición, yo echaba mis cálculos. Si la aceptaban, me ganaba la mitad de la votación; pero si se emperraban en chorrear toda la Mesa y luego resultaba el Gobierno necesitando esos votos, ni el Padre Eterno lograría que los tribunales la anularan.

Al poco rato llegaron los dos zamarros, y don Ramón adelantándose, me dijo:

—Dice don Samuel que ciento cincuenta son muy pocos porque si'ha gastao mucha plata en esto, y que si vos querés la paramos en ciento sesenti'cinco.

—¡Cómo me van a meter ciento sesenti'cinco! —grité yo—. Por lo menos dejémosla en ciento sesenta.

—Pero mirá, José Francisco, ¡si es que no podemos rebajar tanto! Vos sabés... los compromisos. Si más bien nos estamos arriesgando mucho.

Al fin aceptaron la cantidad que yo fijaba y a las doce del día se dio por terminada la votación.

—Entonces, ¡nos vamos'almorzar! —exclamó Leví, arras-trándome hacia la cocina.

Don Ramón se quedó un poco atrás y yo no me hice rogar mucho, pues a pesar del hartazgo de la mañana las hambres atra-sadas todavía me hacían cosquillas en la barriga.

La tal cocina era muy incómoda y mal cerrada. Mesas y bancas primitivas. En una esquina, un fogón sobre el que hervía a borbotones una gran olla de sancocho, cuyo espeso vaho provocaba a los pobres indios, que tenían que conformarse con meter la nariz por entre las rendijas. El culí tuerto, armado de un cucharón, de vez en cuando sacaba pocos de caldo que enfriaba soplándolo con la trompa y que luego iba sorbiendo poquito a poco, para tomarle el gusto y calcular la sal. Nos sirvió la sopa

en unas palanganillas de estaño. Apareció don Ramón con unos aguacates y una media botella de ron.

—Hora ya nos podemos meter un trago, ¿verdá?

El licor debía estar arreglado con tabaco o chile, porque me quemó el gznate y me hizo coger aire por más de dos minutos. Al poco rato salí a dar una vuelta.

Había estado lloviendo mientras almorzábamos y los árboles cercanos se sacudían de vez en cuando, dejando caer una lluvia de gruesos y sonoros goterones. Allá lejos, de los montes sombríos, se desprendía la espesa neblina en enormes volutas, con las que lentamente la brisa iba modelando extrañas figuras.

El chiricano alto y huesudo se me acercó, hablándome en voz baja:

—Yo simpatizo mucho con usted, ¿entiende? Y es que casi somos los mismos, pues yo soy del Partido Socialista de Panamá; pero soy músico y tengo que ganarme una platilla, ¿entiende? —Se quitó el chonete de fieltro y se sacudió el montón de colochos negros y sedosos. Luego preguntó—: ¿Qué piensa hacer usted sobre esto?

—Nada —le dije—. Posiblemente más adelante escriba algo sobre las costumbres y la vida de estos lugares.

—Pues si escribe, no se olvide de decir algo de mí. Hable de Serafín de la Miranda, el músico talamanqueño. Que sepan allá que aquí también hay artistas. —Y su carilla se tornó ingenua como la de un chiquillo.

Fui a conocer los alrededores de la casona. Indias silenciosas bostezaban acucilladas a la orilla de la cocina; un indio solitario se entretenía en escarbarse afanosamente la nariz y con la otra mano le arrojaba terroncillos a las gallinas, que escabullían cacareando por entre el monte. Más allá, un grupo de indios discutía y gesticulaba con furia. El músico me informó que desde la noche anterior no les daban a probar bocado y que había descontento entre la gente.

Subí al puentecillo que unía la casona con la iglesia y empujando la desvencijada puerta de esta última penetré a su interior. Ni escaños, ni barandal, ni altares, ni púlpito; sólo allá, en un

oscuro rincón, se adivinaban dos bultos envueltos en tela negra. El interior del pequeño templo aparecía a mi vista, pobre, abandonado y oscuro. Silencio profundo. Pero no el misterioso silencio de las grandes catedrales en el que parecen vibrar perennemente los ecos del órgano, el bisbiseo de las beatas y el latín gangoso del cura, sino el silencio frío de las cosas muertas. Y en vez del aroma enervante del incienso, se levantaba de todos los rincones un desagradable olor a humedad y cosa vieja.

Aguijoneado por la curiosidad me encaminé de puntillas hacia uno de los extraños bultos, y cuando iba a levantar la tela negra que lo cubría pasaron por mi mente leyendas de templos misteriosos y de ídolos terribles... Pero se trataba pura y simplemente de una imagen de madera carcomida por el tiempo y la polilla.

Abandoné la iglesia y me fui a reunir con don Ramón y Leví, que sentados conversaban en el corredor. Al poco rato se nos reunió don Samuel y nos pusimos a comentar los incidentes de la votación. Quise conocer la opinión de este último sobre la Mesa de Amure y él se puso a enumerar las razones que hacían necesaria la tal Mesa.

—En último caso —terminó diciendo— las elecciones son una fiesta, una alegría que le traemos a esta gente.

—Pues, hombre —le dije—, a mí me parece que en vez de estas fiestecitas que no sirven nada más que para corromper a los indios, debían ustedes preocuparse por traerles maestros y organizar un escuela en esta misma casa y...

Me interrumpió Leví:

—¡Pero si aquí está funcionando una escuela, Sibajita! No hace mucho que se jugaron los maestros de vacaciones, ¿verdad, don Ramón? —Y riendo maliciosamente, agregó—: Por cierto qui' hora que llegamos tuvimos que ponernos a limpiar las paredes, porque por todas partes habían pintao con tiza corazones atravesados de puñales y acompañaos de letreros que decían: “Losi y Cobijo juntos hasta la muerte”, “Amor eterno”, “No me olvides”... ¿Qué le parece, Sibajita?

Yo me quedé viendo a Leví, extrañado, casi adivinando la cosa y, mientras éste se agazapaba para ocultar la risa, don Ramón se echó hacia atrás sobre el espaldar del sillón, ahogándose casi en sus carcajadas de asmático, con las que parecía imitar a una bandada de oropéndolas.

¡Sí... sí es cierto! —logró al fin murmurar el viejo—. ¡Y lo peor es que ese par de chanchos son paisanos tuyos, José Francisco!

—Y suyos también, don Ramón... ¿Pero es posible, Leví?

—¡De veras! Oiga, don Ramón, ¡no quiere créer Sibajita!... ¿Y usted sabe, Sibajita, lo que me pasó con sus paisanos cuando llegaron aquí? Resulta que en cuanto se vieron en Chasse se fueron pa'mi casa, y como se trataba de los maestros yo les puse un bote a la disposición y les di un guía pa'que los traer'aquí; además, les presté un machete y una escopeta y les regalé unos tiros pa'que se ayudaran, ¿entiende, Sibajita? —Se hizo un poco de aire con el sombrero y luego prosiguió:

—Pues'hora verá... Como a los quince días pensé que lo mejor era darli'una vuelta a los maestros pa'ver cómo les iba yendo, y cogí el bote y me vine pa'ca. En cuanto entré a esta casa, lo primero que vi, en un rincón, fue mi escopeta, sin usar. Y en eso me sale aquel más bonitillo..., no el moreno, sino el qu'es todo así, ¿entiende, Sibajita? —Y Leví comenzó a hacer muecas y a gesticular como un afeminado. Y continuó—. Pues, me sale y de buenas a primera me dice: “Ay, don Leví! ¡Lléves'esa *cosiaca* que está allí, porque si no lo que soy yo me *jalo* una *toorrta*! Sí, se lo juro por Dios... me la jalo porque me la jaalo!”. Ya a mí esa vozcita y esas carajaditas comenzaron a olerme muy feo. “Bueno, ¿pero qu'es lo que le pasa?”, le pregunté. “Pues, nada”, me dijo. “Que si usted no se la lleva, ¡un día'e tantos le voy a dar un tiro a ese mil puutas!”. “Pero, ¿qué fue lo que l'hizo su compañero?”, le pregunté yo, dándome ya cuenta de la vaina. “¡Ni le cuento, ni le cueeento!”, me contestó, y se fue moviendo la nalgas, tal y como las mueven las putas.

—¿Y qu'era la cosa, Leví?

—Pues, nada, Sibajita. Qu'el otro pocapena si'había ido una noche pa'una *chichada* y si había estao revolcando con una

chola... Celos, Sibajita, ¡puros celos! ¿Verdá que merecían una apaliada?

Los indios comenzaron a protestar por el hambre y porque querían seguir votando. Leví despejó el campo gritándole a la gente:

—¡Vaya a degollar la vaca y se l'hartan! ¡Y no jodan más!

64 Jorge y el secretario llegaron a convidarme a que fuera con ellos al río. Uno de los cholos ofreció llevarnos a una playa buena para tomar un baño.

El viejo don Ramón, al oír hablar de baño, se frotó la nariz y riendo maliciosamente, me dijo:

—Bueno, hora ya podemos, ¿verdá?

Me guiñó un ojo, se fue al cuarto y sacó de debajo de su camón un enorme garrafón de guaro. El cholo le ayudó a arrastrarlo hasta la puerta del cuarto.

—Antes de que se vayan a bañar es mejor que nos metamos un trago.

Aceptada la invitación del viejo, el vaso dio rápidamente la vuelta en medio de carraspeos y salivazos. Dejamos a los viejos con su guaro y nos fuimos para el río. De regreso, casi ya envueltos en la sombra de la noche, Jorge me habló del baile de los indios.

—Si quiere, hora que llegamos nos vamos a dar una vuelta por allá. Hay algunas indias guapas y si uno se pone vivo es fácil conseguirlas.

—¿Y los indios no celan a sus mujeres? —pregunté.

—Luego están todos los borrachos... ¡y como se trata e' nosotros! —insinuó Jorge. Y después—: Lo que no permiten es que sus cholas se revuelquen con los indios de los otros ríos; es que los del Yorquín no se llevan con los de Sixaola y así por el estilo.

—¿Y cómo se entienden ustedes con las indias?

El secretario y Jorge rieron y este último agregó:

—Nu'hay que perder mucho tiempo hablándoles. Se agarran di'un brazo y se jalan pa'l monte. Si dicen "éjem" es que no

quieren salir con uno, y si dicen “ejém” es qu’están di’acuerdo. —Luego, riéndose de la aventura, me contó cómo el secretario, por timidez, no había gozado de una india casada.

—La pura verdá es que yo no le tenía muchas ganas —murmuró el secretario, picado en su vanidad de macho.

—¿No? —preguntó burlescamente Jorge. Y para remarcar—: ¡Si fue que te pusiste a decirle majaderías, como si se tratara di’una novia! En cambio, yo llegué y, sin decirle nada, le metí el hombro a la puerta: “¡No entrar, no entrar! ¡Indito venir!”, gritaba la india, sosteniendo la puerta por dentro. “¡Qué m’importa a mí tu indito!”, le dije, y di’un gran empujón me le metí entr’el rancho.

65

—¿Y qué hizo entonces la india? —inquirí yo.

—¿Que qué hizo? Pues se dejó caer al suelo llorando y se tapó la cara con las manos...

—¿Onde es el baile? —pregunté, por cambiar la conversación.

En un *tambo* bastante grande, qu’está en medio de un abandono. Horita nos vamos pa’allá.

En el corredor de la casona los viejos conversaban alrededor de una mesa, en la que ardía una lámpara de petróleo. Jorge entró al cuarto en busca de un foco. Convidamos a Leví a que nos acompañara y él se excusó, prometiendo llegar al baile, pero un poco más tarde.

—Seguro qu’el condenaio está pastoriando alguna india —insinuó el secretario, en voz baja.

Salimos. Noche negra y silenciosa. Arriba, ni una estrella. A lo lejos las deformes siluetas, más negras aún, de los montes dormidos. Nos internamos en un bananalito. Los chorros de luz de los focos, en su inquieto vagabundeo, iluminaban los tallos enfermizos, los intrincados matorrales y el trillo que seguíamos, asustando de paso a los cerdos de un rancho solitario que gruñeron irritados. Escuchamos voces aguardentosas y pronto alcanzamos a dos indios que acompañaban a una india vieja. Todos se tambalean, pero la vieja parecía más borracha que los

otros dos; gesticulaba como una loca y hablaba a gritos en su dialecto, intercalando frases groseras chapurreadas en inglés y español. Cuando le pasamos adelante, la vieja gritó:

—¡Ser india talamanca, peru'hablar inglés y español! Y no tener miedu'a nada, ¡carajo! —Dio un traspíe, perdió el equilibrio, y si uno de sus compañeros no la sostiene hubiera ido a dar de cabeza en un zanjón.

66 —Esa vieja se va a matar —comenté en voz baja.

—¡Qué va! —murmuró Jorge—. Esos indios son como las mulas: ni en la oscuridá pierden el camino.

Al poco rato llegamos al limpio, en el centro del cual se alzaba el tambo. Del oscuro techo pajizo se escapaban hillillos de luz amarillenta y multitud de sombras se movían en la escasa luz interior. Un sordo rumor de voces humanas rompía el silencio de la montaña.

Subimos al tambo por un tronco que habían convertido en escalera sacándole unos cuantos bocados con el hacha o el machete. Un centenar de indios se revolvía dentro del no muy espacioso local. Chiquillos, jovencitas, viejos y viejas. Unos cuantos negros y dos o tres *castellanos*. Miradas extraviadas, gestos torpes. Tufo a guaro y a sudor.

—¡Aquí estar los de la votación! ¡Qué viivan! —gritó uno al vernos aparecer.

—¡Qué viva Talamanca! ¡Música! ¡Música!

Gritaban en indio, en inglés y en español. Se dejó oír un ruidillo extraño e inmediatamente comenzaron a formarse las parejas. Los hombres se acercaban a las mujeres y, sin decirles nada ni alzarlas a ver siquiera, las cogían de la mano, tiraban de ellas hacia el centro y comenzaban a imitar, torpemente, pasos de “son” o de “fox” sobre el irregular y sucio piso de maquengue. Bailan también hombres con hombres e indias con indias. De vez en cuando, agresivo por el guaro que tenía entre pecho y espalda, alguno avanzaba hacia las indias que bailaban y, cogiendo a una del brazo, deshacía la pareja para emparejarse él; otro capturaba a la compañera y asunto arreglado. Ni un gesto de disgusto o de protesta entre las indias.

Tres o cuatro lámparas de petróleo iluminaban a medias la escena con sus llamitas vacilantes. En un rincón, acurrucado sobre un trozo de balsa, con un colicho negro sobre la frente y su extraño gorro bien encasquetado, alcancé a ver a Serafín de la Miranda soplando afanosamente su dulzaina. El resto de la “orquesta” se componía de un negro con una especie de rallador de queso que rascaba tercamente con un clavo, otro con un peine y un papel, y un *castellano* con una guitarra desfondada y sorda. La “música” no se alcanzaba a oír ni a dos varas de los ejecutantes y las parejas bailaban a pulso. 67

Un negro era el encargado de repartir el licor, que sacaba en jarros de un cuartucho cerrado. Los indios se lanzaban sobre él, estirando las manos, pero el negro los contenía hablándoles severamente. Imploraban en indio, y el que alcanzaba el jarro, hombre, mujer o chiquillo, se lo llevaba atropelladamente a la boca, con las dos manos, y bebía a grandes tragos, sin respirar siquiera. Se caldeaba el ambiente por momentos. Medio borrachos, algunos pedían cigarrillos. Unos cuantos, borrachos del todo, sentados en la orilla del tambo, parecían contemplar estúpidamente la negrura de los montes, como en acecho de las parejas que de vez en cuando se escurrían furtivamente del baile.

Un indio viejo y bajito, ya borracho del todo, se acercó a Jorge implorándole un trago. Jorge, para deshacerse del borracho, le dijo que yo era el dueño del licor. El viejo, meciéndose, se me acercó:

—¡Dar'un traguito, paisano! ¿Por qué nadie querer a Escat? Escat no tomar ni un traguito así —me dijo, juntando casi el índice con el pulgar.

—¿De veras? —exclamé con sorna. Y por burlarme del viejo—: ¡Pobrecito Escat! ¡Y tan buen muchacho que's usté!... ¿por qué's que no lo quieren?

—Sí, yo ser jovencita, jovencita... Yo vive solito en mi rancho poque nadie querer a mí... Cholas decir que Escat ser borrachín.

—Caramba, qué mentirosas, ¿verdá?

—A mí sólo gustar un traguito —afirmó el viejo—. Usté, paisano buena, tener mucho guaro pa'los inditos talamanqueños.

—¿Guaro? Lo que les vamos a traer son maestros pa'que les enseñen a escribir y a...

—¿Maestros? —interrumpió Escat, furioso—. Hombre cochino, ¡carajo! —Y escupió, haciendo ascos, contra el suelo.

—No —le dije—; no esos que tenían, sino otros que sí van a enseñar a los chiquillos.

—¿Otros? ¿Cómo Branco?... ¡Matar inditas ese bandido!

68 —¿Cómo matar inditas? —le pregunté intrigado.

—Sí, garañón, ¡carajo! —exclamó el viejo, haciéndome un gesto indecente pero expresivo. Y luego—: Indios talamancas no quiere maestros pa'los inditos.

—¿Quién es ese Branco de que habla Escat? —le pregunté a Jorge, que se nos había acercado.

—Hombré, no sé si es el otro maestro qu'estuvo aquí o el fotógrafo que vino a lo de las cédulas de identidad. Y después, dirigiéndose al viejo—: Bueno, Escat, cuénteles al amigo lo qu'hizo Leví ayer en su rancho.

—Comer... como treinta aguacates —gruñó Escat, entre hipo e hipo.

—¿Y yo? —volvió a preguntar Jorge.

—Uté come sólo tres —e hizo que contaba con los dedos. Y descubriendo su juego—: ¡Pero dar un traguito a Escat!

—Si usted no puede beber más —dije yo, riéndome de su socarronería—. Ya está muy borracho.

—¿Yo borracho? Escat poder beber toda la noche... y no borrachar nunca. —Y el viejillo se enderezó cómicamente.

—Bueno, a ver, párese así —le dije, parándome sobre un solo pie.

Escat quiso imitarme, pero de un furioso trastabillón se fue a estrellar contra un grupo de mirones, que lo enderezaron entre burlas y carcajadas. Su mujer (porque el mentiroso de Escat tenía mujer), una chola más alta que yo y con más carnes que una danta, se acercó furiosa y después de regañarlo en indio le metió dos sacudidas y lo jaló de mala manera, para llevárselo con ella.

—Idiay, Escat, ¿no decía que no tenía mujer? Y lo trata como a un chiquillo: ¡a orinar y a echarse, carajito, porque si no me le dan sus nalgadas! —le grité, haciéndole muecas de burla.

El viejillo, furioso en su borrachera, se quiso devolver a contestarme; pero la chola se lo impidió. Para desgracia de Escat su mujer era una excepción entre las indias, y por más que se revolvió y pateó, la chola se lo echó al hombro y se perdió de vista entre la indiada.

69

Habían aumentado las parejas. Las mujeres se movían como a la fuerza. Serias, silenciosas, con los ojos fijos en el suelo, parecían bailar pensando en otra cosa y aparentemente seguían con desgano las grotescas piruetas de sus compañeros. Leví, que había llegado sin que lo sintiéramos, recostado en un horcón, debajo de una de las lámparas, contemplaba la escena sonriendo beatíficamente, mientras se sobaba la barriga con ambas manos. Me acerqué, diciéndole:

—¡Qué dicha que llegó! Ya me tienen loco pidiéndome cigarrillos y guaro. ¿Son muy viciosos?

—Con la plata d'ellos no se tiran un trago ni se fuman un cigarro; pero cuando encuentran quien les dé, se hartan de guaro hasta caer de culo, fuman... ¡y hasta mascan!

—¡Hombre, Leví, ahora que se mi'ocurre, ¿qué diablos era lo que me querían decir los indios con su *nasigua* y su *chiquirina*?

Leví me volvió a ver y en sus ojillos bailaba la burla. Rió alegremente y después me dijo con cierto tonito zumbón:

—¿Sabe, Sibajita? Pues, *nasigua* quiere decir “enemigo”, y *chiquirina*... “Perru'enfermo”... ¡je, je, je! —Reía a dúo con Jorge, que nos estaba escuchando. Luego agregó:

—Hoy temprano llegaban allá a onde estaba yo escondido y me decían: “Patrón, hombre de cuero muy bravo”, —y Leví señalaba con la trompa mi *jacket*—. “Hombre de cuero regaña inditos y no deja votar”. “¿Ah, sí?”, les decía yo; “hombre de cuero muy malo, enemigo, ¡chiquirina! No hacer caso, no hablar español con él”.

—Son muy fregaos —añadió Jorge— Antier querían irlo a buscar pa'darle una apaliada y estaban dispuestos hasta a echarlo al río.

Luego Leví nos contó que acababa de llegar el chino de Chasse, todo mojado; a los indios que venían con él se les había hundido el cayuco y tuvieron que sacar al pobre chino casi ahogado, perdiéndose los cigarros y el guaro que traía.

70 En ese momento se armó un barullo de los once mil demonios. Se interrumpió el baile. Las mujeres se arrinconaban temerosas y los indios protestaban.

Dos mulatos borrachos, fuertes y musculosos, comenzaron jugando a cuál se ponía en el suelo y poco a poco el juguete se iba transformando en una verdadera pelea. Montañas de carne dura y contraída amenazaban con romper el pellejo negro y sudoroso de los luchadores. Jadeo de bestias fatigadas; maldiciones en inglés. Las enormes patatas, al caer rudamente contra el piso, estremecían el tambo haciendo vacilar la llama de las lámparas.

El Comisario de Yorquín se nos acercó, diciendo furioso:

—Indios estar bravos, don Leví. Inditas querer bailar... ¡Mejor yo dar *cincha*!

Al fin se logró separar a los gladiadores y el baile continuó.

Cuando menos me lo esperaba, apareció de nuevo Escat. Se me acercó haciendo visajes.

—¿Uté piensa que la chola poder llevar preso a mí? ¡Nunca, carajo! ¡Yo manda en mi rancho!

Insistió el viejillo en que le diera un trago y, como le explicara que yo nada tenía que ver con el licor, se puso furioso.

—Ustede llamar indios pa'los votos, y dar guaro; ora tener votos, no quiere dar un trago... Ustede con los votos ganar mucho, inditos quedar aquí y no ganar nada. ¡Inditos no volver salir pa'la votación!

Me reí de la malicia del indio y le dije:

—Eso es lo que deben hacer: no salir pa'que no los engañen más. —Y para quitármelo de encima, le grité a Leví:

—¿Sabe lo que me dijo Escat? —Y le conté de los aguacates.

—¿Es cierto eso, Escat? —le preguntó Leví, haciéndose el enojado—. Vamos a ver, ¿cuántos aguacates me comí yo?

El viejo se frunció todo y, haciéndose más borracho de lo que estaba, para evitar las miradas de Jorge, tartamudeó:

—No, Comandante... Uté come sólo dos... sí, sólo dos.

—¿Y Jorge?

—Come como veinte.

—¡Tonto! —le soplé yo al oído—. Jorge ya te iba a dar un trago, pero hora te fregaste, por haber dicho qu'él comió más aguacates que Leví. 71

Se rascó la cabeza y después de pasear la mirada de Leví a Jorge y de Jorge a Leví, exclamó:

—¿Sabe?... Yo cré que come igualito. Come tres aguacate cad'uno... ¡no más!

Reímos la zamarrada del viejo y en premio le obsequiaron un jarro de guaro, que se embuchó *corcor*.

Después supe que Escat era el indio más inteligente de Talamanca y el que más le ayudaba a Leví en sus picardías.

Poco a poco el baile iba degenerando en borrachera general y resolvimos regresar. Leví alegó cualquier pretexto para quedarse un poco más. Debajo del tambo, acomodados entre el barro, roncaban como cerdos unos cuantos indios borrachos.

Cuando llegamos a la casona ya los viejos se habían acostado. Don Ramón, desde el cuarto, preguntó por Leví.

—Se quedó viendo a ver si puede pescar una chola, hora qu'están borrachas —le constestó Jorge.

—Con razón el condenado quería llevarse mi capa..., ¡pero se jodió! —rezongó el viejo.

Resolvieron que yo durmiera con Leví en el otro cuarto y me prestaron una capa para que me cobijara. Pronto se acostaron todos y apagaron la lámpara. Yo no sentía sueño y me senté en uno de los butacones a esperar a Leví. Silencio y sombras por todas partes. Los acontecimientos del día, la escena del baile y algunos detalles de la vida de los indios que había podido coger al vuelo, me tenían hondamente impresionado.

Esos indios que casi lloraban implorando un pedazo de carne o un jarro de guaro, ¿eran los descendientes de aquellos belicosos talamancas? ¿No fueron sus antepasados los que hicieron famoso, con su bravura, el nombre de su región en los tiempos de la Colonia? ¿No fue esta raza, altiva otrora, la que mantuvo en jaque al audaz y fiero conquistador hispano? Los codiciosos buscadores de las misteriosas “Minas de Tisingal”, si
 72 no encontraron nunca las fantásticas esmeraldas que anhelaban, ¿no tropezaron siempre, en cambio, con las certeras lanzas y las mortíferas flechas de los valientes guerreros indios? Y los viejos anales de nuestra historia, ¿no nos hablan a cada paso de las sangrientas sublevaciones de los heroicos talamancas? ¿No fue acaso, por eso, el más preciado sueño de los más esforzados gobernadores españoles, la conquista y pacificación de Talamanca?

Para sojuzgarlos resultó vano el halago e inútil la amenaza; inútil también desorejar, en la vieja metrópoli colonial, a centenares de indios prisioneros. No lograron, entonces, domar la raza, ni los habilidosos frailes con sus escapularios y oraciones, ni los valientes soldados de España con sus espadas, arcabuces, cascos y corazas.

La doma, el embrutecimiento del indio, la destrucción de la raza bravía, quedó para otros conquistadores mil veces menos valientes, pero infinitamente más crueles y rapaces que aquellos españoles, ¡y más arteros!, para los conquistadores imperialistas yanquis, secundados por criollos serviles. Y para otros tiempos: para los gloriosos tiempos de la República Democrática y Libérrima.

Los gringos de la United no trajeron arcabuces ni corazas. Trajeron muchos cheques y muchos dólares para corromper a los gobernantes venales y adquirir perros de presa entre los más descastados hijos del país.

...Y el plácido y tranquilo valle de Talamanca se estremeció al paso de la jauría azuzada por los yanquis, que no llegaron en pos del legendario Tisingal. No. Querían tierra y hombres-bestias que la trabajaran. Y ya los pobres indios no pudieron contener el avance de la “nueva civilización”. Llorando de impotencia vieron

abatirse las montañas seculares, en donde por tantos siglos la Raza Heroica había cantado su canción de Libertad. Y ardieron sus palenques, se destruyeron sus sembrados y se revolcó la tierra en que dormían los huesos de sus bravos guerreros. (¿Buscaban esmeraldas fantásticas? No. Se iba a transformar el jugo de la tierra en bananos y en cacao que luego cambiarían por oro legítimo en los mercados extranjeros).

La Raza, vencida, al fin, remontó el río y fue a esconder su dolor al corazón de las montañas. Y allí la fue a acosar la jauría, que logró regresar a muchos infelices por la fuerza o con el cebo del aguardiente. ¡La Frutera necesitaba esclavos para sus nuevas plantaciones!

Entró la locomotora y sacó millones y millones de frutas para los gringos. Y mientras en la capital de la República los criollos imbéciles o pillos aplaudían la obra “civilizadora” de la United, en Talamanca corría el guaro y el sudor y la sangre también.

Pero al poco tiempo la tierra se cansó de dar bananos y ya el cacao no significó nada para los yanquis. Entonces éstos levantaron sus rieles destruyeron los puentes y, después de escupir con desprecio sobre la tierra exhausta, se marcharon triunfalmente hacia otras tierras de conquista. Se marcharon arruinando hasta a los criollos ingenuos que, creyendo poder medrar a la sombra de la bota yanqui, habían plantado sus tiendas en la región.

Y volvió el silencio al valle de Talamanca; pero un silencio de muerte. Se fueron los gringos y sus secuaces, pero no regresaron los indios. La Raza humillada, embrutecida, aniquilada, casi, se quedó llorando su dolor en el corazón de las montañas.

Mas si los yanquis de la Frutera se marcharon al fin, ahitos de oro y de sangre, no se retiraron en cambio las autoridades criollas. Allí quedaron para siempre como una maldición, escudriñando atentamente la montaña, como buitres voraces, dispuestos a saciarse con la carroña de la Raza vencida.

Se fueron los amos que pagaban las tropelías contra la indiada a precio de oro; pero los indios, al huir a la montaña, habían salvado parte de sus haberes y todavía tenían vacas, cerdos

y gallinas, y obtenían algunos frutos miserables trabajando terca-mente la tierra. ¡Jugoso botín para los buitres! Todavía se podía hacer fortuna en Talamanca.

74 ...El indio suspiraba por un arma de fuego que le facilitara la caza; no tenía dinero, pero tenía en cambio algunos anima-litos. Un secuaz del Agente de Policía lo deslumbraba con un trato “generoso”, y por una vaca, dos cerdos y unas cuantas gallinas, el indio entraba en posesión de una escopeta. Unos cuantos días después caía el Agente de Policía en el rancho del infeliz y decomi-saba la escopeta; y se llevaba el resto de los animales en pago de la multa por tenencia de armas sin el permiso correspondiente. Y luego un nuevo trato con otro indio y un nuevo atraco, y otro más.

...Los indios del Yorquín querían celebrar una humilde *chichada* a la luz de las estrellas. (¿Rememoración, acaso, de una primitiva fiesta de la Raza?). Pobremente cada indio había puesto su puñado de maíz para la chicha y confiados esperaban la fecha designada. Pero faltaba el permiso de la autoridad. Y el enviado regresaba con la última palabra del Agente Principal de Policía: ¡veinticinco dólares por el permiso para la celebración de la chichada! (Los buitres amaestrados por la United, en cuestión de monedas sólo tragan dólares). Si no tenían dólares él aceptaría el pago en ganado, en cerdos y gallinas. Resignadamente, aunque con dolor, los indios enviaban una parte de sus animales. El resto se lo llevaban los Jueces de Paz enviados por el Agente a “resguardar el orden” en la fiesta: la indiada debía pagarle cinco dólares a cada uno por la mala noche.

...Los analfabetos indios talamancas, como dignos ciuda-danos de la República, debían tener sus cédulas de identidad: orden general de presentarse ante la autoridad a llenar las res-pectivas fórmulas y de pagar dos dólares por la operación. No importaba que los pagaran en cerdos o en gallinas: la finca del Agente tenía campo para todo.

Y las multas severas. E impuestos arbitrarios. Y atracos des-carados.

Poco a poco la indiada lo fue perdiendo todo, hasta quedar en lo que está hoy: el ochenta por ciento no tiene absolutamente

nada. Arañan la montaña para obtener un puñado de café, otro de maíz y unos cuantos bananos, y luego se doblan bajo el peso de la red, como bestias de carga, para arrimar esos productos hasta el rancho.

Y que no se le ocurra al indio sembrar un poco más para vender. Mujeres y niños, cargados como mulas, le ayudan a transportar las pesadas redes hasta la lejana vega del río; luego el indio en su cayuco navega aguas abajo por horas y horas, fatigosamente, sorteando las revueltas correntadas, hasta llegar a Chasse. Y allí le quitan lo que lleva por cualquier piltrafa. Y lo que compra lo paga a peso de oro: el azúcar es oro en polvo para el indio; y la sal también. Por eso no los prueba nunca.

Cansado, abatido, el pobre indio empuña de nuevo la palanca, remonta lentamente el río, sube la montaña y se vuelve a hundir en su rancho miserable, a seguir hartándose de maíz y de bananos sancochados hasta morir aniquilado por la tos, la diarrea, el paludismo o por una mordedura de serpiente.

A la única escuela de la región se envía, con muy raras excepciones, a la hez del magisterio: vagos de profesión o sátiros desvergonzados o inmundos pervertidos. Y nada de herramientas, ni de medicinas, ni de asistencia médica.

Así viven y mueren los indios, como alimañas inmundas, olvidados de Dios y del Estado. Sólo en las épocas electorales recobran, para el Gobierno, su condición de hombres y de ciudadanos: cuando se necesitan sus votos para fabricar munícipes y diputados oficiales. Entonces autoridades y políticas visitan al indio, le hacen fiesta y lo emborrachan y le dan tabaco para adormecerlo y para engañarlo. Y para otra cosa también: para terminar dejándole, en pago de su voto, el embrutecimiento del alcohol en el alma, el amargor del tabaco en la garganta y la mujer preñada en el rancho.

IV

Muy a las cinco de la mañana ya estábamos en pie. Soplaba una brisilla helada y el día despuntaba claro y despejado.

Mientras me lavaba en el tanque, fueron apareciendo algunos indios trasnochados, con el pelo alborotado y las ropas en desorden. Una india joven y guapa, con una arrugada bata de colores chillones y una reseca porquería de la nariz pegada en la mejilla, seguía con ojos cansados las idas y venidas de Leví.

76 Después de tomar café, todos se dedicaron a alistar las alforjas y maletas. Yo, que nada tenía que arreglar, me senté en el corredor, a esperar la hora de partir. Llegaban, de cuando en cuando, por el trillo que venía del tambo, grupos de indios con su mujeres y cargando sus *chuches* a la espalda. Pasaban a despedirse, con mil muestras de respeto, de don Ramón y compañeros, y luego se internaban por los trillos fangosos, caminos a sus lejanas rancherías.

Los más allegados a los viejos se iban quedando para despedirlos, y también otros muchos que harían un trecho de la jornada con nosotros. El cholo que la tarde anterior nos acompañó al río, y que fue de los que más trabajaron por malquistarme con la indiada, me saludó sonriendo amistosamente. Por decirle algo, le pregunté por Escat.

—¿Escat? —exclamó—. Pobre viejo, muy borracho, no pudo caminar a su rancho; se queda acostao cerquita el tambo, sobri'un tronco, y apenas oye cantar lo gallo en la mañanita, se sienta y dice: “¡Yo quere sopa de gallo!”.

Luego, en un arranque generoso, me tendió la mano, diciendo:

—Bueno, don Sibaja. Yo siento mucho nu'estar con su partido; per'usté ser buen hombre y yo quere ser su amigo.

Un rato después fue apareciendo el músico Serafín de la Miranda, que me llamó a un rincón aparte para decirme:

—Se me había olvidado pedile qui'haga algo pa'que nos quiten el dólar por'hectaría que tenemos que pagale aquí a la Yunai, pa'poder vivir y sembrar... Usté no sabe lo qu'es un dólar pa'los indios.

—¿Todavía en estas rinconadas se atreve la Yunai a cobrarles un dólar por hectárea? ¿Qué derecho tiene? ¿Ya no habían abandonado Talamanca esos bandidos?

—Pregúnteselo a don Leví —contestó Serafín—. Aquí un dólar y seguro que en el valle más; por eso nadie vuelve a vivir allí.

Casi todos los indios que se habían quedado con nosotros estaban deshechos por la borrachera de la noche anterior, y humildemente pedían traguito a Leví, “pa’componerse”, según decían.

—¡No me jodan hora la paciencia! ¡No queda una gota ni pa’remedio! —les contestaba.

Pero cuando ya todo estuvo listo para la partida, sacó la garrafa, en la que todavía quedaba tamaño poco de aguardiente, y en un jarro lo repartió ente los indios. Luego escogió a unos cuantos de los más jóvenes y robustos y cargándoles los *maritates* de los viejos, dio la orden de partida.

Jorge y yo marchábamos a la cola de la comitiva. Atravesábamos la plazoletilla y, antes de internarnos en el trillo que nos había de llevar hacia la orilla del río, los dos, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos volvimos para echarle una última mirada a la casona. Desde el corredor el Culí tuerto nos decía adiós con la mano.

—¡Pobre viejo! —murmuró Jorge—. Allí vive solo, al cuidao de la casa. Por lo menos, hora se quedó contento, porque le dejamos media botella de *canfín*, un montón de cigarros y lo que nos sobró del bastimento.

Los indios marchaban adelante, doblados bajo el peso de la carga, a trote de mula. Los viejos no se les quedaban atrás y nosotros tuvimos que apurar el paso para alcanzarlos. Bañados en sudor y cubiertos de barro hasta las rodillas, llegamos por fin a la orilla del caudaloso río.

Después de depositar la carga sobre la arena del playón y de enjugarse el sudor con el reverso de las manos, los indios se despidieron de nosotros. Algunos se devolvieron por donde habíamos venido; otros cruzaron el río en sus cayucos y, después de ocultarlos en la ribera opuesta y de dirigirnos un último saludo, se perdieron entre las picadas del monte, mientras el resto, en sus cayucos también, remontaba trabajosamente el río hasta perderse de vista en el cercano recodo.

Leví hizo bocina con las manos y dirigiéndose a la orilla opuesta, gritó repetidamente:

—¡Heey, Andréees!... ¡heey, Andréee!... ¡estamos liis-tooos!

El eco de sus gritos se alejó por los monte y alguien, a la espalda nuestra, contestó con toro grito. Nos volvimos. Era el chinito, que llegaba resoplando como una res herida.

78 —¡Anjá, don Felipe! —le gritó Leví riendo—. Casi lo dejamos perdido.

—¡Calajo! Yo levanta templano pelo quela mucho lato convelsando con Lamilo.

—Es qu'el chino estaba durmiendo en el rancho de Ramiro —aclaró Leví. Y sin que yo se lo preguntara agregó:

—Hora tenemos que aguardarnos a que Andrés y su compadre vengan con sus cayucos, pa'que nos lleven hasta onde está mi bote, en el que yo creo que cabemos todos, estrujándonos un poquito. —Y mientras los demás se lavaban el barro, él extendió su capa bajo la sombra fresca de un árbol inmenso y se tendió a descansar sobre ella.

Aprovechando la oportunidad me acerqué para preguntarle algo que me tenía intrigado desde el día anterior:

—Leví, ¿qué se ha hecho Meléndez, que no lo he visto por ninguna parte?

—¿Meléndez? —exclamó reincorporándose a medias—. Hombre, Sibajita, a Meléndez lo mataron hace ya bastante tiempo. ¿No se dio cuenta usted de eso por los periódicos? Si eso fue una cosa horrorosa.

Yo me quedé frío.

¡Ah!, hora que me acuerdo —prosiguió Leví—, Meléndez era conocido suyo, ¿verda? Era muy simpatizante de su Partido y parece que entendía algo d'esa cosa de que ustedes hablan tanto, ¿verdá, Sibajita?

—Sí, Leví, Meléndez era un hombre muy inteligente y le gustaba mucho leer... Pero, ¿por qué lo mataron?

—Pues, hora que hablamos d'esto, acato que tal vez esas ideas que tenía el finao metidas entre la cabeza fueron las que

le ocasionaron la ojeriza del Chiricano. Usted no conoció a ese viejo, ¿verdad? El Chiricano fue por mucho tiempo mandador de la Compañía, y parece qu'era muy jodido con la gente. Lo cierto del caso es qu'era hombre de pocos amigos y muy mal querido por todos; pero estaba bien puesto con los *machos*. Un día'e tantos se enredó en un lío un poco feo, tuvo que huir de la justicia y se metió en el corazón d'estas montañas; se amancebó con una india fea y mala como una bruja, y aquí se quedó a vivir pa'siempre. Cuando yo conocí al tal Chiricano, ya estaba viejo y tenía muchos años de vivir aquí. Er'una muerte de obispo que asomara la nariz a Chasse y lo qu'es al otro lao yo creo que ni en sombra se le ocurrió llegar. Y seguro que con la edá se volvió un poco chiflao y le dio por dedicarse a las brujerías. ¡Y qué fama tenía, Sibajita! Como los indios son tan creyenceros, hablaban de pactos del Chiricano con el diablo y de no sé qué secretos que tenía. De creerles uno todo lo que contaban, el viejo curaba al que le daba la gana y al que se antojaba lo desgraciaba con una enfermedad misteriosa o con una ruina que no lo dejaba levantar cabeza. Lo cierto es que con esas babosadas se hacía temer y respetar de todos, indios y *castellanos*, que no hacían nada sin consultar con él; y él vivía de la tontera de los demás. Sólo Meléndez se atrevía a burlarse de las brujerías del Chiricano y a decir que ese no era más que un viejo vagabundo y sinvergüenza, que como ya no podía seguir de perro de los *machos*, quería vivir hora a las costillas de los tontos. Y de aquí nació el aborrecimiento que yo sabía que le tenía el Chiricano...

—¿Pero, cómo fue sucedió el asunto? —le interrumpí yo, que ardía en deseos de conocer detalles del desgraciado fin de mi amigo.

Leví, poniéndose la mano de pantalla, le echó una larga mirada a la otra orilla y exclamó:

—Ya qu'ese par de carajos de Andrés y su compadre seguro se han imaginao que nos vamos a quedar a vivir aquí, y que a usted l'intresa el asunto, se lo voy a contar con pelos y señales.

—Pues verá usted, Sibajita —comenzó Leví—. Un día, como a las nueve de la mañana, estaba yo en el corredor de casa cuando

una novilla que se me había *muquiao*, cuando veo llegar a Ramiro a la carrera. Casi no podía hablar del susto. “Don Leví”, me gritó, “¡en la poza’el Tuntún hay un muerto!”. “¿Que qué decís?”. “¡Qué allí hay un muerto!”, repitió Ramiro. Y me contó qu’él venía bajando en su cayuco y que al pasar por el Tuntún, en un remolino que tiene, había visto algo muy raro; entonces se acercó y resultaron ser unos zapatones. Arrimó más el cayuco
 80 y pudo distinguir com’unos pantalones o unas piernas entre el agua. Él no se fijó bien; la cosa es qu’era un muerto qu’estaba de cabeza entre la poza y no sacaba más que los zapatos, que daban vueltas en el remolino. Inmediatamente lo mandé a traerse al chino Felipe pa’que fuera con nosotros a ver qué era la cosa, y un par de botellas de guaro por lo que pudiera suceder... ¡Es que aquí vivimos comu’animales, Sibajita! Cad’uno aparte, en su rincónada, sampao en su rancho como entre una cueva. Si a alguien le pasa algo, uno se viene dando cuenta, si acaso, hasta que ya la cosa no tiene remedio. El día menos pensao me pasa a mí lo mismo, ¡y san si’acabó!

Y después de aplastar de un manotozo sonoro una hormiga que se le iba subiendo por el brazo, continuó:

—Y en cuanto llegó Ramiro con el chino y las botellas de guaro, llamé al finao Pelegrino, qu’estaba estuzando maíz, cogimos el bote y nos dejamos venir pa’l Tuntún. Como hacía sol y el río estaba clarito, no nos costó trabajo darnos cuenta de que de veras era un muerto lo que había en la poza. “Está maniao”, nos dijo Pelegrino, en cuanto nos arrimamos un poquito. Y tenía razón el viejo, porque las patas estaban mancornadas con un bejuco. Entonces yo le ensarté la palanca por debajo de la amarra, y poco a poco lo arrimamos al playoncillo qu’hay del otro lao. Y usted viera, Sibajita: casi le arrancamos las canillas a l’hora de sacarlo a la orilla, pues resultó qu’el muerto tenía las manos amarradas pa’trás, como abrazando un rollo de rieles y una escopeta que le habían aseguraao a la espalda, seguro pa’que se juera al fondo. ¡Sólo por un milagro de Dios pudo sacar las patas, como pa’que no se quedara su muerte sin castigo! ¡Y qué cuadro! Era imposible reconocerlo... Tenía la panza abombada y la cara

abotagada y lívida. Seguro que los animales habían comenzado a hacer fiesta con él, porque tenía los ojos comidos, y de la nariz no le quedaba más qui'un pellejo blancuzco, caído sobre un lao de la cara; parecía que s'estaba riendo, con los dientes pelaos, pues le faltaba un pedazo de labio y el otro lo tenía lleno de grietas... ¡Y qué pestilencia por Dios Santo!

Leví hizo una mueca de asco y volvió la cara para escupir con fuerza, limpiándose después con la manga de la camisa. Yo saqué el pañuelo y me enjugué la frente, que tenía empapada en su sudor helado.

—Todos nos echamos pa'atrás, tapándonos la nariz —continuó Leví—. Pelegrino dijo qu'era imposible averiguar quién era; que nadie tenía estómago pa'enterrarlo en el estao en qu'estaba y que lo mejor era volverlo echar al río y después ver quién era el que faltaba en Talamanca. Yo me opuse, pues ya se me había clavado una espinita. Me puse un pañuelo en la nariz y me li'acerqué a examinalo. Entonces sí que ya no me quedó ninguna duda, Sibajita... “¡Este es Meléndez!”, les dije. “Aquel es su Réinton y yo conozco muy bien la faja de cuero de venao que siempre usaba”. Y como yo miraba la gente muy rejega, les dije entonces que lo mejor sería que nos metiéramos un traguito, pa'mientras íbamos pensando lo qui'había que hacer. El asco les había despertado la gana de beber y cad'uno s'empujó sus cuatro dedos de guaro; y al poquito hablar, ¡otro trago! En cuanto se li'asentó el segundo trago, comenzó el chino a hacer caritas, y a acordarse de lo bueno qu'era el finao, y a decir que cómo era posible que lo dejaran así, tirao com'un perro, y qu'esto y qu'el otro y que por aquí y que por allá. Yo me pensé: “lo qu'es éste ya lo tengo entr'el saco”. Y ya al cuarto trago, Pelegrino l'hizo segunda al chinito, y mientras él agregaba no sé qué di'una sola familia que éramos todos los de Talamanca, Ramiro, secándose las lágrimas, nos contaba los favores que le había hecho Meléndez cuando a él se li'había enfermao la mujer. Lo cierto fue qu'el guaro les ensuavizó el corazón y en un dos por tres enterramos al dijunto y li'hicimos una cruz, amarrada con bejucos, pa'que se sepa onde quedó.

—¿Y cómo averiguó lo del Chiricano?

—Pues, muy fácil, Sibajita. Desde el primer momento se me metió entre ceja y ceja que en eso andaba de por medio el Chiricano y que a Meléndez lu’habían matao a traición y en su propio rancho. ¿Sabe por qué? Porque el finao, desde que la culebra le mató la india que vivía con él, le llevó la chiquita a los suegros y se quedó viviendo solo en el rancho. Si lo hubieran matao más arriba, lo hubieran echao en las Revueltas, qu’es un pocerón qu’está como a unos mil metros más adelante del Tuntún; y si más abajo, en la poza del Lagarto. Por eso yo, al día siguiente en la mañanita, levanté a Pelegrino, y, alistando un almuerzo y un traguito, nos juimos en el bote, aguas arriba. Mi idea era registrar los cayucos qui’hubiera entr’el Tuntún y las Revueltas, por si habían dejao algún rastro. Como yo sabía ond’era que los escondían sus dueños la cosa nu’era muy difícil, y en cuanto llegamos a la poza comenzamos la tarea. Comu’a las once y media del día ya nos faltaba poco pa’llegar a las Revueltas, sin haber encontrado nada, cuando Pelegrino, que si’había adelantao un poco por entre el monte de la orilla mientras yo terminaba de revisar un cayuquillo, me llamó repetidamente. Corrí a ver qu’era la cosa. El viejo estaba agachao examinando un cayuco, y en cuanto me li’acerqué me dijo, señalando unas manchas como di’aceite en la cabecera del cayuco. “Fíjate, Leví: en este cayuco o han traído un animal muerto o han bajao al finao”. Yo mi’agaché también y, después de un ligero examen, encontré unos cuantos pelos negros, largos y medio acolochaos, pegaos di’una estillita del fondo. “Estos no son pelos de venao ni de sajino, ¿verdá, Pelegrino?”, le dije, metiéndoselos casi entre los ojos. El viejo s’echó pa’atrás y exclamó espantao: “¡Es’es pelo de cristiano!”. En ese instante oímos un ruidillo que se acercaba por entre el monte y nos escondimos a esperar lo que fuera. Un momento después apareció, por la picada que bajaba hasta el embarcadero, el indio Pedro Jiménez. Llegó a l’orilla del río, atisbó hacia arriba y hacia abajo y después sacó el cayuco al limpio y se puso a revisalo con mucho cuidao. “¡Hola, amiguito!”, le dije yo, poniéndole de pronto la mano en el hombro. El indio s’enderezó di’un salto y se quedó viéndome con la boca abierta. “¡Hum”, le dije, mientras

me acariciaba la cacha del revólver; “cómo que ya te diste cuenta de que habíamos encontrao lo que tenían guardao en el Tuntún y viniste corriendo a ver si se les había quedao algún rastro en el cayuco, ¿verdá? ¿Les costó mucho bajar el muerto?”. Se puso verde y comenzaron a temblarle las canillas como si estuviera con el frío de las calenturas. “¿Yo?... ¿cu... cuál muerto?”, tartamudeó. “¿Qué cuál muerto? ¡Nada sacás con estarte haciendo el tonto!”. Y l’hice crér qu’el Chiricano lo había denunciao y que había sido él el que nos había dicho ond’estaba el cadáver de Meléndez. El indio agachó la cabeza resignao y de pronto se arrodilló en el barco y agarrándoseme a las piernas comenzó a gemir com’un chiquillo: “¡Perdón, patroncito! ¡Indio bueno no querer matar! Yo sólo ayuda al Brujo... ¡Yo tener miedo al Brujo!”. “Bueno”, le dije, “déjate de jeremiadas. Te vas con nosotros en el bote, y si me lo contás todo, yo te ayudo; de lo contrario, ya te podés contar en *San Lucas* pa’el reto de tu vida”. Cuando pasamos por el Tuntún el indio se tapó la cara con las manos.

83

Y mientras Leví me relataba la espeluznante confesión del indio, yo, con los ojos cerrados, iba reconstruyendo en la imaginación todas las escenas del monstruoso asesinato:

«Hacía mucho tiempo que el Chiricano deseaba liquidar a Meléndez y la oportunidad se le presentó al quedar éste, por la muerte de su mujer, haciendo vida de ermitaño en su rancho solitario. Pero el viejo tenía miedo, pues Meléndez era hombre de pelo en pecho y un magnífico tirador.

«Podía contar con un aliado fiel y decidido: el viejo José Thomas, un negro bruto y desalmado que, como se constató después, había huido de La Estrella, acusado de haber violado una tumba en busca de huesos humanos para sus prácticas de hechicería. Pero el Chiricano quería más gente y comenzó a trabajar en el ánimo del indio Pedro, para que se decidiera a ayudarlo.

«El pobre indio, además de temerle, le debía favores: el brujo le había salvado una chancha que alguien que lo malquería le había “embrujao”, y también le había curado del “mal de ojo” a su chiquita.

«El viejo, que dominaba el dialecto indio, se presentó una noche en el rancho y le hizo saber que ya había averiguado quién era el que le había enfermado la chiquita.

«—Los Espíritus dicen qu'es el hombre que vive en la cumbre del monte —le dijo.

«El indio se quedó pensativo; de pronto vio claro: sólo Meléndez tenía su rancho en la cima de un monte, que se alzaba como ochenta metros sobre la orilla del río.

«—El hombre tiene poder y quiere matar tu muchacha —agregó el viejo antes de despedirse.

«El indio se tornó huraño y desconfiado. Una noche ladraron los perros, y la indilla, que dormía pegada al maquengue que cerraba el cuarto, se despertó llorando desesperadamente. Pedro se descolgó de la hamaca y con la escopeta en la mano se tiró afuera, pero no vio nada sospechoso. Al día siguiente la muchachita ardía en calentura y la madre le encontró un pinchazo inflamado en una pierna.

«Entonces el indio cogió el cayuco y se fue al palenque del Brujo, al que encontró tirado en su hamaca. Antes de que el indio pudiera decir palabra, el viejo exclamó:

«—Ya sé a lo que venís. Pero los Espíritus dicen que sólo que muera el hombre del monte se salva tu hija.

«El indio se quedó azorado y estuvo largo rato con la cabeza entre las manos. El viejo se salió al limpio y señalando el cielo, le dijo:

«—Faltan tres noches pa'la luna llena. La luna es l'amiga del indio y esa noche tu enemigo pierde su poder. Si querés que viva tu hija, vení esa noche y te traés tu cayuco, el rifle y el machete; yo quiero ayudarte. Vamos a ver qué dicen entonces los Espíritus.

«Rayaba apenas la luna llena cuando el indio Pedro iba llegando al rancho del Brujo, con la escopeta al hombro y el machete en la mano.

«—Pasaba adelante y me'sperás —le dijo el viejo—: yo voy al monte a invocar los Espíritus. —Y después de hacer unos cuantos visajes hacia la luna, desapareció entre las sombras de los árboles.

«El indio entró al rancho. En la penumbra de un rincón divisó al negro Thomas, que no movió ni un músculo ni pronunció palabra. La mujer del brujo, la india horrible, permanecía inmóvil frente al fogón y pareció no darse cuenta de la llegada de Pedro; con los brazos cruzados y la arrugada cara en alto talaraba la techumbre del rancho con los ojos, como invocando la ayuda de todos los Espíritus del Mal. El indio se sentó en una banquilla sin atreverse a saludar siquiera; frente a él, sobre una mesa, brillaban a la luz de una lámpara una calavera auténtica y una cabeza de diablo toscamente tallada en madera. Pedro tuvo miedo y se sintió incómodo en medio de aquel silencio, interrumpido sólo por el borbotar de la olla que hervía en el fogón. Y así esperó largo rato.

85

«El Chiricano apareció de pronto y parecía contrariado.

«—Los Espíritus dicen qu'es mañana. Hoy no pueden ayudarnos —dijo.

«Posiblemente había ido a atisbar a su enemigo, pero esa noche no se le presentó la oportunidad que necesitaba y se vio obligado a aplazar su venganza para el día siguiente; por eso agregó luego:

«—Volvé mañana en la noche.

«A la noche siguiente volvió el indio y el viejo se perdió otra vez en el monte en busca de los Espíritus. Media hora después llegó un poco agitado; le cambió el cartucho al rifle y se prendió la cruceta a la cintura.

«—¡Vamos! exclamó, y salió llevándose la lámpara. El negro salió tras él; el indio los siguió. La vieja salió del rancho y se quedó rígida mirando la luna.

«Llegaron al cayuco de Pedro. El viejo apagó la lámpara y ordenó al indio que se sentara en medio; él llevaría el canaleta y el negro la palanca.

«A la luz de la luna y en silencio navegaron a aguas abajo; al aproximarse al monte redoblaron las precauciones procurando no hacer ruido con la palanca. Sigilosamente arrimaron el cayuco al desembarcadero de Meléndez y un momento después iniciaron el ascenso del monte. El viejo marchaba a la cabeza y al poco

subir dejó el trillo y se internó por entre la maraña. Agachados a trechos, ayudándose con las manos en otros y procurando siempre no quebrar ramillas secas, pudieron llegar al fin hasta el borde del claro que rodeaba el rancho. Desde donde estaba, el indio alcanzaba a ver a Meléndez que en el corredorcillo del rancho y alumbrado por una lámpara que colgaba del techo, leía confiadamente sentado en un banquillo.

86 «Los viejos apuntaron sus armas con pulso firme. El indio se echó a temblar y sintió que se le helaba la sangre; apuntó al vacío y cerró los ojos. “¡Bueno!”, le oyó decir al viejo. Y un triple disparo estremeció el silencio de aquellas soledades.

«Cuando Pedro Jiménez abrió los ojos, apenas alcanzó a ver, a la luz de la luna, un bulto oscuro que parecía moverse en el piso del corredorcillo y que muy pronto quedó inmóvil. Posiblemente él, que disparó a tuntas, había quebrado la lámpara de Meléndez.

«Los viejos se quedaron unos minutos a la expectativa y luego el Chiricano, después de cargar otra vez su rifle, avanzó unos pasos y disparó de nuevo sobre el bulto. Entonces avanzaron hasta el rancho. El hombre yacía de bruces sobre el banco volcado y una mancha negruzca se extendía rápidamente sobre el piso. El Brujo rayó un fósforo y prendió su lámpara para examinar al caído. El infeliz tenía más de veinte perforaciones en el pecho y la cabeza; un balín le había destrozado un oído y otro le arrancó parte de la nariz.

«El viejo se introdujo al rancho y salió con el rifle del muerto y con un montón de papeles. Posiblemente se llevaba el arma para hacer creer, al que llegara a buscar Meléndez, que éste había salido de cacería. Después de medio limpiar el piso con los papeles, apagó la lámpara y dio la orden de partir. Entre el negro y el indio bajaron el cadáver; Pedro sentía la sangre caliente resbalar por sus manos, y en cuanto lo acostaron en el playón corrió a lavarse a la orilla del río.

«Cuando regresó, se quedó mudo de horror: el Chiricano había atravesado el cadáver con la cruceta para formar una cruz y, después de mascullar unas cuantas frases incomprensibles para el indio, sacó el arma y pegó los labios a la herida para beberse la

sangre. Y luego el negro repitió la operación, y después el viejo se volvió hacia el pobre diablo que los miraba con los ojos dilatados por el espanto, y le dijo:

«—Tenés que beber también sangre del muerto. Con ella vas'adquirir el poder de tu enemigo y'impedirás que hombre alguno nos pueda descubrir.

«El pobre indio tuvo que arrimar su boca a la sangrante herida del muerto, para dejarse caer después, casi sin sentido, sobre el monte. Y cada vez que abría los ojos contemplaba la misma escena de pesadilla: los dos viejos danzando furiosamente alrededor del muerto, retorciéndose como endemoniados, gesticulando y haciendo muecas horribles. Al brujo le brillaban los ojos como los de un gato; al negro le colgaba un espumarajo inmundo de la trompa.

«Terminada la danza macabra, los viejos acomodaron el muerto y los chécheres en el cayuco; al indio tuvieron que llevarlo en peso también, pues no hacía más que revolear los ojos espantado, sin poder mover ni un dedo; tenía el cuerpo rígido y frío como el difunto.

«Esquivando los bajos se dirigieron rápidamente hacia el Tuntún. Doscientos metros más abajo arrimaron el cayuco a la orilla opuesta, saltaron a tierra y un momento después regresaron con los rieles que tenían escondidos por ahí cerca y que posiblemente habían ido a arrancar, con anticipación, de las vías del tranvía abandonadas por la United. En un santiamén manearon al muerto y lo lastraron con los rieles y el rifle y luego continuaron aguas abajo hasta el Tuntún. Los dos viejos desembarcaron en la playa y trazaron una cruz en la arena, sobre la que tendieron al muerto; después, vueltos hacia la luna y con los brazos en alto, pronunciaron una extraña invocación.

«—Ya'stá todo listo —murmuró el Chiricano mientras dibujaba con la mano signos cabalísticos en el aire—. Los Espíritus invocados y las amarras del muerto impedirán l'acción de la justicia humana.

«Con el cadáver a cuestas remaron hacia lo más profundo de la poza y allí lo arrojaron de cabeza al agua. Cabeceó violentamente el cayuco y una lluvia de gotillas frías salpicó la

cara desencajada del indio, en cuyo cerebro enloquecido vibró por largo rato el sordo rumor de la caída».

Al conocer los detalles del crimen ya no pude contener mi rabia y exclamé:

—¡Ese par de monstruos no pagan ni quemándolos vivos!

—Si viera, Sibajita, la insultada que me dio el tal Chiricano
88 cuando se vio esposao: “¡Hijo de puta! ¡hijo de puta!”, me gritaba. “M’he de beber tu sangre y la de tus hijos. Yo soy brujo y me voy a fugar en cuanto quiera”. Y se revolvió com’un novillo. “Deje de corcoviar y se calla el hocico, viejo chanco”, le dije yo. “¡Vamos a ver si tus famosos Espíritus vienen hora a librate’e las esposas!” —Y Leví sonrió maliciosamente.

Gritaron desde el río. Andrés y su compadre avanzaban sorteando la corriente y todos respiramos aliviados. Mientras Leví recogía su capa, yo le dije:

—Tal vez sería uno de los folletos que yo le regalé, lo qu’ estaba leyendo Meléndez cuando lo tiraron.

¡Hombre! —exclamó Leví pensativo—. Aquella vez que usted estuvo por aquí con Antonio, andaba con un poco de folletos, de los que por ciento me regaló unos cuantos. Sí, sí; hora recuerdo que la tarde qu’estuvieron en casa, Antonio me dijo que pensaban ir a hablar con Meléndez. ¿Al fin fueron, Sibajita?

—Sí; esa misma tarde fuimos y nos estuvimos en su rancho hasta que rayó la luna. Antonio estimaba mucho a Meléndez.

—¿Y qué se ha hecho Antonio que no asoma la nariz por estos laos?

—Ese está enterrao desde hace mucho tiempo.

—¡Demonio! —murmuró Leví—. ¡Cómo se va acabando la gente conocida!

—Horita nos llega el turno a nosotros, Leví. Fíjese bien: de los cuatro qu’estuvimos esa noche en el rancho del monte, sólo yo he quedeao pa’ contar el cuento.

—¡Yerba mala nunca muere! —dijo Leví riendo, mientras se dirigía adonde estaban los *chunches* para ayudar a cargarlos en los cayucos.

Don Ramón, a grandes voces, reconvenía a Andrés por su tardanza. Cuando yo me acerqué el cholo se disculpaba:

—Hubiéramos llegao más temprano, pero nos atrasó la pata'e mi compadre —dijo, señalando el pie del aludido, envuelto en un trapo sucio y lleno de sangre.

—¿Qué le pasó al viejo? —preguntó Jorge.

—Se resbaló en la quebrada, hora que veníamos y se ensartó una gran estilla en la planta del pie —explicó Andrés—. Tuve que acabarle de romper la pata con la cuchilla pa'sacársela y casi se desangra el pobre, por más tierra que l'heché en la herida.

—¡Calajo! —intervino el chino—. Tiela mu malo... Pone poquito *canfín* y ya tá pie culao.

Un momento después navegamos sobre las aguas verdes del río. Corría una brisa fresca y los pajarillos, desde la selva, cantaban alegrando la mañana clara y luminosa; el cielo aparecía sin una nube, de un azul clarísimo, y allá muy alto los zopilotes trazaban círculos inmensos.

Arrimamos al bote de Leví y haciéndonos un puño nos acomodamos con todo el equipaje en él y sobró campo para el cholo Andrés que quería bajar con nosotros hasta el rancho de sus suegros, en el que tenía secándose una piel de tigre que le había ofrecido a Jorge. Nos despedimos del rengo y continuamos el regreso; el bote, recargado, no llevaba ni dos pulgadas fuera del agua, que a cada cabeceo se metía mojándonos las piernas. Andrés, con el canaleta, dirigía la embarcación sentado en la cabecera de atrás mientras Leví, acuclillado en la proa, mantenía la palanca en alto, listo a evitar una sorpresa.

Largo rato bajamos sin ninguna novedad. De pronto comenzó a aumentar la velocidad del bote y se dejó oír un sordo rumor que parecía acercarse a nosotros por momentos. Leví se volvió y dirigiéndose a Andrés, le gritó:

—¿Pasamos con todos o desembarcamos aquí la gente pa'irla a esperar adelante?

—Usté sabe lo qui'ordena, patrón —contestó el cholo.

—Pues, pasamos con todos, ¡qué carajo! Tal vez con la carga sea menos peligroso.

—¡El Sixaola! —musitó el chino estremeciéndose.

Tronó más claro el rugido de las aguas, y al salir de un recodo el río se hizo más ancho y dobló la velocidad de sus corriente, que se deslizaba formando un inmenso plano inclinado. Frente a nosotros, como a unos doscientos metros adelante, se alzaba la
90 orilla izquierda del Sixaola en un murallón rocoso, contra el cual parecía que necesariamente nos íbamos a estrellar.

—No moverse —aconsejó Andrés.

Nosotros, ni nos movíamos ni chistábamos. El chino se había encogido sobre sí mismo y sus dedos se hincaban como garras en la borda del bote, que como una bala se dirigía al revuelto y espumoso pocerón formado por los dos ríos al encontrarse.

—¡A l'izquierda, patrón! ¡Arriba, contra aquella piedra blanca! —gritó Andrés, sesgando el bote.

Leví remaba vigorosamente, empleando la palanca como canaleta. Embestimos contra el rugiente remolino partiendo en dos sus turbulentas aguas; yo vi el murallón venírsenos encima y, cuando ya creía inevitable el pavoroso choque, el bote viró a un violento canaletazo del cholo, que reforzó Leví apoyando la palanca en el paredón para amortiguar la violencia del viraje. Un macho de agua cayó sobre nosotros y el bote se quedó inmóvil, temblando sobre las bullentes aguas, hasta que una revuelta del remolino lo sacó disparado río abajo, y el canaleta de Andrés lo enderezó hacia las aguas tranquilas de la orilla derecha.

Volvimos a respirar todos y Leví exclamó satisfecho:

—¡Hora sí, viejitos, si no paramos las patas allí, ya no las paramos en ninguna parte!

Al poco rato clavaron el bote en la orilla, y Andrés saltó a tierra.

—Espérenme un momento —dijo—. Voy en una carrerita onde los viejos por el cuero. —Y se metió por la picada.

Nosotros también desembarcamos para estirar los huesos y el chino aprovechó la oportunidad para vaciar el agua del bote.

—Fíjense en ese par de mocosos —dijo Jorge.

Dos indillos trepaban el río en un minúsculo cayuco, manejando las palancas con sorprendente habilidad. Cuando pasaban frente a nosotros, Leví les gritó:

—¿Qué tal está la comaaadree?

—¡Ta bieeen! —contestaron los idillos en dúo, deteniendo un momento el cayuco y saludándonos con la cabeza.

—¿Y cómo amaneció el viceejoo?

91

—¡Tá en el raaanchoo!

—Seguro le cayó mal la parrandiada de anoche —nos aclaró Leví, riéndose.

Un momento después perdíamos de vista el cayuco, y Andrés bajó cargado con una preciosa piel de tigre; la extendió para que la viéramos y después de arrollarla de nuevo se la entregó a Jorge, diciéndole:

—Taba bien criado el animalito, ¿verdad? Se la regalo pa' que si'acuerde de mí y pa' que alla'se pan qui'anduvo en Talamanca —luego se despidió de todos y regresó por la picada.

Continuamos el viaje. Al salir de un recodo, Leví se volvió para señalarme con la palanca hacia la orilla derecha. Allí estaba el monte, erguido sobre le río, y todavía se alcanzaba a ver el techo del rancho de Meléndez, medio derruido por la acción del tiempo. Cuatrocientos metros más abajo desembocamos en un oscuro pocerón metido en la curva del río.

—¡El Tuntún! —murmuró el chino.

Leví se volvió de nuevo y me enseñó una cruz medio caída en un playoncillo, al pie del paredón de la orilla opuesta.

Me quité el sombrero. Y me pareció ver alzarse la figura robusta de Meléndez para contestar a mi último saludo.

—¡Adiós, Meléndez! —suspiré—. Vos quedaste aquí; Antonio, allá, en un rincón del Calvo... ¿y yo?

Como a las once y media del día llegamos a Chasse. Cargados con nuestras cosas nos dirigimos al Comisariato del chino, deseosos de encontrar algo con qué aplacar el hambre. En cuanto pusimos los pies en el corredor, el negro que atendía el negocio le comunicó a don Ramón que el moto-car no había llegado todavía.

—Mejor agualda aquí y comel algo —nos dijo el chino. Y se fue a ordenarle a la negra que preparara almuerzo para todos.

Entretando, don Samuel le compró un montón de naranjas a un viejo que llegó a ofrecerlas, las repartió entre todos, y nos sentamos a saborearlas en las bancas del corredor. Don Ramón se metió por dentro del mostrador y al poco rato lo vi pesando un saco en la romana ayudado por el negro. Me les acerqué.

92 —¡Noventa y dos libras! —exclamó el viejo después de hacer la reducción de los kilos.

Metió la mano en el saco y me mostró un puñado de café, limpio y aromático, listo ya para tostar.

—Vea qué cafecito que me compré el jueves de la semana pasada. Pura primera, ¿verdá? Pues de la misma clase es ese otro poquillo que tengo en ese saco. —Y mientras con una mano me señalaba un saco un poco más pequeño que el que había pesado, con la otra se echaba granos de café a la boca para mascarlos.

—¿Cuánto le costaron los dos sacos? —le pregunté.

—Dos dólares.

—¿Dos dólares? ¡Carambas, usted sí qu'és botaratas, don Ramón!

—¿Pues, sabe una cosa? Aquí nadie hubiera dao eso por este café y, si no hubiera sido por mí, el indio hubiera tenido que regalarlo o que regresarse con él.

—Viejo más *chollao* es ese don Ramón —le dije poco después a Leví—. ¡Dar dos dólares por más de ciento cincuenta libras de café!

—¿Cuánto dice, Sibajita?, ¿dos dólares?

—Eso dice él que dio.

Entonces Leví me cerró un ojo y se echó a reír, como burlándose de mi credulidad.

La negra había preparado un almuerzo apetitoso y abundante y alrededor de una gran mesa nos sentamos todos, dispuestos a hacerle los honores.

—¡Comel más! ¡Comel más! —repetía el chino, jalando platos y más platos.

Don Ramón no era hombre que se hiciera rogar y comiendo a dos carrillos me invitaba a imitarlo:

—Acordate, José Francisco, que hora tenés que zocarte la faja y jalarte al dedo hasta Bonifacio, porque mañana no sale tractor.

Rematamos el almuerzo con una riquísima jalea de guayaba y luego apareció la negra con un panzudo pichel de oloroso café acabadito de chorrear. Leví se sirvió una taza llena y mientras le ponía una cucharada de azúcar, me dijo, guiñándome un ojo:

—Vamos a probar el famoso café de don Ramón. Yo no le pongo leche porque me gusta bien juerte, pa'que alimente.

Don Samuel saco un paquete de cigarrillos y nos obsequió, diciendo:

—Por lo qu'estoy viendo, el amigo Sibaja va a quedar convidao a repetir el viaje pa'las próximas elecciones.

—¡Ya lo creo! Pero siempre que Leví se comprometa a llevarme en su bote hasta Amure, en vez de mandarme a esos indios mañosos.

Se rieron todos y Leví me volvió la pulla, diciendo a los demás, en son de burla:

—¿Apostemos a que Sibajita venía pensando que podía llegar hasta Amure sin que yo me diera cuenta?

—Pues, hombré —le dije yo un poco amoscado—, la pura verdá es que no tenía mucha fe de conseguirlo. Yo sé qu'en Talamanca no se mueve una hoja sin que usté lo sepa.

—En eso sí que tenías razón —intervino don Ramón—. Cada indio es un telégrafo y no pueden ver a un extraño en Talamanca cuando ya corren con el cuento onde Leví. —Y volviéndose hacia éste:

—¿Te acordás del rengo Ramírez?

—¡Cómo no me voy a acordar si me dejó por dentro! —le contestó Leví de mal humor.

El viejo se echó a reír y exclamó mofándose:

—¡Qué va, hombré! Si vos te lo tiraste muy decentemente...

Leví hizo un gesto de desagrado, y Jorge, intrigado por el tonillo perverso del viejo, le pidió que nos explicara el asunto.

Pero el viejo, cerrándonos un ojo:

—Díganle a Leví que les eche el cuento.

—Pues se los voy a contar, mas que sea pa'que se burlen de mí —nos dijo Leví, que había pillado el gesto del viejo.

Y después de acomodarse bien en su silla, inició el relato:

94 —Aquí estaba yo precisamente, leyendo unos periódicos una tarde'e tantas, cuando llegó a vender un poquillo'e maíz un indio a quien Pelegrino había bautizado con el apodo de "Pizote"; ya listo pa'regresar, me llamó aparte pa'decirme que su compadre "Matatigres" me mandaba decir lo siguiente: que hacía dos días había llegao un hombre a su rancho, ya al anochecer, y le había pedido posada; que a la mañana siguiente, el hombre, que parecía muy cansao, le había dicho que si le daba de comer, él le curaría la mano que li'había roto la palanca y que tenía muy inflamada, cosa qu'él aceptó; que se sentía muy bien con las curaciones, pero que había entrao en sospechas, porque el hombre parecía asustao y no quería salir del rancho, y que por eso me mandaba a avisar. "¿Cómo es el hombre?", le pregunté. "Andar así", dijo el indio, y se puso a hacer que renquiaba. Le pedí todos los detalles del caso y, por lo que pudiera suceder, l'encargué que no me lo perdiera de vista. Al día siguiente recibí una orden de captura contra un tal Eulogio Ramírez, conocido por "el renco Ramírez", por sospechase que fuera él el autor del asesinato del macho mister Charles Rid, administrador de la finca *Joncrique*. Según la nota, el renco era un hombre peligroso y andaba en los veintidós años cumplidos. Yo mi'acordé del cuento de Pizote y, por las señas que me había dao y las que traía la nota, llegué a la conclusión de que se trataba de la misma persona.

Leví interrumpió el relato mientras la negra retiraba los trastos de la mesa, y luego continuó:

—Llamé entonces a Pelegrino y le dije que cogiera el bote y me juera a traer al indio Pizote. Y en cuanto estuvieron de regreso, pregunté al indio por el hombre. "Eta mañana se jué", me dijo; "yo camina con él. Hora ta en el rancho de paisano Miguel". "¿Irá a dormir allí?", le pregunté. El indio asintió con la cabeza. Nos juimos los tres en el bote; yo llevaba, además del

revólver, el rifle y un mecate, porque entonces no tenía “esposas” aquí. Ya oscurecía cuando llegamos nosotros, casi e cuatro patas, por entr’el monte, a la orilla del rancho del nica Miguel. Había luz y gente conversando; cuando mi’arrimé a la cocina, el viejo Miguel, con su voz ronca y gastada, decía: “Pues, si así es la cosa, lo mejor es que mañana mismo se pase la frontera; de lo contrario, horita tiene a Leví mojándole los talones”. “Usté cré”, preguntó una voz más clara. “Yo sé lo que le digo, amiguito”, agregó el nica; “¡cuidao si los indios no lo han ido a chismiar ya!” En ese mismo momento Pelegrino y yo nos metimos al rancho con las armas en la mano y yo le puse el cañón del rifle en el pecho al renco, diciéndole: “¡Dese preso, amigo, y nu’haga oposición porque lo tiro!”. El muchacho se puso pálido, pero no se movió siquiera. El viejo Miguel le dijo: “Se lo estaba diciendo, amigo”. “¡Así tenía que ser!”, contestó el otro, resignao, mientras yo lo aseguraba con el mecate...

—¡Y no volvió a pronunciar palabra! —exclamó Leví, después de hacer una pausa. Y continuó—: A mí me puso inquieto aquel hombre silencioso, y en cuanto llegamos a casa comencé a buscar la forma de asegurarlo mejor, pues no había más remedio que dormir con él y esperar el día siguiente pa’llevarlo a La Estrella. “¡Carajo!”, me pensé yo; “esti’hombre es peligroso y se me puede soltar en la noche, y dejalo pegao a un poste es una vaina”. Jué entonces que se mi’ocurrió valerme de una treta. Una vez qu’estuve solo con él, le quité las amarras y le dije: “Va a perdonar que lo amarrara, pero es que si no lo hago así, ese viejo qui’andaba conmigo corre con el cuento a Limón; pero, la pura verdá es que la cosa no vale la pena”. El renco se quedó viéndome, extrañado. Yo llamé a mi mujer, qu’estaba más muerta que viva del susto, y li’ordené que nos hiciera un poco’e café y nos calentara unas tortillas. El pobre no salía de su asombro cuando se vio frente al plato’e tortillas con queso, pero no hizo por’onde probar boca. Yo le dije, haciéndome el desentendió: “Aunque a mí no me va ni me viene, quiero decirle qui’hora que salga de la cárcel es mejor que no vuelva por Joncrique, pues ese macho es un enemigo peligroso”. El hombre se medio enderezó teniéndose de la mesa, y echando

la cara pa'adelante se quedó viéndome con ojos de loco. “¿No... murió?”, logró preguntar tartamudiando. “¿Qué qué?”, dije yo, haciéndome el extrañado; “¿usted cre que un hombre se muere con tres rasguños? ¿Y usted s'imagina que si se hubiera muerto lo estuviera yo a usted aquí sentao y con las manos sueltas?”. Se restregó los ojos como si creyera estar soñando; después se jué enderezando poco apoco, se jaló el pelo echándose la cabeza pa'trás, apretó los 96 ojos y dijo aliviado: “¡Dios mío, quién l'hubiera sabido! ¡Mire!”, me gritó casi. “¡Usted no sabe lo que yo he sufrío en estos días, ni qué cosa más horrible es andar huyendo! Yo creo que hasta me he envejecío”. De pronto se quedó mudo, y sospechando la celada se dejó caer en el asiento, diciendo muy afligío: “¡Esu'es imposible! ¡Yo le di machete como dale a un tallo de banano!”. Yo hice un esfuerzo por reírme y le dije: “Pues, amigo, perdió usted su tiempo. ¿No ve que el macho traía arrollada la capa en el brazo y la yaquet puesta? A la capa jué a lo qui'usted l'estuvo dando y el hombre apenas recibió los cortadas en el brazo y una herida en la cabeza; yo creo que dentro'e diez días sale del hospital”. Entonces sí qu'el pobre se descontroló. Se levantó qui'hasta que le brillaban los ojos de la alegría y renquiando comenzó a pasiar por toda la sala, com'un desatinao. Se mi'acercó a preguntarme: “¿Cuánto cre usted que me puedan echar por eso?”. “¿Tenés doscientos sesenta pesos en la bolsa?”, le pregunté yo a mi vez. “No, ¿por qué?”. “Lastima”, le dije; “aquí hubiéramos arreglao la cosa y te hubieras evitao el viaje a Limón”. “Yo tengo en Limón una paisana que me los puede prestar”, me dijo. “Pues, si es así ya está arreglao el asunto: en cuanto llegué a Limón la mandás a llamar...”. “En todo caso”, agregué, “trabajando descontás la multa en ciento treinta días”. Se puso a bailar con su pata tiesa, mientras me decía: “En cuanto arregle esto me voy pa'el Guanacaste, con Florita. No quiero saber más de la Línea ni de sus bananales. ¡Quiero vivir tranquilo, con mi mujer, sin machos que me jodan! ¡Viva mi tierra!”. “Esto no se va ni echándolo puerta ajuera”, me pensé yo. “¿Idiay?”, le advertí: “se te van a enfriar las tortillas”. “Es que de la contentera hasta se me quitó el hambre y el sueño”, dijo, tragándose el café corcor. Y ya más tranquilo, me contó la historia de sus tribulaciones.

V

«Eulogio Ramírez nació en el Guanacaste, en una hacienda de ganado, criándose entre jinetes, toros y caballos. A los dieciséis años, cuando apenas comenzaba a ensayar el *suelto* al compás de las marimbas y a suspirar por los ojos negros de su prima, se puso de acuerdo con otros muchachos conocidos y, siguiendo el ejemplo de miles de guanacastecos, resolvió irse a probar fortuna a los bananales del Atlántico. Porque su tierra es muy alegre y sus mujeres muy guapas, pero la vida del peón durísima y los salarios miserables.

97

«Así comenzó su peregrinación, finca por finca, a través de toda la inmensa Zona Bananera. Hoy en las *chapias*, mañana en la corta de cacao o de banano, otro día en los *zanjos* y casi siempre en las *volteas*, pues llegó a hacerse un buen hachero con el tiempo; y también pasó sus temporadas en el hospital curándose las calenturas o el reumatismo. Un día de tantos se pegó el hacha en la rodilla y quedó con su pierna tiesa para siempre. Ya no podría volver a bailar el *suelto*, pero no por eso perdió las esperanzas de regresar a su tierra con dinero suficiente para hacerse una finquita y vivir independiente y feliz.

«Fue de los primeros que cayeron en Home-Creek, hacha en mano, sobre la montaña. Hecha al fin la finca y cansado de rodar, resolvió quedarse en ella. Cuando Mr. Reed llegó como administrador, cayó como una maldición sobre la peonada: grosero, borracho y lujurioso mantenía en constante zozobra a las mujeres de la finca, sin hacer distingos entre solteras y casadas.

«A pesar de todo, Ramírez casarse y llevarse la mujer para la finca. La había conocido en una de sus salidas a Limón, sirviendo en una casa de comensales, y era una muchacha guapa y graciosa como todas sus paisanas; una mula para el trabajo y ardiente y celosa en el querer. Ella no podía prolongar más la *jalencia*; a él resultaban muy caras sus constantes salidas al puerto. Por eso se casaron.

«Desde el primer instante el gringo se sintió atraído por la carne joven y morena de Florita, y comenzó el asedio; y los malos tratos y los trabajos más mal pagados para el marido.

«Él, tascando el freno, se daba cuenta de las maniobras del Jefe: posiblemente el gringo esperaba que la hembra cedería para mejorara la situación de su compañero. Comenzaron las murmuraciones y los chismes de las viejas, transformando su vida en un infierno. “¡Vamonós, vamonós de aquí!”, le rogaba Florita. Pero él tenía que pagar las jaranas que le dejó el casorio; saldrían de ellas, se irían para otra finca, economizarían y muy pronto estarían de regreso en el Guanacaste.

«Para agravar su situación cayó en cama por diez días y el chino les cerró el crédito. El día de *orden*, el macho le hizo saber que no podía retirar la suya porque no tenía fondos, y tuvieron que comerse las uñas mientras llegaba el pago. Ese día, en la tarde, salió a Bonifacio con los pocos centavos que alcanzó; compró el poquillo de provisión y se entretuvo con un amigo que lo invitó a unos cuantos tragos. Ya tarde, y medio azurumbado por el ron, regresó en el carro que llevaban los negros de Home-Creek.

«Cuando entró en su casa, encontró a la mujer hecha un puño en la tijereta, llorando y con las ropas descompuestas. El gringo, aprovechando su ausencia y embrutecido por el wiskey y el deseo, había tratado de violarla, apretándola salvajemente contra su enorme corpachón, maltratando sus carnes y destrozándole el vestido; a los gritos de ella acudieron las vecinas y entonces el macho, soltando la presa, montó en su mula y se alejó lanzando maldiciones y amenazas.

«Una llamarada de rabia le quemó las sienes, y se metió entre las sombras de la noche, línea arriba, con el pesado machete en la mano. Y el Destino lo quiso: no había corrido doscientas varas cuando sintió los trotes de la mula del macho y un momento después vio el bulto negro avanzando sobre él. Se plantó en media línea del tranvía. “¡Apéese, cabrón!”, le gritó. “¡Quiero que me pruebe que también es macho ante los hombres!”.

«El gringo frenó la bestia un instante, se llevó la mano a la pistola, escupió un sanababichazo y clavándole las espuelas a la mula se la echó encima. Él capeó el cuerpo como pudo y dando un salto le descargó el machete, haciéndolo caer de espaldas a un

lado de la línea; luego, ya cegado por la rabia, se lanzó sobre el caído y le dio de machetazos hasta que no lo vio moverse más.

«Cuando recobró la razón, volaba en dirección a Bonifacio jineteando la mula de su enemigo. Frente al Comisariato plantó el animal, que estaba cubierto de espuma y de sudor, y, después de pensarlo un momento, cogió la línea del ferrocarril, al trote para no dar malicia, rumbo a Pandora adonde llegó poco rato después, cuando ya comenzaba a rayar la luna. Dos o trescientos metros adelante brillaba el techo de zinc del comisariato de la Compañía; un poco más arriba, el de dos grandes casas de madera. A su izquierda se dibujaba un gran puente colgante, que parecía mecerse en el espacio.

99

«Él sabía que allá, a la izquierda, detrás de las montañas altas y oscuras, estaba Talamanca y luego la frontera panameña; sabía también que por sobre ese puente se metía una línea de tranvía que atravesando fincas llegaba casi hasta el pie de esas montañas. Pasó el puente estremeciéndose al oír el sordo rumor que producían los cascos de la mula contra las tablas del piso, y ya en la trocha abierta del tranvía comenzó a reflexionar en lo que había hecho y en lo que eso significaba para su vida. Allá en Home-Creek quedaban Florita, sus ilusiones de regreso, y una terrible cuenta pendiente con la justicia. Y entonces fue que se dio cuenta de todo el horror de su situación. “¡Veinte años en San Lucas!”, pensó, con un estremecimiento de espanto. Poco a poco lo fue invadiendo el pánico y comenzó a temblar; le parecía que el trote de la bestia se escuchaba a cien millas a la redonda y por todas partes creía ver sombras que lo acechaban y hasta oía los gritos lejanos de los que corrían en su persecución.

«Aguijoneado por el terror galopó furiosamente de nuevo, como un loco, saltando charcos, esquivando ramas, atravesando como un relámpago los claros de luna y las negruras de las ramazones.

«El recuerdo del muerto, la excitación de la carrera fantástica, los resoplidos de la bestia, que levantaba montañas de barro en sus peligrosos resbalonazos, todo contribuyó a extraviarle la razón. De pronto sintió que la mula, a pesar de que la taloneaba

desesperadamente, corcoveaba en un solo lugar, como para vengar a su dueño dando tiempo a que llegara la justicia. Loco de espanto se tiró de la bestia que se perdió relinchando entre las sombras de un cacahuital. Se levantó chorreando barro y, abandonando la línea, corrió por entre cacahuitales y abandonos, atravesando ríos, perseguido por el ruido de sus propios pasos...

100 «...Cuando despertó, clareaba la montaña a pesar de los negros nubarrones que cubrían el cielo. Tenía sed, náuseas y dolor de cabeza; estaba agarrotado, pero hizo un esfuerzo sobrehumano y se puso de pie. El viento fresco le despejó la mente y le serenó el espíritu y poco a poco se le desentumecieron los músculos, permitiéndole trepar a una pequeña loma que tenía al frente. Una vez arriba, buscó cómo orientarse. Se encontró rodeado por un espeso mar de neblina sobre el que parecía flotar el monte en que él estaba. Había despertado en la cima de la altísima montaña.

«Lentamente el viento iba barriendo la neblina en oleadas perezosas, y pronto pudo ver, a su derecha, un barranco profundo, y a su izquierda, borrosa aún, una inmensa extensión oscura. “El valle de Talamanca”, pensó. “Más allá está Panamá. Y un poco más tranquilo inició el descenso.

«Su llegada al valle fue saludada por los relámpagos que iluminaban momentáneamente la cerrada vegetación trazando lenguas de fuego en el cielo ennegrecido, y por el ronco mugido del trueno que parecía rajar las nubes y estremecer la tierra. Aullaron los congos furiosamente anunciando el vendaval, sopló el viento con fuerza y un mundo de agua se descolgó de pronto inundando los bajos pantanosos.

«Quitándose el agua de los ojos, chapeleando barro, se internó en el valle buscando instintivamente el sur.

«No supo cuánto, torturado por negros pensamientos; de pronto lo asaltó el temor de haber perdido el rumbo. Seguía lloviendo y en todas direcciones el valle presentaba el mismo aspecto: barro, abandonos, espesuras. Apuró el paso y al poco andar creyó ver un pequeño claro entre la selva, al que se dirigió torciendo a la derecha. Allí estaba una choza miserable que podía

servirle de refugio para descansar. “Debe estar abandonada”, pensó, mientras se acercaba a ella. Por la puerta abierta distinguió a un hombre agachado sobre un fogoncillo humeante. Cuando pensó en ocultarse, ya el hombre le hablaba desde la puerta:

«—¿Qué le pasa, anda perdido?

«—Sí —contestó vacilante—; la oscurana del agua me ha hecho perder el trillo. —Y ya decidido, echó adelante.

«—Entre y se sienta a descansar un rato —le dijo el hombre, señalándole un tronco junto al fogón—. Va a perdonar la pobreza, pero si está acostumbrado a tomar sin dulce, horita le alisto qué beber. Tal vez se quita el agua y mientras tanto se calienta un poco.

«Sobre un camón de hojas secas, con las piernas colgando, había otro hombre sentado que apenas si le contestó el saludo.

«Mientras se calentaba en el fuego, examinó el reducido y pobrísimo interior; dos camones de hojarasca a los lados; en el fondo un bejuco atravesado del que colgaban unos trapos sucios y casi deshechos; en el centro, sobre el suelo, el fogón y un pedazo de cazuela que en ese momento le servía al hombre para tostar un poco de cacao, dos gastados machetes y unos cuantos trastos escarapelados metidos entre los bejucos que amarraban los astillones del rancho.

«Le llamó la atención, sobre todo, el extraño parecido de los dos hombres: barba enmarañada, melena larga y canosa y nariz grande y ganchuda los dos. Sólo una diferencia creyó notar entre ellos. El que lo había pasado adelante tenía los ojos claros, de expresión tranquila. El otro, que se entretenía en fabricar con cuchilla un absurdo muñeco de madera, los tenía más oscuros y de mirar inquieto.

«—¿Pa’ónde la lleva, amigo? —le preguntó el hombre mientras le daba vueltas al cacao con una paletilla de madera.

«—Fijamente no sé —contestó sin saber qué decir—. Es qui’ando en busca de un hermano que hace mucho cogió pa’estos laos. —Y para desviar la conversación preguntó a su vez:

«—¿Hace mucho que viven aquí?

«—Seis años —contestó el hombre.

«Temeroso de una delación, volvió a interrogar:

«—¿Pero de vez en cuando salen a La Estrella?

«El hombre, que quitaba en ese momento el pedazo de cazuela del fuego, replicó con sencillez:

«—¿Pa'qué?

«El renco respiró tranquilizado, y agregó para disimular:

«—Es que como hora hay tanto trabajo en Pandora y en

102 Joncrique...

«Entonces el otro hombre, que no había llegado a despegar los labios, comenzó a reír estúpidamente y a pronunciar frases incoherentes:

«—¡Mucho trabajo!... ¡je, je, je, je!... ¡Trabaje, mula! ¡Trabaje, bruto! Y trague guaro y quinina... ¡je, je, je, je!... Sude calentura y lleve palo y pague multa... ¡je, je, je, je!

«El renco se quedó asombrado y el otro, que ya quebraba el cacao con una piedra, se volvió y llevándose un dedo a la frente le hizo un gesto significativo. Después, mientras ponía a hervir el cacao en un tarro de agua, le dijo en voz baja:

«—Hace más di'un año que mi hermano se puso mal de la cabeza. —Lanzó un suspiro y agregó—: Pero tiene razón el pobre loco. Nosotros trabajamos diez años en la Línea, ¿y qué hicimos? Estafas del contratista; insultos del mandador: guaro y quinina, como dice el pobre loco, pa'cortar las calenturas, y palo y multas de la autoridá. Así vivíamos nosotros hasta qu'el pobre se puso mal del riumatismo. ¿Y qué hacíamos entonces? ¿Irnos al interior? ¿A qué? Allí no hay trabajo pa'nosotros y no queríamos vivir de limosna; por eso nos vinimos pa'cá. Y ahora usted dirá: ¿Qué comen? Yo le pregunto: ¿Qué comíamos allá? Aquí nadie nos roba ni nos insulta y no nos falta el pedazo'e yuca ni el puñito'e maíz; y hay cacao y bananos y de vez en cuando un pedazo'e carne, si matamos algún animalillo. Allá comíamos arroz hediondo, frijoles picaos y bananos sin sal. ¿Que andamos con harapos? Allá también. Y por lo menos aquí nadie nos ve...

«Hablabla atropelladamente, como para que no lo interrumpieran, y terminó diciendo con tristeza:

«—Hora mi hermano se ha puesto muy mal y Dios ha de querer que muera antes que yo, pa'enterralo... A mí que m'entierre el que pase, y si no, que me coman lo zopilotes, ¡lo mismo da! —Y se quedó largo rato silencioso, con la vista fija en el hervor del tarro.

«Ya listo el menjurje, el hombre se lo sirvió y le trajo unos pedazos de yuca y unos bananos sin sal que tenía guardados en una lata. A pesar del amargor de la bebida, el rencó se empinó el tarro colando la basura del cacao con los dientes, y devoró los pedazos de verdura.

«Había dejado de llover y se dispuso a partir. El hombre le preguntó:

«—¿Cómo va a hacer pa' encontrar a su hermano? ¿Va ir a Chasse a indagarse con el Agente de Policía?

«El rencó se quedó frío, y tartamudeó, para esquivar la respuesta:

«—Pues... a mí me dijeron que mi hermano... vivía con una india.

«El hombre se salió del rancho y le dijo:

«—Sí es así, lo mejor es que lo busque entre los indios. Cruce aquí, en esta dirección, deja a l'izquierda Sureka y, después de atravesar el monte, sale al río. Caminando río arriba, a poco andar, se encuentran los primeros ranchos.

«Se despidió del hombre y le echó una última mirada al pobre loco, que seguía empeñado en darle fin a su muñeco.

«...Y así fue como llegó, muerto de cansancio, ya de noche, al rancho del indio Matatigres y se improvisó curandero para poder comer y descansar y siguió luego, guiado por Pizote, hasta el rancho del viejo Miguel».

—Y si no llegamos esa noche —exclamo Leví— el rencó Ramírez sigue renquiando y llega hasta Panamá.

—¿Y no le dio vergüenza a usted engañar a ese hombre y entregárselo al *Resguardo*? —le pregunté.

Leví se rascó la barba un poco desconcertado y se excusó diciendo:

—Hombré, Sibajita, el puesto es el puesto. Por lo menos esa noche la pasó tranquilo, en casa, y al día siguiente, cuando lo llevaba pa'Joncrique, iba plumiando su mula y hablándome de su Florita y de lo que pensaba hacer y d'esto y de l'otro...

El chino, que había escuchado el cuento recostado al marco de la puerta, lo interrumpió:

—Yo vel pasal los dos y dice: Leví está loco, ¡calajo!

104 —Eso pensaron todos en Joncrique, cuando me vieron llegar con el famoso criminal suelto y caracoliando la mula —afirmó Leví, riendo.

—¿Y qué hizo el renco Ramírez cuando se dio cuenta de qu'el macho ya estaba enterrao? —preguntó Jorge.

—¡Demonio! ¡La mirada que m'echó onde le pusieron las esposas! “Si algún día tuviera oportunidad”, me dijo, “no le cobraría la captura: ¡le cobraría el engaño!”.

Leví se levantó, le dio una ojeada al reloj y dijo:

—Ya son las doce y el moto-car no aparece y yo tengo que ir a darle una vuela a mi mujer qui'hace ya dos días que no me ve.

Don Ramón sonreía maliciosamente, mientras Jorge murmuraba:

—Hombre, si así terminó la cosa, no sé ónde está lo de reírse de Leví.

—Si es que se quier'ir por no contarles la segunda parte qu'es onde está lo mejor —aseguró don Ramón muerto de risa.

—¿Idiay? —exclamamos todos—. ¿Entonces ónde está la gracia?

Viéndose comprometido, Leví agregó de no muy buena gana:

—Pues, nada, hombré. Que hace por ahí di'un año, en una de las tantas veces que llegué a pasiar a Sixoala, pasé el puente¹, como de costumbre, pa'saludar a mis amigos del otro lao. Después de tirarme unos tragos con unos guardas panameños, se mi'ocurrió ir a dar una vuelta por ahí cerca. En eso andaba, cuando me antojé de un refresco y me metí onde un chino a

1. Puente internacional sobre el río Sixoala. Este río divide el territorio costarricense del panameño.

comprarlo. Cuando entré al negocio vi unos hombres paraos a l'orilla del mostrador, tirándose unos tragos. Pedí una soda, y al oír mi voz uno'e los que me estaban dando la espalda se volvió... ¡Yo me quedé frío! ¡Era el renco Ramírez en persona! “¡Hola, don Leví!”, exclamó, acercándose y tendiéndome la mano. “¡Dichosos ojos que lo vuelven a ver!”. Yo no hallaba qué decir. Llamó a los otros, diciéndoles: “Vengan pa'presentarles el hombre de quien les he hablao tanto”. Los tales amigos se me jueron presentando y por el modo de hablar me di cuenta'e qu'eran nicas. En cuanto me serené un poquito, le dije, por decirle algo: “¿Idiay, qué anda haciendo por aquí?”. Y me contestó que yo le había hecho un gran favor con no dejarlo huir, porque su familia le había puesto un abogao y que comprobaos con todos los piones de la finca los atropellos del macho, y sus buenos antecedentes, lo habían indultao al año y medio d'estar preso. Y que había resuelto irse con Florita Panamá, onde estaba muy contento ajustando unos rialillos pa'llevársela pa'Guanacaste. “¿Ya ve?”, le dije yo, completamente tranquilizao. “En estos casos lo mejor es arreglar las cosas por el camino legal y no andar de tonto pasando trabajos”. El renco se rajó pidiendo güisqui pa'todos y a l'hora de tomar, dijo: “Este trago es por mi captura y por la libertá conseguida”, y s'echó el trago di'una buchada. Yo quise hacer lo mismo, pero apenas me había mojado los labios el renco me metió una gran trompada, diciendo: “¡Y ésta es por el engaño y pa'que vea que cumplo la palabra!”. Cuando me levanté, escupiendo sangre y medio atarantao, ya bien largo y todavía se oían las carcajadas de burla de los nicas...

Todos soltamos la carcajada y don Ramón remató diciendo:

—Y lo más bonito es que le pagó con la misma moneda, porqu'era mentira lo del indulto: el renco se había fugao de San Lucas junto con otros dos; y no hubo chance de desquite, porque cuando conseguimos la orden de extradición ya el condenao había desaparecido. ¡Engaño por engaño! —Y el viejo se tenía la panza y lloraba de la risa.

Cuando pudo hablar y dirigiéndose a mí:

—¿Qué decís vos del asunto?

—¿Yo? Pues, qu'el renco mató muy bien matao al macho, pero que no debió golpiar a Leví... ¡se lo debió de haber echao a la espalda también, por mala fe².

106 Entró el dependiente negro anunciando que ya había llegado el moto-car y que todo estaba listo. Nos despedimos del chino y un momento después volábamos hacia Olivia, a donde llegamos en un escaso cuarto de hora. Y allí me dejó el moto-car, que arrancó de nuevo tronando y escupiendo nubes de humo hediondo, rumbo a Sixaola, mientras yo les decía a todos adiós con el sombrero.

Por las ventanas de las casillas se asomaron algunas caras negras, y de la puerta de una de ellas salió un hombre a saludarme:

—¿Cómo está, compañero? ¿Qué tal lo trataron esos carajos?

Yo me quedé un instante haciendo esfuerzos por recordar en dónde había visto esa cara curtida por el sol. “Debe ser un *liniero* que me ha conocido en alguna parte”, pensé. Y le hablé entonces como a un antiguo conocido:

—Pues, me fue regular, compañero. Ni muy muy, ni tan tan, que digamos.

—Es que allá ajuera jue un desastre. A la gente de Joncrique la engañaron con la salida del carro y sólo sacaron a la votación a un grupillo'e borrachos que votó por todos. Y dicen que al fiscal del Bloque lo metieron a la cárcel y que después hicieron lo que les dio la gana en la Mesa: *chorriaron* hasta los muertos y cambiaron los votos nuestros por otro d'ellos. El Agente'e Policía anduvo repartiendo guaro, y en la noche jue una borrachera general y bochinches entr'ellos mismos. A nosotros nos contaron que ya tarde el radio del Comisariato estaba anunciando el gran triunfo del partido oficial, con Himno Nacional y todo.

2. Manera de decir que debió matarlo también.

—Así tenía que ser, compañero —le dije no sin amargura—. ¿Usted creé qu'ellos van a dejar qu'el pueblo se libere por medio de unas votaciones qu'ellos mismo controlan y dirigen?

—Pues, no va a quedar otro camino qu'entrarles a machete! —exclamó el hombre, cerrando los puños.

—Hay otros medios, compañero. ¡El día que todos los de abajo nos organicemos, ese día cantará otro gallo!

Al ruido de la conversación salió una mujer secándose las manos en el delantal. Inmediatamente recordé haberle dado unas hojas sueltas en Home-Creek.

—¡Hola, compañero! —exclamó gozosa—. Se me puso que lo íbamos a encontrar. Pase adelante.

Ya en el interior, sucio y sin muebles, agregó:

—Va a perdonar, pero es qu'estamos llegando en este momento y no nos hemos acomodao. ¿Quiere un poquito'e café? Es lo único que le puedo ofrecer, porque ya lo estoy chorriando. —Y me señalaba un chorreador improvisado sobre el molederillo y la cafetera hirviendo sobre los *tinamastes*. Luego, acordándose de pronto—: Yo le llevé las hojas que me dio a Chepe y él las repartió entre los muchachos.

Chepe se fue a recoger unos grandes sacos de *gangoche* que había dejado afuera. Yo me entretuve mirando distraídamente las complicadas maniobras de la mujer. Destapó el tarrillo del café molido, que olfateó con fruición arrimándose a la nariz, y echó unas cuantas cucharadas a la bolsa de manta del chorreador, a la que apretó la punta para calcularle con la mano el tanto que tenía. Con la cafetera en alto, dejó caer el chorro de agua hirviendo, poco a poco, para remojar el café, y después, inclinado más la cafetera fue aumentando el grueso del chorro, al que movía en un cierto vaivén para impedir que cayera en un solo lugar. Se hinchaba por momentos la bolsa humeante, mientras destilaba de su punta el chorrillo oscuro del café que caía cantando alegremente en el pichel, y su aroma, suave y excitante, llenó toda la casilla.

—¿Le gusta juerte, compañero? —me preguntó de pronto.

—No. pa'mí, ralito; del último que salga de la bolsa. —Y como me mirara sorprendida, agregué riendo—: Nunca me pudieron acostumbrar al café tinto, a pesar de que mi agüela lo tomaba que hasta que le manchaba la taza y casi sin dulce.

Regresó Chepe y, ya los tres con las tazas en la mano, murmuró:

—Se lo tiene que tomar en el aire, y negro y con lengua, porque aquí no se consigue pan, ni leche, ni cosa que se parezca.

Por la puerta abierta de la cocina alcanzaba a ver dos mulas amarradas en el cacahuital, y acordándome de la pasada de la montaña suspiré en voz alta por una bestia, para llegar un poco más descansado a Home-Creek.

—Precisamente en eso pensábamos cuando veníamos de camino —dijo Chepe—. Hora se irá en una d'esas mulas. Son del cabo Lencho, que nos vino a dejar y nos dijo que ojalá se li'ocurriera a usted regresar hoy y s'encontrara con nosotros. Horita viene por ahí a saludarlo.

Alegre con mi buena suerte y agradecido con esas gentes casi desconocidas para mí, les pregunté:

—¿Y qué se vinieron a hacer aquí, si esto s'está quemando?

—Sí —murmuró Chepe con tristeza—. Hora nos estábamos dando cuenta d'eso, pero ya estamos en la mula y hay que jine-tearla. Mañana voy a hablar con don Pedro, que me conoce desde hace mucho tiempo, a ver si me da algo que hacer. —Y agregó—: Del otro lao, la cosa también está mal. La Compañía está abandonando todo o llevándose p'al Pacífico, y cabo Lencho, que me había dao unos trabajillos, está resuelto a abandonar la finca pa'irse de contratista a Quepos o Parrita.

—Yo no quise que nos juéramos p'allá —intervino la mujer—, porque los muchachos que han vuelto nos han dao muy malas noticias. Dicen qu'es más mal clima qu'el Atlántico y que pagan una cochinada.

Cuando cabo Lencho llegó, nos saludamos como viejos conocidos. Era un hombre alto y huesudo, de cara flaca, pálida y curtida como la de todos los linieros, y como éstos llevaba el

ruedo de los pantalones metido dentro de las medias y los pies calzados con toscos zapatones.

—Estaba temiendo no toparme con usted hoy —me dijo—. Mi mujer m'entregó los papeles que usted me dejó, y yo sentí mucho no haber estao en el rancho pa'haberlo venido a encaminar en la mula. Horita estamos allá.

Un momento después me despedí de mis amigos, le aflojé las riendas a la bestia y me interné entre el cacahuital en pos de cabo Lencho. 109

Las mulas, sudando agitadas, subían rápidamente las pendientes. Ya dominábamos la cumbre, cuando cabo Lencho detuvo bruscamente la mula y se quedó esperándome. Cuando llegué a su lado me señaló una hermosa gallina de monte que se escurría entre la hojarasca, exclamando:

—¡Mire...! ¡Haber traído el rifle!

Al comenzar las bajadas y los resbalonazos, por entre los parados canjilones, me arrepentí de haberme encajado en la mula. Yo me sentía como un saco de huesos, bamboleándome furiosamente a cada sacudida, revoleando la cabeza como si tuviera el pescuezo de hule y levantando las canillas para librarme de los restregonazos en los paredones, mientras embrocado sobre el animal me agarraba con uñas y dientes de la crin.

De cuando en cuando oía los gritos de cabo Lencho, que marchaba adelante casi en la misma facha:

—¡Tengase duro, compañero! ¡De nosotros nunca se ha dicho nada!

En una de tantas se le reventó la grupera a la montura de cabo Lencho, y el pobre salió por las orejas, escapando milagrosamente de que lo atropellara la bestia. Se levantó maldiciendo a componer el desperfecto y yo aproveché el descanso para bajar de mi cabalgadura, pues ya no sentía, de la cintura para abajo, nada más que un hormiguero que me subía desde los talones hasta las nalgas.

Un poco más adelante cabo Lencho se detuvo para decirme:

—Aquí no podemos bajar montaos. Echemos las mulas por delante, porque si no nos matan.

Arrollamos las riendas en el pescuezo de los animales y los animamos a echarse por el atajo. Resoplando, con el rabo parado y las patas rígidas, las mulas bajaban resbalando por la pendiente como por un tobogán, pareciendo imitar, con su gesto sostenido, a los caballitos de palo de las fiestas.

—¡Se matan, compañero! —grité espantado.

110 —¡Qué vas a creer! —replicó tranquilo—. pa'eso son mulas, y las mulas pueden hacer eso y más sin matarse.

Atrevesábamos al fin los abandonos al trote alegre de las mulas, que relinchaban de placer olfateando la proximidad del rancho. Pronto estuvimos en el claro y un momento después plantábamos las mulas frente al rancho de cabo Lencho. Desde lo alto de la cocina abierta frente al rancho, una mujer gritó, mientras se medio arreglaba el pelo y las enaguas y ponía algunas cosas en orden:

—¡Me cogieron asando *ilotés*!³ ¡Yo no creí que llegaran tan temprano!

—Jué qu'el compañero llegó casi al mismo tiempo que nosotros a Olivia —contestó cabo Lencho, mientras desensillaba las bestias y las espantaba hacia el abandono.

La mujer se acercó a la orilla del entarimado que le servía de piso a la cocina y después de saludarme cordialmente me invitó a subir.

—Siéntese allí —me dijo, señalando un taburetillo y cogiéndome las bolsas y el sombrero para guardarlos en el cuarto.

Bajita y delgada, de piel morena y ojos negros, daba la impresión de ser mucho más joven que su compañero, aunque algo ajada por el clima y los trabajos. Se movía afanosamente preparando la comida.

Todo en el rancho era limpio, aunque humilde: la mesa, los bancos y el molederito. Sobre el gran fogón brillaban la cafetera, una olla y un comal en el que chirriaba la manteca.

—Horita está puesta la mesa —prometió la mujer mientras echaba al comal unos grandes pedazos de carne tiernita y

3. Forma popular de decir que a uno lo han sorprendido, que lo han cogido descuidado.

gorda, que me abrieron de nuevo el apetito. “Mataron chancho”, me pensé. Cabo Lencho me sacó del error, mostrándome en una batea un medio tepezcuintle ya listo para caer a la olla.

—Anoche lo tiré —afirmó—; ya son escasos, pero de vez en cuando *s’encandila alguno*. —Y abriéndole la carne me decía:

—¡Vea qué tocino! ¡Estaba gordo com’un chancho el sinvergüenza!

Mientras saboreaba una de las piernas del tepezcuintle bien dorada, le pregunté a cabo Lencho, refiriéndome a un ranchillo que me quedaba al frente:

—¿Ese otro rancho es suyo también, compañero?

—Sí. Se lo tenía prestado a Chepe. Hora lo cogió un pión que tengo y que vive solo, pa’mientras me voy.

—Yo le aconsejaría que no se fuera p’al Pacífico —le dije entonces.

—¿Y qué voy hacer aquí? Ya abandoné el banano, porque no voy a estar cuidándolo pa’que me lo bote la Compañía. En la última corta qu’hice puse ciento sesenta racimos en la plataforma... y me recibieron veintidós. Además, la Compañía está abandonando esto y llevándose todo p’al Pacífico, porque dicen que ya aquí la tierra está agotada y que allá el banano es de muchísimo mejor calidá. ¿Usté, que conoce, qué dice d’esto?

—Yo l’único que le digo es qu’esos son puros cuentos de camino. ¿Qu’está agotada la tierra? ¿No hay todavía en esta zona grandes extensiones de montaña virgen? ¿Y no están abandonando también fincas nuevas en plena producción? ¿Y su banano, cabo Lencho, y el de todos los finqueros particulares, no lo están botando pa’arruinarlos? ¿Mejor calidá? ¡Qué se lo digan a un tonto, pero no a usté o a mí que conocemos!

—Tal vez es qui’allá les sale más barato —insinuó la mujer.

—Tampoco —afirmé—. Aquí ya tienen hechos los ferrocarriles y hay ramales por todas partes y con unos cuantos pesos habilitan cualquier nueva plantación; y tienen sus muelles y sus edificios. ¿Y el terreno? Más bien en algunas partes hay que hacer zanjos pa’secarlo, porque abunda el agua. En cambio, allá tuvieron que hacerlo todo: muelles, ferrocarriles, edificios,

enormes cañerías p'al veneno y otras p'al agua. ¿Qué le parece? ¡Tubos por todos los bananales pa'regar el banano!

Y cabo Lencho, pensativo:

—No s'explica uno eso... Algo tiene que ser, porque lo que son los machos no arrancan pelo sin sangre.

112 —Tiene usted razón —le dije—. Y no en balde iban a gastar la plata que gastaron en propaganda y en banquetiar viejos encumbraos y en sobornar a medio mundo pa'que les pasaran la nueva contratación, regalándole a la Compañía todo el litoral del Pacífico y sin pedirle siquiera medicinas pa'los bueyes qu'iban a ir después a regalarle el sudor y el trabajo.

—Amigo, amigo —comentó entonces cabo Lencho—. Como decían en no sé qué periódico, a esos los contentaron como a los indios: con una chistera vieja y un trompo'e música. ¿Qué será la cosa?

—Cuidao, cabo Lencho, si el banano allí no va a ser otra cosa que un trapo pa'tapar quién sabe que cosas militares. Han hecho dragaos profundos, líneas estratégicas y grandes campos de aviación. Y las máquinas que bombean el veneno también pueden bombiar petróleo pa'los aviones, y la cañería del agua puede llegar hasta las bahías.

Hombre y mujer asentían pensativos. Yo terminé diciéndoles:

—Por eso les aconsejo que no se vayan. Allá se gana mal y el clima es mortífero. Aquí tienen su rancho, sus mulas y sus gallinas. Siembre lo que pueda, compañero, porque la guerra se extiende y nos vamos a morir di'hambre. Lo mejor es tener el maicito y los frijoles, que ya con eso y con los plátanos y las yucas se llena uno la barriga.

La mujer miraba a cabo Lencho haciéndole gestos con la cara, como diciéndole: “Yo te lo decía”. Él se rascó la cabeza, murmurando desconcertado:

—Me ha puesto usted a cavilar, compañero. Lo mejor será pensar un poco más eso del viaje.

Miraba yo distraído unas gallinas que escarbaban casi en la puerta del otro rancho, cuando salió de él un hombre un poco encorvado, en camiseta y en chancletas y se puso a picar unos palos después de espantar los animales. Yo sentí al verlo una extraña emoción, pues le noté un no sé qué de parecido con un amigo querido de mis tiempos de *liniero*, a quien daba por muerto, pues hacía muchos años que no tenía noticias de él a pesar de mis frecuentes viajes por la Zona Atlántica. Con el pre-
 113
 texto de darle una vuelta al rancho me dirigí a donde estaba el hombre, deseando una sorpresa agradable y temiendo una desilusión. Cuando estuve cerca le hablé:

—Buenas tardes, amigo.

El hombre se volvió. Al verme dejó caer el hacha, abrió muchos los ojos, asombrado, y exclamó en una explosión de sorpresa y de alegría:

—¡¡José Francisco!!

—¡¡Herminio!!

Y nos abrazamos fraternalmente. Yo sentía un deseo loco de gritar y de reír.

—¡Qué ganas tenía de volverte a ver!

—¡Cuántos años sin vernos, hermano!

Herminio, sin soltarme del todo, se echó para atrás, como para verme mejor, y después de examinarme de arriba a abajo exclamó:

—¡Carajo, qué bien qu'estas! Te has hecho más lato y más grueso con los años. En cambio, ¡veme a mí! —Y me mostraba su cuerpo enflaquecido.

Herminio estaba viejo a pesar de ser de mi edad; le faltaban casi todos los dientes, y sus ojos verdes, desteñidos, se cerraban nerviosamente como si les molestara la luz.

—T'estás quedando calvo —le advertí.

—Es qu'he sufrido mucho —suspiró, pasándose la mano por el pelo ralo y encanecido. Luego, olvidando sus penas con la alegría del encuentro, me tomó del brazo diciendo:

—Vamos al rancho pa'que conversemos, si es que no andás de precisa. Quiero saber qué ha sido'e tu vida. ¿No ti'has casao?

—No. ¿Vos?

—Yo sí. Hora soy viudo.

Entramos al rancho. Un camón, dos bancos, un moledero que debía servir de mesa y un fogoncillo; colgadas de un garabato, dos ollas pequeñas y una cafetera. Los trastos y la ropa y unos zapatos nuevos, todo se amontonaba sobre un par de tablas aseguradas en un rincón, casi a la altura de la cabeza; debajo del camón asomaban los zapatos y el puño del machete.

114 —Buscá en qué sentarte. Yo estaba rajando unos palos p'hacer un poco'e café. ¿Sabés lo que tengo en aquella olla? *Pejibayes* cocidos y de los que te gustaban a vos: de los rayaos. Hora los vas a probar con el café. —Y salió a recoger las astillas.

No quise decirle que acababa de comer por no enfriar su entusiasmo. Regresó con la leña y, mientras encendía el fuego con un culillo de candela y enjuagaba la cafetera, me dijo sonriendo:

—Ya a vos se te olvidó esto, ¿verdad? Yo a veces cocino, cuando estoy de buenas; cuando tengo pereza, como ond'el patrón. ¿Ti'acordás cuando llegabamos bien cansaos del trabajo y nos teníamos que doblar a cocinar? —Sacó cuentas con los dedos y exclamó:

—¡Catorce años hace d'eso, si mis cuentas no andan mal! ¡Cómo se pasa el tiempo! Hora que te veo aquí, me parece que jue ayer...

Mientras hablaba había arrimado los *pejibayes* al fuego para que se fueran calentando. Lavaba los jarros con una tusa y ceniza, sacando el agua de un gran calabozo que tenía amarrado a un horcón, y de vez en cuando se arrimaba a soplar el fuego y a vigilar la cafetera. Todo lo hacía de prisa, alegremente, y echándose miraditas disimuladas de cuando en cuando, como si no se cansara de admirarme.

Seguro sentía un gran placer con hablar de los antiguos conocidos e inquiriendo y dando noticias de ellos.

—¿Te acordarás de Pancho y de la Pastora? ¿Qué si'harían?

—Yo me volví a encontrar después con ellos —le contesté—. Luego cogieron pa'Chiriquí y quién sabe qué se han hecho.

—¿Y el nica Jerez, que nos tenía locos con el cuento'e que había estao en los Estados Unidos y qu'era nieto di'un tal Jerez

que firmó no sé que vaina con Costa Rica, y con la hermana que tenía en Cuba, y con un cuñado qu'era General?

—A ése lo mató un *bocaracá*, por Matina.

—¡Pobre viejo! —suspiró melancólico, removiendo los tizones que crujieron soltando un chorro de chispillas fugaces. Se volvió para decirme:

—¿Sabés a quien vi l'última vez que pasé por San José, hace por ahí de unos ocho años? Al gato Andrés. ¿Ti'acordás? Lo encontré en el hospital, acurrucao en un catre y con una gran pesa guindando'e las canillas, como pa'ver si se l'estiraban. Estaba baldao del reumatismo, y se puso contento de verme.

—Es que casi sólo en los zanjos trabajaba, ¿no ti'acordás?

Asintió con la cabeza. Pareció acordarse de pronto de algo alegre.

—¿Y los “gemelitos”? ¿Los has vuelto a ver? ¡Par de viejos más borrachos!... ¡ji, ji, ji! —Reía poniéndose la mano en el pecho como si algo le doliera por dentro, y su risilla gastada apenas si parecía un eco de las ruidosas carcajadas de mi antiguo compañero de aventuras y trabajos.

¿Y Badilla? ¿Y el Cholo? ¿Y el pobre Calero?

A la evocación de la cosas y de los amigos lejanos iban pasando por mi mente, con la velocidad del vértigo, como una loca fantasmagoría cinematográfica, todos los amargos días de mi juventud vividos a la par de ese hombre, que más que amigo fue un hermano para mí.

—¡Mis diecinueve años! —suspiré.

Entonces aún conservaba yo mis ilusiones, a pesar de mis dos años de rodar y de golpearme en los inmensos bananales de la Zona Atlántica...

A la sombra del banano

Herminio era un muchacho fuerte y alegre, de pelo negro y abundante y bigotillo ralo recortado. Esa era su arma, decía él, para enamorar. Y enamorar llamábamos, entonces, salir a Limón con unos cuantos pesos, después de meses de abstinencia y de trabajos, a revolcarnos con las prostitutas.

Nos encontramos en Andrómeda, lugar solitario y triste, terminal del ferrocarril de La Estrella. Yo había sudado en toda clase de trabajos; él también. Y los dos éramos felices en el río zambulléndonos detrás de los *bobos* y *machacas*, cuando nos lográbamos robar alguna candela o cartucho de dinamita para probar la suerte en los remansos. No había poza profunda para nosotros, ni corriente que nos pudiera dominar. Por eso, tal vez, nos hicimos tan amigos.

Había bastante trabajo en Andrómeda. La Compañía necesitaba abrir una trocha inmensa, a través de la montaña, rompiendo rocas a la orilla del río, haciendo rellenos y tendiendo puentes, para llevar un tranvía hasta la selva virgen y pantanosa, buena para el cultivo del banano, y habilitar de paso unas plantaciones abandonadas hacía algunos años, cuando el río arrastró el antiguo tranvía. Urgía el trabajo, y el *tútile* Bertolazzi, un ingeniero al servicio de la Compañía, corría en su mula para arriba y para abajo vigilando los trabajos, dando instrucciones a los contratistas, sacando medidas y carajeando de paso a todo el mundo, blancos y negros, en inglés, italiano y español.

Nosotros trabajábamos con cabo Pancho, un nica de calzas de oro en los dientes, alto y blanco y bastante joven todavía. Era hombre que sabía escoger su gente, toda buena para el trabajo,

y el único contratista que la sabía hacer trabajar sin protestas ni reclamos: con él teníamos más comida y de mejor calidad, un peso cincuenta más en el jornal, trato amable, y no se andaba con remilgos para ayudar al peón con su dinero; a pesar de eso, era el que más dólares se echaba a la bolsa y el que mejor y más pronto terminaba los trabajos. Era un contratista excepcional.

120 Generalmente a las tres y media de la mañana, estuviera lloviendo o no, se oía la voz clara de cabo Pancho llamando a su gente:

¡Arriiiba, muchaaachos! ¡Se hace tarde y ya está la mesa pueeestaa!

Nos levantábamos bostezando, nos dábamos una enjuagadita con el agua del calabazo, y todavía restregándonos los ojos íbamos llegando al campamento del cabo. Éste se paseaba, preocupado, por el corredor, metido en sus grandes botazas que le llegaban hasta la rodilla y con el Stetson echado para atrás.

—¿Qué le pasará a esa gente? —murmuraba. Y un momento después se dirigía a los oscuros campamentos.

Nosotros entrábamos a la sala-comedor, alumbrada por una lámpara de tubo, y nos sentábamos en la banca, frente a la larga mesa en la que humeaban los platonos de bananos sancochados. Desde la cocina llegaba la vocecilla tímida y dulce de la patrona:

—Buenoj, díaj, muchachoj.

—Bueno días, patrona.

Hablaba despacio, acentuando graciosamente el peculiar dejillo de los nicas, que no se le notaba a cabo Pancho a pesar de ser paisano. Era muy blanca, bajita, de ojos claros y rasgados y piel tersa que ya comenzaba a manchar la inclemencia del clima. A primera vista se notaba que estaba acostumbrada a otra vida: venía de la Segovia y había abandonado a su familia de ricos hacendados para seguir al hombre que quería. Y allí estaba trabajando como una mula, cocinando para los veinte peones de su hombre. A las cuatro de la mañana debía estar la *burra* lista para todos; a las doce el almuerzo; a las seis, la cena. Y le quedaba tiempo para chinear la chiquita y para hacer las conservas y jaleas

que nosotros le comprábamos. Un día se atrasó unos minutos la pobre con el almuerzo. El cabo no dijo nada. Cuando ya almorzados nos retirábamos, oímos los gritos de la mujer en la casa. Acudimos presurosos y nos costó trabajo quitarle el machete con que intentaba darle, después de haberla puesto en el suelo a puntapiés.

Poco a poco iban llegando todos. El viejo Jerez con su paño de colores amarrado al pescuezo, para defenderse del frío y para estarse secando con las puntas la naricilla colorada; el gato Andrés; el Cholo; Alfonsito, hermanillo menor del viejo Jerez y a quien nadie quería por fachento y majadero. Los “gemelitos” llegaban juntos, como andaban siempre: el barrigón y bajito majándole los talones al otro, que parecía una escalera por alto y por flaco; los habíamos bautizado así por el contraste y porque eran inseparables.

Cabo Pancho apuraba a la gente desde la puerta. Corría la pobre Pastora repartiendo platos, y en medio de bromas y de risas iba desapareciendo la famosa burra: un plato de avena que era la extra que acostumbraba el cabo, el montón de arroz y de frijoles revueltos y tostados que llamábamos “gallo pinto” y los bananos sancochados. Luego un jarro de café negro y sin dulce, ¡y al viaje!

Cuando nosotros salíamos para el trabajo, con las herramientas a cuestras, apenas si comenzaba a moverse alguna que otra luz en el resto de los campamentos.

—Apuren el paso, muchachos, que tenemos qu’ir muy lejos —decía cabo Pancho poniéndose a la cabeza e internándose en la trocha.

Ya en la montaña, chapaleando el barro de la trocha, resbalando en las retorcidas raíces, saltando por encima de los grandes troncos recién derribados, oíamos el agudo quiriquirequí de los gallos perdidos en la lejanía.

Casi siempre estábamos ya en la montaña cuando nos daba alcance el primo de Herminio, que era dormilón y perezoso para levantarse, pero muy buen trabajador. Una madrugada de tantas oímos unos trotes de mula que nos venían dando alcance, y yo, sin volverme, anuncié:

—Ahí vien'el loco'e Calero acabándose de tragar la burra.

Herminio, mientras sostenía con la quijada la pala que llevaba al hombro y se apretaba el nudo de la camiseta, gruñó entredientes:

—¡Oh, primito me tengo yo! Todas las mañanas es el mismo cuento: por más qui'uno lo mueve, no hace más que pegar'un ronquido y volverse pa'l otro lao.

Un momento después ya lo teníamos encima, bufando estre-
122 pitosamente, pateando el barro con sus grandes zapatones, revo-
leando los ojotes saltados y haciéndose el bravo. Estas eran las pantomimas en que andaba siempre.

—¡A la puta! —nos gritó—. Ustedes sí que son jodidos. ¿Saben con quién m'estaba soñando cuando me llamaron? ¡Con la negraza'e mister Clinton! Y ya se había resuelto a quitarse la ropa..., ¡cuando llegan ustedes y me despiertan! ¡Qué desgracias!

Y yo, tragándome la risa:

—Ya viene el pago, pa'que dejés de estarte masturbando.

—¿El pago? —exclamó parando los ojos y haciendo un gesto indecente—. ¡Mirá! Ya van dos pagos que no entran putas y yo no voy a salir a Limón a botar la pendejada que gano.

A pesar de su lenguaje, sucio como el de todos los que tienen que estudiar en la escuela cruda de los campamentos, Calero era ingenuo como un niño y tenía un corazón de oro, abierto para todos.

Y conversando los tres pasábamos por los sitios de trabajo de las demás peonadas, que iniciaban sus labores a las seis, y caíamos a un brazo del río que teníamos que pasar con el agua al pecho.

¡Sólo así te lavás el ombligo, viejo chanchito! —le gritaba Calero al “gemelito” panzón.

Y era que el tal “gemelito” siempre andaba con la camiseta arrollada por allá arriba, luciendo la barriga peluda y el gran ombligo costroso y arrugado.

Avanzábamos a paso de *carraco*, con un cierto bamboleo obligado por los pesados zapatones, toscos y rudos, de suelas herradas con *chimbolos* de acero buenos para un resbalonazo, y que siempre me daban la impresión de llevar los pies aprisionados en bloques de concreto.

Chocló... chocló... chocló, iban haciendo los pies al jugar a cada paso entre los enormes zapatones, llenos hasta el tope de agua y de barro.

Oscuro todavía, cuando apenas despertaba la montaña, ya estábamos nosotros sudando sobre la tarea. Cabo Pancho sacaba sus medidas, tiraba bejucos, que utilizaba como cuerdas, entre las estacas clavadas por el ingeniero, y gritaba:

—¡Vamos a ver el temple'e mi gente! ¡Est'es la tarea que tenemos pa'hoy! —Y agregaba para animarnos—: Yo les voy a ayudar pa've si nos vamos antes de las doce.

Nos dividíamos la tarea formando parejas: Jerez y el hermanillo; Calero y el gato Andrés; los “gemelitos” Herminio y yo.

Si era relleno, Calero buscaba las partes más profundas y alejadas para hacer la tierra revoleada hasta el alto, como para demostrar la pujanza de su brazo y su habilidad para palear.

—Voy a demostrarle a estos carajitos que no me quedan pero ni untaos —decía, escupiéndose estrepitosamente las manos y echándonos miradas de desafío.

Fuera arcillosa o suelta la tierra, él sacaba la palada con un enorme cucurucho y la revoleaba altísimo; allá iba en el aire, describiendo un arco cerrado, dando vueltas sobre sí misma sin que se le desprendiera un terroncito siquiera y hasta con la entrada del cabo dibujada, a caer sonoramente sobre el relleno. Y no había más camino que imitarlo.

Pon... pon... pon... Caían incesantemente las paletadas estremeciendo la trocha, y sudábamos nosotros empapando el cabo de las palas.

—¡Arriba, muchachos! —gritaba el cabo—. ¡Ya aquí está bueno y'ahora hay que emparejar!

Subíamos agachados por el dolor de cintura, emparejábamos y volvíamos al hueco. Al poco rato ya todos estábamos desnudos de la cintura para arriba y el sudor corría a chorros cegando los ojos, mojando los pantalones, resbalando por los brazos. Y así horas y horas hasta sentir náuseas y temblor en las piernas y un martilleo horrible en la cabeza.

Un calor sofocante y pesado iba envolviendo poco a poco la montaña. No se movía una hoja; no corría la brisa. Todo quedaba estúpidamente inmóvil, como si la naturaleza se hubiera transformado en plomo. Nosotros seguíamos sudando sobre las palas... pon... pon... pon...

124 Brillaba en el cielo despejado el sol chorreando fuego sobre las espaldas desnudas, achicharrándolo todo, haciendo ver manchones rojos en el aire y escuchar coros fantásticos de grillos zumbando en la cabeza.

Sólo en las espaldas curtidas del *liniero* no levanta ampollas ese sol quemante.

¡Agua!

¡¡Aaaaguaa!!

Cabo Pancho mandaba al menor de los Jerez a traer agua para todos. Y llegaba el balde con el agua del suampo, tibia y espesa como linaza, turbia por el lodo y los residuos de palos podridos. Uno por uno nos íbamos pegando al tarro. Calero siempre se quedaba de último para poder meter la cabeza dentro del tarro y beber a grandes sorbos imitando a las mulas.

¡Lléname la panza de amebas y de anquilostomas! —le dije yo una vez.

—¿Qué voy a beber entonces? Est'es linaza... ¡otras veces es chan, con los güevitos de las ranas!

Se oscurecía de pronto el cielo, tronaban las nueves, soplaba el viento agitando ruidosamente la montaña, roncaban los congos, y un momento después rugía el aguacero y nosotros paleábamos *atol* y tiritábamos de frío. Y vuelta el sol a caer sobre las espaldas secando las ropas casi instantáneamente y levantando un vaho caliente de la tierra, que asfixiaba, y otra vez el bochorno y la inmovilidad y la sofocación del sudor. Y luego más agua. Y más sol. Y así llegábamos hasta las doce casi siempre. Algunas veces salimos un poco más temprano: cuando sudábamos más.

Otras veces era tendiendo línea, manejando las pesadas rajadas llenas de aceradas astillas que desgarraban el cuello, los hombros y las manos, y volando mazo con la nariz casi pegada a los rieles

de la línea. Otras, derribando montaña para abrir la trocha, o con el machete, limpiando los *criques* para tender puentes.

Iniciábamos el regreso como perros apaleados, andando con desgano y silenciosos. Sólo Calero quedaba con coraje para correr los congos a pedradas y para ir haciendo morisquetas y burlándose de todos. Volvíamos a echarnos al agua para cruzar el río y pronto estábamos saludando a la gente del ingeniero y de los otros contratistas, que no salía hasta las cuatro.

125

—¡Trabajen, camellos! —les gritaba Calero al pasar.

—¡Callate vos, culo mojado! —era la respuesta acostumbrada.

Siempre que pasábamos por las primeras *volteas* que estaban ya cerca de los campamentos, Herminio se paraba a contemplar los árboles inmensos tendidos por el hacha. Un día me dijo, señalándome un tronco gigantesco:

—¡Mira qué hermosura! No se li'alcanza el corte ni de puntillas. —Se quedó pensativo y murmuró:

—¿Por qué la Compañía importa esa cochizada'e pinotea pa'los campamentos? Ve cómo está la madera botada. Si pusieran un aserradero tendrían madera hasta pa'tirar p'arriba.

—Son millones y millones de metros cúbicos de robles y cedros y laureles y de todas clases de maderas buenas que se pudren de abono p'al banano —le dije—. Pero, ¡que l'importa la madera a los machos si no les cuesta nada! Hasta el clima nos van a cambiar botando las montañas...

La Pastora nos servía en el almuerzo un poquito de sopa, frijoles, arroz y banano. Las otras peonadas se conformaban con banano, frijoles y arroz, y con arroz, frijoles y banano.

Si de casualidad teníamos dinamita nos íbamos al río. Calero nos acompañaba para tener derecho al pescado, pero era inútil para el agua. Cuando *tirábamos* una poza honda, se dejaba ir en una gran zambullida, y se quedaba chapaleando como un perrillo, con la cabeza sumergida y las nalgas afuera; después salía resoplando y haciendo aspavientos, y con las manos vacías. Si lo mandábamos a la *cola* a vigilar los bobos que se nos

pasaban, al momento estaba en la orilla echándole maldiciones a las piedras y sobándose las canillas.

Y allí se quedaba muy sentado, mientras Herminio y yo registrábamos el fondo una y otra vez hasta agotarnos o nos dejábamos arrastrar por las correntadas, detrás de los resbaladizos animales, golpeándonos contra las piernas y los troncos.

Cuando andábamos con suerte hacíamos carga para los tres.

126 Calero iba apartando las *machacas*, aplastadas, de un verde torna-solado, pero que no sirven nada más que para sopa por su gran cantidad de finísimas espinas que tienen: metidas dentro de una bolsita de manta y bien hervidas, dan un caldo delicioso y nutritivo.

—¡Tan lindas las condenadas, pero tan matreras! —decía, tirándolas a un lado, mientras se agarraba el pescuezo como si ya tuviera una espina atravesada.

Desde medio río y por molestarlo, le revolábamos encima las monjarras o viejitas, pequeñas y regordetas, de un color entre rojizo y negruzco, con anillos más negros aún y armadas de una filosa espina en la aleta superior.

—¡No tiren esa cochinado! —gritaba furioso Calero, mientras se soplabá un dedo y se chupaba la sangre que le corría. Y esas iban a hacerles compañía a las machacas.

En un montón aparte ponía los bobos, de panza blanca y cuerpo de un negro lustroso que se iba opacando al secarse al aire el grueso pellejo. Algunos medían hasta una vara, gruesos y redondos, con la cabeza chata y el hocico duro, blanco y lijoso, con una puntilla levantada como si estuvieran sintiendo un mal olor. Cuando alguno, no muerto del todo, se sacudía en recios colazos contra el suelo, Calero lo aseguraba diciendo:

—¡Estate quieto, demonio! ¡No ti'apures mucho que ya vas pa'la cazuela! —y se relamía saboreando de antemano la blanca y deliciosa carne, libre casi de espinas traicioneras.

Con los bobos iban los tepemechines, medianos y lambuzos, de escamas menuditas y grisáceas; y las escasísimas guabinas, punteadas hacia la cola y cabezonas, con cerdas gruesas en el ancho hocico y una bolsa blancuzca y pegada en la barriga; y los roncadores, lisos y plateados. Y allá de vez en cuando un róbalo,

de carne tan delicada que no lo podíamos dejar para otro día ni en salmuera, y que era uno de los pejes más bien criados que encontramos en el río.

No dejábamos de exponer la vida en nuestras andanzas por el río. Además del peligro de que estallara la dinamita en las manos, debido a la minúscula mecha que poníamos para que no diera tiempo a los pejes de correrse, y el de las corrientes y los picos arteros, estaba el de los lagartos, que abundaban en el río.

127

Una tarde nos estábamos zambullendo en un profundo pocerón cuando salió Herminio de pronto, con la cara congestionada y botando chorros de agua por la nariz y la boca. Yo no le puse atención y me clavé de cabeza en la poza; fui bajando y bajando, soltando burbujitas de aire por la nariz, hasta llegar al plan, a dar allí vueltas y más vueltas con los ojos bien pelados, libres de escozor por la costumbre, y con las manos extendidas para ir tanteando el fondo a todos lados. Ya me faltaba el aire y pensaba suspenderme para buscar la superficie, cuando, entre la semioscuridad del agua, alcancé a ver el bulto blancuzco y borroso de un tepemechín; le ponía la mano encima cuando descubrí otro un poco más adelante, y a pesar de que ya me estaba reventando hice un esfuerzo por llevármelo también. Apenas lo toqué, el pejecillo se suspendió coleando y fue a descender lentamente un poco más delante. Nadé desesperadamente, y vuelta a suspenderse. Un último esfuerzo, y le caí encima cuando ya comenzaba a tragar agua. Me quise levantar entonces y mi cabeza chocó contra una roca repercutiendo el golpe secamente en mi cerebro; me hice a un lado y topé; al otro, y también. ¡Estaba metido en una cueva!

Se me paralizó el corazón del horror y soltando la presa comencé a nadar con desesperación hacia atrás, como el cangrejo, tragando agua, viendo círculos de fuego girar por todas partes, y cuando ya me sentía morir me acuclillé en el fondo y como un resorte me disparé hacia arriba, dispuesto a aplastarme la cabeza contra la roca.

Salí morado, arrojando agua por la boca y la nariz, sintiendo punzadas ardientes en las sienes, y me dejé caer en la orilla como un tronco.

Calero, que esperaba los pejes sentado en una piedra, ni se había preocupado por mi larga zambullida, pues yo era uno de los que más duraban bajo el agua. Herminio, sí. Y en cuanto me vio caer, corrió diciéndome:

—¿Qué te pasó? ¿Te metiste en una cueva'e lagarto?

Yo apenas pude asentir con la cabeza, y entonces agregé con desesperación:

128 —No me diste tiempo di'avisarte, hermano... ¡A mí lo mismo me pasó!

Otra vez, buceando en un ribazo profundo y oscuro, salió Herminio del agua y nadó desesperadamente hacia la orilla, tendiéndome las manos para que le ayudara a salir. Le temblaba el cuerpo, tenía lívida la cara, y, cuando dominó el castañeteo de los dientes, exclamó haciendo un gesto de horror:

—¡¡Juepuuuuta!! ¡Allí en el puro plan está un lagarto atarantao!

¿Un lagarto?

¡Sí! ¡Yo creí qu'era un róbalo enorme y le puse la mano en la corroncha! ¡El revolión que pegó!

Era por eso que, a pesar de la pésima comida, casi nadie se atrevía a buscar el peje, que sólo con dinamita se podía coger: no se encontraba *barbasco* en la montaña, las *tarrayas* eran carísimas y allí nadie las hacía, y el bobo no picaba en el anzuelo.

—¿Qué comerán los bobos? —preguntó una vez Calero.

—La babita'e las piedras —le contestó Herminio—¿No ti'has fijao, en las correntadas claritas, cómo pasan com'una sombra por encima'e las piedras que no salen del agua? Después trepan contra corriente y vuelven a pasar chupando. ¡Hasta que dejan la piedra toda llena'e restregones negros de los trompazos que le dan!

Había fiesta en el campamento cuando nosotros vaciábamos los sacos y todo era risas y exclamaciones de júbilo.

—¡No hagan tanta alharaca! —decíamos nosotros a la gente—. Horita se dan cuenta los demás y l'olfatean los negritos y se viene todo el mundo a querer que le vendamos, hasta que llegu'el runrún onde el *tútile*. ¡Entonces sí que quedamos mejor!

Sólo la Compañía podía usar la dinamita, que estaba terminantemente prohibida para los demás. El ingeniero Bertolazzi, en cuanto olía que nosotros habíamos andado por el río, comenzaba en averiguaciones, y ya había amenazado muchas veces con echarnos el Resguardo.

—¡Ese *tútile* desgraciao, como él se harta bien, no l'importa que los piones coman como chanchos! —gruñía Calero, furioso—. ¡Lo que li'arde es que no se los metemos a él por el hocico!

129

—No, amigóo. Lo que eje *barraco* quiere ej que tengamoj que dejar loj centavoj en el Comijariato, comprando loj potej hediondoj que le vende a la gente la Compañía, que loj cobra como ji jueran di'oro —añadió el viejo Jerez, interviniendo, paño en mano y restregándose con más fuerza que nunca la nariz.

No podíamos, pues, convidar a nadie fuera de nuestro grupo. Sólo al negro Clinton le escondíamos uno, porque él siempre nos convidaba cuando mataba tepezcuintles.

Era así, corriendo esos peligros, como podíamos romper algunas veces la monotonía del menú. Y esto que nosotros contábamos con la extra de la avena. El resto de la gente tenía que conformarse con bananos, arroz y frijoles en el almuerzo; y con frijoles, arroz y bananos a la comida.

Fuera de esas tardes excepcionales, las demás las pasábamos como el resto de la gente: descalzos, en solo pantalón, amodorrados en las hamacas de gangoches o tirados sobre el piso sucio del corredor, haciéndonos viento con la mano para aliviar el calor y para tratar inútilmente de librarnos del martirio de la *purruja*.

Calero se desesperaba dándose manazos en la barriga desnuda y, por último, perdiendo la paciencia, se ensartaba precipitadamente unas chancletas viejas que tenía y salía hacia el monte echando maldiciones y amenazando con el puño a las espesas nubes de animalillos. Al rato aparecía con una carga de boñiga seca y después de amontonarla frente al corredor le daba fuego con un fósforo y se quedaba en cuatro patas, soplándola, hasta convencerse de que no se apagaría. Con los ojos llorosos por el humo y haciéndole muecas a las purrujas, exclamaba:

—¡Grandes bandidas, vamos a ver si no se corren con el humo d'estos cagajones!

—¡No te preocupés, Calero! —le gritaba yo, burlándome de su esperanzas—. No harán viaje hasta que oscurezca... ¡pa' dejarle el campo a los zancudos!

Y así era. Los finísimos animalillos seguían cayendo como alfileres sobre nosotros, ávidos de sangre, produciendo un ardor insoportable al pegarse a la piel en la que apenas se veían sus diminutos cuerpecillos negros. Y allí se quedaban prendidos, hasta que uno los mataba, y venían otros a reponerlos.

Algunas tardes resolvíamos ir a buscar caña para librarnos del aburrimiento. Llevábamos los machetes en la mano y teníamos que ir lejos, entre abandonos y charrales, hasta encontrar unas cuantas cepas de caña cubana que habían sembrado los negros. Herminio o yo marchábamos a la cabeza. Calero siempre de último. Y en cuanto entrábamos al abandono, con el monte a la cintura, comenzaban sus zozobras y congojas.

—¡Ay, Dios mío! —exclamaba, haciendo grandes de gestos, mientras procuraba poner los pies exactamente en donde nosotros los habíamos puesto—. Si le pongo la pata encima a una “sin ceja”, ¡adiós, mamita!

Calero le tenía horror a las culebras. Pero nosotros también caminábamos con los ojos bien abiertos y el oído atento a los rumores del charral. De pronto Calero pegaba un grito que nos helaba la sangre:

—¡¡Miiiiren!! —Y con ojos espantados señalaba una *lora* que se resbalaba por la ramazón.

Furioso por el susto que me había metido, corría a alcanzar el verde bejuquillo, lo suspendía en el aire cogiéndolo rápidamente del rabo, le daba vueltas por encima de mi cabeza para impedir que se volviera a morderme, y el animalillo, largo y delgado como una cinta, iba a caer a los pies de Calero, que salía dando brincos y haciendo aspavientos.

No siempre era la cosa para esos juguetes. Algunas veces el que iba adelante se paraba y, llevándose un dedo a la boca en demanda de silencio, señalaba adelante, sobre el trillo, una

terciopelo que al sentirnos se había quedado inmóvil, con la cabeza chata vuelta hacia nosotros, amenazándonos con sus ojillos pelados y chispeantes.

—¿A que no agarras ésa como haces con las loras? —me soplaba Calero, a pesar de su espanto.

—¡No anden con bromas con esa clase di'animal! —intervenía Herminio, creyéndome capaz de aceptar el reto suicida. Y se devolvía a cortar unas varillas largas.

Ya los dos con las varillas en la mano, mientras uno le hacía envites por delante al animal, que los seguía moviendo agresivamente la cabeza, el otro daba la vuelta y sin darle tiempo de “armarse” se le iba encima y la molía a palos.

Herminio, en cierta ocasión, mientras removía con el pie un pesado y negruzco tasajo de tres varas y pico de largo, murmuró:

—A éstas, lo mejor es enterrarlas. Dicen qui'una estación con un güeso d'ellas es cosa seria.

—El que veng'atrás que arré —replicó Calero—. ¡Mucho hacemos “nosotros” con matalas! —Y se quedó muy fresco.

Un día que nos internamos demasiado en busca de caña, Herminio, que marchaba adelante, se detuvo de improviso con un gesto de espanto a la orilla de un claro. Yo me detuve extrañado, pues él era hombre sereno y valiente. Por entre la maraña se alcanzaba a ver, tendida a lo largo en el centro del limpio, una monstruosa serpiente pardusca y con manchas rojizas. Nunca habíamos visto un animal más bien criado y los tres nos quedamos sin habla.

—Seguro qu'está dormida —musité yo, recobrando el aliento y viéndola inmóvil.

Calero, en silencio, cogió mi mano y se la puso sobre el corazón, que quería romperle el pecho con sus fuertes latidos. Un momento después Herminio me volvió a ver y, apretando los dientes con rabia, como si sintiera vergüenza de haberse asustado, me dijo:

—Yo creo que debemos matala. ¿Somos o no somos hombres?

—Vos decís, hermano —le contesté, dispuesto a no dejarlo jugársela solo.

—¡No sean brutos! —exclamó espantado Calero, intentando detenernos.

132 Pero es ley de los buenos linieros matar la serpiente que encuentren, sea la que sea, por ellos mismos y por la defensa común. Calero no cumplía con ella. Nosotros sí. Por eso un momento después avanzábamos hacia el claro, codo con codo, los músculos tensos, conteniendo el aliento y con los ojos clavados en el monstruo dormido. Yo sentía una extraña frialdad en la piel, de horror contenido por un esfuerzo bestial de voluntad; avanzaba mecánicamente sin oír nada, sin querer pensar en nada, con el brazo rígido, el machete en alto y metida entre los ojos la cabeza horrible. No le di tiempo a Herminio de mover el machete: cuando estaba a dos pasos de distancia vi la cabeza encrespase, y empujado por el deseo de vivir cerré los ojos y salté como un tigre, descargando un terrible machetazo.

¡El animalón no se movió siquiera!

Mientras me secaba con el brazo el sudor helado de la frente y se me iban aflojando los músculos dejándome una rara sensación de cansancio, Herminio, golpeándola con el pie, decía desilusionado:

—Seguro fue ayer que la tiraron. ¿No ves? Le quebraron el espinazo con los balines...

Ya llegando al campamento, nos dijo Calero riéndose:

—¡Tantas contumerias y tantas carajadas pa'metele un machetazo a una culebra muerta!

—¡Pendejo! —le grité furioso—. ¡Vos no te le metés ni a una lombriz!

—¡Me libre el diablo d'eso! —replicó—. No trabajaría entonces. —Y se quitó el sombrero y rascó la cabeza para añadir:

—Yo soy el hombre más torcido qui'hay pa'las culebras. Nu'hay día que no me tope por lo menos una. ¡El jueves pasao conté siete animalas d'esas!

II

Todo en el miserable caserío era monótono y desagradable. Las dos filas de campamentos, una frente a la otra a ambos lados de la línea, exactamente iguales todos: montados sobre basas altas; techados con zinc que chirriaba con el sol y sudaba gotillas heladas en la madrugada, contruidos con maderas creosotadas que martirizaban el olfato con su olorcillo repugnante, y pintados de amarillo desteñido. Al frente, los sucios corredorcillos en los que colgaban las hamacas de gangoche, lucias y deshilachadas por el uso constante. Arriba, colgando de los largos bejucos tendidos de punta a punta en los corredores, chuicas sucios y sudados, casi deshaciéndose. Abajo, infestándolo todo, el suampo verdoso.

133

Un poco más lejos, unas casillas de negros radicados allí definitivamente, contruidas con latas viejas, astillones groseros y tablillas de las cajas de pino que de vez en cuando arrojaban del Comisariato.

Muy arriba, sobre la línea, y como huyendo de la suciedad de los campamentos, los carros encedazados, limpios y confortables en que vivía el ingeniero Bertolazzi. Y como fondo sombrío, ahogando la miseria del pueblucho con sus miasmas palúdicos, la extensión inmensa y pantanosa ensombrecida por árboles gigantes.

Y roncar de congos. Croar de ranas. Y zumbidos de zancudos.

Algunas veces llegaba Badilla, que vivía en el cuarto contiguo al nuestro y trabajaba en la cuadrilla oficial del ingeniero, a disipar el aburrimiento con nosotros, y nos poníamos a contar cuentos estúpidos en el corredor; o a sacar cuentas de lo que tendríamos economizado por tal o cual fecha, fantaseando con lo que pensábamos hacer con el dinero, y a hacer chistes obscenos, exaltados por el clima ardiente y las largas abstinencias.

—En cuatro meses me ajunto trescientos pesos... —comenzó a decir Badilla una tarde de tantas.

—Apuesto que no ajuntás ni cien —lo interrumpió Calero—. Desde que llegamos aquí ti'oigo con el mismo cuento. ¿Y qué

tenés? Pa' juntarse esa plata se necesita no volver a gastar un cinco en nada, ¿entendés? Pero ni en cigarros. Y no perder ni un día ni enfermarse nunca. ¿No vas a volver a comprar tus vaporrués ni tus esloanes? ¿Ni a comprar un chuica? ¡Que te lo crea Pizote!

134 Badilla padecía de un catarro crónico, muy común en las peonadas, y vivía con la obsesión de que se le estaba pudriendo la cabeza. Con mucha frecuencia padecía también de un fuerte dolor en la cintura, que el pobre resistía crujiendo los dientes. Muchas noches lo oíamos paseándose en el cuarto como un desesperado. A ratos imploraba a Dios con el fervor de un niño, como si lo tuviera al frente y conversara con él, tratando de vencerlo con sus ruegos y sus lágrimas: “¡Dios mío!” . ¡Dios mío! ¿Por qué sos tan ingrato conmigo? ¡Déjame tranquilo! ¡Si yo no soy tan malo!”. Un momento después le estaba lanzando maldiciones terribles, entre rugido y rugido de dolor, y retando al Cielo a que le demostrara su poder convirtiéndolo en cenizas. Se estremecía el campamento de un portazo, y si nos asomábamos lo veíamos corriendo línea arriba y línea abajo, encorvado y con las manos metidas en la cintura. Parecía un fantasma entre las sombras.

—... Pues hora sí ajusto los trescientos pesos —seguía insistiendo Badilla—. Ya es mucho andar rodando, y quiero llegar a mi casa bien *planta*o. Y en cuanto los tenga juntos, ¿saben qu'es lo primero qui'hago? ¡Mandar al carajo al ingeniero! Después boto todos estos chuicas indecentes, ¡y adiós, barriales y sancochos! Llego a Limón y escojo en el Comisariato un corte'e casimir azul, de unos labraditos que vi allí el otro día, y se lo llevo al sastre...

Y Badilla se enderezaba como si ya tuviera puesto el traje y comenzaba a pavonearse como un dandy.

—... Saco cruzado, con bolsas de parche, y pantalón balún. Después una *tartarita* de cinta azul, corbata clara, zapatillas blancas combinadas con charol negro, y una camiseta'e seda, blanca. Luego me compro una valija pa'llevarle algunas carajadillas a mi mama y una sueta pa'que si'alivie del asma, y...

—¡Y después te vas a pata pa'Heredia, gran baboso! —volvía a interrumpir Calero—. ¿Vos crés que la plata es di'hule? Sólo

en el vestido se van ciento cincuenta pesos; las zapatillas cosidas, treinticinco, la sueta'e tu mama, treinta; la camisa, diecisiete. Pongámole a la valija otros treinta... —Calero hizo cuentas con los dedos y exclamó:

—¡Doscientos sesent'y dos pesos! ¿Qué tal? ¿Y la *galleta* y la corbata? ¡Y no te vas'ir así, con el vestido encima del pellejo! Faltan las medias, ropa interior, faja, pañuelos, y plata pa'la comida y el cuarto en Limón y más que sea pa'llevar un paquete'e Chester en la bolsa, y...

Calero seguía, implacable, demostrándole a Badilla lo absurdo de sus sueños.

—¡Qué desgracia! —decía por fin Badilla, volviendo a la realidad—. ¡Nunca voy a poder salir d'este infierno! ¿Cuándo podré llegar a casa como la gente?

Toda su ilusión era regresar a Heredia bien plantado, llamando la atención de las muchachas de su barrio y despertando envidias entre sus conocidos. Y hacerse de una novia bien guapa. Cuatro años tenía de sudar en la región bananera y no había podido ver cumplidos sus deseos.

Herminio y yo pensábamos distinto. En cuanto tuviéramos una buena economía, yo me iría a darle una vuelta a mi vieja; él a Esparta, a decirle adiós a sus parientes. Después nos juntaríamos en San José, ¡y a Panamá se ha dicho! Queríamos rodar tierra, atravesar la América del Sur conociendo países maravillosos. Yo era el que le había metido a Herminio esas cosas en la cabeza y en el fondo guardaba la intención de hacerlo recorrer conmigo el Egipto y la India; y hasta me atrevía, cuando el calor era muy intenso, a pensar en el Polo. Todas esas fantasías eran el resultado de mis lecturas de chiquillo, cuando me dormía encima de los libros de Julio Verne y de Salgari.

Los sueños de Calero eran más simples: se echaría a dormir quince días seguidos, sin nadie que lo llegara a molestar en las mañanas, enderezándose nada más que para comerse la comida riquísima que tendrían que llevarle hasta la cama. Después se buscaría una hembra bien linda, aunque le costara caro.

Así, cada uno acariciaba sus esperanzas para ir matando el tedio... ¿Jerez? El viaje a Cuba, a vivir donde su hermana... ¿El otro? El regreso a Nicaragua.

136 Ilusiones de todos los que entran a la Zona Bananera en busca de fortuna y que se van dejando a jirones en las fincas de la United. Los linieros viejos ya no sueñan en nada, no piensan en nada. Sudan y tragan quinina. Y se emborrachan con el ron grosero que quema la garganta y destruye el organismo. ¡Hay que embrutecerse para olvidar el horror en que se vive y en el que se tienen que morir!

Con los ojos fijos contemplábamos la monotonía del paisaje, desde el corredor. Nada se movía en el pueblecillo.

De vez en cuando pasaba un negro sucio y harapiento, arrastrando los deshechos zapatos, llevando a cuestras el racimo de bananos para el sancocho, la pala y el pico y unas cuantas yucas acabadas de arrancar.

—*Good bye, my friend* —murmuraba al pasar, moviendo sólo la cabeza envuelta en trapos terrosos.

—Gur bai —contestábamos nosotros.

—¡Ese viejo parece qui'anda con un nido'e *piapias* en la cabeza! —comentaba alguno para entretenerse. Los demás reíamos estúpidamente.

A lo lejos, barriendo la línea con sus grandes chancletas, aparecía la vieja de Mr. Clinton, moviendo su cuerpo deforme, monstruosamente hinchado de carne mantecosa y temblante.

Pasaba balanceándose; nos sonreía con su carota mofletuda, renegra y sudorosa, y agitando despacio sus manazas nos saludaba con una vocecilla absurdamente fina y delicada:

—*Good evening, my sons.*

—Gur ibinin, mamá —le contestábamos, mirándola alejarse lentamente.

—¡Oh, cuerpo'e vieja! ¡Parece una gran pelota'e mazorra!

—¡Oh, mondongo'e negra pa'dale unas palmadas!

Calero agregaba, suspirando:

—¡Tan horrible qu'es y ya me voy soñando varias noches con ella!

Algunas veces uno de todos gritaba, señalando a una negra que se acercaba renqueando y con los brazos en alto:

—¡Allá viene la más pintada de Andrómeda!

Y la pobre negra, alta y flaca, se acercaba renqueando con fatiga, con sus piernas comidas por las úlceras y los brazos en lato, como invocando al cielo, para aliviar los “golondrinos” que exhibía en sus axilas desnudas. Pasaba mostrando su cara espantosamente manchada, con unos grandes desgarrones blancos y rosados, como si le hubieran arrancado tiras de pellejo para dejar al aire la carne tierna.

“Melancolía” es esa terrible enfermedad que va comiéndose la piel como un ácido corrosivo. En los negros, es monstruosa. Había uno con la cara casi enteramente pelada; sólo alrededor de los ojos le quedaba un círculo de piel negra y de lejos parecía una cara blanca con anteojos ahumados. Se les come la piel de las manos que les quedan de un color blanco rojizo y en los bordes de las manchas inmensas se levantan los pellejillos sueltos de la piel muerta.

Yo me estremecía de horror al pensar en un contagio; calculaba con espanto la impresión de angustia que se debe sentir al verse desfigurado para siempre, y hasta creía sentir ardores y punzadas quemantes en toda la extensión de mi piel.

Porque en los blancos también es horrible. ¡Pobres mujeres con la piel vareteada de manchas más blancas aún o de un amarillento lívido que me infundía pavor!

Y “golondrinos” apelonados y ardientes como carbones encendidos, acalenturando las carnes y torturando el espíritu.

Y úlceras horribles y asquerosas comiéndose las piernas. Plaga inmunda y pestilente que se ceba con rencor en las carnes martirizadas de las pobre mujeres de la Línea. No había una entre las escasas mujeres de Andrómeda, blanca o negra, que no luciera en las piernas por lo menos cinco o seis cicatrices lívidas. Y esas estaban libres de la peste.

Porque había piernas envueltas en trapos sucios, manchados de pus y de sangre, chorreando una porquería sanguinolenta y

hedionda que se cortaba en costras asquerosas sobre la piel. Esas piernas pasaban, bajo el acicate despiadado de las moscas, infestando el ambiente con su hedor nauseabundo.

También las había de pesadilla, absurdamente deformadas por cicatrices profundas y anchas como mordiscos de monstruo. Y pasaban otras lentas y pesadas, hinchadas hasta la exageración, echando sus carnes por fuera de la boca de los zapatos. Los
138 hombres las disimulaban con anchos pantalones, las mujeres las lucían grotescamente.

Esas ya no eran piernas. Eran troncos de *itabo*.

Piernas enfermas, piernas hinchadas, piernas deshechas. Todo lo pudre el suampo del banano. Y el oro de los gringos.

En los campamentos del frente vivía la peonada negra. Ellos también se paseaban por los corredores, descalzos y casi desnudos, para entretenerse. O se tiraban como nosotros en las hamacas a espantar la purruja. Algunos sacaban sus tableros de damas, sucios y borrados por el constante correr de las fichas, y sentándose en la orilla del corredor, con las piernas colgando, iniciaban el juego. Si uno de ellos se quedaba pensando la jugada, el otro alzaba la cara hacia los que de pie contemplaban la partida y hacía muecas de satisfacción. Desde donde yo estaba veía los dientes blancos, pelados por la risa. De pronto el otro jugaba dejando caer la ficha, a cada movimiento, con fuerza bestial sobre el tablero. No me explicaba cómo no lo hacían trizas con los fichazos, que resonaban secamente en el campamento. Y a cada fichazo, una exclamación de alegría, de sorpresa o de rabia:

¡Jesus Christ!

¡Son of a bitch!

Y discutían gritando horrorosamente y gesticulando como diablos; cualquiera creía que ya se iban a matar. Un momento después se oían sus estruendosas carcajadas a dos millas de distancia; reían parando los ojos, enseñando los dientes y el galillo. Todos sus gestos eran aparatosos y exagerados.

—¡Condenaos negros! ¡Parece qu'estuvieran en la Gloria!
—me decía Calero cuando los oía reír.

No había nada de eso. Nosotros los habíamos visto doblados sobre el suampo, trabajando como bestias, con las piernas envuelta en trapos para librarse de las raíces agudas. Llevaban al trabajo su miserable comida en un tarro: ñame, yuca, *ñampi* y bananos, todo arreglado con aceite de coco; algunas veces arroz y “calalú”, una planta moradita que se cría en el monte y que sólo ellos saben cocinar y comer. Si hacía sol, encendían un fogoncito para calentarla; si llovía a cántaros, se la tragaban fría, tapándose con una hoja de banano para que no se les llenara de agua el tarro. Comían a puños, limpiando el fondo del tarro con sus rudos dedazos, y después bajaban la comida con un cabo de caña, al que le arrancaban la cáscara con sus dientes vigorosos, sin hacer uso del machete que tenían por ahí.

Son fuertes y sufridos para el trabajo. Por eso van dejando sus huesos como abono del banano.

Los días de orden o de pago se alegraban emborrachándose con ron. En el campamento medio iluminado por las canfineras humeantes, o por unas dos o tres candelas pegadas al tabique, iniciaban el baile del ron.

Cantaban en inglés, formados en rueda, una canción salvaje y monótona y se acompañaban dando palmadas con las manos y pateando con ritmo en el suelo. Giraba la botella de mano en mano, y cada uno que la iba cogiendo se la empinaba doblándose hacia atrás. Chispeaban los ojos, burbujeaba el ron colorado en la botella y se aceleraba el ritmo del baile. Y caía una botella vacía haciéndose pedazos en la línea y otra llena iniciaba la vuelta. Al poco rato ya estaban aullando con los ojos en blanco, y la rueda deshecha.

Uno zapateaba vertiginosamente haciendo movimientos inverosímiles con los pies. Otro se descoyuntaba la cintura en una danza obscena y lujuriosa. El de más allá, con las manos en la barriga, y en un solo lugar, le imprimía al cuerpo, de arriba a bajo, un movimiento ondulante, de serpiente, mientras tiraba la cabeza adelante y la volvía a recoger estirando la trompa. Un negrazo alto y robusto, desnudo del ombligo para arriba, daba vuelta al cuarto a grandes zancadas, con los ojos brillantes y bramando como un toro que celara a la vacada.

Y todos aullaban, y se estremecía el campamento como si millones de demonios estuvieran metidos allí.

Terminaban la fiesta tendidos como troncos. Era un montón de carne sudorosa que roncaba con estrépito

—¡Parecen congos! —murmurábamos nosotros.

Otras veces la fiesta no terminaba así. Una noche, mientras contemplábamos el baile desde nuestro corredor, vimos salir a dos negros tirándose golpes. Uno era alto y fornido; el otro, bajito. Sin que pudiéramos explicarnos por qué, el alto cogió rápidamente un cabo de hacha y tumbó al otro de un golpe terrible en la cabeza; después saltó cayéndole encima.

—¡Lo mató! —gritó Calero, calculando que la fuerza del leñazo no era para menos.

—Hay que quitárselo —dijo Heminio, echándose a la línea con el machete en la mano.

Nosotros lo seguimos. Cuando ya íbamos a llegar adonde estaban, el negro alto se enderezó pegando un aullido y llevándose las manos al pescuezo. El otro se levantó de un salto y se perdió entre la oscuridad. Se lo había quitado de encima pegándole con la cuchilla una cortada larga y profunda, que se esponjó en borbollones de sangre en cuanto el herido se quitó las manos del cuello para vérselas.

—*I am dead!* —exclamó el negro, horrorizado al mirarse las manos empapadas en sangre.

Ya en el campamento, comentando el incidente, nos dijo Calero, exagerando sus muecas de costumbre:

—¡Ese carajo tiene más sangre qui'un toro! ¡Y espesa y colorada qui'hasta que me dieron ganas de chupármela!

Y Herminio, mientras se golpeaba la cabeza con los nudillos:

—¿Viste qué *zoncha* la del otro? ¡Salió volao como si tal cosa!

Nosotros también nos emborrachábamos de cuando en cuando y casi siempre nos daba por ponernos sentimentales y románticos con el ron.

Badilla con nosotros, y los cuatro sentados en el piso del cuarto, el litro de ron en el centro reflejando el parpadeo de la luz.

Arriba, los culillos de candela que ardían quemando el tabique, dejando en él rastros que simulaban fuetazos ahumados.

El primer trago daba frío. Me echaba la buchada a la boca apretándome la nariz con la otra mano y cerrando los ojos; todavía sin tragar, apretando los labios con fuerza, encogía el estómago en una horrible convulsión de vómito. Un frío cortante iba a clavárseme en la frente subiendo por la columna vertebral; hipaba dos veces deteniendo el vómito con las manos, y haciendo un esfuerzo me tragaba el licor.

—¡Trague, jodido! ¡No sea flojo! ¡Cuidao lo bota, porque cuesta plata! —me decía Calero, riéndose de mis muecas.

—¡Diablo! ¡Hasta que se me grifó el pellejo! —exclamaba yo después de coger aire. Y me estremecía en una sensación de asco, escupiendo la saliva amarga y hedionda y secándome los ojos llorosos.

A todos les sucedía lo mismo, porque se necesitan años para acostumbrar el cuerpo. Después el liniero se bebe los litros y no escupe siquiera.

A los pocos tragos, el ron ardiente bajaba como agua, encendiendo la sangre y excitando el cerebro. Cuando ya se sentía la piel gruesa y pesados los párpados, entonces comenzaban los cuentos, las canciones y las lágrimas. Yo casi siempre tenía un guaro triste; Herminio también. Si cantábamos, eran canciones tristes, que terminábamos llorando. Si contábamos cuentos, eran cuentos tristes para llorar también. Pero era un llanto dulce, como una explosión de resentimiento largo tiempo contenido por la rudeza de la vida, que lavaba las penas del alma.

Los hombres más hombres tienen el alma de un niño y necesitan mimos y arrullos como los chiquillos. Por eso lloran cuando están borrachos o con la cabeza oculta entre las cobijas para que nadie los vea. Sólo los cerdos no pueden llorar. El liniero llora cuando está borracho.

Y conversábamos de amores.

—...la quería con locura y ella también mi'adoraba. Tenía quince años, blanca, rubia, de ojos celestes y tranquilos; era buena y sencilla y...

Me miraban con los ojos entrecerrados y turbios, mientras yo les iba describiendo aquella mujer querida. Al mismo tiempo que hablaba, iba viendo todo como si lo estuviera viviendo en ese momento. La carita blanca sonriéndome adorablemente; el gesto coqueto con que simulaba estrujar el pañuelito fino de encaje, mientras sus ojos me lo ofrecían como un perfumado recuerdo; el tímido estremecimiento de su carne, el rubor coloreando sus mejillas en una oleada de fuego y el temblor de sus ojos cerrados al soplo de mi beso de amor. Y volvía a ver mi barrio, porque allí vivía ella, con sus casitas humildes y sus calles empedradas. Yo, sentado con ella en un poyito de la plaza. Detrás, la iglesia; y la sombra de sus torres torcidas cayendo sobre el césped donde apenas brillaba el rocío. Arriba la luna inundándolo todo en un baño de luz. Y los enamorados en las puertas; y los amigos que pasaban saludando con la mano, mientras en voz baja comentaban mi fortuna. Y la brisa tibia soplando...

Hasta Calero seguía obsesionado mi relato, sin atreverse a interrumpirlo. Todos, en suspenso, no se acordaban del ron ni tenían oídos para el rugir del aguacero que golpeaba en el zinc.

—...y no había salvación. Desesperado corrí a su casita y com' un relámpago me metí en su cuarto d'enferma. Nadie se atrevió a decirme nada, a pesar de que no me querían. ¡Y pobre del que lo hubiera hecho! ¡Iba dispuesto a jugarle la vida por verla la última vez! Y allí estaba ella, hermanos. Apenas si alentaba un soplo'e vida, esperándome a mí, pa'dármelo con su último beso. Y murió diciendo: "¡No quiero, mi vida, que quieras a otra!". Su voz se apagó com' un suave murmullo.

Gruesos lagrimones me corrían por las mejillas al terminar el relato. Los demás lloraban también.

—Por eso fue que me vine p'acá y no he querido volver a tener novia —agregaba sombrío

—¡Tenés razón! —decía suspirando Badilla—. Yo haría lo mismo en tu caso. ¡Tirémonos un trago pa'matar las penas!

Entre trago y trago, ya casi borrachos del todo, oíamos como en sueños la voz de Badilla:

—...y por eso era que yo m'estaba cansando. Apenas la vieja daba la vuelta, ella me apretaba contra su carne dura y me hacía sangre los labios con sus besos mordidos. Hasta que le brillaban sus ojazos negros y le temblaba el par de pechos firmes, como banderillas de fuego...

A Badilla también le brillaban los ojos y le temblaba la nariz, como si en ese mismo instante estuviera estrechando en sus brazos el cuerpo moreno. Nosotros, avispaos por la lujuria del relato, tragábamos saliva.

—...y se lo dije y lo cumplí. ¡Yo no andaba con vainas en cuestión de mujeres! ¿Qué mi'andaba calentando con sus celos? Pues que se juea p'al diablo por más guapa que juea. ¡Pa'eso a mí me sobraban! Y la mandé al carajo y me fui pa'onde Clarita, aquella de que les hablaba el'otro día.

—¡Eso vale un trago, hermanos!

Y bebíamos envidiando la suerte de Badilla en cuestión de mujeres.

—Yo he corrido tanto y gozado tantas mujeres, que ya mi'aburrí. ¡Hora lo que quiero es vivir tranquilo! —terminaba Badilla, mientras se embrocaba el litro.

Ya borrachos perdidos, apenas oíamos una que otra palabra del relato de Calero:

—...que vos andabas con la Juana y que si así es... quiso aruñarme la cara... ¡par de patadas y la tiré a la calle!

Mentiras y mentiras. Locas fantasías. Sueños calenturientos de pobres linieros borrachos, en el corazón del monstruo verde.

Cada uno de nosotros procuraba engañar ingenuamente a los demás y engañarse a sí mismo, imaginando haber hecho lo que ansiaba hacer.

A la edad en que estábamos, ninguno de nosotros había tenido novia ni había enamorado a ninguna mujer. El liniero no tiene tiempo para buscar el amor sentimental. Para él son los deshechos humanos. Las rameras podridas como el barro del suampo.

Por eso seguíamos bebiendo desesperadamente hasta caer de espaldas, como troncos, igual que los negros. Y luego las pesadillas monstruosas, el vértigo horrible de sentirse amarrado

en el lomo de un toro; las ruidosas boqueadas en falso, agriando la boca e hinchando las venas; el frío sudor en la sien y la nuca, y el vómito amargo y hediondo. Y sudor y sueño convulso.

Ya podían llegar en millones, desde el suampo, los zumbadores zancudos a chupar sangre y a inyectar malaria. Esa noche no teníamos que sofocarnos debajo de los sucios gangoches, para escapar de su saña la cara y los brazos; ni que estremecernos oyendo sus agudos zumbidos, más penetrantes aún que sus chuzos filosos y largos, que queman la carne como agujas de fuego.

Que levantaran ronchas ardientes. Que chuparan sangre hasta caer rodando como rojas bolillas.

Nosotros dormíamos.

Que salieran las miríadas de alepates, hediondos y asquerosos, que estaban ocultos en las rendijas del piso y de los tabiques. Que mordieran la piel levantando ronchas enormes. Que hartaran de sangre, que llenaran con ella sus cuerpos negruzcos y horribles. Esa noche no teníamos que corcovear como mulas sintiendo su ardiente mordisco, ni teníamos que restregarnos la espalda contra el burdo tabique.

No sufriríamos esa noche el asco inmenso que causa el sentir ese hedor nauseabundo en los dedos después de lograr aplastarlos.

Para eso dormíamos.

Ninguno tendría esa noche, ni el mismo Calero, que sufrir el martirio de los sueños eróticos, que excitan la carne dormida del peón. Nadie divagaría temblando, gimiendo en las sombras, haciendo contorsiones absurdas. Ninguno despertaría bañado en su semen y con una sensación de asco, de vergüenza y de rabia mordiéndole el alma.

Los cuatro dormíamos borrachos.

Hasta el pobre Badilla no iría, esa noche, a correr por la línea aullándole el cielo; ni sufriría la angustiada obsesión de tener la cabeza podrida. No tendría que hacer lo de siempre esa noche: echado de panza, con al candela encendida pegada en el piso, ahumarse la cara al aspirar el Vapo-rub que hervía en la cuchara. Y después sonarse la nariz, mirar el pañuelo con un gesto de horror olfatearlo y volverse a sonar.

Esas tres horas de letargo profundo, de muerte ficticia, sin sentir nada, sin soñar en nada, son el oasis en la vida árida y desierta del liniero. ¿Qué importan entonces las angustias de la sed en la madrugada? ¿Ni el asco y el desaliento que se sienten en el trabajo al día siguiente?

¿Y los dulces sueños de amor y las locas fantasías vividas al calor de los primeros tragos? Ningún hombre que no sea un liniero, puede saber lo que ese chispazo de felicidad significa para el infeliz que vive pudriéndose en los suamos. Volar con la fantasía por los lugares queridos y lejanos. Amar y ser amado por mujeres buenas, sanas y lindas. Salir de los banales. ¡Despegarse del barro!

145

El liniero es borracho. Sólo él tiene el derecho de serlo.

Así es como corren torrentes de alcohol en la Línea, y como el Comisariato de la Compañía recoge de nuevo la sangre del paria a cambio de ron. Así llenan sus arcas los ogros que viven allá en Wall Street, con el oro amasado con lágrimas, sudor, esputos de sangre y gritos de angustia. Y que hiede a pus, a piernas podridas y a ron.

Por lo menos, ayudan a que sus peones tengan un poco de gloria y rían, lloren y sueñen despiertos. Y hasta les permiten tres horas de sueño tranquilo.

¡Gloria a los rubios banqueros del Norte!
¡Paso a la Civilización!

III

Llovía sobre Andrómeda y en toda la región de La Estrella. Ocho días de temporal cerrado. El cielo negro, las montañas enneblinadas y un viento frío calando los huesos.

Nosotros regresábamos del trabajo acalambrados, con la piel de las manos arrugada, de un blanco azulejo, y chapaleando con el barro a media pierna. En los corredores de los campamentos se escurría la ropa empapada, colgando de los bejucos; en el piso, los grandes charcos barrocos.

Croar de ranas día y noche. Lluvia y barro.

Una noche de esas, después de torcer la ropa y de extenderla bien, “pa’que se oreara”, como decía Calero, me metí con fruición en mi doble saco de gangoche. Después de estar en el agua todo el día, meterse desnudo entre los sacos sucios y tenderse en el piso, era una delicia.

Calero, con un tarrillo en la mano, hacía muecas tragándose unas pastillas de quinina; Herminio remendaba, por centésima vez, su pantalón de trabajo; yo escuchaba, con los ojos entrecerrados, el monótono golpear del agua en el zinc. Sensación de tibieza en el cuerpo, frío de hielo en los pies.

—¡Uf! —exclamó de pronto Calero, taloneando en el piso con las canillas encogidas—. ¡Bandida quinina más amarga! —Y se estremecía apretando los ojos y arrugando la nariz.

—Por lo menos te pone a dormir azurumbao —le dijo Herminio sin levantar los ojos del remiendo—. ¿Trajiste bastantes? Ya a mí se me terminaron.

—Com’unas treinta. Apenas pa’una semana. Y eso que casi tengo que meterme al carro dispensario a cogerlas a la brava. ¡Desgraciado curandero ése! Parece que las quininas fueran de él y que uno no las estuviera pagando a peso di’oro. ¡Pa’lo que le sirven a uno!

Yo sentía todavía el amargor de las que me había tragado. No nos podía faltar el tarrillo con las pastillas blancas y gruesas.

El “doctor” que nos mandaba de vez en cuando la Compañía en un carro dispensario, era un gringo bruto como un cerdo; gordo y bajito, velludo como un mono, lleno de horribles tatuajes en los brazos y el pecho y jurando todo el tiempo como un condenado. Badilla decía que seguro acababa de salir del presidio. De medicina sabía tanto como nosotros de astronomía y era un salvaje para tratar a la gente.

Se pasaba las horas leyendo, con la silla en dos patas recostada a la puerta del carro amarillo, y un cabo de puro apagado en la boca; lo mascaba despacio, con gestos nerviosos, y de vez en cuando volteaba la cara, se lo sacaba hecho estopa y lanzaba a la línea un gran salivazo. Cuando no estaba así, roncaba borracho, a puerta cerrada.

Llegaba un infeliz a la puerta del carro, temblando de frío o ardiendo en calentura, o con lo que fuera: yuyos, rasquiña, infecciones, colerín. El bruto siempre lo recibía con la misma exclamación, entredientes, para no aflojar el puro:

—¡*That's nothing!* —Y comenzaba a renegar, como si fuera un crimen interrumpir su lectura por tan poca cosa.

Después de manipular con un montón de frascos y tarros, el “doctor” salía siempre con lo mismo: purgante, quinina o mercurio-cromo. Si eran pastillas, las entregaba contadas; si mercurio-cromo, un pringuito, y había que llevar el frasquillo, y salir con la sangre alterada por las injurias del viejo.

Por eso preferíamos comprar los remedios, que costaban un ojo de la cara en el Comisariato. Lo que valía cinco en las ciudades se pagaba a nueve en la Línea. ¡Jugoso negocio! Pobre Badilla que tenía un botiquín en su cuarto: linimento de Sloan, para el dolor de cintura; Vapo-rub y Mentholatum, para los catarros; y reconstituyentes, alcohol, mostaza y azufre. ¡Y así pensaba el pobre juntar sus trescientos pesos!

Nosotros teníamos remedios sencillos. Ron y quinina para los fríos y las calenturas; canfín para las cortadas; y azufre para la rasquiña, esa enfermedad horrible y desesperante que tanto abunda en los sucios campamentos de las bananeras.

Un día comenzó Calero a rascarse como un mono. Dos días después lo imitábamos nosotros. En las tardes se me aplacaba un poco la comezón. El martirio comenzaba al acostarse. Me metí en mis sacos y me quedaba un momento tranquilo; de pronto sentía, pero como si estuviera muy lejos y no fuera la cosa conmigo, una pintita finísima que comenzaba a hacer cosquillas cariñosa. Y la iba sintiendo cada vez más insinuantes, ya en mis rodillas, como invitándome a gozar la delicia de rascarme quedito. ¡Pero ya no me engañaba! Con los ojos cerrados quería transportarme bien lejos, dejar mi pensamiento prendido en mujeres hermosas o en cosas deseadas. Mas el puntillo seguía dándole vuelta al poro, lamiendo con su lenguita fina y nerviosa. Se me estiraban las uñas arrastrando mi mano que yo recogía apretando los dientes. Sentía más intensa la aguda caricia y no podía más. Mis uñas

caían sobre el punto maldito, y rascaban. Un segundo de placer y, como un golpe eléctrico, diez o más puntos se clavaban a un tiempo en la espalda en el pecho, en el codo y por toda la piel. Un momento después me agitaba como un loco, haciéndome tiras el cuerpo, sudando de la horrible congoja.

148 A veces quería aplacarme restregándome con fuerza, para evitar los rasguños. Pero, nada; la rasquiña exige las uñas. Y rascar y rascar desesperado, en noches de insomnio, por horas y horas. Gemir, echar maldiciones, sudar. Sentir el deseo de levantarse aullando a tirarse a una hoguera. Y después, el dolor ácido en los grandes rasguños quemados por la sal del sudor; y cansancio en los brazos. Otro día me levantaba con la cabeza pesada por la noche en blanco y con el cuero cruzado por grandes varetes hinchados; con las partes más sensibles del cuerpo inflamadas, deshechas, destilando un líquido pegajoso con vejiguitas diminutas y picantes en las junturas de los dedos, que yo reventaba apretándolas con la uña, unas con agua, otras con pus.

Y así había que trabajar bajo el sol de fuego y bañarse en sudor. Ni el más feroz de los inquisidores imaginó nunca un suplicio más cruel.

Una noche, Calero, cuando ya tenía las uñas taqueadas de tierra, de pellejo raspado y de sangre, cogió una media botella de alcohol y se la echó encima. Hizo muecas horribles; brincó por el cuarto echándose viento y saliva y por último abrió la puerta, se tiró a la línea y fue a revolcarse en el suampo. Parecía un verraco.

Al pobre liniero se le moja y se le seca la ropa en el cuerpo; sobre su piel hay un constante fermento de sudor con tierra y con trapo podrido. No puede escapar a la rasquiña y, si no se ingenia el medio de curarse, se le cubre la piel de una corroncha repugnante y se le agrieta por todas partes.

El liniero tiene un remedio seguro y sencillo. Nosotros al fin lo aprendimos. Con azufre y manteca formábamos una pomada pegajosa, hedionda y repulsiva; nos dábamos una buena rascada hasta hacernos sangre, y después nos restregábamos con la tal pomada de los pies a la cabeza. No debía quedar ni un milímetro de pellejo sin su costra de azufre. Luego nos tirábamos al piso,

desnudos, para no acabar de infestar los gangoches malolientes, y dormíamos aspirando el hedor nauseabundo. Otro día había que llevar sol en el trabajo con ella encima para que curara del todo.

—¡Uf! —decían los demás—. ¡Por aquí parece que han paso los diablos!

...Seguía golpeando el agua en el zinc. Por el tabique bajaba llorando un chorrillo de esperma; el culillo de candela, terminándose ya, parecía dar cabezadas borracho de sueño. Calero, con su pellejo de mula insensible al mordisco de los alepates, dormía tranquilo, pegado al tabique. De prisa, aprovechando los últimos parpadeos de la luz, Herminio extendía en el piso sus cuatro gangoches. Yo, abriendo un poquito los ojos, contemplaba la escena.

De pronto sentí unos pasos en el corredor; después la caída de algo pesado en la barandilla: posiblemente una capa mojada.

—¿Ya'stán acostaos, muchachos? —preguntó la voz de cabo Pancho.

—En este momento nos acostábamos, patrón —contesté yo, levantándome desnudo a abrir la puerta. Herminio encendió otra candela.

Entró cabo Pancho y, después de dar las buenas noches, nos explicó el por qué de su visita.

El constante llover había aflojado unas peñas que se alzaban a un lado de la trocha, en el primer tramo del río, y esa tarde se habían derrumbado obstruyéndolo todo. Era una montaña enorme de rocas y árboles lo que había caído. El ingeniero estaba que echaba humo con la cosa y decía que era necesario dejar limpia la trocha, otra vez, en quince días; necesitaba gente experta en el manejo de dinamita y había llegado a preguntarle si entre los muchachos de su peonada tenía alguno. Él le había dicho que tenía dos: Herminio y yo. Bertolazzi, después de hablar ciertas cosas de nosotros, de la dinamita y de las pesquerías en el río, se había decidido. Teníamos que estar en el derrumbe a las seis de la mañana.

—¿Qué dicen ustedes, muchachos? A mí me...

—Hombré —interrumpió Herminio, que no levantaba la vista del piso, obsesionado por el charco que estaban formando las botas del cabo y que en un chorrillo nervioso se acercaba a sus sacos—. ¡Ese idiota está necesitando gente y se anda con remilgos! La pura verdá es que, con esas carajadas que dijo, lo mejor es no ir.

Y Calero, despertado por la entrada del cabo y todavía res-
150 tregándose los ojos:

—¡Qué micadas las d'ese baboso, hombré! ¡Que se meta la dinamita por'onde le dé la gana! —y pelando del todo las grandes *guayabas*, agregó—: ¡Yo qui'ustedes lo mandaba p'al carajo!

El cabo, que sabía que yo era el que iba a resolver en definitiva el asunto, se volvió hacia mí, haciendo un gesto, como diciéndome: “Me van a meter en un lío; vos sabés que el hombre manda”.

—¿Por qué no le pide usted al hombre la quitada del aterro por contrato? —le insinué yo—. Con toda la gente tal vez lo hagamos en la quincena.

Cabo Pancho explicó que el aterro había caído en el tramo que llevaba el contratista Azuola; que éste tenía que quitarlo con su gente, y que como no tenía barreteros, el *tútile* se los andaba buscando, porque el trabajo precisaba.

Yo quería hallar el medio de escurrir el bulto sin disgustar a cabo Pancho. Creí encontrarlo diciendo:

—Ahí está la vaina, patrón. Nosotros con usted ganamos seis cincuenta. Además salimos a las doce, aunqu'entramos más temprano; pero a nosotros nos gusta tener más tiempo en la tarde. Usted sabe que la gente del *tútile* y la de Azuola ganan cinco pesos y trabajan hasta las cuatro —y señalando a Calero, añadí—: Aquí sólo a aquél le gustaría entrar a las seis... pa'darle de comer un rato más a los bichos.

—No había pensao en eso, ¿sabes? —dijo el cabo, rascándose la barba—. Tenés razón. ¡*Cooche!* Voy'hablarle al hombre a ver qué dice.

Cuando ya daba vuelta para hacer lo que decía, lo detuve, resuelto:

—Oiga, patrón. Le vamos a hablar claro. Lo que ganamos con usted no es sueldo'e barretero. Sin embargo, iríamos a trabajar por ese sueldo pero en buenas condiciones: nosotros nos vamos p'al trabajo a la hora que sale usted y nos venimos a las doce, por los seis cincuenta. Si él quiere, trabajamos hasta las cuatro, pero nos paga las horas extras tiempo y medio. Si no es así no iremos, aunque nos tengamos que ir de aquí. ¡Háblele claro, patrón! ¡Ah, se mi'olvidaba!: dígame que somos tres barreteros. Vamos a llevarnos a este carajo —y señalé a Calero, que hizo una mueca de asombro, pero que no dijo nada.

Apenas salió cabo Pancho, Herminio y yo soltamos la carcajada, ante el asombro de Calero que no entendía la cosa. Yo sé la expliqué, mientras Herminio escurría el pozo de agua que ya le mojaba los sacos, dirigiéndolo con un dedo hacia una rendija del piso:

—No te preocupés, baboso. Ese *tútile* es un miserable y se va a poner furioso con lo de las horas extras. Está acostumbrao a que la gente le trabaje'e gratis. No aceptará, ni nos iremos di'aquí. El cabo nos necesita y hará lo posible porque nos dejen trabajando con él.

Ya sin sueño, nos quedamos haciendo comentarios alrededor del asunto y arrancándole el pellejo al ingeniero. En ésas estábamos, cuando oímos al cabo gritar desde la línea:

—¡Si'arregló la cosa, muchachos! ¡Dijo el hiombre qu'estaba bien!

Nos volvimos a ver, asombrados, y yo le contesté malhumorado, gritando también:

—¡Está bien, patrón! ¡Dígame que saque'e la bodega los barrenos, los mazos y las cucharas, y que deje todo por juera! ¡Y que no si'olvide'e la dinamita, los *tubos* y la mecha!

—¿Y el almuerzo? —me sopló Herminio, acordándose de que íbamos a trabajar hasta las cuatro de la tarde.

—En la mañanita le decimos'a la Pastora que nos mande el "gallo pinto" con el *gaucho* de Azuola —le dije, tranquilizándolo.

Luego nos quedamos como en misa, preocupados por la perspectiva del trabajo con Bertolazzi, que ya sabíamos en qué

forma trataba la gente. Calero estaba desesperado y por último exclamó:

—¡Desgracia, carajo! Estos son los enredos en que mi'andan metiendo siempre ustedes. Yo nunca he trabajao en esas vainas y no quiero quedarme sin cabeza. ¿Quién tenía a este carajo metiéndome a mí en la colada? —y me miraba con unos ojos haciendo unas muecas, que casi me dio miedo.

152 Comencé a hacer números y a buscarle el lado bueno a la situación.

—Hombré —dije para consolarlos —después de todo no nos va a ir tan mal. Esta quincena nos ganaremos los noventa y siete cincuenta de sueldo, más cuarentiocho pesos y pico de las horas extras. ¿Que les parece la cosa?

—Y pa'que diga verdá ese jodido, le robaremos dinamita y tendremos peje pa'todo el tiempo qu'estemos aquí —añadió Herminio.

Inconstante e impulsivo como un chiquillo, Calero, olvidando el peligro que apuntaba un momento antes, comenzó a bailar desnudo por el cuarto, haciendo visajes ridículos, mientras decía cantando:

—¡Horita nos vamos di'aquí ...ta, tará, ta, ta!... ¡Horita nos vamos di'aquí!

Un cuarto de hora después, dormía tranquilo, metido en su saco y con la cobijilla rala echada sobre la cara y los brazos, para evitar un poco el chuzo de los zancudos.

Herminio apagó la candela y se acostó, y yo me dormí esa noche arrullado por la lluvia y recorriendo con la fantasía la América del Sur. La platilla que nos íbamos a ganar, ajustada a las economías que teníamos en un tarrillo de Royal, acercaba unos cuantos días el momento de partir.

Pasadas las cuatro y media de la madrugada, con los barrenos, mazos y cucharas al hombro y los machetes en la mano, íbamos llegando al derrumbe. Estaba oscuro todavía y los nubarrones negros soltaban un pelillo de gato que caía sobre la piel como agujitas de hielo.

—¿Te diste cuenta? —comentó Herminio, dirigiéndose a mí, mientras tiraba la carga al suelo—. No nos dejó lista la dinamita. Tiene desconfianza y seguro la va ir dando di'acuerdo con los tiros, pa'que no podamos cogernos ni una.

—Paciencia, hermano —le dije—. Yo arreglo la cosa. —Y nos pusimos a examinar el aterro.

Árboles inmensos, tierra, piedras y grandes peñascos, todo, revuelto, formaba una enorme montaña sobre la trocha. Del oscuro paredón todavía bajaban roncando, de tiempo en tiempo, piedras sueltas que hacían peligroso el trabajo. Yo era el que tenía más experiencia en esa clase de trabajos y, después de echar un vistazo, exclamé, frotándome las manos con satisfacción.

—¡T'escapaste, Calero! No tendremos que barrenar nada. Todo está suelto y aquellos peñascos, como no son piedra firme y están agrietados, los haremos tiraos con barro.

Cuando llegó la gente, clareaba el día y arreciaba un poco la lluvia. El cholo Azuola, con la cara escondida debajo de su sombrero forrado en tela ahulada, y envuelto en una larga capa negra, se dirigió adonde nosotros estábamos, nos señaló un cajón con candado, tapado con latas de zinc, que estaban acomodando sus peones debajo de un árbol, y nos dijo con cierto tonillo de burla:

—Allí'stá la dinamita y todo lo qui'ustedes necesitan. Yo tengo la llave, pa'las precisas, pero Arrieta vendrá a entregarles todo.

—Es peligroso trabajar en el bajo —afirmé yo, pasándole por alto su risita maliciosa—. Yo creo que debemos subir a limpiar todo lo qu'esté flojo, primero, pa'evitar una desgracia.

Azuola, mirando el alto paredón, asintió repetidamente con la cabeza, mientras se acariciaba sus grandes bigotes.

—Voy a darle orden a la gente pa'que suba. —Y se alejó arrastrando entre el barro sus patas cortas y torcidas, metidas en unas botazas nuevas de cuero amarillo.

—¡Achará botas pa'ese *chapaneco*! —gruñó Calero—. El cré que se ve muy guapo en esa facha... ¡Oh, *corvetas* más baboso! —Y ensayó unos pasos, imitando el modo de andar de Azuola.

Nosotros reímos sus burlas, pues Azuola no era santo de nuestra devoción. El cholo era el prototipo del contratista y

capataz de la United. Trataba a la gente con grosería, la hacía comer en su cocina y le daba una comida de perros. Un ogro con los peones y un perrillo faldero con Bertolazzi a quien a diario le estaba llevando cuentos de los otros contratistas.

154 Prendiéndose con uñas y dientes a la roca, resbalándose peligrosamente a cada instante, rompiéndose la ropa y las manos en los agudos filos de las piedras, hormigueaba por el alto peñón la gente de Azuola. Nosotros también ayudábamos a quitar el peligro de nuevos derrumbes.

Caía incesantemente una lluvia triste y cansada, que hacía bajar, por las honduras de la peña, perezosos arroyos de lodo. Crujían las piedras al golpe del pico. Las barras de acero, al chocar en la roca, esparcían un sonoro rumor de campanas golpeadas. Maldiciones ahogadas, blasfemias y voces de mando. Y a cada instante, el grito que baja de lo alto anunciando el peligro al que pudiera ir pasando o estar descuidado en el bajo:

¡¡Guarda abaaajoo!!

Y bajaba el tumulto de piedras y rocas, dejando en el aire un sordo ronquido de trueno lejano. La peonada saludaba la caída con gritos de triunfo:

¡¡Ahuuupupujay, jodidóoo!!

¡¡Hey, mamita linda, currucucúuu!!

Vuelta a doblar las espaldas mojadas y a romperse las uñas y el cuero. Juramentos; pujidos. Agua, barro y fatiga. De vez en cuando alguno lanzaba una exclamación de dolor y agarrándose el pie o apretándose un dedo comenzaba hacer muecas.

—¡No llore, pendejo! ¡Aquí no está su mamá! —le gritaba otro. Los demás reían con al trompa metida entre el barro.

Allá en el bajo, en lugar seguro y sentado en una piedra, vigilaba a su gente el cholo Azuola. Nosotros veíamos el bulto negro envuelto en el humo del puro, agitándola ramilla con que espantaba los zancudos. De vez en cuando se enderezaba un poco, gritando:

—¿Vos, Cartago, qué diablos estás haciendo allí, parao? ¡Yo no traigo mi gente a dormir, carajo!

—¡M'estripé un dedo, patrón!

—¡Pues, si está grave, al hospital! ¡Yo no quiero *culistas* entre mi gente!

No había más que chuparse la sangre con barro y volverse a doblar.

—¡Agua! ¡¡Aaguaaa!! —gritaba la gente, sudando a pesar de la lluvia.

—¡Carajo, parecen congos pidiendo agua con este frío! —contestaba Azuola, furioso—. ¡Ya eso es gana de *curtir* y de joder!

155

Luchando por aflojar un enorme pedrusco, desnudo de la cintura para arriba y lleno de barro, Calero, con una gran barra en las manos, bramaba de rabia, oyendo al cholo injuriar a la gente. Se desquitaba haciendo humear la punta de la barra entre la grieta y combándola en un furioso esfuerzo que le hinchaba las venas y los músculos.

—¡Si se te zafa esa barra vas'ir a para a los infiernos, animal! —le grité yo, que ya lo veía bajar como una pelota por las peñas.

—¡Es qu'ese cabrón me tiene ostinao! —vociferó, aflojando la barra y señalándome a Azuola con una mueca espantosa—. Como él está allí teniéndoselos, cré que la gente no tiene sed. ¡Desiara qu'este pedrón le juera a caer en los puros bigotes a ese patas torcidas! —Y con un gesto violento se pasó el brazo por la frente para limpiarse el sudor, dejándosela negra de barro.

Nosotros, con las camisetas B.V.D. pegadas al cuero y recogidas por delante con un nudo para sostener los pantalones, sudábamos también contra las rocas.

A las once pasadas apareció el guacho que ayudaba en la cocina de Azuola, cargando en la cabeza un cajón con los almuerzos. Era un muchachillo abotagado, pálido, lleno de pecas. Anunció su llegada con un gritillo de mujer.

—¡Ay, corazón! ¡Cuidao te lastimás el omblíigoo! —le contestó uno, burlándose de su vocecilla. Los demás soltaron la carcajada y tirando las herramientas al diablo comenzaron a bajar.

Abajo, el guacho repartía los tarrillos de hojalata con asa de alambre en que venían los almuerzos. Herminio, mientras se limpiaba las manos en la camiseta, dijo a Calero:

—Andá, traete nuestros *paniquines*, si no querés que los enreden y tengamos que comer sanchocho del que les mandan a éstos.

156 Calero no esperó segunda razón, y un momento después estábamos sentados debajo de un árbol, con los tarros entre las piernas. La patrona, no pudiendo mandarnos la sopa, nos había puesto un pedacito de carne a cada uno y un poco de *dulce*.

—¡Qué comida la que da ese chanco! —comentó Calero, echándose un puñado de arroz a la boca, y refiriéndose a Azuola—. ¡Así quién no si'hace'e plata! Una pelota di'arroz y frijoles, cuatro bananos y un *tuquillo*'e dulce negro y revenío. ¡No sé cómo esa gente no se la revienta en el alma! —y tosió atragantándose.

—Y cobra lo mismo qu'el cabo: dos veinticinco al día —agregó Herminio.

Sacudiéndose apenas el barro de los dedos arrugados por el agua y despellejados por las piedras, los hombres comían a puñados casi todos. Los más tragones, a los cuatro minutos ya le estaban dando vueltas al tarro, para recoger con un pedazo de banano el caldillo que quedaba en el fondo.

Allá lejos, sobre la trocha, envueltos en sus buenas capas, y en mulas, uno detrás del otro, aparecieron Bertolazzi y Arrieta, su segundo. Nosotros le decíamos a este último “Cristo'e Fierro”, porque era negro, alto y flaco como un alambre.

Azuola se levantó, limpiándose precipitadamente los bigotes y corrió a encontrarse con ellos. Minutos después les explicaba yo que íbamos a necesitar la pólvora, porque, estando limpia ya la parte de la roca que daba al “aterro”, podíamos comenzar a tirar los primeros peñascos.

—Está bien —dijo Arrieta—. Yo me voy a quedar por aquí apurando la gente.

Herminio me cerró un ojo y yo me encogí de hombros. Azuola sacó su gran reloj de oro y después de mirar la hora y de darle un sobadita contra la camisa, gritó:

—¡Ya es hora, muchachos! ¡Arriba, que la cosa precisa!

—Lo menos nos roba cuarenta minutos ese bandido —aseguró Calero. Y viendo que Azuola le daba cuerda al reloj, añadió—: Con seguridad que lu'está atrasando, pa'sacar a la gente más tarde después.

157

Íbamos a dinamitar las primeros ocho piedras, que limpiamos bien, por encima. Arrieta nos entregó el material que pedimos y se quedó vigilando la preparación de los tiros. Mandamos a Calero a preparar un poco de barro, bien amasado para que pegara: cortamos ocho pedazos de mecha de dos cuartas y media de largo, y le fuimos metiendo por un extremo, a cada uno, el tubillo de cobre, que mordíamos en el borde para que no se zafara.

—¡Eso no lu'hago yo ni pagándome! ¡Como lo muerdan un poco más atrás se van a quedar sin quiijadas —murmuró Arrieta al vernos hacer la operación.

Nos reímos de los nervios del tipo. Luego le hicimos a ocho candelas de dinamita, con un palillo punteado, un hueco en el centro y por él le metimos, a cada una, la mecha, por el extremo del tubo; las apretamos bien, y ya estaban listas.

—Aquélla necesita diez candelas... Aquella otra tiene con cuatro... A esa, doce —y yo iba señalando las piedras, mientras Herminio ponía encima de ellas el número de cartuchos indicado.

En cada montón de candelas se ponía una con mecha. Luego, con el barro que arrimó Calero, tapamos la dinamita, apretando bien el montón de candelas contra cada piedra.

—Procurá que no les queden güecos por'onde se les pueda meter'el aire —le dije a Herminio, mientras palmeábamos las medias bolas de barro que iban quedando sobre las piedras, con el rabillo blanco de la mecha afuera.

Después de *cebar* las mechas, rajando las puntas y poniéndoles un poco de la pólvora amarilla y grasienta de la misma

dinamita, ensarté media candela en la punta de una varilla y, rayando un fósforo, se lo acerqué. Saltó el chorro de fuego humoso, y pasando rápidamente fui dándoles fuego a las mechas con él.

—¡Fueego! ¡¡Fueeegoo!!

Al grito que lanzamos, todo el mundo soltó las herramientas y corrió a esconderse. “Cristo’e Fierro”, que no se nos había quitado de encima, salió disparado a grandes zancadas, 158 recogiendo la capa con una mano, como hacen las viejas con la enagua larga, y fue a tirarse de panza detrás de un árbol; el corvetas de Azuola se enredó en la de él y cayó en un barrial, recibiendo encima el pesado cuerpo de Calero, que le iba majando los talones y que se levantó echando sapos y culebras. Nosotros nos alejamos despacio, riendo, a sentarnos tranquilamente detrás de un paredón. La mecha daba tiempo suficiente.

¡Booon!... ¡Booon!... ¡Booon!

Se estremecía la tierra a cada explosión, y el eco rugía sor-damente en las negras montañas. Pasaban las piedras roncando a perderse entre el monte, o a caer levantando espumarajos violentos en el agua del río. Una nube de humo revuelto, blanquecino y acre, se extendió a ras del suelo oscureciendo la trocha y picando en la nariz.

Herminio, a mi lado, con los dedos y a ojo cerrado contaba los tiros.

—¡Ocho! —exclamó después de la última explosión.

Luego, los dos, anunciando que ya había pasado el peligro:

—¡Arriiibaa, muchaaachos!

De todos los rincones se levantó un clamor alegre de gritos y dichos jocosos. Los ticos, recordando las alegres fiestas de sus pueblos lejanos; los nicas, los combates sangrientos de su tierra mártir.

—¡Ta, tarí, taa! —gritaba uno, imitando el clarín que anuncia en la plaza la salida del toro.

Otro, dirigiéndose a un pobre viejo que tenía un gangoche amarrado a la espalda:

—¡Heey, viejo mona, pásame ese coletito pa'sacarle un par de suertes a ese barcino *matrero!*

—¡Hermano chocho! ¡Ji me parece qu'ejtoy en el *bargueello*'e Laguna'e Perla! —gritó un nica.

Con cuatro palabrotas Azuola puso fin a la fiesta, y los hombres volvieron en silencio a bregar con el barro y las piedras.

Las piedras dinamitadas dejaron enormes hoyancos húmidos; grandes gajos de roca; restos deshechos del papel amarillo de la dinamita. Parecía que un cíclope loco, descargando con furia ocho puñetazos sobre aquellas rocas, las hubiera hecho polvo.

Con picos y barras terminamos el trabajo de la dinamita. Luego, a alistar otros tiros. Nuevas carreras; y a los picos y a las palas. Así iba pasando el día, bajo el agua que golpeaba inclementemente en las espaldas. Calero, de vez en cuando, inclinaba la cabeza, para escurrir el agua azuleja que soltaba su sombrero de fieltro negro.

En las peñas quedaban algunos hombres terminando de limpiar; los demás trabajaban en el bajo, metidos en el barro hasta la rodilla. De pronto sonó el grito de alerta en el alto:

—¡Guaarda abaaajoo!

Volvimos a ver. Un pedrón enorme bajaba dando saltos en zig-zag peligrosos. El viejo del gangoche tiró la pala y apenas si pudo correr en el barro; el pedrusco se abrió en el aire en dos gajos, y uno de ellos vino a estrellarse en la pierna del pobre, que quedó tumbado en el charco. A su grito de angustia, todos corrieron.

—¡A su trabajo todú'el mundo, carajo! ¡Eso le pasa a ese viejo por estar durmiendo! —rugió furioso Azuola, castigándose las botas con la ramilla de espantar zancudos.

El viejo se revolcaba en el barro como un gusano picado de hormigas. Nosotros lo fuimos a alzar; entre Calero y yo lo levantamos en peso.

—Párese, amigo —le dijo Calero.

Pero el viejo aflojó la cabeza perdiendo el sentido. La pierna golpeada le bailaba en el aire como un chuica roto. Le levantamos

el pantalón, molido por el golpe; tenía la rodilla deshecha, el hueso pelado, y un chorrillo de sangre negruzca le bajaba arras-trando la costra del barro.

—A esti'hombre hay que mandarlo a Limón —dijo Herminio a Azuola.

Arrancándose casi los bigotes de rabia, el cholo llamó a dos hombres.

160 —Vayan a dejar a ese viejo al carro'el doctor, pa'que li'haga algo, mientras entra el tren del jueves. —Y cuando se fueron con el viejo al hombro, agregó bufando:

—¡Esto me pasa por darle trabajo a esos pasmaos! ¡Él y dos hombres más que pierden la tarde, maldita sea!

Calero, mordiéndose los labios y lanzándole terribles miradas al contratista, refunfuñaba:

—¡Cholo infeliz! ¡Como si el otro fuera un perro! ¡En lugar d'irse con el hombre a decirle al *tútile* que pida un moto-car, lo manda al dispensario, pa'que se acangrine y se muera di'aquí al jueves! —y agregó, refiriéndose al doctor:

—¡Apuesto qu'el otro chanco está borracho, como siempre!

Ya no se oyeron gritos, ni chistes, ni risas. Una nube de angustiada tristeza cayó sobre la peonada, que siguió comiendo barro en silencio.

El liniero ríe ante las pequeñas desgracias porque tiene duro el pellejo. Pero las verdaderas penas de sus compañeros le amargan el alma. Son su propio destino.

Arreció el agua y la furia del cholo injuriando a la gente. Campaneaban las barras. Los picos crujían destemplando los dientes. De cuando en cuando el tronar de la pólvora, que ya no despertaba ni un grito siquiera. Fatiga, calambres y frío horrible mordiéndolo los huesos y el alma.

A las cuatro bien pasadas, como lo anunciara Calero, el cholo Azuola dio la voz de partida. Y se fueron los hombres en una larga fila de figuras cansadas; las herramientas al hombro, chorreando en las sucias espaldas manchas de barro más negras aún.

Chocló, chocló, chocló... sonaban los zapatos burbujeando en el barro.

Nosotros también nos retiramos. Calero hacía muecas apretándose la cabeza y quejándose del dolor. A mí no dejaba de dolerme un poco, pues tenía bastante tiempo de no trabajar con dinamita.

—No ti'aflijás —le dije—. En cuatro días estás acostumbrao al humo.

—Lo mejor es bañarnos, pa'lavar la ropa y refrescarnos la cabeza —aconsejó Herminio. Y un momento después, con todo y zapatos y ropa, caímos al agua revuelta del río.

161

IV

Ya en el campamento, tirados en la hamacas, Calero murmuró con tristeza:

—¡Nos jodió el *tútile*! Nos puso a la cola a “Cristo'e Fierro” y no va'haber modo de coger unas candelas p'al peje.

—¿Vos crés? Ya verás como no. Yo m'encargo d'eso. —Y al rato agregué:

—¿Saben lo qu'estoy pensando? Que debíamos cocinar nosotros, esta quincena, pa'comer mejor y más barato. El cabo no se puede disgustar, porque hora no estamos trabajando con él. ¿Qué te parece, Herminio?

—Hombred, ¿sabés que sí? No había acatao yo.

Y Calero, enderezándose en su hamaca como un resorte y gesticulando, con los ojos pelados:

—¡Ya sé por'onde van ustedes, carajo! Horita quieren doblarme a mí a la cocina todos los días. ¡Mírenmela! ¡Hasta ahí sí que no, viejitos! Si cocinamos, tiene que ser un día cad'uno, ¡y si'acabó!

—Si se avienen a lo que yo cocine, no hay más que hablar —dije riendo.

Un momento después íbamos rumbo a “Fortuna”, con los saquillos de manta que conseguimos prestados al hombro y el tarrillo de las economías en el bolsillo. Tres horas para ir al Comisariato y regresar.

Ya de noche llegamos al Comisariato de Fortuna, un enorme caserón de madera con amplios corredores y una especie de puente que llegaba hasta la orilla de la línea del ferrocarril; trepamos sus recios escalones, bañados en sudor por la andada. Calero se sentó un momento en la banca del corredor; nosotros entramos, con la lista de lo que íbamos a comprar en la mano.

162 El dependiente negro estaba sentado en un rincón, por dentro del mostrador, revisando libros; a nuestro saludo volvió su cara cuadrada, movió los gruesos labios arremangados y con un gesto de impaciencia prosiguió su tarea, rascándose la cabeza pelada y bajándose aún más la viserilla de celuloide azul. Sentados sobre el mostrador, con el tablero en medio, dos negros jugaban silenciosos. En una esquina, sentado también el Agente de Policía hojeaba un periódico. Dos grandes lámparas de tubo colgadas del techo inundaban todo con su luz blanca y parpadeante que irritaba la vista.

Entró Calero, y viéndonos allí, plantados como babiecas, planeó el machete en el mostrador, diciendo:

—A ver, ¿quién diablos es el qu'espacha aquí?

El negro se levantó gruñendo palabrotas en inglés, y cerrando repetidamente sus ojos sanguinolentos se vino a atendernos.

¿*What you want?* —preguntó colérico. Y como nosotros titubeáramos un momento revisando la lista, dio un manotazo en el mostrador, exclamando:

—¡*Come on quick!*

—¿Qu'es lo que dice este congo? —me preguntó Calero quedito.

Yo, que medio entendía entonces un poquito la jerga de los negros, le aclaré:

—Que nos aligeremos con lo que vamos a comprar.

Y comenzó el más endemoniado de los jaleos para entendernos con el hombre, en una jerga que no era ni inglés ni español, ayudándonos con muecas y señas. Todo se trataba en oro. Para pedir el jabón, yo le dije, después de un gran esfuerzo para armar la frase:

—Guimi fisti sen of sop.

El negro levantó los hombros haciendo una mueca de burla. Tuve que tocarme la ropa y ponerme a hacer que la restregaba en el mostrador, para que me entendiera. Así con la manteca que llevaríamos en el paniquín de Herminio; con el arroz, los frijoles, el azúcar, bacalao y lo demás. Como íbamos a estar de gala, nos dimos hasta el lujo de comprar dos tarros de leche condensada para el café. El negro todo lo iba tirando con grosería sobre el mostrador, y no había ni que pensar en discutir la calidad.

163

Ya todo listo y metido en los sacos, yo pregunté:

—¿Ja mochi?

Eso sí lo entendió el dependiente, pues se puso a sacar cuentas con el lápiz que se quitó de la oreja, gruesa como una coliflor, y exclamó de un solo tirón:

—¡*Nineteen ninety five!*

—¡Hiii! —hice yo, aspirándome las íes asombrado—. ¡Por un cinco no son veinte dólares!

Calero pegó un brinco y se quedó arrugando la nariz y parpadeando los ojos, mientras sacaba cuentas. Nosotros habíamos calculado unos cincuenta colones en provisión, para ajustar el resto con verduras de los negritos. Cuando yo iba a pedir explicaciones, Calero intervino:

—¿Ochenta pesos? ¡Ese desgraciado lo menos nos está robando treinta! —Y le armó un alboroto de todos los diablos al negro, haciéndole muecas, pateando en el piso y golpeando con los puños en el mostrador.

El negro lo miraba con rabia y por último le escupió un sonoro:

—*I don't understand!*

—Dice que no t'entiende —le dije yo a Calero, para sosegarlo.

—¿Qué nu'entiende? —me gritó furioso—. ¡Le voy a mentar la mamá a este trompudo sinvergüenza a ver si es cierto!

Calero iba a hacer lo que decía, pero Herminio lo contuvo tocándole un brazo y señalándole, con una mirada, al Agente de Policía que ya se acercaba. Traía el Colt treinta y ocho largo

por delante, colgado de una enorme faja de tiros, y disimulaba su intención haciendo que buscaba con la vista algo entre las chucherías de la urna. No había escapatoria. Había que pagar lo que el negro, si no queríamos perderlo todo y pagar, además, una multa.

—Casi nos deja sin qué comprar los Chester —dijo Herminio, acordándose de los cigarrillos y de la marca, que era la

164

única, junto con los Camel, que se vendía en los Comisariatos. —Decile al carajo ése que se sirva medio litro en tres —me rogó Calero, que estaba verde de cólera—. ¡Quiero que nos acabe di'acabar!

Se echó la vasada de ron de un solo trago y, después de resregarse la trompa y de escupir con rabia, exclamó:

—¡Solu'así se me bajan las bilis que me ha regao este saltador!

Salimos del Comisariato echándole maldiciones al negro, al Agente de Policía y a la United.

Afuera, en los oscuros bananales de Fortuna, relampagueaba nerviosamente la luz opaca y verdosa de las *candelillas*. Yo corté tres hojas de banano para que cubriéramos con ella los sacos de la provisión. El agua seguía cayendo tercamente.

Habríamos caminado unos cincuenta pasos sobre la línea, cuando Calero, que marchaba adelante, achispado por el ron lanzó un prolongado grito de desafío. Alguno, que iba llegando en ese momento al Comisariato, se lo contestó gritando:

—¡Silencio, malcriado! ¡Cuidao le caliente las costillas!

Calero tiró el saco a la línea y se devolvió en una pata, exclamando, rabioso:

—¡Este chingao es el que me va'pagar la que m'hizo el negro! —Y le brillaban los ojos en la oscuridad, mientras esgrimía en su mano el filoso machete.

Tuvimos que detenerlo a la fuerza y luego lo aplacamos diciéndole:

—Dejate d'esas vainas, hombré. ¡No seas baboso! ¿O es que querés que tengamos que trabajar la quincena pa'llenarle las bolsas al vago del Agente'e Policía?

—¡Me libre el diablo! —gritó, juntando el saco—. ¡Primero me seco en la cárcel que pagale una multa a ese panzón! —Y echó a trotar hacia Andrómeda.

Como a las nueve de la noche ya estábamos de vuelta en el pueblucho. En el campamento general, donde dormían casi todos los muchachos nicaragüenses, brillaban algunas luces todavía. Al pasar gritamos:

—¡Adiós, nicas choochos!

¡Hey, *cartaagoj*, cuidao loj ajujtan laj bruujaj! —contestaron de adentro, reconociéndonos en la voz.

Cuando pasamos revista a la provisión, nos encontramos con que Calero, al tirar el saco al suelo, había reventado unas bolsas de arroz y de azúcar que se habían mezclado en el fondo. El autor del desastre murmuró muy tranquilo:

—Mejor; así comeremos arroz con dulce, a la juerza.

—Pues, ya podés'irlo alistando. Mañana te toca a vos cocinar —le dijo Herminio.

—¡Se me puso que tenían que comenzar en el chancho'e casa! —vociferó Calero. Y después de tirar el sombrero en un rincón, añadió:

—Si el lunes entrante hay que ir a traer provisión, yo no voy con ustedes.

Esa quincena cocinamos nosotros. Llegábamos del trabajo a las cinco, bien cansados y mojados, y al que le tocaba tenía que doblarse en la cocina, a batallar con el fuego y con las latas recordadas en que hacíamos la comida. De una vez dejábamos listo el almuerzo del día siguiente, que llevábamos al trabajo en los paniques, para comerlo frío.

El día que cocinaba Herminio era una delicia. Comíamos temprano y sabroso.

Calero era un relámpago. Hacía una fogata como para asar un buey. Desde el corredor lo oíamos peleándose a gritos con las latas, dándole al fuego uno soplidos que querían botar el campamento, que se inundaba de espesas nubes de humo. Un momento después estaba repiqueteando el cuchillo en el tabique,

llamándonos a comer. Él se sentaba en el corredor y se hacía la comida tragada en dos bocados, mientras se quitaba con los dedos el sudor que le corría a chorros por su cara tiznada.

El día que me tocaba a mí cocinar era el desastre. Ninguno se podía arrimar a la cocina. Allí estaba yo encerrado, como un tigre, renegando con los ojos lloroso por el humo, lleno de hollín hasta la coronilla y con los dedos chasparreados. Ya de noche
166 los iba llamando a comer. Calero cogía si paniquin, probaba la comida con la punta de los dedos y, haciendo una mueca de asco, exclamaba:

—¡Ugrrrf! ¡Semejantes espavientos p'hacer una pelota de arroz ahumao!

Yo sentía deseos de ensartarle el tarro del arroz en la cabeza.

Algunas veces, cuando el negro Clinton andaba con suerte, hacíamos fiesta con el pedazo de tepezcuintle que nos regalaba. Nosotros lo veíamos para todas las noches hacia la montaña, con un gangoche cubriéndole la espalda, un pedazo de gorra sin visera en la cabeza y sus polainas viejas amarradas con mecates a las canillas; al hombro llevaba su más preciado tesoro: una escopeta de cañón carcomido y amarrado con alambres al pedazo de culata. Si oíamos un tiro lejano, exclamábamos:

—¡Ya hay carne pa'mañana!

El regresaba feliz, saludando a gritos a la gente de los campamentos, para que salieran a verlo con el animal colgado a la espalda.

Yo le daba un tiempito y luego le iba llegando muy disimulado, por la cocina del rancho, como el que no sabía la cosa. Ya el viejo, con el cuchillo en la mano, destazaba al animalillo en una tabla mientras la negraza le alumbrada con la canfinera en alto.

—Gur nai, mai fren. Gur nai, mamá —saludaba yo, haciéndome el sorprendido de encontrarlos en esa ocupación.

Los negros me contestaban riéndose. Ya ellos sabían que iba por la paga del pescado.

—¡Ta gordita, gordita! —me decía el negro pelando los dientes de satisfacción, mientras palmoteaba el lomo café oscuro

veteado de blanco del gordo animalillo. Después me daba mi pedazo que, de vez en cuando, la negra acompañaba con sabrosos pejibayes rayados.

¡Pobre negro Clinton! A veces trasnochaba ocho días seguidos en la montaña, dándole de comer a los zancudos, arriesgando una mordedura de serpiente, para poder comerse un pedazo de carne.

A pesar de la vigilancia de Cristo'e Fierro y del cholo Azuola, nosotros nos hicimos de veinticinco candelas de dinamita, con sus fulminantes y mechas respectivas. Yo encontré un medio muy sencillo de burlarlos.

A algunos tiros les dejábamos el tubo apenas pegado de la punta de la mecha, para que no llegara hasta el fondo el chorrillo de fuego. Esos tiros no explotaban. Nosotros íbamos después, haciéndonos los desesperados, comprobábamos delante de Cristo'e Fierro que se habían *cebado* los fulminantes y los arrojábamos con desprecio al monte. En cuanto se descuidaban, los recogíamos y los ocultábamos en la bolsa. Con las candelas la cosa era más peligrosa.

Teníamos que dinamitar los árboles inmensos que formaban parte del "aterro". Yo cogía treinta o más candelas en un solo rollo bien amarrado, y lista una de ellas con la mecha de una cuarta escasa; después de acomodarlas bien entre una de las desgarraduras del tronco, daba fuego a la mecha, gritando:

—¡Fueeeegooo! ¡La mecha es corta, compañeros!

Herminio y Calero corrían haciendo aspavientos y tronando los zapatones en el barro. Todo el mundo los imitaba espantado. Cristo'e Fierro salía como alma que lleva el diablo y se escapaba de descoyuntar las canillas tirándose por los despeñaderos. El corvetas de Azuola no se le quedaba atrás.

Yo corría unas cuantas varas y aprovechando la confusión me devolvía rápidamente, escamoteaba dos o tres candelas del rollo, me las metía en un decir amén por dentro de la camiseta, y en tres saltos caía detrás de unas rocas. No me había ni acabado de agazapar, cuando rugía la pólvora.

¡¡Booon!!

Me quedaba oyendo un repicar de campanillas largo rato, por la proximidad de la potente explosión, mientras caía del cielo una lluvia de astillas y raíces haciendo un ruido que helaba la sangre.

—¡No sé por qué carajos ese loco del diablo no le pone más mecha a esos tiros! —decía uno, untándose saliva en el codo que se había golpeado al tirarse precipitadamente detrás de una

168 piedra.

Herminio, riendo, me guiñaba un ojo. Calero venía espantado a comprobar si yo estaba vivo todavía.

En una de esas carreras desaforadas se me resbalaron los zapatos y me di un golpe en la rodilla que me puso a sudar helado y me dejó la pierna tesa por cinco días. Pero ya teníamos dinamita para comer pescado unas dos semanas por lo menos.

Poco a poco iba desapareciendo la enorme montaña de escombros. En los otros tramos de la trocha los rieles del tranvía semejaban inmensas serpientes de acero. Azuola ubicaba el trabajo hecho y gruñía de satisfacción. Los hombres seguían sudando, metidos hasta las rodillas en el barro.

Dedicábamos los domingos a lavar la ropa. Desnudos los tres en el río, sentados cada uno en su piedra, comenzábamos la aburrida tarea. Calero, posiblemente con la esperanza de lograr blanquear así su pellejo achocolatado, se enjabonaba de los pies a la cabeza, se arrodajaba en su piedra y en esa facha pasaba las horas, dándole a los chuicas. Al principio parecía una montaña de espuma con ojos; pero poco a poco, los rayos ardientes del sol le iban secando el jabón, que se le cortaba entonces sobre la piel. Yo no me podía explicar cómo hacía para soportar la sensación pegajosa que eso le debía causar. Él no hacía más que pelar los ojos en muecas ridículas, para estirarse la piel enjabonada y reseca de la cara, y seguía dándole como un desesperado a los trapos, que un par de horas después tenía tendidos sobre las piedras de la orilla. Luego se tiraba en una sombra, a burlarse de mis inútiles esfuerzos y a reírse de verme soplándome los nudillos pelados contra la piedra.

Pero había que pelarse los dedos y que llevar sol. En Andrómeda era difícil encontrar quien lavara un trapo y la que tenía tiempo para hacerlo se hacía pagar caro el trabajo. Dos colones por un pantalón de dril y uno por la camisa, fuera de la planchada.

Terminada la lavada, y para mientras se oreaba la ropa, echábamos una candela de dinamita en una poza, ¡y a nadar en las correntadas detrás del peje golpeado!

169

Había amainado un poco el temporal. Se acercaba el pago y nosotros estábamos alegres como unas pascuas; por las noches, mientras el pobre Badilla se retorció del dolor de cintura, nosotros lo exasperábamos con nuestras risas y cantos. Una noche, en que nos pidió casi llorando que lo dejáramos en paz, resolvimos continuar la parranda en el campamento general, con los muchachos nicaragüenses amigos nuestros.

Nuestra llegada fue recibida con saludos fraternales de todos los rincones, con bromas y pullas alegres. Nos fuimos directamente al rincón del viejo Sobalvarro para que nos contara cuentos de las guerras de Honduras, en las que él, aunque nicaragüense, había andado metido.

Arrojados en el piso, con las cobijas arrolladas en el pescuezo, y alumbrados por una canfinerilla, unos cuantos, en grupo, jugaban al póker con un naipe casi deshecho; más allá, un muchacho, echando de panza y a la luz de una candela que se iba doblando poco a poco, se mataba la cabeza escribiendo una carta, sobre el piso. En los rincones oscuros brillaban las rojizas brasas de los puros y de los cigarrillos. Bultos tirados en el suelo por todas partes. Risas. Conversaciones ahogadas.

De una esquina llegaba, como zumbido de abejón, la voz gruesa de uno que cantaba una canción nunca oída antes por mí.

—Ahí ejtá Cachuchita cantando, como jiempre —nos dijo el viejo Sobalvarro.

“Cachuchita” era el único hondureño que había en Andrómeda. Decía haber recorrido toda la América Central, y era bueno y humilde, con una sonrisa bondadosa en los labios todo el tiempo.

*Y la vieja doña Anita,
refinada liberal,
parecía burra vieja
saliendo di'un guatal.*

—¡Adentro, Cachuchita, ají me gujta! —gritaron de pronto, interrumpiéndolo.

170 ¿De qué país lejano traería esa canción? ¿Y esa otra, que cantaba muy lentamente y con la música de “Cielito Lindo”? Yo la oía como un alegre zumbido que me cosquilleaba en los oídos:

*Dicen sus partidarios,
don Policarpo
que usted es un bueno,
que usted es un bueno;
pero si se descuida,
don Policarpo,
¡le dan veneno!*

*De las altas montañas,
don Policarpo,
vienen rodando,
vienen rodando,
cuatro mil esqueletos,
don Policarpo,
¡y lo andan buscando!*

—¡Hey, *catracho*’el diablo, jodidóo! ¡Todaviilla hay quien je acuerda’e laj *pijiadaj* qu’hemoj daoo! —gritó un nica recordando tiempo pasados.

El hondureño rió en su rincón, y un clamor de guerra se alzó en el campamento.

Una vez más se evocó la tierra lejana, sus batallas famosas, sus grandes guerrilleros, sus ciudades y pueblos, perdidos en el pasado de aquellos hombres. Murmullo de conversaciones alesteando en la semioscuridad del campamento.

Vibraba una voz de muchacho en un rincón:

—...nojotroj, en Laj Grietaj, cuando noj dimoj cuenta'e la embojcaada...

—*Choocho* ¡Je corrieron como cipootej! —lo interrumpió la voz de uno que conocía la historia del combate de “Las Grietas”.

Una voz grave roncaba más allá:

—...y cuando el General Japata gritó: “¡Adentro, mi gente!”, nojotroj...

171

Muy cerca, cabo Juan, un nica alto y blanco, muy amigo nuestro, contaba su historia también:

—...en Laguna'e Perla, ya en la tarde. Nojotroj llevábamoj *Ejpinfler*; algunoj, Cong-cong. ¡Jodiido!, hajían laj *máquinaj*: ¡pa, parará, pa, parará, pa! Y loj cañonej: ¡benguéen!, ¡benguéen! Enton...

—Vea, cabo Juan —interrumpió el charlatán de Calero— cuidao voltea un cañón d'esos p'acá y me jode a mí.

Un coro de carcajadas celebró la broma de Calero. A mí me gustaba impacientar al bueno de cabo Juan, y le eché una pulla:

—¿Sabe lo que dicen por'ahi, cabo Juan? Que si uno tira un sogazo en el parque'e Managua, ¡con seguridá que soguea un general!

—¿Y sabej lo que dicen por allá? —me replicó el viejo—. ¡Que loj ticoj trabajan con jombrilla pa'no quemarse el pellejo!

Carcajadas por todas partes y aplausos para cabo Juan que me había ganado la partida.

Luego, los nombres de lugares queridos y de mujeres amadas. Nandaime, Chinandega, Granada, Masaya, Rivas, Jinotega. Y la Mariíia, la Juana...

Había un palpitar de emoción en la voz de esos hombres curtidos por el duro bregar con la vida, por el sol, el agua y el barro de los bananales. Yo imaginaba pueblitos risueños recostados al pie de montañas azules, desde donde venían esos hombres cantando, y huyendo de la bota del *gringo*. Y del sable del déspota.

Pobre hermanos nicas. Vienen cantando, arrullando ilusiones, en busca de libertad y trabajo, a caer nuevamente en las manos del gringo. Y a llenar con su esfuerzo el bolsillo del rapaz

Agente de Policía. Sudan el suampo, sudan la montaña. Poco a poco sus cuerpos de acero se van convirtiendo en coyundas, hasta caer con los huesos clavados en el bananal.

Huesos de nicas. Huesos de ticos. Huesos de negros.
¡Huesos de hermanos!

V

172

El día amaneció espléndido. En el cielo de un azul purísimo apenas si una que otra nubecilla blanca, casi inmóvil, que se iba esfumando lentamente. De la tierra remojada y de los suampos verdosos se alzaba un humillo tenue y perezoso que parecía vibrar a los rayos del sol.

Del campamento de los negros llegaban cantos y risas; de vez en cuando salía alguno de ellos luciendo sus mejores trapos y sus zapatos nuevos. Ellos no trabajaban ese día. Nosotros tampoco. Habíamos terminado el trabajo con el cholo Azuola y esperaríamos, tirados en las hamacas, la hora del pago.

A las dos de la tarde escuchamos los primeros gritos que anunciaban la llegada de las peonadas a esperar el tren del pagador.

Por los campamentos se veían caras extrañas. Tahúres de profesión, policías con sus vestidos kaki y sus pistolas al cinto; dos rameras, viejas y horribles, recargadas de polvos y colorete.

En un corredor, la negra de mister Clinton, con una gran batea repleta de confituras y pastas, groseras y pesadas como el cuerpo de la vieja.

Rugió el pito de la locomotora anunciando su llegada. Gritos de alegría. Gente corriendo al encuentro del tren, con las libretas de cuentas en la mano. Contratistas en traje de gala, relucientes de oro por todas partes.

Ni Herminio ni yo nos movimos. En el carro recibían el pago los peones de la cuadrilla oficial y los contratistas; estos últimos pagaban después a sus peonadas. El dinero nuestro nos llegaría por medio de Azuola o de un cheque extendido por Bertolazzi. Calero se fue a dar una vuelta.

Una hora después el pito de la locomotora anunciaba el fin del pago, y su partida. No había transcurrido media hora cuando apareció Calero con una bolla de pan moreno en una mano y luciendo en la otra unos pedacitos de *melcocha*, blancos y franjeados de rojo.

—¿Saben lo que oí decir' hora qu'estaba onde la negra comprando este "pan bon" y este "pepermín"? —Y nos enseñaba lo que traía en la mano—. ¡Qu'el cholo Azuola, con no sé cuentos, se jué en el carro del pagador con toda la plata'e la gente! —Y Calero pelaba unos ojos que daban miedo. Después agregó:

—Allí oí decir, a uno que lo conoce, que no es la primera gracia que pela ese corvetas desgraciao.

Herminio se sobresaltó, pero yo lo tranquilicé haciéndole ver que nosotros habíamos ido a trabajar por cuenta de Bertolazzi y no teníamos nada que ver con lo de Azuola.

Un momento después estaba yo sentado en el corredor del campamento de cabo Pancho, esperando que éste terminara de pagar a su gente, para pedirle que fuera a arreglar nuestro asunto con el *tútile*.

En los campamentos se oían los gritos de los borrachos. Un hombre, con las faldas afuera y el pelo echado sobre la cara, se tiró de pronto a la línea gritando:

—¡Hey, coyunda, aquí está tu cebo! ¡Suelten ese pedejo! ¡Conmigo son babosadas, jodiiiido! —Y brincaba de cuclillas, como una rana, golpeando el suelo con la palma de las manos.

Arriba, en el corredor, un grupo sostenía al que estaba siendo retado por el borracho. Al fin, el hombre se les escabulló y se tiró también a la línea, diciendo:

—¡No brinque tanto, pendejo, que yo no soy *chapulín!* ¡Párese duro si es hombre!

Intervino la autoridad. Los borrachos se revolvieron. Brillaron las pesadas crucetas de los policías, corrió el Agente, garrote en mano, y los pobres diablos cayeron al suelo bañados en sangre. Yo los veía revolverse como lombrices, a cada cintarazo. Cuando se cansaron de golpearlos, se los echaron al hombro y los fueron a encerrar a un cuartucho que servía de cárcel los días de pago.

—¡Qué perroj son eloj jodidoj! —exclamó el viejo Jerez, que había salido a contemplar la escena, refiriéndose a los policías.

—Sí —le dije yo—. Lo qu'es a ésos no les va'alcanzar el pago pa'pagar la multa. Lo menos sus cien pesos a cad'uno les clava el Agente'e Policía.

174 A un lado, y un poco atrás de los campamentos del frente, un grupo de hombres hacía fila ante la puerta de un improvisado rancho de hojas y astillones; entraban de dos en dos y al ratito salían por detrás. Entre los que iban saliendo alcancé a ver a Calero, que llegó a donde yo estaba, todavía componiéndose los pantalones.

—Hasta rancho les'hicieron, ¿no ves? —me dijo, señalando el ranchillo, mientras escupía arrugando la cara con asco.

—¿Allí están las viejas aquellas? —le pregunté, acordándome del par de esperpentos que había visto en la mañana.

—Sí. Parecen chanchas, echadas las dos en un montón di'hojas secas —y Calero se tiró al piso, boca arriba, a imitar la figura en que estaban las viejas. Después de hacer unas cuentas piruetas, exclamó:

—¡Y esos desgracios parecen perros encima di'uno! ¿Sabés cuánto se dejaron cobrar esas cochinas? ¡Dos dólares y medio! ¡Ni que jueran di'oro! ¡Hora sí que acabé de desajustar la platilla que tenía! —Y volvió a escupir, exagerando el asco que sentía.

—En cambio, mirá —y le señalé a Badilla que se dirigía al campamento contando unos billetes verdes que llevaba en la mano.

—¡Hey, Badilla, hora, como vas con el rollo'e dólares, no volvés ni a ver! —le gritó Calero.

Badilla se volvió, replicando con rabia:

—¡Sí, baboso! ¡M'hicieron falta tres dólares y, porque me subí al carro a reclamarlos, casi me deja encerraos el Agente'e Policía!

Y Calero, soltando la carcajada:

—¡Esos te los deja guardaos la Compañía, pa'el corte'e casimir azul!

Se ennegreció el cielo de pronto y comenzó a caer una lluvia que iba arreciando por momentos. Huyendo del agua con paso vacilante, aparecieron los “gemelitos”; venían borrachos, gesticulando como locos y con las faldas afuera. El alto traía una media botella en el bolsillo de atrás del pantalón y caminaba adelante, como de costumbre; el panzón lo seguía como un perrillo, con un litro, lleno apenas hasta la mitad de ron, en la mano. Cuando ya iban a llegar al campamento, el alto se detuvo, volvió la cara al cielo y cerrando los ojos exclamó:

—¡Dios del Cielo!, ¿por qué en vez d' echar agua no echás ron, jodido? —Y abriendo la boca se puso a hacer que tragaba grandes pocos de agua.

Con las ropas empapadas, llegaron al corredor y se sentaron en el piso. El panzón, levantando el litro para verlo mejor, murmuró:

—¿Por qué decís qu'es agua? ¡Es ron, carajo, puro ron!

El otro le quitó el litro y lo destapó con un gesto torpe, dejando caer el tapón que fue a dar a un charco.

—¡Júntenmen'ese tapón, carajos! —nos ordenó, haciendo un esfuerzo por sostener la cabeza, que se le iba para adelante.

Y como no le hicimos caso, masculló furioso—: ¡Ningún desgraciao me pida un trago! Estu'es pa'nosotros dos. Di'aquí p'arriba, pa'mí... y di'aquí p'abajo, pa'vos. —Y después de quererle sacar los ojos al otro que lo miraba como un idiota, se embrocó el litro de ron que hizo gorgoritos bajándole por el pescuezo.

Cuando le faltó el aire paró de tragar y, viendo que todavía quedaba tamaño poco, gruñó:

—Ya'stá el mío... hora falta el tuyo.

El panzón estiró ambas manos para coger el litro, pero el seco se lo volvió a embrocar hasta escurrirlo y luego tiró el casco a la línea, haciéndolo pedazos. El gordo se rascó la cabeza y abriendo con dificultad los ojos, preguntó:

—¿Yo soy yo... o yo soy vos?

—No. Yo soy vos —dijo el alto.

—¡Ah!, ¿entonces... vos quién sos?

—¡Animal! ¡Yo soy vos, y vos... sos el mismo!

—¿Pero... quien soy yo? ¿Quién soy yo? —comenzó a gemir desesperado el gordo, mientras se daba golpes por la cabeza como para convencer de que él era él.

—Vos sos... un borracho... ¡jueputa! —escupió el seco, y de un manazo tiró de espaldas al gordo, que cayó roncando como un bendito.

176 —¿Anjá? ¡Mataste a tu compañero! —le dijo Calero, que estaba negro de reírse.

El seco pareció asustarse y se fue en cuatro patas a olerle la cara al otro, llenándose las de babas. De pronto comenzó a llorar a lágrima viva y a gemir como un chiquillo:

—¡Hermanito, levántate! ¡Si yo te quiero mucho! ¡No me dejés solo, después de tantos años di'andar juntos! ¡Horita nos vamos pa'San Ramón! ¡Todu'el ron es tuyo, tomalo, hermanito! —Y sacando con dificultad la media botella que tenía en la bolsa, comenzó a chorreársela al otro en la cara.

Tuvimos que intervenir para que no ahogara en ron al gordo, y un momento después los dos roncaban abrazados, en el corredor.

Comenzaba a oscurecer. Cabo Pancho había terminado de pagar su gente y yo aproveché la oportunidad para meterme a plantearle nuestra situación. Calero atravesó la línea a grandes zancadas y se fue a buscar a Herminio. Estaba rogándole al cabo que fuera a hablar con Bertolazzi, cuando entró el viejo Jerez y me dijo, alarmado:

—¡Acaban de joder'a tu compañero! ¡Ahí lo traen hecho un Crijto!

Pensé en el loco de Calero y corrí a la puerta. Un grupo de hombres subía la escala del corredor con un bulto auestas; cuando llegaron a la luz, reconocí a Herminio bañado en sangre, con los ojos cerrados y el cuerpo flojo, como si estuviera muerto. No sé qué pensé en ese momento. Una desesperación rabiosa se me clavó en el alma y sentí el deseo y la necesidad de matar.

—¡Jodido! —exclamé con rabia—. ¡Hora van'acabar conmigo también! —Y me tiré a quitarle el machete a cabo Juan, que era uno de los que venían cargando a Herminio.

Me agarraron entre todos, mientras cabo Juan me decía:

—¡Jojegate, hermano! ¡Pa'todo hay tiempo, jodiido!

Yo pateaba bufando y lanzando amenazas terribles. El Agente, con tres policías más, se me plantó por delante para decirme:

—Vea, amigo: sosiéguese, porque no quiero tener qu'encerarlo. Lo que tiene su compañero nu'es nada. Jue a insultar a mister Bertolazzi y él se vio obligao a golpiarlo. Hora hay orden de hacerlos desalojar los campamentos. Les doy ocho horas de tiempo pa'que se vayan.

—¡Yo me cago en Bertolazzi y en la madre d'él! —grité, luchando por soltarme.

Posiblemente hubiera ido a dar con mis huesos bien golpeados al cuarto de los borrachos, si los muchachos y el propio cabo Pancho, levantándome en peso, no me hubieran metido dentro del campamento.

Roncó en la línea un moto-car. Jerez, restregándose la nariz con su paño de colores, entró diciendo:

—Ahí va el *tútile* en ese moto-car pa'Limón. Seguro tiene miedo, el pendejo.

Y yo, con desesperación:

¡No! ¡Va'hartarse en güisqui la plata que nos robó!

La pastora lavó y puso alcohol en la herida de Herminio; después le vendó la cabeza con un trapo. Cuando éste pudo hablar, nos contó lo que había sucedido. Fue al carro de Bertolazzi a preguntarle por nuestro dinero, y el *tútile* le dijo que eso era cosa de Azuola y que él nada tenía que ver con lo que el otro hiciera. Herminio le replicó que a nosotros nos había hablado él para el trabajo y que no dejaríamos que la United nos quitara ni un centavo. No supo más. El *tútile* cogió rápidamente una botella de *whisky* vacía y se la quebró en la cabeza.

—¡Ya arreglamos cuentas con él, hermano! —terminó diciéndome. Y de sus ojos verdes brotó un chispazo de odio y rencor que anunciaba venganza.

Cabo Pancho, que había salido a darse una vuelta, entró preocupado, me llamó a un rincón aparte y me dijo:

—Se ha puesto fea la cosa di'ustedes. El hombre se fue dejando orden de que no se les diera más trabajo y de que
178 los'echaran di'aquí... Parece que Calero corrió a la bulla de la gente, y la policía, después de apaliarlo, lo encerró.

Yo lancé una maldición. El cabo continuó:

—El Agente'e Policía les tiene el ojo puesto y lo mejor es que se vayan.

Y cabo Pancho me aconsejó que nos fuéramos a los banales que estaban entre la montaña. Ya la línea del tranvía iba llegando a éstos y, como hacía muchos años que estaban abandonados, había necesidad de limpiarlos. La United tenía un gringo viejito cuidándolos, y yo conocía bien el lugar donde vivía, pues una vez había andado por allá con cabo Pancho. Este terminó diciéndome:

—No le cuenten nada a mister Gordon de lo que les pasó. Tal vez consigan un buen contrato'e chapia y se repongan la pérdida.

—No nos podemos ir dejando a Calero preso —le dije.

—Ve; yo tengo la seguridad de que si ustedes prometen irse inmediatamente, el Agente le entrega a Calero. El hombre como que les tiene miedo... Ahí m'estuvo contando no sé qué cosa que l'hiciste vos, hace mucho tiempo, al Agente'e Policía de Bananito. —Y el cabo sonrió con malicia.

—¡Montón de perros son todos esos! —exclamé yo—. Como el Gobierno les paga cualquier cosa y es la Compañía la que les ajusta el sueldo, viven echaos de panza ante los gringos... Vaya y le dice que nos dé a Calero y no le diga pa'onde vamos. ¡Algún día pasaremos por aquí!

Cuando puse a Herminio al corriente de todo, me dijo, desesperado:

—¡Nos vamos esta misma noche, hermano! ¡Quiero ir dormir lejos, en aquel campamento abandonao qu'está metido entre los bananales de mister Gordon!

Las nueve de la noche. Rugía el aguacero transformando la tierra en un inmenso charco. Nosotros teníamos que partir.

Calero y yo, revolcando barro, como sombras perdidas en la negrura de la noche, luchábamos a brazo partido con un carro robado, hasta dejarlo montado sobre la nueva línea que iba perderse en el corazón de la selva. En él colocamos nuestros escasos haberes, los que nos había dejado el *tútile*, y a Herminio también. Todo lo tapamos con hojas de banano, el herido y los bártulos, y lentamente echamos a andar.

Calero, mientras se estiraba empujando el pesado carro, me dijo:

—Desgraciaos, ¿sabés? Casi me muero en ese cuartucho indecente. Tenían encerraos, en un solo montón, comu'a treinta borrachos y golpiao. ¡Y los golpes que me dieron! ¡Me cayeron encima como una partida'e coyotes!

Después, nada. Los dos encorvados, con la cabeza metida entre los brazos, sintiendo el agua golpear con rudeza en la espalda y resbalar haciendo cosquillas piernas abajo; chapaleando agua y barro, resbalando en los rieles y en los astillones. En lo oscuro, crispando los nervios, los congos aullando en un coro infernal. Y la selva inmensa.

Yo no sentía el frío ni el cansancio y ni siquiera escuchaba los gemidos de Herminio. Llevaba una rabia muy grande lacerándome el pecho, allá muy adentro, y como un humo ardiente que subía de pronto hasta la garganta queriéndome ahogar. Atrás quedaban nuestras ilusiones, nuestros sueños truncados.

Cuando llegamos al brazo del río que teníamos que cruzar, se oía a lo lejos bramar el revuelto torrente. El río estaba crecido, y a pesar de que el brazo era un brazo sin vida, de agua muerta, también se había hinchado, inundando los bajos. Los dos, con el agua al cuello y cogidos de la mano, fuimos pasando, uno por uno, todos los bultos; luego ayudamos a Herminio, que hizo un

esfuerzo por reanimarse. El carro lo dejamos tirado. Con los bultos a cuestras nos internamos en el bananal, en busca del viejo campamento. Al fin lo encontramos, y caímos en él, sin quitarnos siquiera la ropa empapada, como troncos deshechos.

180 Cuando desperté, brillaba el sol. Los otros roncaban inmóviles. Calero, boca abajo, como mordiendo el piso sucio y podrido. Herminio, rescostado en el bulto de la ropa, con la vendada cabeza hacia atrás, parecía contemplar con tristeza los agujeros del zinc.

—¡Arriba, muchachos! —grité—. Ya son por lo menos las ocho.

Calero se estiró haciendo muecas, se examinó con los ojos muy abiertos el pellejo de los brazos, y se frotó la cara exclamando:

—¡Por los diablos! ¡Mirá cómo m'hicieron anoche los zancudos! ¡Qué peste'e bichos hay aquí!

Tenía razón de asustarse Calero. Los tres teníamos el cuerpo brotado de ronchas, que ardían como brasas pegadas al cuero. Herminio se quejó de dolor de cabeza. Yo los dejé acomodando las cosas y me dirigí a la casa de mister Gordon para ver en qué forma se arreglaba el trabajo.

El viejo estaba sentado en el umbral de la puerta, con la cachimba en la boca y los pies en la escala; contemplaba sonriendo las hermosas gallinas que corrían en el patio. Un negro le daba de comer a dos cerdos enormes, que gruñían amarrados a las altas y torcidas basas de la vieja casilla. Mientras hablaba con el viejo asomó a la ventana la cara lustrosa de la negra que vivía con él.

El gringo ofreció diez dólares por la hectárea de chapia.

—Vamos a ver el trabajo —le rogué entusiasmado, calculando que entre los tres, *fajineando* y bien doblados, tal vez podríamos hacer la hectárea en el día.

El viejo bajó la escalera alisándose los cuatro mechoncillos blancos que tenía en la cabeza, se encasquetó el asombrero y echó a andar hacia los abandonos.

Regresé con dos hachas al hombro y la desilusión pintada en el semblante. Antes de que subiera la desvencijada escalera, Calero me preguntó:

—¿Qué hubo, hermano? ¿Qué dijo el viejo y qué tal te pareció el trabajo?

—¡Nos llevó el diablo, compañeros! —gruñí, tirando las hachas al piso—. No son chapias, son casi volteas. Y una cosa horrible; abandonos cerraos, de palizadas pordridas, bejucos y árboles bien criaos. Son cuatro matillas de banano en medio di'una montaña... El viejo se plantó en los diez dólares y de nada sirvieron mis alegatos. Y, como estamos prensaos, no hubo más que aceptar.

—Yo creo —agregué— que no vamos a ganar ni pa'la comida. Tres pesos diarios se dejó cobrar. ¡Y de feria hay que pagarle las hachas!

—Hora estamos en un callejón sin salida y no hay más que echar p'lante, hermanos —murmuró Herminio, palpándose la vendas de la cabeza.

Y Calero, que ya arrugaba la nariz examinando el abollado filo de una de las hachas:

—A esta condenada hay que romperle un filo nuevo; está toda esbocada. Y mi lima triángula tan gastada qu'está, ¡qué chanchada!

Un momento después estábamos los dos sentados en el corredor, afilando los machetes y las hachas.

Cinco días estuvo Herminio sin poder ayudarnos, pero al sexto, a las cuatro y media de la madrugada, caía con nosotros sobre el abandono. Era un trabajo horrible. Perdidos entre el monte mojado; moviéndonos sobre un suelo de troncos y ramazones podridos, que se hundían con un ruido flojo al paso del cuerpo. Centenares de veces al día íbamos a parar, con ramas y troncos, hasta el fondo del oscuro pantano, con el angustioso recelo de caer sobre horribles serpientes. Con los huesos golpeados, el machete en una mano y el garabato en la otra, seguíamos, hasta ir a meter la cabeza en un escondido avispero.

Y a revolcarnos después entre el monte a berrear. Miles de avisperos nos acechan entre la esperura; cuando no eran los “Chías” enormes, negras y feroces, eran unas avispijas rojizas y agresivas, que buscaban la cara para dejarla convertida en cara de monstruo.

—¡Hay que dejar esa *burra*! ¡Tiene como tres avisperos!
—me gritó Herminio en una ocasión, señalándome unos espesos matorrales. Y el pobre se restregaba la nariz inflamada, mientras las lágrimas le inundaban la cara.

Dejamos los matorrales formando una isla en medio del campo chapiado. Un poco después pasó el negro que trabajaba con mister Gordon y nos gritó:

—¿Po'qué dejar ese monte allí?

Y yo, enseñándole la cara de Herminio:

—¡Por las avispijas, jeta abierta!

El negro se apeó de la mula pelando los dientes en una sonrisa de burla y con el machete en la mano se acercó a la “burra”, diciendo:

—Hombre tener mala conciencia las avispijas picar. A mí no picar. —Y tranquilamente le metió el machete al monte hasta dejarlo tendido, mientras las avispijas zumbaban en espesa nube sobre su cabeza.

—¡*Su alma* es tan'hedionda que a las avispijas les da asco picalo! —le gritó Calero al negro, que montado en su mula se alejaba riéndose.

—¡Quién sabe qué si'untan en el pellejo esos carajos!
—comentó Herminio con envidia.

Una tarde, en que yo estaba feliz porque no me habían torturado las avispijas, al acomodar el zapatón entre unas ramas podridas para pegarle el machete a una bejudada, sentí un mordisco espantoso en la garganta del pie. Salté aterrado creyéndome mordido por una “terciopelo” y temblando me examiné el pie. Dos grandes hormigas estaban clavadas a mi piel, encogidos sus cuerpos negruzcos, luchando furiosas por arrancarme el pedazo con sus cortantes tenazas. En el suelo bullían los inquietos animalillos, moviendo nerviosos sus cuerpecillos recios, como for-

jados en acero opacado y de casi una pulgada de largo; producían un chasquido seco al mover sus tenazas terribles y buscaban agresivas en qué saciar su hambre iracunda. Toda la tarde estuve con la pierna acalambrada, acalenturado, y cuando nos fuimos a bañar no resistí el agua; sentía como una plancha al rojo, corrida a lo largo de la columna vertebral.

Para evitarse los sustos de las culebras que huían entre la hojarasca, Calero prefería hacerse cargo del pesado trabajo del hacha. Alrededor de cada tronco formaba un tapezco de varillas y horquetas y en él se encajaba con el hacha en la mano. Yo veía su espalda desnuda brillar sudorosa a los rayos del sol. Chispeaba el hacha en el aire, caía sobre el tronco hundiéndose hasta el ojo, Calero pegaba un pujido, y las grandes astillas esparcíanse roncando entre el monte.

En la cintura se arrollaba un trapo para recoger el sudor; en los brazos también, formando pulseras, para no empapar el cabo del hacha. De cuando en cuando se aflojaba y retorció esos trapos, que soltaban un chorro de agua sucia y humeante. Lentamente iba abriendo el enorme boquete, y de pronto gritaba:

—¡Hujujuuy! ¡Se va este bruuto, compañeroos! —Y de un salto se tiraba del tapezco.

El gigante comenzaba a mecerse, y al irse inclinando reventaba con un ruido horrible las fibras que no había herido el hacha. Como un rayo caía sobre la espesa maraña, y el sordo rumor se perdía en multitud de misteriosos ruidillos de alimañas huyendo espantadas entre la oscura y podrida maleza.

Así pasábamos el día, bajo el sol o el agua, uno con el hacha, los otros con el machete; sudando a chorros; cayendo y levantando; con las manos rotas y el cuerpo ortigado; y llorando a veces del dolor producido por el piquete inflamado de las fieras avispas.

Llegábamos muertos de hambre y fatiga a comer a la casa del viejo. En la escalera teníamos que dejar los zapatones para no ensuciarle el piso a la vieja, que a fuerza de grasa y de darle con una pulpa seca de pipa lo mantenía limpio y lustroso, como su

pellejo. La negra nos servía la comida en platos de loza floreada muy limpios también, como la mesa, los bancos y todo lo que había en la casa. Pero lo que nos servía era comida para pájaros y no para hombres hambrientos. Pedacitos casi indivisibles de carne; un poquítico de arroz sin sal y dos docenas de frijoles; una torta pequeña y dorada de harina y una infusión de hojas, que los negros llaman té y que sólo ellos se pueden tragar.

184 —Esa carajada nu'hace más que toriarme el hambre —afirmaba Calero, ya camino del campamento, mientras buscaba bananos para acabarse de llenar.

No había más camino que acudir a los bananos asoleados, medio podridos, manchados de blanco por las asquerosas que-resas de las moscas. Y a ninguno le restaba voluntad para hacer piruetas. Los congos bajaban a aullarnos hasta las primeras horquetas de los árboles y no los volvíamos a ver siquiera; a lo más, cuando alguno de esos animales se acuclillaba en una rama baja y comenzaba a encogerse y a estirarse como un resorte mientras roncaba igual que un trueno, Calero le hacía una mueca, diciendo:

—¡Tan chiquito y tan gritón el condenao! —Pero no se le ocurría correrlo a pedradas, como hacía en Andrómeda.

Nos tirábamos en el piso a descansar y espantábamos las nubes de zancudos con una ramilla, como hacía el cholo Azuola. Yo no sentía deseos ni de conversar en las tardes. Había calculado el trabajo hecho y me daba cuenta de que estábamos perdiendo nuestro esfuerzo estúpidamente. ¿Cuándo podríamos salir de ese infierno?

Calero se metía de cabeza dentro de un saco de gangoche, para burlar los zancudos, y tirado en un rincón entoncaba casi siempre la misma canción. Era una canción de música triste, como la tristeza en que vivíamos; hablaba de un barco negro perdido en un mar sombrío y de unos pobres hombres que lloraban su miseria. Calero también vivía triste, por eso no se quitaba esa maldita canción de los labios. Cuando yo se la oía, cogía el machete y me iba muy lejos, a sentarme solo en una piedra del río. Allí muchas veces, a la luz de la luna, lloré de amargura. Ya no pensaba en el viaje fantástico a lejanos países. Sentía un deses-

perado deseo de volver a mi barrio, de besar a mi vieja; de pasar una noche tranquilo y un día sin congojas al lado de los míos; de sentir la tibia caricia del viento abribeño en mi tierra nativa. Y entonces cantaba también ahogándome el alma:

*Adonde irá veloz y fatigada
la golondrina que de aquí se fue...*

185

Un negro presentimiento de que no volvería a ver mi pueblo, de que me iba a quedar podrido en el suampo, se me clavaba en el pecho. Sólo de una juventud forjada en el yunque podía sacarse coraje para seguir en la brecha. Había que echar para adelante, como los hombres, hasta que el destino quisiera otra cosa.

Calero enfermó de pronto. Un dolor agudo le destrozaba el estómago. Bramaba revolcándose en el piso, mordiendo las tablas; se levantaba haciendo muecas de angustia, escupiendo una baba negra de tierra y corría hacia el monte. Nosotros oíamos sus dolorosos pujidos, sin poder hacer nada por él. Los sitios que usaba, quedaban marcados por cuajarones de sangre verdosa y hedionda.

No pudo volver más al trabajo el pobre Calero. Una tarde, en una de las tantas veces que salió al monte, regresó torciéndose, con las manos atrás, y se tiró en el piso a llorar. Yo nunca lo había visto llorar.

—¿Qué te pasa? —le pregunté alarmado.

—¡Yo quisiera morirme! —exclamó—. Sólo agachao y pujando se mi'alivia el dolor... Y esos desgraciaos zancudos no me dejan ni pujar tranquilo. Hora me jui a limpiar, a la carrera, porque ya me tenían las nalgas hinchadas, y mi'ortigué el culo con las hojas que cogí. ¡Ni siquiera limpiase pudi'uno!

—Tené paciencia, hermano —terció Herminio, para consolarlo.

Y Calero, pujando:

—Esa negra desgraciada es la que me tiene así... ¡Quién sabe qué cochinada mi'ha echao en la comida!

—No, hermano —le dije—; son las amebas y los bichos que te has tragao con el agua del suampo, los que hora t'están mor-diendo las tripas.

A los cuatro días se le calmó el dolor, y volví a ver su espalda desnuda brillando a los rayos del sol y a escuchar su grito triunfal:

—¡Hujujuuy! ¡Se va este bruuutoo, compañeeroos!

186 Una tarde, ya oscuro, Calero exclamó desde su rincón:

—Mañana cumplimos un mes d'estar metidos aquí. ¡Me parece qui'hace años qu'estoy viviendo en este destierro, jodido!
—Y comenzó a cantar su triste canción.

Yo salí huyendo hacia el río, a torturarme el cerebro y a amargarme la vida donde nadie me viera.

Ese día el cielo amaneció sombrío. Una lluvia cansada parecía mecerse sobre el abandono. Calero, muy lejos, hacía gemir el hacha contra el tronco de un árbol. Herminio y yo termi-nábamos juntos un “corte” que iba a morir en un crique verdoso.

De pronto, con el sordo rumor que anunció la caída de un árbol, llegó hasta nosotros un grito salvaje. No era el grito de triunfo que acostumbraba Calero. No. Era un grito de angustia, un aullido espantoso que taladró mis oídos erizándome el pelo. Corrímos a ver qué pasaba.

Calero tenía medio cuerpo aplastado por el tronco de un árbol inmenso; su medio cuerpo libre, con la cabeza levantada y las manos crispadas en la tierra, parecía combarse en un esfuerzo horrible por arrancar el pedazo de las fauces del monstruo. Su cara nos miraba de frente, con los ojos saltados y contraída en una mueca helada. Su última mueca. De la boca torcida le bajaba un hilillo de sangre negruzca.

¿Cuánto tiempo estuvimos inmóviles, con la sangre cuajada en las venas?

Como en sueños me vi después a la par de Herminio, metiéndole el pecho y los brazos al tronco, haciéndonos pedazos la ropa y las carnes, llorando de impotencia. El tronco, tendido, insensible, parecía burlarse de nuestra inútil congoja.

Corriendo como un loco, llegué a la casa de mister Gordon. Un momento después llegábamos los tres al abandono, el viejo, el negro y yo, cargando una barra, pico y palas para escarbar la tierra. Herminio lloraba sentado en un tronco. Calero, ya con los músculos flojos, parecía dormir boca bajo, besando la tierra, igual que la tarde en que mordió llorando las tablas del piso.

Cuando le pedí al viejo una mula para sacar el cuerpo mutilado hasta Andrómeda, movió la cabeza y me hizo un gesto que quería decir: “¿Para qué sacarlo? Lo mismo se pudre en el suampo allá afuera, que aquí, sirviendo de abono en este bananal”.

Tenía razón el viejo. Calero se quedó de abono de aquel bananal.

Esa noche, en la oscuridad del campamento, los dos, cada uno en su rincón, rumiábamos en silencio la pena común.

A mí me parecía ver en la esquina de Calero su cuerpo metido entre el saco, como siempre, y hasta escuchaba el triste rumor de su añeja canción. ¿Quién se la habría enseñado? Tal vez su vieja, mientras lo arrullaba cuando era un chiquillo. Quizás alguno que cantaba sus penas al viento en las noches de luna, allá en Esparta, su pueblo nativo. Sin darme cuenta comencé a cantarla quedito, llorando, como una oración al hermano caído:

*Conozco un mar horrible y tenebroso
donde los barcos del placer no llegan;
sólo una nave va, sin rumbo fijo
es una nave misteriosa y negra.
¿Quiénes van ahí, qué barco es ése,
sin piloto, sin brújula y sin vela?
pregunté una vez y el mar me dijo:
son los desheredados de la tierra,
son tus hermanos que sin pan ni abrigo
van a morir entre mis ondas negras.
¡Dios mío!, grité. ¡Qué tristeza
es penar y vivir en la miseria!
¡Yo soy pobre también, echadme al barco!*

¡Quiero morir entre las ondas negras!

188 No eran negras las ondas de ese horrible mar. Eran verdes y hediondas, y en medio de ellas bogábamos nosotros, perdidos, sin brújula y sin vela. Miles de hermanos se habían hundido en él y sus ondas acababan de tragarse también a Calero. Pobre Calero. Ya podría dormir, eternamente, tranquilo, sin quien le gritara a las tres y media de la madrugada. Y hasta tendría las mujeres hermosas que tanto deseó. Su carne deshecha, convertida en pulpa dulce del rubio banano, sería acariciada por los ojos azules y por los labios pintados de las rubias mujeres del Norte.

VI

En la mañana siguiente Herminio y yo no nos cruzamos palabra. Sentados en el corredor contemplábamos las nubes y de vez en cuando la cara opacada del sol. No fuimos a almorzar tampoco. En la tarde se despejó el cielo, y al fin Herminio rompió su mutismo; sin volverme a ver, con la mirada de sus ojos verdes perdida en el azul del cielo, murmuró:

—Hermano, no quiero quedarme ni un día más aquí... No quiero ver ni una vez más al viejo ni a su negra...

—Está bien —contesté—. Yo también quiero huir di' aquí. No tenemos ni un cigarro, pero todavía nos quedan los machetes. Las hachas se las dejamos al viejo. Yo no quiero ni verlas.

Una hora después, con los trapos a cuestras y el machete en la mano, caminábamos rumbo al pueblucho de Andrómeda. ¿Qué haríamos allí? Nadie nos daría trabajo y posiblemente en Fortuna tampoco, pues ya nos debían tener en la "lista negra" de la Compañía. No teníamos un centavo para pensar en trasladarnos a otros ramales lejanos y los pasajes del tren eran caros.

—¡Ese *tútile* desgraciao es el que tiene la culpa'e todo! —gruñí yo sin querer.

Y Herminio, volviéndome a ver hosco:

—Lo mejor es que no hablemos d'eso.

Comprendí que lo había molestado y busqué la manera de disimular mi torpeza.

—¿Sabés lo que estoy pensando? —le dije—. Que tal vez sería bueno qu'echáramos una bomba en el río. Hace tiempo que no tiramos una y las candelas hasta que s'están deshaciendo.

Herminio me volvió a ver sin decirme nada. Yo continué tentándolo:

—Mirá, hermano. El sol todavía nos da tiempo y si tenemos suerte nos podemos hacer di'algunos centavos en Andrómeda. No tenemos ni un cinco y necesitamos irnos aunque sea pa'Línea Vieja. Ve a ver si te quedan fósforos.

—¿Sabés que tal vez tengás razón? —dijo el fin Herminio, parándose pensativo—. Vamos a necesitar dinero en Andrómeda. —Y después de examinar la caja de fósforos que usaba en una latilla, agregó—: Hay dos; los suficientes p'al tiro. Lo mejor será tirar aquella poza grande que vimos el otro día, ¿te acordás vos?

Llegamos a la orilla del inmenso pocerón que formaba un recodo del río. Al pie de una peña que se metía como un pecho en la poza, el agua dormida tenía un color verde oscuro, anunciando su profundidad. En la *cola*, donde se ensanchaba la poza extendiéndose el agua, se veía brillando la arena y los menudos guijarros a los últimos rayos del sol. Después, el agua recogida en tumultuoso torrente marchando hacia abajo.

Mientras Herminio se quitaba la ropa, yo arreglé la dinamita, con el fulminante y la mecha, envolviéndola bien en papeles y hojas y lastrándola con una piedra pesada.

—Vamos a echarle una candela entera —le advertí—. Lleva suficiente mecha pa'que dé tiempo a que llegue hasta el fondo, y la voy a tirar allí, en lo más sereno y oscuro.

Ya listos los dos y la mecha "cebada", Herminio rayó un fósforo y le dio fuego. Cayó la bomba en el agua y yo me quedé mirando angustiado las burbujillas que reventaban en humo en la superficie, temiendo que fallara la mecha o el tubo. No quedaba más que un fósforo en la caja de Herminio.

Unos cuantos segundos después tembló la tierra y grandes borbollones humosos agitaron la superficie del agua.

—O no servía la pólvora o esta poza es muy profunda, compañero —me dijo Herminio, doblándose en la orilla como una garza, en busca del primer bulto blanco.

Allá en la otra orilla, como a unos cincuenta metros de distancia, blanquearon unos animales al saltar fuera del agua.

—Son machacas —rezongó Herminio, que también las había visto.

190 —Cualquier cosa que cojamos nos sirve —repliqué yo, mientras me tiraba al agua.

Braceando vigorosamente corté la poza en dos, y cuando ya le metía las manos en las agallas a dos hermosas machacas, oí los gritos de Herminio:

—¡Se nos va el peeejee, hermano! ¡Botá esa babosaaada!

Volví a ver. A cada revuelta del agua, blanqueaba el peje que luego arrastraba la corriente río abajo. Herminio, parado en la “cola” de la poza, con el agua a la cintura se agachaba, cogía, tiraba a la orilla y se volvía a agachar. Tiré las machacas al diablo y nadé hacia donde estaba Herminio.

—No hay que perder tiempo con los chiquillos —le dije—; echémosle el ojo a lo más grueso y sobre todo a los bobos.

Herminio se enderezó de pronto con un animal de más de un metro en las manos.

—¡Mirá! —me gritó—. ¿Roncador, róbalo o qué diablos es este animalón? ¡Fíjate, seguro se tiró di’hartón sobre la bomba, porque trae los pedazos de piedra metidos en la carne!

Salimos a la orilla cuando ya la poza no tiró más pescado a la correntada. Herminio se quedó viendo el agua oscura y me dijo:

—El fondo debe estar hirviendo’e peje. Voy a ver si le llego. —Y se clavó de cabeza en lo hondo.

Un minuto después salió resoplando y sin nada en las manos.

—¿Qué hubo, hermano?

—Nada. Bajá vos.

Cogí aire, procurando no recargar los pulmones, y me clavé a mi vez. En tres brazadas dejé arriba las capas más claras

y rumorosas del agua y penetré en la zona oscura y silenciosa. Todavía se mecían lentamente en lo oscuro algunos pedazos de papel amarillo. Comencé a sentir unos clavos fríos rompiéndome los oídos y desgarrando mi frente. Al mover los brazos parecía trazar con las manos brochazos blancuzcos en el agua negra. Hice un esfuerzo más y, cuando alcanzaba a ver unos bultos de un blanco borroso en el fondo, se me agudizó el dolor en la frente y oídos, sentí la cabeza inmensa y vacía y que en un rincón de ella una maquinilla quebraba guijarros, y perdí el coraje. Un segundo después ascendía desesperado; me faltaba el aire y no alcanzaba lo claro, tragué agua, y casi asfixiado llegué a la superficie.

191

—¿Qué hubo, hermano?

—Nada —repliqué, cogiendo aire—. Tuve miedo, me faltó el aire y me devolví.

—Tirémonos juntos pa'danos valor.

—No, Herminio. Ya es tarde y tenemos más del peje que podemos cargar. Además, esa poza es profunda y no hay que jugar con la vida sin necesidad.

Desocupamos un saco para echar el peje mediano; en una vara larga colgamos los grandes, entre los que lucía el gigante plateado que cogiera Herminio; en el centro de la vara amarramos el saco también, y metiéndole el hombro, uno en cada extremo, iniciamos de nuevo la marcha hacia Andrómeda. Caminábamos cincuenta metros y la poníamos abajo. Posiblemente Herminio pensó lo mismo que yo porque no volvió hablar: “¡Qué contento estaría Calero con todo ese peje cogido!”.

Nos faltaba poco para llegar a Andrómeda, cuando sentí en la espalda unos escalofríos intensos que me erizaron la piel, y un dolor agudo en los huesos.

—¡Estoy pegao, hermano! —le dije a Herminio, estremeciéndome y conteniendo el castañeteo de los dientes—. Ya sentí los primeros escalofríos en l'espalda. ¡Me llevó el diablo!

—¡Hora que lleguemos te metés un buen trago'e ron con sulfato y tal vez se te corte. ¡Solu'eso faltaba, que te pegara la fiebre hora!

La llegada a Andrómeda fue una llegada triunfal. Los animales brillaban a la luz de la luna como hermosos pedazos de plata bruñida.

De los corredores de los campamentos salieron exclamaciones de asombro y de júbilo en inglés y español. Todo el mundo corrió a nuestro encuentro, nos quitaron la carga y casi en hombros llegamos al campamento del cabo. Nunca se había visto en Andrómeda una pesca igual ni animales más grandes. Cabo Pancho, dominando la algazara general con su voz, ordenó:

—¡Pastoráa, arreglale dos pejes bien hermosos a los muchachos y se los servís con la botella'e ron qu'está en la cocina! ¡Que se la beban, qué jodido, la cosa vale la pena!

Llegó cabo Juan a saludarnos, y al estrecharme la mano se quedó mirándome, me tocó la frente y me dijo asustado:

—¡Choocho! ¡T'ejtaj quemando, hermanoó!

Yo sentía un fuego por dentro que me subía en llamaradas hasta la cabeza; la sangre me quemaba en las venas como plomo hirviente; los párpados, como placas calientes, me irritaban los ojos, que se me llenaban de agua, mientras una cosquilla de náusea me arañaba el estómago.

—Muchachos —entró diciendo el cabo—; los negritos y los pioneros de los otros campamentos quieren comprar el peje. ¿Qué dicen?

—Véndalo, cabo, a como usted quiera —autoricé yo con desgano—. Deje unos pa'usté y los muchachos.

La Pastora nos sirvió la carne blanca de los animales, esponjada en manteca, y un plato de arroz y bananos. Yo sentía náuseas. Herminio tampoco hizo un gesto; estaba sombrío. En el centro de la mesa se erguía desafiante el litro de ron.

Entró Badilla a saludarnos y yo cerré los ojos y apreté los dientes esperando una pregunta suya que no tardó en llegar:

—¿Onde dejaron al atarantao de Calero?

—Se quedó allá. No quiso venirse —respondí entre dientes, evitando comentar la tragedia. Herminio no agregó una palabra.

Y Badilla, riéndose:

—¡Oh, condenao loco! ¡Es feliz viviendo en media montaña, como los congos! —Y su risa estúpida me mordió en la garganta. Cogí el litro y sin arrugar la cara le bajé cuatro dedos.

—¡Cooche! —exclamó cabo Juan—. ¡Eje si ej trago di'hombre, jodidóo!

El ron me bajó arrancándome el nudo que tenía en la garganta y dejándome una sensación de alivio en el pecho. Herminio se tragó otro tanto y no lo vi ni limpiarse los labios.

Me pareció ver asomar, entre los que hacían comentarios formando grupo en la puerta, la cara flaca y negra de Arrieta, que como una sombra se volvió a esfumar. Medio incorporándome en la mesa, grité:

—¿Qué anda oliendo aquí ese desgraciao'e "Cristo e'Fierro"? ¡Que corra onde'el otro pendejo a decirle que nosotros echamos una bomba en el río! Sí, la echamos, ¿y qué? ¿No trajimos el peje por la media línea pa'que lo viera todú'el mundo?

Cabo Pancho entró a mis voces y nos dijo muy contento:

—No hay que alterarse, muchachos. Ya yo arreglé la cosa. El hombre mandó al segundo a averiguar di'onde habían cogido ustedes dinamita, y le mandé a decir que cuando se fueron yo les había regalao una de las candelas que me habían sobrao. ¿Y saben lo qu'hice? Le mandé al hombre aquel peje grande, pa'que se contente y me deje darles otra vez. ¿Qué dicen?

—¡Un veneno le diera yo a ese perro! —exclamé. Y cogiendo con una rabia sorda el litro, me tragué otro poco de ron.

Herminio se embrocó el litro también. Después se paró y me dijo:

—¿Sabés? Casi se nos olvida el peje'e Clinton. Voy'ir a dejárselo. Hasta luego, hermano.

Entre la bruma de la fiebre y el ron yo alcancé a ver el último reflejo de sus ojos verdes. Un momento después iba en un moto-car, con rumbo a Limón, amarrado como un asesino. A Bertolazzzi también lo llevaban, herido de dos machetazos.

Cuando el viejo Jerez terminó de relatar lo ocurrido, agregó:

—¡Si no je lo quitan, lo acaaba! ¡Jodiido, hajta que le brillaban loj ojoj verdej como loj de un tiigre!

—¡Ají ej como hajen loj hoombrej, jodidóo! —rugió cabo Juan—. ¡Lájtima que no dejaron que lo acabaara de una vej!

Yo cogí el litro y lo escurrí de un trago.

En la brecha

Suspiré recordando aquellos tiempos amargos. Ahora tenía por delante a un Herminio que apenas era una sombra del otro. ¿Cuántos años habría estado en el presidio? Yo ardía en deseos de conocer ese pasaje negro de su vida, pero no me atrevía a hacerle la pregunta directa. Él, mientras chorreaba el café, me preguntó con un no sé qué de amargura:

—¿Qué te hiciste desde aquella vaina, te acordás? Nunca más volví a saber de vos.

Yo creí adivinar en su pregunta un reproche por el abandono. Seguro, mientras estuvo en la cárcel de Limón esperando el traslado al lejano presidio de San Lucas, aguardó con ansia mi visita.

—Hermano —le dije— al día siguiente de aquello, me sacaron también a Limón con una fiebre espantosa. Yo me opuse a que me llevaran al Hospital de la Compañía. No quería morirme com'un perro allí, como se mueren tantos infelices. ¡Hospital llaman a ese matadero!

—Ningún liniero quiere ir a él —suspiró Herminio, mientras servía el café en unos jarrillos de lata. Luego agregó:

—Pensar que todas las quincenas hay qui'aflojar la plata pa'ese famoso hospital. ¡Cuántos miles de dólares no s'echará a la bolsa la Compañía!

—Pues, sí —continué yo— me quedé onde unos paisanos que me tuvieron lástima. Ardía'e fiebre; vomitaba una babasca amarga y espesa; sudaba helao y los güesos me crujían del dolor. Delirios angustiosos me torturaban por horas y horas y lloraba y gritaba com'un demente. Me sentía convertido en una inmensa manguera por la que bombiaban un agua espesa y caliente, y m'ensuciaba en la cama cien veces al día. Yo creí que dejaría los

güesos en el cangrejero'e *Milla Una*; pero nosotros tenemos el cuero duro, hermano.

Mes y medio después me levanté hecho un esqueleto y con una "jarana" encima que me quitó hasta las ganas de vivir. Fui a la cárcel, y ya no estabas allí; te habían pasao hacía ocho días pa'la Peni. Busqué trabajo en el muelle y lo conseguí, en la descarga, pero no ganaba ni pa'la comida. ¿Cuándo iba a pagar las deudas?

198

Desesperao me metí otra vez a los bananales, pero por la otra línea. Así llegué a Matina. ¿Sabés a quien m'encontré en la Estación? Al viejo Jerez, con su paño, ya desteñido y deshinchao, arrollao siempre en el pescuezo. ¡Qué alegre se puso! Un momento después caminábamos hacia Veinticuatro Millas, onde estaba cabo Pancho. De camino me contó el desastre en que vivían.

El cabo había cogido unos contratos de chapia y le habían salido malas las cuentas; no estaban ganando ni pa'la comida. No se podía ir a otra parte porque les faltaban algunas hectáreas, y, pa'colmo'e desgracias, hacía tres días una *llena* les había inundao los ranchos y estaban viviendo con el agua a la cintura. El cabo estaba volcao en la cama, con calentura, y ellos no habían vuelto al monte. Me contó también que su hermanillo si'había ido pa'Panamá.

Llegamos a la laguna en qu'estaban los ranchos. El cabo me recibió tirao en unas tablas que le servían de cama, con la barriga inflamada y el pellejo verde como el agua del suampo. La Pastora tenía los pies comidos por los *yuyos*, y una horrible infección le hinchaba las piernas. "Me yeden a podriido loj pieej", me dijo muy afligida.

Pobre Pastora. Así se le pudren las patas a los que tienen que vivir metidos entr'esos suampos —murmuró Herminio, al tiempo que me ofrecía un pejibaye pelado, para que bajara el café.

Y siguiendo mi historia:

—Me vas a ayudar hermano, me rogó el cabo. "Dámele valor a los muchachos pa'ver si nos vamos di'aquí". Allí estaban los "gemelitos", el gato Andrés y otro que yo no conocía. Los

demás se habían marchao pa'otros trabajos. Y esa noche, en los ranchos inundaos, si'oyeron canciones y risas por primera vez. Yo hasta les canté aquella vieja canción, ¿ti'acordás?

Y en voz baja:

*Conozco un mar horrible y tenebroso
donde los barcos del placer no llegan;
sólo una nave va, sin rumbo fijo,
es una nave misteriosa y negra.
Quiénes van ahí...*

199

Pero él, interrumpiendo y entre suspiros hondos:

—¡Qué memoria que tenés vos! No sé cómo no se ti'ha olvidao... —Y disimuló el aguaje de sus ojos con el humo de los tizones.

—Es que vivo rumiando recuerdos, Herminio. Y hay recuerdos d'esos que los llevo pegaos, como chuzo a las costillas, y que son los que m'empujan pa'adelante y no me dejan torcer el rumbo.

Y Herminio, como para alejar el fantasma de Calero que se nos había colado en los recuerdos y que ya asomaba en la conversación:

—¿Bueno, ¿y qué? Al fin cómo salieron de Veinticuatro Millas.

—Pues, yo le metí coraje a los muchachos y otro día me los llevé pa'los cerros que teníaos que chapiar. Y un día me llevé un susto espantoso, hermano. Avanzaba agachao, volando machete por entre unas palizadas, cuando se mi'ocurrió levantar la cabeza, ¡y me quedé helao! ¡A menos de una vara se balanciaba la gran cabeza'e sapo de una *bocaracá*, con las tapas abiertas y los ojos chispiantes! ¡Un momento más, y hubiera pegao la cabeza en su cuerpo asqueroso! No me di cuenta a qui'horas le pegué el machete partiéndole la cabeza en dos gajos; y me quedé frío tamaño rato, contemplando el tasajo café oscuro manchao di'amarillo y verdoso.

—Si te muerde, hermano, no m'estuvieras contando el cuento —comentó Herminio entre dientes.

—Así dijeron los muchachos cuando en la noche les eché el cuento. Y a los doce días, un domingo como a las cuatro y media'e la tarde, cuando estábamos dando los últimos machetazos pa'terminar, llegó el “gemelito” panzón, brincando por entre las palizadas, a decirme qui'una bocaracá acababa'e “picar” al viejo Jerez. “Dígale a los muchachos que lo fajen pa'mientras yo voy a la línea a parar el primer moto-car que pase”, le grité. El panzón, mientras corría'e regreso, replicó: “¡No se puede fajaaar porqu'es en la naaalgaaaa!”.

Yo me paré en la línea. Al poco rato arrimaron al viejo y lo acostaron sobre las tablas en que se ponía el banano en los días de “*corta*”. Estaba lívido, bañado en sudor, y se quejaba retorciéndose y crispando las manos. Un momento después apareció un moto-car en la curva, rumbo a San José. Y yo en media línea haciendo señas pa'que pararan. Y el gringo y el negro que venían en el carro comenzaron a gritar furiosos y a manotiar pa'que les diera campo... Yo les volví l'espalda, resuelto a dejarme matar.

Tuvieron que parar, y el macho comenzó a renegar en inglés, pero en cuanto vio a los hombres con los machetes en la mano se le cortó el resuello. Cuando acomodamos al viejo, abrió los ojos y me dijo entre pujidos: “Dejta vej, voy de viaje, hermanoo... Mandale unaj letraj a mi hermana... la que ejtá en Cuuba... pa'que jepa onde quedée...”. y volvió a cerrar los ojos. En el lugar onde estuvo acostao dejó un gran charco'e sudor.

Después supimos qu'el gringo, pa'no llevarlo hasta San José, lo había dejao en Siquirres, en el mamarracho que tiene allí la Compañía atendido por un negro estúpido. Por eso se murió. Entre mis cosas viejas tengo el retrato'e la hermana'e Jerez. Es un mujer hermosa, qu'está como mirando al cielo, y con una piel blanca en los hombros. Nunca contestó mi carta.

—Tal vez no la recibió —insinuó Herminio. Luego, interesado, preguntó—: ¿Pa'ónde cogieron los demás?

—Nos fuimos pa'Susanita. Allí el cabo ganó unos centavos y resolvió entonces coger pa'Chiriquí, pues la Compañía le

ofreció unos contratos allá. Él quiso que lo acompañara, pero yo me negué. El gato Andrés también se quedó.

Después rodé por muchas fincas y al tiempo llegué a trabajar a unos desbarrumbos que cayeron en la línea. ¡Un trabajo espantoso, hermano! Todos los días había golpiao, que se sacaban bien envueltos, pa'que la gente no los viera. Nosotros trabajábamos amarraos con cables, en lo alto del cerro, abriendo unas *ventanas*, pa'dinamitarlo.

201

El día en que se mató “Gongolona”, un minero que se había hecho muy amigo mío, me solté del cable, mandé el gringo al diablo y me fui p'al campamento. En la noche le hablé a la gente y dos días después estábamos en güelga. Pero nos cayó la policía a tiros. Nosotros, entonces, volamos puentes y arrancamos línea; pero al fin nos vencieron. ¡Estábamos solos contra todo el mundo! Según los períodos, nosotros éramos unos bandidos, incendiarios y unos salvajes que avergonzábamos al país con nuestras barbaridades... A mí m'hicieron preso en un rancho, ardiendo en calentura y con las tripas deshechas por las amebas. En la cárcel leí un poco, y cuando salí me quedé a vivir en la ciudad, pa'luchar, con otros compañeros, por hacer una patria mejor. Y en eso ando, hermano. Es'es mi historia.

Herminio, bajando un trago de café negro y amargo, y como único comentario:

—Eso carajos qu'escriben babosadas en los periódicos, y los que maman del gobierno, nunca se han ensuciao ni la suelga di'un zapato. ¡Pa'eso viven de panza, besando las patas de los que tienen oro! —Y después, cerrando los ojos, me contó su vida, desde que nos separamos.

La historia de Herminio era triste y muy negra. No quiso, me dijo, volver a su pueblo al salir del presidio. Los periódicos habían abultado su caso y lo habían exhibido como un vulgar criminal, y pensó que su vieja tal vez tendría pena de verlo manchado. Por eso, con el alma amargada y huendo del mundo, volvió al suampo verdoso de la Zona Atlántica. Me habló de su angustia al encontrarse solo, sin sus amigos de antes y con

las ilusiones muertas. Rodó de trabajo en trabajo, sudó por toda la inmensa extensión y arrastró su angustia por todos los rincones. Cansado y para aliviar sus penas, buscó una mujer y se fue con ella al corazón de una finca. Allí trabajaron y sufrieron juntos la inclemencia del clima, los ultrajes del gringo y la explotación del Comisariato. Y cuando la Compañía ordenaba botar el banano cortado, para evitar la baja del precio en el mercado extranjero, perdían su trabajo, y se mordían las uñas. Así, hasta la enfermedad de su mujer, que se quedó de abono en la finca, sin poderla sacar a curarse por falta de dinero y por falta de un carro para llegar a la línea del ferrocarril. El gringo le dijo que las mulas y los carros eran para acarrear el banano y no para jalar enfermos.

Herminio casi lloraba contando sus penas.

—¡Desgracias! —terminó diciendo—. ¡Yo quisiera que todos los machos tuvieran un solo pescuezo pa'cortalo di'un machetazo!

—Así pensaba yo también antes, Herminio. Pero no son todos: son unos cuantos que viven sangrando a los pueblos. Allá, en el país de los gringos, hay también millones de hombres que sufren como nosotros. ¡Hay que luchar de otro modo pa'cambiar la vida, hermano!

—¿Onde cogiste todas esas cosas? —preguntó riendo con tristeza.

—¿Onde? Las he sacao del fondo del suampo, Herminio. De lo que vivimos juntos, de lo que t'e contao y de otros pasajes de mi vida más negros todavía y que me guardo aquí dentro. ¡Y es por eso que por estas cosas sólo nosotros podemos luchar, hermano! ¡Nosotros, que nos hemos forjao en el barro y que tenemos el cuero muy duro pa'resistir los golpes! Esto no lo entenderán nunca los tontos, ni los hombres castraos, ni los pillos que infestan el mundo.

Oímos en ese momento los gritos de cabo Lencho llamándome desde su rancho. Me di cuenta entonces de que había oscurecido y oí en los suamos cercanos el croar de las ranas. El cabo apareció en la puerta del rancho:

—¡No sabía que ustedes eran tan amigos! —Y agregó, después de coger un pejibaye de los que nos habían sobrado—: Ya es tarde. Si usted quiere lí'arreglamos una cama aquí. De algún modo si'acomoda, compañero. Es que las mulas están cansadas y no pueden hacer el viaje hasta Bonifacio.

Si me voy ya, ¿a qué hora cré usted que puedo estar en Bonifacio? —le pregunté.

Y el cabo, rascándose la cabeza, pensativo:

—Pues, vea, compañero. Usted es bueno p'andar y, si se jala duro, a las tres de la mañana puede ir arrimando.

—Pues me voy —le dije—. Allá descanso hasta las doce y fresquito cojo después el tren pa'Limón.

Me despedí de Herminio con un abrazo, dejándole la dirección para que me escribiera y, después de darle las gracias al cabo y a su mujer, me eché las bolsas a cuestras y salí rumbo a Bonifacio.

Ya entre la oscuridad de la picada, llegó hasta mí el grito de Herminio:

—¡Adiós, hermaaano!

*La Gran Huelga Bananera
del Atlántico, de 1934*

(DISCURSO DE CARLOS LUIS FALLAS)

Discurso pronunciado por Carlos Luis Fallas en la Asamblea de Solidaridad con los Huelguistas de Puerto González Víquez, celebrada en San José el 18 de septiembre de 1955.

(Arreglo de la versión taquigráfica).

Compañeros:

Vengo gustoso a intervenir en esta asamblea de solidaridad con los huelguistas de Puerto González Víquez, y lo hago en mi condición de costarricense, de ex trabajador de la United Fruit Company, de ex dirigente de la Federación de Trabajadores Bananeros del Atlántico y luego de la Federación de Trabajadores Bananeros del Pacífico, y también en mi condición de dirigente de la gran huelga bananera de 1934.

Con ocasión de la lucha huelguística que hoy están librando los trabajadores bananeros allá en el Sur, yo quiero que hagamos esta noche algunos recuerdos de luchas pasadas, para que los jóvenes aquí presentes sepan qué experiencias ha hecho la clase trabajadora costarricense en sus relaciones con la United Fruit, y sobre todo, para que conozcan cómo han sabido luchar siempre los trabajadores de las bananeras en Costa Rica.

Antes de 1934, la vida en las bananeras de la United era un horrible infierno comparada con la vida que hoy hacen los trabajadores en esas mismas bananeras; y ya esto es mucho decir, porque son infames las condiciones de vida que hoy soportan allí los trabajadores.

Yo llegué muy muchacho a la zona bananera. Algunas de mis experiencias de ese tiempo se conocen a través de mi libro “Mamita Yunai”, allí está reflejada en parte la dura y humillante vida que entonces soportábamos en la zona bananera del

Atlántico. En ese libro simuló la existencia de un Dispensario en Andrómeda, porque me interesaba exhibir el Dispensario y el “doctor” que posteriormente conocí en la hacienda Pejibaye, propiedad entonces de la misma empresa imperialista, en la provincia de Cartago. Pero en las inmensas bananeras del Atlántico, en aquel tiempo, no existía un solo Dispensario ni se conocían servicios médicos de ninguna clase, exceptuando el Hospital de Limón; mas en las lejanas bananeras el trabajador tenía que comprar de su propia bolsa hasta las ínfimas pastillas de quinina que necesitaba. Vivíamos en pocilgas, no se conocían los servicios higiénicos. Los “comisariatos”, a través de los cuales la United ejercía el absoluto monopolio del comercio en toda la región bananera, vendían todos los artículos de la calidad que se les antojaba y a los precios más escandalosos, a pesar de que, con la tolerancia de nuestros gobiernos, la Compañía no pagaba por la importación de esos artículos impuestos de ninguna clase. ¡Infames, pero jugosas ganancias realizaba entonces la millonaria United Fruit Company —y ha vuelto a realizar ahora— exprimiendo a los trabajadores en sus famosos “comisariatos”!

Por otra parte, la United, que ha sabido siempre defender muy bien sus grandes intereses en Costa Rica (y que ha contado siempre, para eso, con la alcahuetería lacayuna de nuestros gobernantes y con el servilismo vergonzoso y antipatriótico de nuestros periódicos burgueses y el de casi todos los periodistas costarricenses), tenía entonces organizada la producción en el Atlántico en forma muy singular. Su política era la de crear finqueros particulares, hacendados criollos. Les alquilaba tierra y adelantaba dinero; y si poseían tierra, simplemente les facilitaba el dinero que necesitaban para levantar la plantación bananera. Pero, en todo caso, obligándolos a firmar leoninos contratos redactados por los propios abogados de la Compañía, según los cuales esos finqueros particulares quedaban comprometidos a vender su banano exclusivamente a la United Fruit Company, a un ínfimo precio señalado por racimo recibido (óigase bien: por racimo re-ci-bi-do), menos un porcentaje que les rebajaba en cada racimo como abono a la deuda contraída. Así surgieron en

la zona Atlántica centenares de plantaciones particulares, entre grandes haciendas y pequeñas fincas. Y de esta manera la United Fruit Company, que ha monopolizado siempre el mercado bananero de los Estados Unidos, podía entonces maniobrar en ese mercado a expensas de esos finqueros particulares (porque a veces, cuando en el mercado yanqui el precio del banano tendía a la baja, a la United le convenía más botar el banano aquí, ya que el banano botado así no lo perdía ella, sino el finquero nacional). Todo estaba organizado con miras a facilitar esas infames maniobras. La Gerencia giraba siempre, con la necesaria anticipación, la orden de “corta” a los finqueros particulares, fijándoles día y hora de entrega; cada finquero estaba obligado a reportar inmediatamente el número de racimos que podía entregar para esa fecha; y de esta manera la Gerencia, sumando todos esos reportes, conocía de antemano el total de racimos que se iban a cortar. Pongamos, por ejemplo, que esa suma arrojaba un total de ochenta mil racimos. Pero resultaba que de Boston le habían ordenado a la Gerencia enviar de la Sección de Costa Rica sólo 40.000 racimos. Compañeros, el problema se resolvía de manera muy sencilla: la Gerencia ordenaba a los “recibidores” rechazar el cincuenta por ciento del banano. (Por supuesto, en este caso el porcentaje de banano rechazado resultaba todavía más alto para los finqueros particulares, porque la Compañía no rechazaba banano de sus propias plantaciones).

Llegaba un “recibidor” a su respectivo ramal, en su tren bananero, bajaba en la plataforma de un finquero, empuñaba la maquinilla de chequear, y comenzaba a recibir el banano que los peones de la finca habían acomodado allí con mil cuidados para no maltratar la fruta. “Ese racimo, no; ese otro, tampoco”... Pero estoy mintiendo, compañeros. No hablaban siquiera: rechazaban los racimos con un simple movimiento de la mano. Y no había discusión, porque los “recibidores” de la United eran en eso árbitros absolutos. El finquero y sus peones miraban acongojados, pero en silencio, cómo iba aumentando el número de racimos rechazados, racimos que se iban arrojando allá, en un montón aparte. Banano botado, banano perdido. Y encima de eso venían luego

los negocios particulares de algunos “recibidores” con finqueros amigos, a los que les recibían a medias, más del porcentaje señalado. Le recibían a un finquero doscientos racimos más; cien para el finquero y cien para el “recibidor”. Por supuesto, después esos doscientos racimos se los tenía que botar de más a otros finqueros del mismo ramal, para poderle entregar a la Gerencia cuentas completas. En fin, yo tuve oportunidad de ver, en el Ramal de

Línea Vieja, cómo a un finquero le recibían sólo doscientos veinticinco racimos de un total de mil quinientos que tenía en su plataforma. ¿Cuántos millones de racimos se botaron en esa forma? Montañas de racimos podridos se miraban entonces por todas partes a lo ancho y a lo largo de toda la inmensa zona bananera del Atlántico. La provincia de Limón hedía a banano podrido. ¡Crimen monstruoso, porque ese banano representaba esfuerzo humano perdido y riqueza nacional malograda! Y cuando una firma costarricense comenzó a comprar a los finqueros ese banano botado a precio magnífico, para venderlo en el interior del país y también en el exterior, la United obligó a los finqueros a machetear el banano que les botaba, para que no lo pudieran vender. ¡Hasta allí llegó entonces la United Fruit Company!

Y yo pregunto, compañeros: ¿Cuándo algún gobernante se atrevió a defender a esos finqueros nacionales? ¿Cuándo estos sucios periódicos burgueses, que hoy denigran a los valientes huelguistas de Puerto González Víquez, se atrevieron nunca a denunciar esas criminales maniobras del *trust* imperialista? ¿Y cuándo, por su parte, esos finqueros nacionales se atrevieron jamás a protestar ni a organizarse para defenderse de la United? Los gobernantes, como hace el que hoy tenemos, se humillaban ante la poderosa empresa extranjera para obtener de ella empréstitos onerosos. Nuestra prensa burguesa, como siempre, ensalzaba servilmente a la United para obtener anuncios bien pagados. Y los finqueros nacionales sólo se preocupaban de asegurarse un pequeño margen de ganancia, a pesar de la fruta rechazada, sacrificando a los trabajadores; en otras palabras, se defendían a costa del hambre de sus trabajadores.

Las labores de “corta” eran obligatorias para todos los trabajadores de las plantaciones bananeras, en los días de “corta”, todos los que el patrón necesitara debían trabajar como cortadores, concheros, muleros y carreros. Y como los barcos de la United “no podían esperar en el puerto”, esas labores debían realizarse en cualquier tiempo y en cualesquiera condiciones. A veces tenía que efectuar la “corta” enfermos y bajo furiosos temporales; a veces tenían que terminar el acarreo del banano de noche, bajo la lluvia, alumbrándose con lámparas de canfín, bregando con mulas chúcaras, corriendo por líneas mal construidas, pasando sobre puentes improvisados y peligrosos; por eso los accidentes se repetían con tanta frecuencia. Y todas esas labores de la “corta” las pagaban los finqueros a tantos centavos por racimo recibido (ojo, compañeros: por racimo re-ci-bi-do). Esto quiere decir que los trabajadores de aquella pequeña plantación del Ramal de Línea Vieja, que se habían sudado y desvelado para poner en la plataforma mil quinientos racimos de banano, sólo percibieron en esa ocasión el pago sobre los doscientos veinticinco racimos recibidos por la United; la “corta” y el acarreo de los otros mil doscientos setenta y cinco racimos rechazados resultó para esos trabajadores esfuerzo inútil, trabajo y sudor botados. Y si a semejante monstruosidad agregamos el maltrato, la explotación de los “comisariatos”, la falta de asistencia médica, las pocilgas en que los obligaban a vivir, etcétera, ya podemos imaginarnos cuánta desesperación humana y cuánta justa cólera se iban acumulando día tras día, por aquellos terribles tiempos en las bananeras de la zona Atlántica.

211

La Compañía, para vivir a salvo de posibles rebeliones serias, azuzaba el odio de blancos contra negros y de negros contra blancos. Y tuvo éxito. Más de una vez, cuando los trabajadores negros, allá en la ciudad de Limón, exasperados intentaron rebelarse, los trabajadores blancos corrieron gustosos a ofrecerse para hacer abortar ese intento; por supuesto, los trabajadores negros, por su parte, correspondían con la misma moneda cuando eran los blancos los que intentaban protestar; y la Compañía explotaba tranquilamente a unos y otros por igual.

Me cupo a mí el honor de participar en la campaña que organizamos para terminar con esa estúpida pugna que sólo a la United beneficiaba. Y lo logramos ampliamente.

212 Los personajes de la United jamás creyeron posible una huelga seria en las plantaciones del Atlántico. Cegados por su estúpida prepotencia, sordos al clamor de las peonadas, no podían entender que los trabajadores eran seres humanos con derecho a la vida y con coraje para luchar por ella; ni podían captar el profundo descontento que agitaba a los trabajadores. Pero allá en las plantaciones, los trabajadores, exasperados por el maltrato, la explotación y la miseria, y recordando la violenta rebelión, ocurrida años atrás en las bananeras de la costa Norte de Honduras (rebelión que por cierto fue aplastada brutalmente), hablaban cada vez con más frecuencia de exigir mejoras con el machete y la escopeta, de fajarse a tiros con los gringos, de arrasar a machete los bananles. Y precisamente para evitar desordenadas explosiones de violencia que nada bueno podían reportar a los trabajadores, y para orientarlos hacia una lucha organizada capaz de meter en cintura a la poderosa empresa imperialista, fue que nosotros iniciamos los trabajos de organización en las bananeras.

Compañeros, esa fue una dura y paciente tarea. Recorriamos la Zona Atlántica de punta a punta, a pie, a través de la selva y de las plantaciones, bajo la lluvia y de noche muchas veces. Con frecuencia celebrábamos reuniones a altas horas de la noche, en lejanos campamentos, para que los agentes del bogierno y de la Compañía no se dieran cuenta: “reuniones en calzoncillos” las llamaba yo. A pesar de esas precauciones, el Congreso de Trabajadores del Atlántico, convocado para discutir y aprobar el pliego de demandas que se le iba a presentar a la United, tuvimos que celebrarlo en plena selva, a la luz de las canfineras y entre nubes de zancudos, porque ya andaban en las plantaciones piquetes de policía buscando a los agitadores comunistas. Por cierto que en ese Congreso participaron compañeros de recuerdo tan querido como Lucío Ibarra, masacrado en El Codo del Diablo, como Pedro Mora, muerto en el combate de San Isidro, en 1948, y otros más

que también dieron después su vida defendiendo los derechos conquistados por la clase trabajadora costarricense. De ese Congreso salió un pliego de demandas moderadas, porque allí privó la tesis de que lo fundamental era el triunfo de esa primera huelga, para consolidar la organización sindical en el Atlántico y abrir así el camino hacia nuevas y más amplias conquistas; y también se consideró necesaria esa excesiva moderación para restarle armas a los periódicos subvencionados por la Compañía. En el pliego se incluyeron, además, demandas a favor de los finqueros nacionales: fin de los injustificados rechazos de fruta, mejores precios para su banano, etcétera. Sin embargo, todos esos finqueros, desde el primer momento, se pronunciaron abiertamente contra la huelga, a pesar de que muchos de ellos, en privado, hacían votos por el triunfo de los trabajadores. ¡Era el temor a la poderosa empresa imperialista! Se envió ese pliego de demandas a la Gerencia como base de discusión; y se le mandó una copia al Presidente de la República, don Ricardo Jiménez, que ni siquiera acusó recibo. Tampoco lo hizo la Gerencia. En ese tiempo era Gerente de la United en Costa Rica, Mr. Chittenden, verdadero exponente de la política imperialista yanqui, un gringo insolente y grosero que, considerando a los centroamericanos de una raza inferior, no estaba dispuesto a concederles a los trabajadores el derecho a parlamentar con él. Tres días antes de estallar la huelga mandamos a Limón una nueva copia del pliego, con tres compañeros encargados de depositarla en las propias manos de Mr. Chittenden. Este se negó a atenderlos e hizo que la policía del puerto los detuviera y los encalabozara. En cierta plantación de la United había un capataz que era simpatizante del movimiento, y él nos contó luego cómo, el día anterior al fijado para iniciar la huelga, Mr. Chittenden hablaba por teléfono con los jefes gringos de todas las bananeras de la United, y cómo todos ellos con orgullosa suficiencia le aseguraron que en sus respectivas plantaciones las labores continuarían desarrollándose normalmente. ¡Y al día siguiente, más del noventa por ciento de las plantaciones bananeras amanecieron paralizadas, y dos o tres días después todas las peonadas del Atlántico se habían sumado a la huelga! ¡Diez mil huelguistas en la provincia de Limón!

Recuerdo que al segundo día de huelga, en un largo recorrido que hice, llegué yo al “Encanto”, oscuro todavía, y me interné luego por una línea de tranvía que habilitaba, entre otras, a una apartada plantación de la United, cuyos trabajadores esperaban todavía la comunicación del paro. Y a eso iba yo. Muy de mañanita llegué al caserío de esa plantación. Garuaba. En el amplio corredor de su casa, el jefe, un gringo alto y narigón, se amarraba las botas. Posiblemente estaba haciendo cuentas alegres. Era el día de “corta”, todas las demás plantaciones de ese sector estaban paralizadas, pero, como sus trabajadores nada sabían, ¡él se iba a poner una flor en el ojal “cortando” en su plantación! Y me conocía bien el gringo ese, porque, en cuanto abrí el portón y entré, se enderezó de un salto y me gritó desde allá: “¿Para dónde va? ¿Qué quiere aquí?”. “Con usted nada, mi amigo; voy a hablar con la gente”, le repliqué. “¡Usted no puede entrar! ¡Salga de aquí!” me gritó furioso. “Bueno”, le dije, “venga usted a sacarme”. Y me dirigí de inmediato hacia la “mulera”, mientras el gringo corría a colgarse del teléfono. En la “mulera” estaban los muchachos teminando de aperar las mulas, y yo les dije: “¿Qué pasa? Toda la zona está en huelga y sólo ustedes van a trabajar”. “Nosotros no sabíamos nada”, contestaron. “Ya los “cortadores” están en los bananales. ¡Pero ya mismo vamos a avisarles, porque ellos también están de acuerdo con el paro!”. Y montados en las propias mulas de la hacienda se fueron a suspender la “corta”. Salí de allí y continué mi camino, por la línea del tranvía. Al poco andar oí a mi espalda el trote de una mula. Era el gringo, bien montado y con su carabina cruzada a la espalda. Yo, que andaba con un viejo revólver, me arrimé a un tronco, por lo que pudiera suceder. El gringo también se detuvo, diciendo: “Señor Fallas, yo no estoy contra la huelga, yo quiero hablar con usted”. “Bien”, le dije, “arrímese”. Me explicó que a él ningún perjuicio le podía ocasionar la huelga. Como empleado mensual que era, seguiría recibiendo su sueldo completo aunque no se trabajara; y podría dedicarse a la cacería. Y terminó diciendo: “La gente tiene razón de protestar; gana muy poco y vive muy mal. Ojalá ustedes ganen esta huelga. Pero es muy difícil. La Compañía es muy poderosa,

jamás le han ganado una huelga. Todo lo compra y lo arregla, porque tiene muchos millones de dólares. ¿Están ustedes preparados para una huelga muy larga y muy dura? Piénselo bien. Y tenga cuidado; no ande solo...”.

Transcurrieron los días. Se desató un violento temporal en toda la región atlántica. Pero más violenta todavía fue la campaña de difamación que desataron todos los periódicos burgueses contra los huelguistas. ¡Los peores enemigos de esos heroicos trabajadores en lucha lo fueron el subvencionado servilismo de la prensa burguesa nacional y el antipatriótico servilismo de sus periodistas! Según esos periódicos y esos periodistas, la huelga no tenía ninguna razón de ser; los trabajadores de las bananeras ganaban bien, vivían bien, estaban muy contentos, y la mayoría de ellos se pronunciaba contra la huelga. Según esos periódicos y esos periodistas, la huelga había sido provocada artificiosamente por un grupo de audaces comunistas, de agitadores profesionales; los comunistas, cumpliendo una orden directa de Moscú, mantenían la huelga atemorizando a los trabajadores; los comunistas estaban interesados en provocar desórdenes y, sobre todo, estaban interesados en perjudicar a las grandes empresas norteamericanas que operaban en nuestro país; ¡era necesario que el Gobierno, procediendo enérgicamente, pusiera fin de una vez por todas a estos turbios y criminales manejos de los comunistas criollos! Esa intensa y sucia campaña de la prensa desorientó a grandes sectores de la opinión pública costarricense, que aplaudieron el envío a la bananeras de los primeros centenares de policías armados, a la orden del desde entonces tristemente célebre coronel Gallegos. ¿Y los más destacados intelectuales costarricenses? Ésos, con una o dos excepciones, mantuvieron todos un comodioso silencio; unos, porque no podían bajar de sus olímpicas alturas para intervenir en cuestiones tan plebeyas como una vulgar huelga bananera; y otros, porque no querían aparecer como instrumentos ciegos de los comunistas. ¡Naturalmente! ¡Es mejor, en todo caso, hacerle el juego a los generosos millonarios de Wall Street! Sólo los obreros organizados, y especialmente los de esta capital, dieron su apayo entusiasta a los huelguistas,

recogieron dinero, enviaron víveres. Pero casi todos sus envíos fueron decomisados por la policía. Y mientras tanto, miles y miles de trabajadores, sus mujeres y sus hijos, allá en las sombrías bananeras del Atlántico, pasaban hambre.

216 Teníamos bananos. Y se organizaron brigadas de huelguistas que iban hasta la lejana costa a buscar huevos y carne de tortuga, a cazar a la selva, a recoger la yuca y el ñame que los agricultores pobres de la región, negros y blancos, obsequiaban como ayuda al movimiento. Mas todo eso resultaba poco, porque era mucha la gente de las bananeras; con frecuencia teníamos que pasar el día con sólo yuca y bananos sanchocados, sin sal. Llovía día y noche, la región toda era un inmenso mar de fango; y a los huelguistas más activos, que en grupos iban y venían constantemente ejerciendo vigilancia en las plantaciones más lejanas, se les desrozaban los zapatos; se quedaban descalzos. Y cada día aumentaba el número de postrados por la fiebre. Sin embargo, los trabajadores y sus mujeres y sus hijos se mantenían firmes, disciplinados, sin cometer un solo hecho de violencia, dispuestos a ganar la huelga con sus prolongados sacrificios. ¡Qué inmensa capacidad de resistencia y qué admirable espíritu de sacrificio manifiesta el pueblo cuando lucha por una causa justa!

Los policías, aleccionados, trataban de provocar a los huelguistas. Cuando miraban pasar a un grupo de éstos, gritaban: “¡Nicas, maricones! ¿Por qué no se paran como los hombres?”. (Porque según la prensa burguesa, todos los huelguistas eran nicaragüenses). Y la gente llegaba al campamento de Veintiséis Millas, donde estaba el Comité de Huelga, llorando de rabia y diciendo: “¡Compañero Fallas, permítanos demostrarle a esos carajos que nosotros somos hombres de verdá! ¡Déjenos ir esta noche a darles una sorpresa!”. Tuvimos que hacer una gran asamblea para aleccionar a los huelguistas contra esas provocaciones, y enviamos compañeros por todos los rumbos llevando esa voz de alerta. La United Fruit Company, tratando de aprovechar el hambre y la miseria de los trabajadores, también planeaba infames provocaciones. En un lluvioso anochecer regresaba por la línea del ferrocarril un grupo de huelguistas, hambrientos

todos, cansados, casi desnudos, con los zapatos hechos pedazos. Los empleados del Comisariato de Matina, al verlos pasar, los llamaron, hablándoles zalameramente: “¡Vengan, muchachos, nosotros estamos con la huelga! ¿De dónde vienen?”. “De hacer vigilancia en Damasco y en Diamantes”. “¿Y no han comido nada?”. “No, y estamos en pie desde las cuatro de la mañana”. “¡Pobrecitos!”, dijeron entonces los empleados del Comisariato, y le obsequiaron a cada huelguista de aquellos una cerveza, un bollo de pan, un pedazo de queso y un cigarrillo Camel. Y después añadieron: “Es una barbaridad que ustedes estén pasando hambres y necesidades, cuando aquí hay ropa, zapatos y víveres a montones. Nosotros les daríamos con mucho gusto todo esto. Pero si lo hacemos así, sin ningún pretexto, nos castigarían. Vengan siquiera en un grupo de cincuenta y se llevan todo lo que hay aquí; y así nosotros les decimos después a los gringos que fue cosa de fuerza mayor, que nada podíamos hacer”. Esos compañeros, apenas llegaron a Veintiséis Millas, me relataron lo ocurrido y muy contentos añadieron: “Compañero Fallas, nosotros y las mujeres y los chiquillos estamos pasando necesidades por tontos. Los muchachos del Comisarito son muy buenos, están con nosotros, nos quieren ayudar. ¡Vamos a traernos todos los víveres que hay allí!”. ¡Qué ingenuos! ¡Los empleados nos entregarían esos víveres, para que después la United y la prensa a su servicio nos acusaran de asalto y robo, lo que les serviría a las autoridades de pretexto para echarse brutalmente contra los trabajadores! Tuvimos que hacer otra asamblea para alertar a los trabajadores contra estas nuevas maniobras de provocación. Entonces la United con la ayuda del coronel Gallegos, simuló el saqueo de algunos comisariatos, entre otros el del Comisariato de Bananito. Pero resultó tan burda esa simulación, que no lograron obtener del Presidente Jiménez la orden para la masacre que proyectaban.

También los finqueros criollos, los dueños de plantaciones bananeras, maniobraban contra los huelguistas. Trataron, con la ayuda del Gobierno, de reclutar rompe-huelgas en Puntarenas y Guanacaste. Algunos de ellos llevaron a sus plantaciones fuertes

cotinentes de policía armada para atemorizar a los trabajadores. Otros, se acercaban a los huelguistas como amigos y los entretenían con engaños, mientras por teléfono hablaban a la policía; así fueron encarcelados varios huelguistas costarricenses y echados del país otros huelguistas nicaragüenses, todos con el pretexto de que habían sido sorprendidos ejerciendo violencias en las plantaciones de sus propietarios criollos. ¡Cuántas violencias y cuántos atropellos se cometieron entonces contra los sufridos trabajadores de las bananeras! Pero, a pesar de todo, pasaban días y más días y la huelga se mantenía en pie en toda la región.

Con profunda emoción recuerdo ahora el caso del camarada Tobías Vaglio. A raíz de esa huelga ingresó al Partido y, como ustedes saben, en 1948, un anciano ya, terminó su vida limpia de militante comunista masacrado en El Codo del Diablo. Era hijo de un albañil italiano, y de muchacho había hecho vida de obrero. Yo lo conocí pocos días antes de estallar la huelga; él era entonces jefe de una plantación bananera particular, vivía bastante bien. Lo encontré en el corredor de su casa, con un hijo pequeño en el regazo. Me invitó a almorzar, me habló de la inutilidad de una huelga contra fuerzas tan poderosas y por último me aseguró que él, en todo caso, permanecería neutral. Sin embargo, apenas iniciada la lucha, cuando oyó cómo se expresaban de los huelguistas y de todos los costarricenses los empleados yanquis de la Compañía, abandonó indignado el puesto y se puso a la cabeza de los huelguistas de su plantación y de las plantaciones vecinas. Luchó como un león por el triunfo de la huelga. Un día fue sorprendido por la policía, que lo sacó a Siquirres amarrado como un criminal; y allí unos yanquis, antiguos amigos suyos, aprovechando su indefensión lo injuriaron y lo escupieron, mientras los militares costarricenses aplaudían servilmente y reían a carcajadas.

Compañeros, la historia se repite. Hoy anda el Ministro de Trabajo en el Pacífico, tratando de arreglar el conflicto “directamente con los trabajadores”. En 1934, también el Gobierno de don Ricardo Jiménez mandó al Atlántico a su Ministro de Gobernación, don Santos León Herrera, para que arreglara

el conflicto “directamente con los trabajadores”. Don Santos recorrió la región en un tren de la United, con sus secretarios y rodeado de periodistas, entre los que recuerdo a Formoso. Llegaban a un pueblo, reunían a los vecinos (mujeres en su gran mayoría, porque los huelguistas más combativos permanecían en el monte) y les decían más o menos lo siguiente: “Aquí está el señor Ministro, que viene con amplios poderes para resolver favorablemente las quejas y la demandas de los trabajadores. El Gobierno desea arreglar de la mejor manera posible la situación de ustedes, pero conversando directamente con ustedes, que son los que de verdad trabajan y se sudan. Porque el Gobierno y la Compañía y los finqueros nacionales nada quieren con los agitadores comunistas, que nunca han trabajado y que ahora engañan a los trabajadores. ¡A ver, digan qué es lo que ustedes quieren!”. Y los vecinos contestaban: “Lo que queremos es que ustedes vayan a Veintiséis Millas, a discutir el arreglo con nuestro Comité de Huelga. ¡Con nosotros nada tienen que arreglar!”. En todas partes obtuvo el Ministro ese mismo resultado. ¿Y saben ustedes, compañeros, a qué conclusión llegaron los periodistas para explicarse aquella para ellos sorprendente unanimidad de criterio? Pues, que nosotros, los comunistas, debíamos estar utilizando quién sabe qué extraordinario medio de comunicación (invento soviético, posiblemente), el cual nos permitía atemorizar y aleccionar a los vecinos de cada pueblo momentos antes de que el Ministro llegara a visitarlos. ¡Ciegos y sordos, no conocen el alma popular ni entienden el idioma de los trabajadores!

Total, que don Santos, sus secretarios y los periodistas fueron llegando al fin a Veintiséis Millas, en busca del Comité de Huelga. Las proposiciones del Ministro eran inaceptables. Pero como allí estaban concentrados centenares de trabajadores, y como la prensa había afirmado que unos cuantos comunistas desde Veintiséis Millas le imponían su voluntad a todos los trabajadores, aprovechamos la ocasión para demostrar a los periodistas la falsedad de semejante afirmación. Don Santos nos ofrecía, en nombre de los finqueros, un aumento de tantos centavos por metro cúbico de “zanjo”. Nosotros, entonces, gritábamos: “¡A ver, zanjeros,

vengan a conocer el aumento que les propone el señor Ministro!”. Y se acercaban cien o más hombre semi-desnudos, enflaquecidos, amarillentos, comidos todos por el paludismo, que al oír la proposición de aumento vociferaban furiosos: “¡Qué clase de aumento nos proponen ustedes, señores! ¡Vayan a sudarse los sobacos, a comer barro un rato siquiera, para que sepan lo que cuesta hacer un metro cúbico de zanjos!”. Lo mismo ocurrió con los hacheros y con todos los demás trabajadores. El arreglo fracasó rotundamente. Y la prensa burguesa, para explicarle al país ese fracaso, se tragó sus anteriores afirmaciones. Dijo que a los dirigentes comunistas nos había ocurrido lo que al aprendiz de brujo. Ahora queríamos aceptar el arreglo propuesto, pero los nicaragüenses no nos dejaban; éramos verdaderos prisioneros de esos nicaragüenses, que amenazaban con cortarnos la cabeza si transigíamos con cualquier fórmula de arreglo. Como ustedes habrán observado, primero eran los dirigentes comunistas los que imponían su criterio intransigente a los trabajadores; pero después resultó que eran los nicaragüenses los que imponían su intransigente criterio a esos dirigentes. ¡Sucios malabares de esa prensa vendida al oro imperialista! ¡Mentiras y más mentiras para difamar la patriótica, valiente y justa actitud de los trabajadores!

A pesar de todas las mentiras y de todas las provocaciones, la disciplina de los huelguistas se mantenía inquebrantable. Y se cumplían ya cuatro largas semanas de dura lucha contra la naturaleza, contra el hambre, contra la maniobras de la United y del Gobierno y también contra los rompe-huelgas reclutados en otras provincias del país, cuando el Presidente Jiménez, después de muchas conversaciones con los personeros de la United y con los representantes de los finqueros nacionales, resolvió llamar a los delegados de los huelguistas para discutir aquí, en San José, un formal arreglo que pusiera fin a la huelga. Vinimos a esta capital, discutimos largas horas, y al fin se firmó un arreglo bastante favorable para los trabajadores, que el Gobierno se comprometió a hacer respetar. Rugieron las sirenas de los periódicos anunciando el fin de la huelga, y nosotros partimos hacia la zona atlántica a dar la orden de trabajo. ¡Ese día fue de gran fiesta

en todas las bananeras del Atlántico! Después, cada mochuelo a su olivo. Los huelguistas reconcentrados en Veintiséis Millas regresaron a sus respectivos sitios de trabajo; se disolvieron las brigadas de vigilancia y las que hacían el servicio de correos; y se desintegró el Comité de Huelga. Por pura casualidad, yo, que me encontraba enfermo, resolví permanecer unos días más en el campamento de Veintiséis Millas, con algunos muchachos que quisieron quedarse acompañándome. Fue suerte mía. Porque el primer día de trabajo, en todas las plantaciones de la United, muy de mañanita se presentaron los jefes gringos y sus capataces, con acompañamiento de policía, haciéndole saber a los trabajadores que no habían arreglado de ninguna clase, que tenían que seguir trabajando en las mismas condiciones de antes, porque yo, Carlos Luis Fallas, que ya iba en un barco hacia los Estados Unidos me había vendido a la Compañía por treinta mil dólares. ¡Algo así como las treinta monedas de Judas! Los trabajadores, dejándose sorprender, me echaron mil maldiciones y, furiosos, se declararon en huelga nuevamente. Muy pronto se dieron cuenta de que habían sido engañados, que todo respondía a una infame maniobra de provocación organizada por los personeros de la United con la complicidad de los militares costarricenses que operaban en la región. ¡Pero ya era tarde!

221

El coronel Gallegos, bajo el pretexto de que los trabajadores habían quebrantado el arreglo, y con el aplauso entusiasta de la prensa burguesa, se echó brutalmente sobre los trabajadores. Crepitaron los fusiles y las ametralladores en las sombrías bananeras del Atlántico; centenares de hombres fueron maltratados y encarcelados; centenares de trabajadores nicaragüenses fueron echados del país con sólo los harapos que llevaban encima; y centenares de mujeres y de niños quedaron desamparados. Y, entonces sí, los trabajadores respondieron a la violencia con la violencia, arrasando las plantaciones bananeras a machete, destruyendo líneas y puentes tranviarios. Y el coronel Gallegos replicó a su vez incendiando campamentos y rancherías y amenazando a la población neutral con terribles represalias si ayudaba a los huelguistas. Recuerdo cómo una familia campesina que tenía

su pequeña finca y su rancho, se hincó ante mí, implorando con desesperación: “¡Por Dios, llévese ese herido, no lo deje con nosotros, porque si la policía lo encuentra aquí nos quema el rancho y nos destruye la finca y nos lleva presos a todos!”.

222 ¡Fueron quince negros días de violencia y de terror en las plantaciones del Atlántico! ¡Quince días que acabaron de templar para siempre —como se ha comprobado luego tantas veces— el indomable espíritu combativo de los trabajadores bananeros!

Compañeros: esa gran huelga bananera de 1934, tan violenta en su última etapa, y que tanta importancia tuvo para el desarrollo posterior del movimiento revolucionario y antiimperialista costarricense, hizo retroceder a la United Fruit Company; y afianzó el movimiento sindical en las bananeras. Así surgió la combativa Federación de Trabajadores Bananeros del Atlántico. Poco a poco, a costa de largos años de lucha organizada, los trabajadores bananeros fueron conquistando un mejor trato, mejores salarios, mejores condiciones de vida.

La United, al amparo de una nueva y onerosa concesión, trasladó sus actividades bananeras a nuestra costa del Pacífico, terminando de arruinar con eso a los finqueros bananeros del Atlántico, y conservando, con codicia de avaro, su derecho de propiedad sobre la extensión de tierra costarricense que abandonaba, derecho que había obtenido a cambio de nada. Los trabajadores, en las nuevas bananeras del Pacífico, organizaron de inmediato sus sindicatos y, posteriormente, la pujante Federación de Trabajadores Bananeros del Pacífico. Nuevas luchas, nuevos conflictos, y nuevas conquistas: mejores servicios médicos, habitaciones más decentes, medidas para sanear los poblados, agua potable, campos de deporte, etcétera. Y los trabajadores, bajo nuestra dirección, también lucharon para obligar a la Compañía a hacer efectivo un mayor porcentaje de costarricenses entre sus empleados; y a suprimir las categorías más bajas de sus empleados, promoviendo a éstos a categorías superiores, con el consiguiente aumento de sueldo. Sí, compañeros, nada de eso cayó del cielo, nada de eso lo dio graciosamente la United. Los trabajadores bananeros, con su firme y sostenida lucha, conquistaron esas mejoras, mejoras que

se reflejaron también, en parte, en las otras secciones bananeras de Centro América. (Digo que en parte, porque todavía en 1946 tuve oportunidad de conocer, en las bananeras de Panamá, campamentos que más parecían encierros para chanchos).

Naturalmente, el clima político internacional determinado por la segunda guerra mundial vino a facilitar esa lucha de los trabajadores bananeros y obligó a la United a ablandar un tanto sus métodos de explotación. En el curso de esa tremenda lucha contra el nazi-facismo se remonzaron las fuerzas democráticas de América Latina, cobraron vigoroso aliento las corrientes revolucionarias, creció y se fortaleció el movimiento sindical. Aquí, en Costa Rica, surgieron sindicatos obreros y campesinos por todas partes, se vigorizó la C.T.C.R., y nuestro Partido pasó a ser fuerza de gran peso e importancia en la vida nacional. Y la clase trabajadora costarricense, bajo nuestra dirección, conquistó las Garantías Sociales y el Código de Trabajo. ¡Por primera vez los trabajadores tuvieron garantizados constitucionalmente, entre otros derechos, el derecho de sindicalización y el derecho de huelga!

223

Obligada por el clima internacional, por la pujanza del movimiento obrero y por la nueva legislación social, la United Fruit Company tuvo que hacer un viraje y esconder las uñas. Ya no era Gerente suyo en Costa Rica un odioso negrero como Mr. Chittenden; envió aquí a Mr. Reginald Hammer, como nuevo Gerente y como símbolo de ese obligado viraje en su política de explotación. Hoy, como en 1934, la United vuelve a decir que no puede ni debe tratar como dirigentes comunistas, aludiendo a la FOBA, a la que califica de organización comunista. ¡Simple cuestión de circunstancias, compañeros! Porque en los tiempos a que me vengo refiriendo, los personeros de la United en Costa Rica, con Mr. Hammer a la cabeza, si discutían y llegaban a arreglos constantemente con el Secretario General de la Federación de Trabajadores Bananeros del Pacífico, que era yo, un viejo y conocido comunista; y trataban de igual a igual con la C.T.C.R., cuyo Secretario General era el viejo y conocido comunista Rodolfo Guzmán, aquí presente. En ese tiempo, la United,

después de exhibir planillas según las cuales los trabajadores del abacá ganaban sueldos fabulosos, lo que no era cierto, tuvo que reconocer un aumento de sesenta colones por hectárea. En ese entonces la United, por gestión nuestra, se comprometió a vender en sus “comisariatos”, para todos sus trabajadores y empleados, los artículos de primera necesidad a precio de costo. Y discutiendo con nosotros, la United reconoció entonces el fuero sindical, cedió en cada finca un local para el comité Sindical, facilitó trenes para las asambleas generales y para la celebración de los primeros de mayo, etcétera. Y recuerdo que discutiendo conmigo el caso de un “mandador” de finca, costarricense él y muy dado a ultrajar a los trabajadores, Mr. Hammer me decía: “Ustedes insistieron en que debíamos de tener un mayor número de empleados costarricenses; e intervinieron luego para que nosotros, mejoráramos la categoría y el sueldo de esos empleados. ¡Y ahora los peores enemigos que ustedes tienen en la Compañía son esos mismos empleados costarricenses! Total, que hoy tenemos iguales problemas con los empleados nacionales que con los norteamericanos. ¿Sabe lo que tengo en proyecto? Voy a instalar una Escuela en Palmar Sur, para que todos los empleados de la Compañía, costarricenses y norteamericanos, estudien allí la legislación social del país y aprendan también allí a tratar la gente”.

Así hablaba entonces el más alto personero de la United Fruit Company en Costa Rica, porque en ese tiempo sí existían en nuestro país verdadero derecho de sindicalización y verdadero derecho de huelga, porque los trabajadores bananeros eran fuertes en su unidad bajo las banderas de su Federación y de la C.T.C.R., y porque entonces nuestro Partido tenía vida legal y estaba en buenas relaciones con el Gobierno.

Pero vinieron luego los acontecimientos de 1948 que todos ustedes conocen, la guerra civil en que tan habilidosamente intervinieron los agentes del imperialismo yanqui. El nuevo Gobierno⁴ ilegalizó y persiguió brutalmente a nuestro Partido y también a la C.T.C.R. Fueron asaltados los locales de los sindicatos y fueron

4. El Gobierno “revolucionario” de José Figueres.

encarcelados los dirigentes obreros. Los mejores dirigentes sindicales del Atlántico murieron asesinados. En consecuencia, también fue ilegalizada la Federación de Trabajadores Bananeros del Pacífico; sus dirigentes pasaron a ser presos políticos; y centenares de sindicalistas bananeros nicaragüenses fueron echados del país. Entonces, e inmediatamente, la United Fruit Company levantó otra vez la cabeza en Costa Rica y, sacando de nuevo las uñas, volvió a su vieja política esclavista, a sus antiguos métodos de brutal explotación. Descuidó los servicios médicos y el saneamiento de los caseríos y también descuidó las viviendas de los trabajadores, burló todos los derechos garantizados por la Constitución, aumentó las “tareas” en el trabajo a destajo, volvió a especular escandalosamente con los precios en los “comisariatos”, etcétera. Y obtuvo del Gobierno una nueva y más jugosa contratación.

Los trabajadores bananeros, a pesar de que el Gobierno trató de imponer en el Pacífico, como en todo el resto del país, un nuevo tipo de organizaciones sindicales de carácter oficial, a pesar de esto, repito, los trabajadores bananeros lograron organizar sus sindicatos independientes y constituir después su Federación de Obreros Bananeros (FOBA), afiliada a la C.G.T.C., la nueva central obrera independiente, y comenzaron otra vez los conflictos en las bananeras, extorsionados siempre por el Gobierno, difamados siempre por la prensa burguesa nacional, y malogrados casi todos por la falta de una sólida unidad proletaria. (Siendo en las bananeras, como en todas partes, la *Rerum Novarum* un simple fantasma, existen allí en la práctica dos federaciones obreras: la FOBA, mayoritaria, y la FETRABA). Pero hace poco se logró la unidad en la acción de la FOBA y la FETRABA, y así pudieron los trabajadores legalizar el conflicto que ha desembocado en la actual huelga bananera de Puerto González Víquez.

¿Por qué este primer conflicto serio se planteó precisamente en Puerto González Víquez? Porque en esas bananeras, que aunque están en territorio costarricense son administradas por la Chiriquí Land Company, sección panameña de la United Fruit

Company, las condiciones de vida y de trabajo son peores todavía que en las otras plantaciones que la United tiene en Costa Rica. Por ejemplo, allí los regadores de veneno trabajan más horas diarias y ganan un salario menor que los regadores de otras bananeras costarricenses.

226 Los trabajadores de estas bananeras, con el respaldo del número de firmas que exige la ley, plantearon ante el Juez de Trabajo de Golfito un Conflicto Colectivo Económico Social, con sus demandas respectivas. Ese Juez, de acuerdo con la ley, puso el conflicto en manos de un Tribunal de Conciliación, integrado por un representante del Gobierno, otro de los patronos y otro de los trabajadores. Este Tribunal, reduciendo al mínimo las demandas de los trabajadores, recomendó como base de arreglo un modesto plan de mejoras, según el cual, por ejemplo, aunque a los mencionados regadores de veneno se les rebaja una hora de trabajo, fijándoles una jornada diaria de siete horas, y se les aumentaba un poco el salario, siempre continuarían trabajando una hora más y ganando menos que los regadores de otras plantaciones de la United, cuya jornada en tan dañino trabajo es de seis horas. A pesar de eso, los trabajadores, para evitar mayores dificultades, aceptaron todas las recomendaciones del Tribunal de Conciliación. Pero, alentada por la actitud incondicional de la prensa y por el sometimiento del Gobierno, la United no quiso hacer lo mismo; su personero se presentó ante el Juez de Golfito y, de viva voz y en términos insolentes, rechazó todas las recomendaciones del Tribunal mencionado y renunció a todo otro trámite posterior de conciliación. Por eso el Juez, de acuerdo con la ley, declaró procedente la huelga legal en las bananeras de Puerto González Víquez. Apeló la United, y el Tribunal Superior de Trabajo, después de estudiar el asunto, ratificó el derecho de huelga legal para los trabajadores bananeros. Manióbró entonces la United y logró así que los Inspectores de Trabajo fueran a realizar una votación en las bananeras, votación que se efectuó en forma pública y ante los jefes de cada plantación, para dar a éstos la oportunidad de presionar a los trabajadores; y a pesar de eso, los trabajadores se pronunciaron en mayoría aplastante por ir a

la huelga. Resumiendo: los trabajadores aceptaron las modestas recomendaciones del Tribunal de Conciliación, que en cambio fueron rechazadas altaneramente por la United: el Juez de Golfito falló contra la United, otorgando el derecho de huelga legal a los trabajadores; el Tribunal Superior de Trabajo falló contra la United, ratificando ese derecho de huelga; y los trabajadores declararon después, ante los propios jefes de la Compañía, su determinación unánime de ir a la huelga contra la United.

227

Así las cosas, lo lógico hubiera sido que el Gobierno, si quería evitar las funestas consecuencias de la huelga, presionara a la rebelde United Fruit Company a aceptar, siquiera, las modestas recomendaciones del Tribunal de Conciliación, y que nuestros periódicos burgueses, ya que son incapaces de adoptar una actitud digna y patriótica, por lo menos, hubiesen permanecido neutrales. Pero no ha sido así, como ustedes saben. El gobierno trató de evitar la huelga presionando a los trabajadores y maniobrando contra su unidad; y ahora continúa presionando y maniobrando para hacer abortar la huelga. Y la prensa se ha desatado en una furiosa campaña, difamando a los huelguistas y defendiendo, una vez más, los intereses del insaciable monopolio imperialista. Según esta campaña, la huelga no ha sido provocada por la tacañería y la insolente intransigencia de la United; ha sido provocada por la intransigencia de los comunistas que, obedeciendo una orden de Moscú, están empeñados en crearle dificultades a la honorable empresa norteamericana. Según esa campaña, si las plantaciones bananeras se pierden, la culpa no será de la sórdida United; será de los tercios comunistas, instrumentos ciegos del Kremlin. Y haciendo tales argumentos, esos periódicos reclaman del Gobierno mano fuerte para terminar con las maniobras comunistas, en otras palabras, que el Gobierno aplaste brutalmente la huelga legal de Puerto González Víquez. ¡Qué falta de vergüenza y qué falta de sentimientos patrióticos! Por supuesto, en esta campaña contra los huelguistas se han destacado, sobre todos, los periódicos del señor Ulate, señor éste que, según lo denunciara “La República”, no hace mucho obtuvo de la United un jugoso préstamo en dólares para ampliar su empresa periodística.

Pero hay más, compañeros. Según esos periódicos, toda demanda de aumento de salarios es una infame y peligrosa maniobra comunista; y toda actitud digna y patriótica a los monopolios extranjeros que expolían nuestras riquezas naturales y nuestras fuerzas de trabajo, es una traición a la patria y una demostración de sometimiento a los dictados de Moscú. Sólo se es buen patriota, según esos periódicos, poniéndose al servicio de los monopolios yanquis y ayudando a que estos monopolios acaben de adueñarse de nuestro país, porque sólo así se puede contribuir a garantizar la democracia en Costa Rica y en el resto del mundo. ¡Burda cortina de humo, detrás de la cual pretenden disimular su indignidad y su traición a la patria todos los asalariados lacayos criollos del imperialismo yanqui!

Y es bueno que nos preguntemos esta noche: ¿Mientras los trabajadores costarricenses luchan y padecen hambre allá en el Pacífico, qué hacen los artistas costarricenses? Pintan, esculpen, hacen música y guardan silencio. ¿Y los periodistas costarricenses? Colaborando muchos de ellos en esa sucia campaña de difamación. ¿Y los otros intelectuales? Guardando, como siempre, un comodioso silencio, algunos; y otros, para demostrar su valentía y su patriotismo, participando en heroicas asociaciones anti-comunistas. ¡Desgraciado sería nuestro país si no contara, como cuenta, con el patriotismo auténtico de su clase trabajadora y con el auténtico patriotismo de amplios sectores de su juventud!

* * *

Compañeros:

Hoy cumple decinueve días la huelga bananera de Puerto González Víquez. La United Fruit Company pretende someter por hambre a los valientes trabajadores de las bananeras. ¡Son mil quinientas familias que han soportado ya largos diecinueve días de huelga! Porque yo sé muy bien lo que eso significa, es que he venido gustoso a decir a ustedes que los costarricenses dignos no debemos, no podemos dejar perecer a esos trabajadores; que

debemos enviarles víveres, porque con eso les ayudaremos más que con todos los discursos que podamos hacer en su defensa; y que al mismo tiempo, para contrarrestar la campaña de la prensa, debemos ir a las calles, a los billares y a todos los sitios de reunión, explicando al pueblo que aquellos trabajadores, con su actitud viril, están reivindicando nuestra maltratada dignidad nacional.

Para obtener víveres se necesita dinero; y el dinero recogido hasta hoy resulta insuficiente. ¡Dediquemos pues, el próximo sábado a recoger dinero para enviar víveres a Puerto González Víquez! 229

¡A la calle, compañeros, el próximo sábado, desde las nueve de la mañana! ¡Adelante con esta patriótica campaña de solidaridad con los abnegados huelguistas del Pacífico!

Glosario

ABANDONO: Plantación abandonada, donde el monte comienza a crecer de nuevo

ACHARÁ (O ACHARITA): Expresión usada para lamentarse. En cierta forma es igual a “¡Lástima!”. Por ejemplo: “¡Achará que llegaran tarde!”.

ALZADOS: Amotinados, que huyen o se defienden en las montañas.

ATERRO: Montón de escombros, tierra, etc., que obstrucciona el paso.

ATOL: Bebida muy espesa, hecha casi siempre a base de maíz. En la página 118 la expresión está usada en sentido figurado, porque con la lluvia, la tierra se convertía en barro acuoso, espeso como “atol”.

BABOSO: Tonto, babieca.

BARBASCO (*Sejania inebrians*): Bejuco que, machacado y echado en el río, ciega a los peces y facilita su captura.

BARRETERO: El que trabaja con barrenos, taladrando piedras o rocas para dinamitarlas.

BERGUEO: Combate o batalla (modismo nicaragüense). “El berguello’e Laguna’e Perla”, el combate de Laguna de Perla, en el Departamento de Zelaya (Nicaragua), entre las fuerzas del General Moncada y las del gobierno de Chamorro. Año 1926.

BOBO (*Isturus Pichardi*): Pez muy abundante en los ríos del litoral atlántico y muy estimado por su carne.

BOCARACÁ: Serpiente muy venenosa.

BURRA: Desayuno. Otra acepción: parte del trabajo que se deja sin hacer o para terminar al día siguiente.

CACAHUITALES: Cacaotales. Plantaciones de cacao.

232 **CAITES:** Manera despectiva de referirse a los zapatos burdos o viejos, porque “caite” es una especie de sandalia grosera y primitiva que usaban mucho los campesinos pobres en otro tiempo.

CAITES DE LATA (ANDARSE CON): Con cuidado, con tiento, con precaución.

CAMPANEÁRSELAS: “Campaneárselas solo”, arreglárselas solo, tratar de salir del paso sin ayuda de nadie.

CANALETE: Remo corto.

CANDELILLA: Insecto alado, de luz fosforescente, más pequeño y delicado que el cocuyo.

CANFÍN: Kerosén.

CANFINERA: Tarro de conserva convertido en lámpara de canfín o petróleo.

CANGRINA: Gangrena.

CARAJADILLAS: Objetos menudos.

CARAJOS: Fulanejos. Tales por cuales.

CARTAGOS: Originarios de la Provincia de Cartago. En la costa atlántica se denomina de esta manera a todas las personas del interior del país.

CARRACO: Pato doméstico.

CASTELLANOS: Para los indios de Talamanca, todo individuo de raza blanca. También les dicen “españoles”.

CATRACHOS: Hondureños. Originarios de Honduras

CAYUCO: Embarcación indígena, hecha de un solo tronco de árbol, larga y angosta.

CEBADO: Que no explotó por inservible. Inutilizado.

CEBAR: Acción de preparar el extremo de la mecha con un poco de pólvora común o de dinamita para que arda con más facilidad.

CINCHA (DAR): Golpear con la cruceta o realera, usándola de plano para no cortar.

CIPOTES: Muchacho, niños (modismo nicaragüense).

COLA: Donde se termina y es menos profundo y más amplio un remanso o poza del río.

COMISARIO: Juez de Paz. Autoridad subalterna del Agente de Policía en los pueblos pequeños. Casi siempre sirven el puesto *ad-honorem*.

COMISARIATOS: Expendios de mercaderías y licores, propiedad de la United Fruit en las bananeras.

CONG-CONG (O CON-CON): Nombre que se le dio en Nicaragua a los rifles que desembarcó, en cierta ocasión, un barco mexicano de ese nombre.

CONGO (*Mycetes Palliatus*): Mono feo, negro y escandaloso, cuyos prolongados y roncos bramidos se oyen a muy largas distancias.

¡COOCHE!: Interjección muy usada por los nicaragüenses.

CORCOR (BEBER): Beber a grandes tragos, sin respirar y sin quitarse de los labios la botella o el vaso.

CORTA: Tarea que consiste en cortar y acarrear los racimos de bananos.

CORVETAS: Persona que tiene las piernas combadas.

COSIACA: Cosa, objetucho.

CRIQUE: (del inglés “creek”): Zanjón lleno de agua, natural o hecho exprefeso para drenar el terreno.

CULISTA: Invertido, afeminado (modismo nicaragüense).

CURTIR: Haraganear, simular que se trabaja.

CHANCE: Oportunidad.

CHAN: Semillitas negras que sueltan una baba de sabor agradable al prepararse como refresco.

CHAPANECO: Dícese despectivamente de la persona gruesa y de poca estatura. Rechoncho.

CHAPIA: Trabajo que consiste en desmontar con el machete la plantación de banano o cacao.

CHAPULÍN: Saltamontes.

CHÉCHERES: Lo mismo que “chunches”. Objetos, cosas viejas.

CHÉSTER: Abreviatura de *Chesterfield*, conocida marca yanqui de cigarrillos.

CHICHADA: Fiesta a base de chicha.

CHIFLÓN: Canal que en cierto lugar forman las piedras del río y en el cual el agua, al recogerse, corre con mayor violencia.

CHIMBOLOS: Clavos de cabeza grande y redonda.

CHINILLA: Cierta clase de tela, casi siempre a cuadros negros y blancos.

CHIRICANOS: Originarios de Chiriquí (Panamá).

CHOLLAO: Desvergonzado.

¡CHOOCHO!: Interjección que usan mucho los nicaragüenses.

CHORREO: Acción de acumular en una mesa electoral votos fraudulentos para determinado partido

CHUICA: Trapo viejo. Forma despreciativa de referirse a la ropa de uso personal.

CHUNCHES: Objetos, cosas viejas.

DARSE DE SANTAZOS: Darse por bien librado, por satisfecho, cuando el mal pudo haber sido mayor.

DE VIAJE: Definitivamente.

DÍA DE ORDEN: Día especial, entre pago y pago, en el cual la United le da un adelanto al trabajador por medio de una orden escrita, que representa determinada cantidad de dinero y que sólo puede cambiar en el Comisariato de la Compañía y por mercaderías únicamente.

DON POLICARPO: Posiblemente, Don Policarpo Bonilla, ex presidente de Honduras. Bajo su administración Honduras se vio envuelta en una guerra con Nicaragua en la que perecieron cuatro mil hondureños. Los enemigos políticos del señor Bonilla inventaron luego la letrilla de esa canción, seguramente.

DULCE: “Panela” y “Papelón” en otros países. Miel morena y endurecida de caña de azúcar, elaborada en forma de piloncillos, en ingenios primitivos llamados “trapiches”. Es el azúcar de los pobres.

ENCANDILA: De “encandilar”, cazar de noche, inmovilizando la pieza con la fuerte luz de una lámpara especial, mientras se le dispara.

ENJORQUETADO: Acomodado en una horqueta. A horcajadas.

ESCARAPELADA: Desconchada. Que ha perdido en parte el esmaltado.

ESPAÑOLES: Lo mismo que “castellanos” en Talamanca.

ESPINFLETER (DE *Sprinafield*): Rifle de esa marca.

235

FACHENTO: Fachendoso. Petulante (modismo nicaragüense).

FAJINA: Trabajo suplementario que se hace en la tarde, después de la jornada regular.

FOCO: Linterna eléctrica.

FORROS: Votos fraudulentos. “Forrear”: reforzar con forros la votación de un partido.

FRUTERA: La United Fruit Company.

GALLETA: Tartarita o tártara, cuando se trata de sombreros.

GANGOCHÉ: Tela burda de cáñamo, usada en la fabricación de sacos para el transporte de café, maíz, etc. Los pobres usan estos sacos para abrigarse.

GOLPEAR (EL CIGARRO O CIGARRILLO): Acción de aspirar profundamente el humo, para arrojarlo luego, poco a poco, por la boca o la nariz.

GUABO: Árbol que especialmente se cultiva para utilizar su sombra en las plantaciones de café y cacao.

GUACHO: Ayudante de cocina.

GUATAL: Sitio donde abunda el guate.

GUATE: Maíz que se siembra expresamente para que sus tallos, tiernos todavía, sirvan de forraje.

GUAYABAS: Ojos.

GÜISQUI: Whiskey.

HUACAL O GUACAL: Vasija semiesférica hecha del pericarpio leñoso de la fruta del árbol llamado “jícara” (*Crescentia Cujete*).

ILOTE O ELOTE: Mazorca tierna de maíz.

ITABO (*Yuca elephantipes*): Árbol muy común en Costa Rica. Su tronco semeja la pata de un elefante gigantesco.

236

JALARSE UNA TORTA: Hacer una barrabasada, un desaguisado.

JALENCIA: Noviazgo.

JARANA: Deuda.

JÍCARA: Fruta del “jícara”. Como es grande y ovalada se usa para referirse burlescamente a la cara de una persona.

JODER: Molestar, importunar. Perjudicar.

JONCRIQUE: Pronunciación vulgar del inglés Home-Creek.

LAVARSE LAS MANOS: Hacer las de Pilatos. Tratar de disimular la culpabilidad o participación que se tiene en un asunto.

LÍNEA O LÍNIA: Es el hombre con que se designa corrientemente a la zona bananera del litoral Atlántico.

LINIERO: Trabajador de la Línea.

LÍQUIDA: Única.

LORA: Culebra larga y delgada de color verde.

LLENA: Crecida. Desbordamiento de los criques o de los ríos que inunda los terrenos bajos.

MACHACA: Pez muy corriente en los ríos de la costa.

MACHOS: Gringos. Norteamericanos.

MADAMA: Mujer ya entrada en años y de raza negra.

MALETA: Atado de ropa y objetos de uso personal.

MANDARINOS: Naranjos que producen la variedad conocida con el nombre de “naranja mandarina”.

MAQUENGUE: Cierta palmera cuya corteza, dura y resistente, se emplea en la construcción de ranchos.

MÁQUINAS: Ametralladoras.

MARITATES: Prendas y objetos de uso personal.

MATRERO: Mañoso, astuto. Dícese especialmente del toro que ha sido jugado varias veces y que por eso ya no se deja engañar por el capote.

MELCOCHA: Golosina de azúcar endurecida.

MILLA UNA: El cementerio de Limón, que está a una milla de esa ciudad, sobre la línea del ferrocarril.

MOLEDERO: Especie de mesa larga y angosta, usada en la cocina criolla para moler el maíz y para otros menesteres.

MORENOS: Negros.

MOTO-CAR: Nombre inglés de un rápido automóvil que se usa en las vías ferrocarrileras.

MUQUEARSE: Quebrársele los cuerno a un animal.

NICA: Nicaragüense. Originario de Nicaragua.

ÑAMPÍ: Planta de raíz tuberculosa, parecida al ñame.

PALENQUE: Rancho indígena de mayores dimensiones que la vivienda india corriente.

PANIQUEÍN: Vasija de hojalata, con asa de alambre, que se usa en la zona bananera para llevar la comida al trabajo.

PARÁSITAS: Nombre vulgar que el pueblo da a las orquídeas.

PEJIBAYE: Fruto comestible de la palmera del mismo nombre (*Guilielma utilis*), que abunda en las regiones cálidas y templadas de Costa Rica.

PENI: La Penitenciaría, penal importante, en la capital de la República.

PERRADA: Mala pasada.

PIAPIAS: Especie de urracas. Sus nidos son grandes, toscos y desaliñados.

PICAR: Morder, cuando se trata de serpientes.

PIJIADA: Paliza. Derrota (modismo nicaragüense).

PIPA: El fruto del cocotero, pero completo, con la pulpa fibrosa que envuelve al coco.

PIZOTE: Cierta animal montaraz. Pero el dicho “que te lo crea Pizote” se usa entre nosotros para demostrar incredulidad.

PLANTADO: Bien trajeado.

PRECISA: Apuro, urgencia, prisa.

PURRUJA: Mosquito diminuto y silencioso, que abunda en las regiones bajas.

REALERA: Arma blanca, parecida al sable, pero recta, con empuñadura de hueso y guarnición de bronce. Muy usada por la policía y por nuestros campesinos. Su nombre más corriente es el de “cruqueta”.

REJEGO (A): Remolón.

RESGUARDO: Cuerpo de policía montada que opera especialmente en el campo.

SAN LUCAS: El más tristemente famoso de los presidios costarricenses, establecido en la isla del mismo nombre.

SONAJAS: Medio tonto, simple.

SONTIN (del inglés “some time”): Comida.

SU ALMA: Usted, pero en forma burlona y ofensiva.

SUELTO: Baile típico de la provincia de Guanacaste.

SUETA (del inglés “sweater”): Abrigo de lana.

SANCOCHO: Vianda de verduras a medio cocer. Acción poco limpia de un proceso. Desorden.

TAMBO: Tarima ampliada de maquengue o madera burda.

TAPEZCO: Construcción de varas y horquetas que dentro del rancho sirve para dormir o para otros menesteres. Los hacheros los fabrican rápidamente alrededor del tronco que van a derribar, para cortar a cierta altura cuando el árbol es demasiado grueso en su base.

TARRAYA: Pequeña red circular, con bolillas de plomo a su alrededor. El pescador la arroja extendida sobre la superficie del agua; las bolillas de plomo se juntan al descender dejando al pez atrapado.

TARTARITA: Tártara. Sombrero de pajilla.

TERCIOPELO: Serpiente muy venenosa, que abunda mucho en los lugares cálidos del país.

TESTAREAR: Buscar afanosamente.

TICOS: Costarricenses. Originarios de Costa Rica. Antes nuestro pueblo usaba mucho como diminutivos el “tico” y “tica”, y de ahí que los demás centroamericanos nos denominaran “ticos”. Todavía se oye con frecuencia, especialmente en los campos: “chiquitico”, “bonitica”, “calientico”, etc.

TIESURA: Carencia de dinero.

TIGRE: Jaguar. Feroz carnicero, corrientemente llamado “tigre americano”. En nuestro país no se habla del jaguar, sino del tigre.

TINAMASTES: Piedras especiales que en nuestro fogón corriente hacen las veces de las trébedes que se usan en otros países.

TIRADO: Herido o muerto con arma de fuego. “Tirarse a una persona”, ganarle la partida, amolarla.

TIRAR: “Tirar un remanso”, dinamitarlo para matar los peces con la explosión.

TISINGAL: Nombre de unas fantásticas minas de esmeraldas que inútilmente buscaron los conquistadores españoles en la región de Talamanca.

TOREAR: Citar y burlar al toro con el capote. En sentido figurado, provocar.

TUBO: Fulminante.

TUCO: Pedazo. “Tuquillo”, pedacillo.

TURRIALBA (ZAPATOS).— Calzado fuerte, de dos piezas y de un estilo especial, cuya fabricación se inició en la ciudad de Turrialba.

TÚTILE: Italiano.

240 VAINA: Especie de comodín en lenguaje popular. Por ejemplo: “Alcánceme esa vaina”, por un objeto que se señale; “¿Qué es la vaina?, ¿qué es la cosa, qué es lo que ocurre?; “No andarse con vainas”, no andarse con remilgos; “Esas son vainas”, esas son tonterías, “¡Qué vaina lo que me ocurrió!”, ¡qué desgracia la que me ocurrió!, etc.

VENTANAS: Nombre que le dan los mineros a ciertos túneles que se abren en las minas o en las rocas para dinamitarlas.

VOLTEA: Trabajo que consiste en derribar la selva con el hacha.

YEDEN: Hieden.

YUNAI: Pronunciación popular de la palabra United. “La Yunai”, la United Fruit Co., el gran trust bananero yanqui. “Mamita Yunai”, Madrecita United.

YUYOS: Vejigas y grietas dolorosas y malolientes que se forman en los pies, especialmente en las junturas de los dedos, por efecto de la humedad constante o del barro podrido. En la región bananera, donde la gente tiene que vivir semanas y hasta meses con el agua a las rodillas, se infeccionan con facilidad e inflaman los pies y las piernas.

ZAM

ARRO: Pillo, listo, astuto, mal intencionado.

ZANJOS: Zanjas que sirven para drenar la plantación.

ZONCHA: Cabeza.

ZONTA: Sin asa u oreja.

Índice

Politiquería en el Tisingal de la leyenda

I	11
II	23
III	45
IV	75
V	97

A la sombra del banano

I	119
II	133
III	145
IV	161
V	172
VI	188

<i>En la brecha</i>	197
---------------------	-----

<i>La Gran Huelga Bananera del Atlántico, de 1934 (Discurso de Carlos Luis Fallas)</i>	207
--	-----

Glosario	231
-----------------	-----

Los 3000 ejemplares de este título
se terminaron de imprimir durante el mes de
JULIO DE 2008
en **Fundación Imprenta de la Cultura**



CARACAS, VENEZUELA

